

# LA DIVINA EUCARISTÍA

MODERNA LIBRERIA RELIGIOSA  
JOSE L. VALLEJO  
SAN JOSE EL REAL NRO 5.  
MEXICO.



# LA DIVINA EUCARISTÍA



## CONFERENCIAS

PREDICADAS EN LA

## PARROQUIA DEL CARMEN DE MADRID

POR SU AUTOR

Muy Altze. Sr. Dr. D. Rafael Gonzalez Merchant,

PRESBITERO,

CANÓNIGO POR OPOSICIÓN DE LA S. M. Y P. IGLESIA  
DE SEVILLA

á la Real Archicofradia del Alumbrado y Vela  
del Santisimo Sacramento,

EN EL AÑO DE 1905.

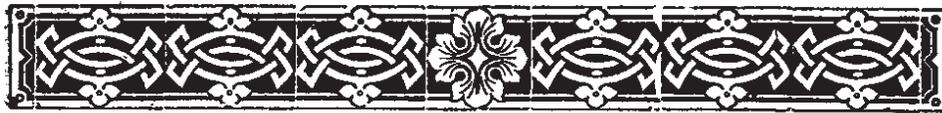
CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

SEVILLA

LIBRERÍA É IMPRENTA DE IZQUIERDO Y COMP.

Francos, número 54





# LA DIVINA EUCARISTÍA



## PRIMERA PARTE

### EL SACRAMENTO EUCARÍSTICO



#### CONFERENCIA 1.<sup>a</sup>

#### La verdad del Sacramento.

*«Sacrum convivium in quo... mens impletur gratia.»*

(D. Thom. in Off. Smi. Corp. Christ.)

*«...Verum Corpus...»*

(Ibid.)

REAL ARCHICOFRADÍA

CATÓLICOS:

Refiérese que en ocasión de estarse celebrando una fiesta solemne, Dios, que se complace en hacer ostentación de su poder en ese divino compendio de todas sus maravillas, como la llama el Rey Profeta (1), la Sagrada Eucaris-

(1) «Memoriam fécit mirabilium suorum misericors et miserator Dominus, escam dedit timentibus se.» Psalm. cx., 4.

tía, se dejó ver de los numerosos circunstantes bajo la figura de un niño en la Hostia consagrada. Admirado al contemplar tal prodigio, alguien avisó de lo ocurrido al piadoso Conde Simón de Monfort, que se hallaba en lugar próximo, instándole á que se apresurara para admirarlo. A tales instancias el piadoso caballero no dió sino esta respuesta digna de su fé: “No he menester ir á verlo para creer que está Jesús en el Santísimo; á mi fé le basta saber que Dios así lo ha revelado,, (1).

Y este, en efecto, es el supremo argumento del gran dogma eucarístico, la palabra de Dios. Para permanecer firmes en la creencia del divino Sacramento de nuestros altares, para arraigarla profundamente en nuestro corazón, nó, no necesitamos ver milagros; nos basta la fé en la palabra de Cristo; *ad firmandum cor sincerum sola fides sufficit* (2). No necesitamos ver milagros; y este, y todos los prodigios extraordinarios que á veces hace el Dios de la Hostia, para desmentir á los incrédulos ó disipar las dudas de los vacilantes, no añadirían un solo grado de certidumbre á la convicción con que creemos en él. Y á la vista de esa Hostia sagrada, en la que nuestros ojos no ven otra cosa que accidentes de pan, yo me atrevo á tomar vuestra representación

---

(1) R. P. Monsabré. *Conferencias de Nuestra Señora de París*. Cuaresma de 1884.

(2) D. Thom. *Off. in solemnitate SS. Corp. Christi*. Hymn. ad Vesp.

y repetir en vuestro nombre la valiente y magnífica profesión de fé del piadoso Conde de Monfort: “¡Dios escondido! ¡Jesús sacramentado! Yo no necesito ver los prodigios obrados en mil ocasiones por tu omnipotencia en las formas consagradas. Me basta saber que Tú dijiste: *Hoc est corpus meum, este es mi cuerpo* (1), para creer firmemente que estás ahí real y verdaderamente presente, y cayendo de rodillas ante ese trono augusto en que tan vivamente te manifiestas á mi fé; exclamar con acento de convicción profunda: ¡Creo en el Santísimo, Divinísimo y Augustísimo Sacramento del Altar!,”

Señores, yo no sé empezar á hablar del misterio por excelencia de toda nuestra fé, *mysterium fidei* (2), sin profesarla así de una manera pública y solemne, porque ella ha de estar en el fondo de todas nuestras reflexiones, ella ha de ser el nervio de todos nuestros argumentos, ella ha de ser la base de toda nuestra explicación. ¿Que temeridad no sería la mía en aventurarme y la vuestra en seguirme en la empresa que vamos á acometer de medir la profundidad, la anchura y la sublimidad de este abismo del Amor, de la Sabiduría y de la Omnipotencia de Dios, sin avivar en nuestra razón la antorcha de la fé, única que irradia luz bastante para disipar las sombras que lo llenan y dar seguri-

---

(1) I Corinth. XI. 24.

(2) *In verbis consecrat. calicis.*

dad á nuestros pasos? ¡Oh! Sí, creed con firmeza, y vereis cuán fácilmente se disipan las dudas del espíritu y quedan vencidas á los piés del Dios de la Eucaristía todas las resistencias de la razón humana sublevada contra las maravillas divinas de este gran misterio.

Cómenzemos, pues, por asentar sólidamente hoy la verdad de nuestro augusto dogma, revelado de la manera más expresa y terminante por el mismo Jesucristo, y al cual la inteligencia humana por grandes que sean sus prevenções contra lo sobrenatural no podrá menos de prestar el asentimiento racional que exige el Apóstol (1) para las verdades de la fé.

Tres sencillas reflexiones sobre la posibilidad de la Eucaristía, la promesa de la Eucaristía y la institución de la Eucaristía os bastarán para convenceros de la razón que nos asiste á los créyentes para creer en este gran misterio y adorarlo, y de toda la sinrazón con que proceden los que tibios é indiferentes la desprecian, ó quizás rebeldes é incrédulos la niegan.

## I

El exagerado *empirismo* de nuestra época que no quiere dar crédito sino á lo que se vé, y el espíritu racionalista que nos ha invadido, hijos ambos y consecuencias obligadas del prin-

---

(1) Rom. XII. 1.

cipio protestante del *libre examen*, han traído como secuela necesaria á nuestra sociedad este estado de indiferencia, de desprecio mal disimulado y quizás de franca rebeldía en muchos de los que, con frase que no se recomienda por su modestia, se llaman á sí mismos *intelectuales*, contra lo sobrenatural y lo maravilloso de nuestra sagrada Religión, y en especial, como no podía menos de suceder, contra lo que en ella hay de más prodigioso y divino: la Eucaristía. ¡Oh, señores, preciso es confesarlo! Muchos sois, gracias á Dios, los que con fé viva y firme os postrais ante el Dios de la Hostia y le adorais, seguros de que Él vé en ella vuestra fé y en ella recibe vuestros homenajes; y pocos, á Dios gracias, los que se rebelan contra el prodigio eucarístico y lo niegan y lo insultan con descaro. Pero más, muchos más en número que los creyentes fervorosos y que los incrédulos descarados, son, por desgracia, en nuestros días, los que con espantosa indiferencia lo desprecian, si nó como un idolillo ó un fetiche de fanáticos, al menos como cosa baladí, indigna de hombres serios y propia solo para fomentar el misticismo en las mujeres. ¡Ah! Vosotros conoceis á los que hablan, si llegan á hablar de eso, de las Cuarenta Horas y de la Comunión, con la despreocupación del que lo estima en muy poco; vosotros veis todos los días el abandono en que tantos dejan al divino Sacramento; vosotros presenciáis á cada paso los desacatos que cometen contra él y las irreverencias de que se le hace objeto en público

por parte de esos desgraciados que se avergüenzan de parecer devotos y creyentes. Y es, señores, que amortiguada si no éxtinguida la fé en sus almas, é inflada su razón con el humo vano del orgullo racionalista, se rebela ó por lo menos se resiste á aceptar el milagro estupendo, ó mejor, el cúmulo de milagros que entraña y supone la verdad de nuestro dogma. ¡Insensatos! El gran milagro eucarístico no humilla á la razón humana, de cuyos prestigios os mostrais tan celosos, porque, si bien no llegará jamás á comprenderlo, porque dejaría de ser un milagro y un misterio, puede, no obstante, justificarlo y explicarlo de tal suerte que se haga evidentemente creible y eminentemente racional vuestra fé.

Lo primero, en efecto, que la razón puede demostrarnos plenamente, es su posibilidad.

No hablo aquí, señores, de la posibilidad del milagro en general. Supuesta la creencia en Dios y admitido lo que es Dios por su esencia misma, dudo mucho que haya hombre que en el pleno uso de sus facultades se atreva á negar á Dios el poder de hacer milagros, calificando á estos de imposibles; y el mismo Rousseau, tan enemigo de los milagros en concreto, se vió forzado á confesar que “esta cuestión tratada seriamente sería impia si no fuese tan absurda; castigar, añade, á quien la resolviese negativamente, sería hacerle demasiado honor; bastaría encerrarlo,” (1).

---

(1) Rousseau. *Cartas de la montaña*.

Pero nó, no es el milagro eucarístico, por ser milagro, lo que subleva á la razón incrédula, y ofende á la razón tan preciada de sí misma en nuestra época; lo que se le resiste y le repugna es el milagro eucarístico como *tal* milagro. No es el milagro en absoluto, es este milagro ó serie de milagros en concreto. Es el triple milagro de *la transubstanciación*, de *la compenetración* y de *la ubicuidad* que exige en la Eucaristía la verdad de nuestro dogma; milagros que á primera vista son tánto más repugnantes á la razón humana, cuanto que para ella la substancia, la extensión y la localización de los cuerpos, que son el objeto de los tres grandes prodigios eucarísticos, es lo que en los cuerpos hay de más fijo é inmutable.

Pues bien; por estupendos que sean estos milagros, y lo son efectivamente, porque la divina Eucaristía es un verdadero alarde del Poder infinito de Dios influido y determinado por su infinito Amor, no deben producir esa alarma á la razón; antes bien, la razón misma puede justificarlos. Y lejos de encontrarlos absurdos é imposibles, puede fácilmente hallarlos perfectamente razonables. Oid, señores, su dictamen desapasionado é imparcial sobre cada uno de ellos.

Y el primero que aquí se ofrece á nuestra inteligencia, como base de todos los demás, porque es el que en el riguroso sentido de la frase *hace* la Eucaristía, es la *transubstanciación*, esa singular y admirable conversión, como la llama el Santo Concilio de Trento, en virtud de la

cual la substancia del pan y del vino queda convertida por la fuerza divina de las palabras consecratorias en la substancia del cuerpo y de la sangre de Cristo. Nó, no queda allí la substancia del pan juntamente con la substancia del cuerpo de Jesús: la Eucaristía no es una *impanación*, como pretenden los luteranos (1), por

---

(1) A partir de la negación de Berengario y á pesar de haberse retractado de ella su autor por dos veces en los Concilios de Roma en los años 1060 y 1079, en el último de los cuales declaró creer de corazón y confesar con la boca el dogma de la transubstanciación eucarística, según el testimonio de Tomás Waldense en su Tratado *De sacramentis*, capítulo 45, este dogma de la transubstanciación ha sido objeto de negaciones más ó menos veladas y de explicaciones las más absurdas por parte de los protestantes de muy diversas ramas. Para unos la transubstanciación no existe, sino que queda en la Eucaristía la substancia del pan juntamente con la substancia del cuerpo de Cristo. Para estos la Eucaristía es una *impanación*, que explican, ó mejor, pretenden explicar de diferentes maneras. Hé aquí un resumen de las principales:

El Abad Ruperto explicaba la *impanación* por la unión hipostática del Verbo con el pan. «El Verbo, dice en su *Comment. in Joann.*, se hizo hombre en la Encarnación, no destruyendo ó cambiando la naturaleza humana, sino uniéndola á su persona. Lo mismo acontece en la Eucaristía: el Verbo se hace pan, no destruyendo ó cambiando la naturaleza del pan, sino uniéndolo á su persona.» Doctrina que repite en su *Lib. de divinis officiis*, cap. 2.º, y que sobre ser puramente arbitraria y gratuita y tener contra sí la razón aducida en el texto, es una unión hipostática hecha y deshecha á cada instante, y como tal, la más propia para hacer odiosa y ridícula la doctrina católica.

El error del Abad de Deutz sufrió á poco una profunda variante de parte de Juan de París, que dijo, según afirma

unión hipostática del Verbo con el pan ó por simple yuxtaposición; la veneración que debemos á la divinidad presente en ella iría inevitablemente mezclada con el culto idolátrico,

---

el Waldense en su citada obra *De sacramentis*, cap. 65, que el Verbo se une hipostáticamente al pan, pero no inmediatamente, sino mediante el cuerpo de Cristo. Mas como el cuerpo de Cristo no tiene personalidad propia que poder comunicar al pan la *impanación* por unión hipostática imaginada por el Abad Ruperto, queda ya reducida á una simple *yuxtaposición* del cuerpo de Cristo y del pan en la Eucaristía.

Y entrados ya en el camino de la *yuxtaposición*, por coexistencia en la Eucaristía del pan y del cuerpo de Cristo, las explicaciones sobre el modo de esa *yuxtaposición* se han multiplicado marávillosamente. Para Lutero, «no hay inconveniente en creer que el pan y el vino subsisten, después de la consagración, con el cuerpo y la sangre de Jesucristo.» (Lib. de *Captiv. Babilon.* cap. *De Euchar.*) ¿Cómo? Tenía que explicarlo para evitar las explicaciones del Abad Ruperto y de Juan de París, que como hemos visto, explicaban la presencia del pan por *impanación* y *corporización*, si vale la frase, respectivamente. Y en efecto, Lutero explicó así esta coexistencia del pan en su *Sermón sobre la Cena* y en su *Confesión*: «El cuerpo de Cristo, dice, tiene la propiedad de estar unido al Verbo donde quiera que éste se halle, por consecuencia de su unión hipostática con él. Pero el Verbo goza del don de la ubicuidad; luego al cuerpo de Cristo le alcanza también el privilegio de estar en todas partes; y por ende en el pan de la Cena.» Aparte del grosero sofisma que contiene este argumento de la *ubicuidad* del cuerpo de Cristo inventada por Lutero, semejante *ubicuidad* prueba demasiado para que pruebe algo. Según ella, en efecto, tanto está el Cuerpo de Cristo en el pan eucarístico, cuanto estaría en todos los demás seres de la creación, de todos los cuales y con la misma propiedad hubiera podido decir en este caso Jesucristo: *Esto es mi cuerpo*. Y si algo más ponen estas palabras aplicadas al pan de la

como observa Santo Tomás (1), que tributariamos al pan, en ella también substancialmente presente en este caso. Pan que, aunque consagrado y penetrado de Dios, por no ser de suyo materia *personable*, si me permitís la frase, esto es, capaz de ser terminada por la persona, como lo es la carne humana, jamás podría merecer el honor de ser adorado como Dios.

La Eucaristia no es tampoco una *transfor-*

---

Cena, que lo que ponen y expresan, dada la explicación de Lutero, en todos los otros seres, ó es la *impanación* y *corporización*, que el mismo Lutero pretende rechazar, ó es la simple *yuxtaposición*, que admitida por casi todos sus discipulos, como se consigna en el *Libro de la Concordia*, que es algo así como el *Credo* ó Símbolo de los *Luteranos*, condensó y expuso más tarde Zuinglio en la célebre fórmula: *in, sub, cum pane*. Fórmula que es sencillamente la negación del dogma eucarístico; porque, si por confesión del mismo Lutero las palabras de Jesucristo expresan claramente el dogma de la presencia real, necesario será desmentirlas si en ellas no se expresa también el dogma de la transubstanciación. Si las palabras «Esto es mi cuerpo» expresan la presencia del Cuerpo de Cristo, necesario es que expresen la conversión del pan en Cuerpo de Cristo, porque, aun gramaticalmente, no puede decirse *esto es mi cuerpo*, á lo que no lo es, sino que es pan *en* el cual, *bajo* del cual y *con* el cual está accidentalmente unido el Cuerpo. La proposición evangélica, así entendida, es sencillamente falsa; y más que absurdo es sacrílego ponerla en labios del mismo Jesucristo.

(1) » Quidam posuerunt, post consecrationem substantiam panis et vini in hoc sacramento remanere. Sed haec positio stare non potest.... Quia contrariatur venerationi hujus sacramenti, si aliqua substantia creata esset ibi, quae non posset adoratione laetiae adorari.» (*Summ. Theol.* III. P. quaest. LXXV., a. 2.)

*mación*, en que la substancia del pan asumida por el cuerpo de Cristo se transforme en él, como se transforma el elemento generante en el generado, la semilla en el árbol y el alimento en el que se lo asimila (1).

La Eucaristía, en fin, no es un *aniquilamiento* de la substancia del pan (2); es sencillamente la conversión de toda la substancia del pan en toda la substancia del cuerpo de Cristo: *tota substancia panis transit in totum corpus Christi*, en expresión del Angélico (3).

Prodigio estupendo, Señores, que excede en mucho á lo que nosotros podemos comprender. Pero ¿es imposible? Para poder llamarlo así racionalmente, puesto que se trata de una acción divina sobre la substancia de un cuerpo, sería preciso que comprendiérais antes todo el alcance de esa acción divina y toda la resistencia que á esa acción puede oponer la substancia corpórea sobre que se ejerce. ¿Cómo puede

---

(1) «Conabuntur (pastores) tradere hujus admirabilis conversionis modum: quae ita sit, ut tota panis substantia divina virtute in totam corporis Christi substantiam, totaque vini substantia in totam sanguinis Christi substantiam, sine ulla Domini nostri mutatione convertatur. Neque enim Christus aut generatur, aut mutatur, aut augescit, sed in sua substantia totus permanet.» (*Catech., Conc. Trid., Part. II, n.º XXXIX.*)

(2) «Substantia panis convertitur in corpus Christi.... id tamen, in quod substantia panis est conversa, est aliquid, et ideo substantia panis non est annihilata.» (*Summ. Theol. III P. quaest. LXXV. a. III, ad secundum et tertium.*)

(3) (*Summ. Theol. III P., quaest LXXV., a. 8.*)

la razón solucionar el problema de *la transubstanciación* sacramental, si no conoce bien sus términos, ni menos sus relaciones? Muy al contrario, señores, lo que dice, y bien segura de lo que dice, la razón en este punto á todo el que tiene el oído sano para oír, es que no puede ser mayor la repugnancia de una substancia á convertirse en otra, que la repugnancia de la nada al sér; que crear es más que transubstanciar; y que, por consiguiente, no ha de encontrar la Omnipotencia de Dios mayor dificultad en convertir una substancia en otra, que en crearla de la nada. El *fiat* divino de la creación de las substancias autoriza y justifica el *fiat* divino de la transubstanciación sacramental. *Dixit, et facta sunt.... mandavit et creata sunt* (1), Dios lo manda; hé aquí el pan, hé aquí la creación. Dios lo dice; hé aquí la transubstanciación, hé aquí la Eucaristía. Cuando podais ¡oh incrédulos! acusar de imposible á lo primero, tendreis razón para llamar imposible á lo segundo. Pero mientras no logreis negar el poder de Dios para crear las substancias, no negueis su poder para convertirlas. Esa misma razón en que tanto fiais se volverá contra vosotros acusándoos de inconsecuentes, de ignorantes ó de locos.

Sea, pues, así, les oigo replicar, por lo que hace al milagro de *la transubstanciación* eucarística, pero lo que no puede admitirse, porque implica una contradicción, un imposible metafí-

---

(1) Psalm. CXLVIII. 5.

sico, es el doble milagro de *la compenetración* y de *la ubicuidad* sacramental por virtud de los cuales se afirma que el Cuerpo sacramentado de Cristo está simultáneamente en toda la forma consagrada íntegro é íntegro hasta en sus más mínimas partículas, al par que en todas las formas consagradas y en el cielo. Si aquí se tratara solo de una alteración más ó menos maravillosa de las leyes de la naturaleza, siquiera sean de las más profundas y constantes, como es la de *la localización* de los cuerpos, en buen hora; pero es el caso, que en estos supuestos milagros eucarísticos, no solo se altera esa ley, sino que se altera la esencia misma de los cuerpos, porque esencial á los cuerpos es la extensión, la dimensión cuantitativa, y suprimir algo esencial al cuerpo, como exigen esos milagros, sin que deje de ser cuerpo, eso no puede hacerlo Dios, porque Dios no puede hacer que sea lo que metafísicamente es imposible por absurdo y contradictorio.

Ignoro, señores, cómo podrán obviar esta dificultad, manteniendo la verdad de nuestro dogma, Descartes y los suyos, que han traído al campo de la filosofía esa doctrina verdaderamente subversiva de la integridad del misterio eucarístico, y que han desconocido todos los filósofos juiciosos antiguos y modernos (1);

---

(1) Repetidas veces Leibnitz hace constar la distinción real y por tanto la *separabilidad* absoluta de la substancia y de la cantidad de los cuerpos, aceptándola como doctrina recibida de los filósofos antiguos. «No gusto, dice, de

porque en realidad, si la cantidad ó la extensión es esencial al cuerpo, debe ser inseparable del cuerpo, y la *ubicuidad* sacramental del cuerpo de Cristo en toda la forma y en todas las formas, que no se concibe sino despojándolo de su extensión y de su cantidad, es inconcebible, contradictoria y absurda. Pero ¿es así realmente? ¿La extensión es de esencia de los cuerpos, como los cartesianos sostienen? Para Platón, para Aristóteles, para Sto. Tomás y todos los escolásticos, para Pascal y para Leibnitz, nó; para todos estos y para todos los filósofos que precedieron y han venido después que Descartes, la extensión no es sino un accidente, y como

---

tomar la palabra sustancia en otro sentido que el antiguo. Yo en esta parte sigo á Platón, á Aristóteles y á los escolásticos, porque á mi entender están en lo cierto. Y así combato las opiniones de Jassendi y Descartes.» (Lettre á Sturms. Oper. philos. pág. 145.) Y en la página 107 de la misma (Lettre á M. Arnault) repite el mismo concepto, que vierte finalmente, por él explicado, en su *Sistema teológico*, en estos términos: «Rei essentia singularis, quae facit ut sit haec, et ut maneat una atque eadem inter multiplices mutationes, consistit in quadam potentia, vel facultate actuali, sive *entelecheia*, eaque primitiva, quae exigit quidem certas secundas potèntias, certosque actus; sed á natura quibusdam exui potest, aliis substitutis; a Deo autem omnibus. Porro si essentia rei consistit in eo quod eandem esse facit, sub diversis licet dimensionibus et qualitibus, atque adeo essentia non statim divisibilis aut variabilis est cum dimensionibus, nec mutabilis cum qualitibus, sequitur eam ab ipsis realiter distingui.» (*Syst. Theol.* N.º XLIX.)

De Pascal afirma M. Nicole que contaba entre los ensueños, que son aceptados por capricho, la teoría de Descartes. (Nicole. *Essai de Morale.* Lettr. 83.)

tal, separable, absolutamente hablando, de la substancia del cuerpo, sin perjuicio por tanto de su esencia. Accidente el más adherido, si puedo expresarme así, á la substancia corporal, hasta el punto de exceder el poder de la más poderosa imaginación. Y h e aquí, se ıores, toda la razón del error cartesiano y de la contrariedad ó absurdo que la razón incrédula encuentra en el milagro eucarístico de la ubicuidad: es que se confunde la imaginación con la inteligencia, y se llama con harta ligereza *inconcebible*, es decir, absurdo ó contrario á la razón, lo que es sencillamente *inimaginable*. “Que no hay manera, ha dicho un célebre escritor, de que fantaseemos un cuerpo inextenso, es verdad; más inferir de esto, que el tal cuerpo es imposible ó antitético, es temeridad manifiesta,” (1). Preguntad  a la misma ciencia física en la que al parecer había de encontrar nuestra doctrina su más formidable enemigo, y ella misma por el testimonio de sus sabios más autorizados (2), os mostrar a con sus experiencias como realmente distintas la cantidad que cambia, que aumenta, que disminuye; y la substancia corpo-

---

(1) Lewis. *History of philosophy*.

(2) La materia actual de los cuerpos animados desaparecer a en breve; la forma á los cuerpos les es más esencial que su materia, pues esta cambia de continuo, mientras que la otra persevera idéntica. » (Cuvier. *Rapport historique sur les progr es des sciences naturelles*. Pág. 200.)

Véanse asimismo: Flourens. *De la vie et de l'intelligence*. Pág. 18. — J. Ubrici. *Gott und natur.*, Pág. 356.

ral que permanece inalterable é íntegra en sus principios esenciales lo mismo en lo colosal que en lo microscópico, lo mismo en el globo gigantesco que gira sobre nuestras cabezas, que en el átomo imperceptible que se escapa á la más minuciosa observación.

Si, pues, son realmente distintas y absolutamente separables, por tanto, la substancia y la cantidad de los cuerpos, ¿porqué no podría Dios separarlas en la Eucarístia, poniendo en ella el cuerpo de Cristo sin su cantidad, sino solo en su substancia, como explica el Angélico? (1) ¿Y estando de esta suerte el cuerpo de Jesús en este Sacramento, porqué no podría estar todo él en toda la forma y en todas sus partes, como están los espíritus solo porque son inextensos en todo el cuerpo que informan y en cada uno de sus miembros simultáneamente? ¿Si el cuerpo de Jesús está en la Eucarístia solo como substancia y por modo de substancia, *ratione substantiae et per modum substantiae*, en frase de Sto. Tomás, porqué no habrá de salvarse íntegro en toda la forma consagrada y en sus más pequeñas partículas? ¿No se salva toda la substancia de aire lo mismo en la burbuja que respiramos que en la atmósfera inmensa en que vivimos sumergidos? ¿No está íntegra la substancia del agua en la gota recogida en el cáliz de una flor y en la masa gigantesca del Océano? ¿No es toda la luz en cuanto á su substancia la tenuísima que emite el cuerpo fosforescente y

---

(1) *Summ. Theol.* III P., quaest. LXXVII., art. 1 ad 3.<sup>um</sup>

la espléndida y deslumbradora irradiada por el sol de mediodía? ¿Y si el cuerpo de Jesús sacramentado está en el Sacramento despojado de extensión, porqué no podrá ser el mismo cuerpo y toda la substancia del cuerpo de Cristo en la forma consagrada que se ostenta entre esplendores en suntuosa catedral, y en la que al mismo tiempo consagra el misionero rodeado de sus neófitos en mísera cabaña, mientras sigue glorioso en el cielo formando eternamente las delicias inefables de los santos?

Nó, señores, la razón que estudia imparcialmente las grandes maravillas eucarísticas, las encuentra, sí, abrumadoras en fuerza de extraordinarias y divinas, pero no absurdas, contradictorias é imposibles, como pretende la incredulidad. Si, pues, convencida de la intrínseca posibilidad de los prodigios de la Eucaristia, escucha la voz de Jesucristo-Dios que presentándosele, como á los Apóstoles en el Cenáculo, le dice: "*Hoc est corpus meum*," "Este es mi cuerpo," obrando en razón, no podrá menos de caer de rodillas ante el augusto Sacramento y exclamar: "*Ave verum corpus*," (1). ¡Yo te saludo y te adoro en esa Hostia, verdadero Cuerpo de Jesús! Nada tengo que oponer al prodigio estupendo de tu real, verdadera y substancial presencia aquí.

La cuestión, en efecto, de la verdad eucarística queda ya reducida á una mera cuestión de

---

(1) D. Thom. *Off. in solemn. SS. Corp. Christi.*, Hymn. ad Vesp. (quoad sensum).

hecho. Que Jesucristo ha podido hacer la Eucaristía es cosa que nadie podrá racionalmente ya poner en duda ¿pero la ha instituido? Hé aquí lo que ahora debemos estudiar.

## II

Y no os sorprenda, señores, mi pregunta. Resuelta la cuestión de la posibilidad contra los incrédulos racionalistas que la niegan, sálennos al paso en nuestra demostración los incrédulos protestantes llamados *sacramentarios*, que, concediendo la posibilidad, niegan, sin embargo, el hecho. Siguiendo las huellas de los antiguos *fantasiastas* é *iconomacos* (1) y capitaneados por Berengario y Calvino (2) se han atrevido á

---

(1) Estos hereges, negando que el cuerpo de Cristo estuviese realmente presente en la Eucaristía, abrieron el camino á los *sacramentarios*. Sostenían que el pan y el vino no eran sino una imagen de Cristo; una figura de su cuerpo y de su sangre. Contra ellos definió la verdadera doctrina católica el 2.º Concilio de Nicea (VII.º Ecuménico) con estas palabras: «Ergo liquido demonstratum est quod nusquam Dominus, vel Apostoli, aut Patres imaginem dixerunt sacrificium sine sanguine, quod per sacerdotem offertur, sed ipsum corpus, ipsum sanguinem.»

(2) Por más que Berengario invoque la autoridad de Escoto y pretenda escudar sus errores con su doctrina, censurada con alta ligereza y censurable apasionamiento por los enemigos del Doctor Sutil, mientras que entre ellos, y con igual sinrazón buscan los *sacramentarios* los precedentes de su error sobre la Eucaristía, citando como suyo al monje de Corbia, Beltrán, en su obra *De Corpore et Sanguine Christi*,

## torturar y violentar de mil modos las palabras

---

ello es lo cierto que los verdaderos precursores de la secta son Berengario y Calvino, que no Beltrán ni menos Escoto.

Berengario, arcediano canónigo de Argers, afirma resueltamente que Jesucristo no se encuentra en la Eucaristía sino « como la cosa representada en su signo. » « *Ut res significata in suo signo.* Condenada su doctrina en el Concilio de Tours y en uno celebrado en Roma á este fin en el año 1060 bajo el Pontificado del Papa Nicolás II, volvió á incurrir en el mismo error del que abjuró nuevamente ante el Concilio de Roma del año 1079 celebrado en el Pontificado de Gregorio VII. Verdad es que Berengario murió en la profesion de la fé católica, recibiendo sepultura eclesiástica en el claustro de San Martín de Tours, lo que parece fuera de toda duda; pero es también indudable que su error no murió con él, sino que recogido y propalado por los Petrobrusianos, Albigenses y Flagelantes, fué reproducido con éxito por J. Wicleff á fines del siglo XIV, y condenado por un Concilio de Roma (1413) y en el Concilio de Constanza (1414). Tal es el verdadero origen de la secta impía de los *sacramentarios*.

Ni contribuyó menos á engendrar esta secta, el hipócrita Calvino. Con diabólica astucia y éxito feliz para sus planes, Calvino halló la fórmula que fusionara á los dos partidos reformistas de su tiempo, dejando vivo el error contra la presencia real, defendido entre otros por Carlostadio y Zuinglio, pero bajo formas suaves y afirmaciones capciosas. Después de afirmar expresamente el dogma de la presencia real, consignando en su Comentario al capítulo XVI de San Mateo esta proposición: « Veré in coena datur nobis corpus Christi, ut sit animabus nostris in cibum salutarem, hoc est, substantia corporis Christi pascuntur animae nostrae, ut veré unum efficiamur cum eo » quebró el rigor de su afirmación con sus explicaciones, hasta desvanecer su verdad y abrir la puerta y franquear el camino á la negación de los *sacramentarios*. Para él la comida del cuerpo de Cristo que, según los términos de su proposición anterior, parece ser real, es solo mediante la fé, porque en la Eucaristía no hay sino pan y vino, y el cuerpo de Cristo no está sino en

de Jesucristo (1) para deducir de ellas lo que, lejos de estar en ellas contenido, muy á la inversa, esas palabras divinas excluyen de un modo terminante. Según los protestantes, Jesucristo dijo que la Eucaristía es *el signo* de su cuerpo. ¿Y bien, señores, sería eso lo que Jesu-

---

el cielo; solo que entre este cuerpo y sus signos eucarísticos hay cierto vínculo (la fé) que es como el canal, por el que lo que Cristo es y lo que Cristo tiene se nos comunica. «Interim vero hanc non aliam esse, quam fidei manducationem fate-  
mur» dice en sus *Instituciones*, Cap. 17, pár. 5; y en el pár. 12 añade: «Vinculum istius conjunctionis est spiritus Cristi, cu-  
jus nexu copulamur: et quidem veluti canalís per quem quid-  
quid Christus est, et habet ad nos deribatur.»

De esta suerte logró unir las dos opuestas tendencias de la secta, habiendo sido aceptada su doctrina por ambos bandos en la conferencia de Zurich para los protestantes suizos, y más tarde elevada á la categoría de profesión de la fé anglicana en el Sínodo de Londres, celebrado hacia el año 1562. Tan vulnerado, sin embargo, quedaba el dogma con este proceder artero y esta doctrina hipócrita de Calvino, que sus discípulos inmediatos, desenmascarándola y dándole su genuino sentido, calificaron bien pronto y sin rebozo á la doctrina católica sobre este punto de absurda é infame.

(1) «Rogamus sacramentarios ne petant á nobis ut illum textum (hoc est corpus meum) probemus. Possunt enim ea dare consulere pueros vix septem annum natos, qui in scholis istorum verborum syllabas colligere discutunt.... Ostendant biblias in quibus scriptum sit: *Hoc est corporis mei signum*. Quod si non possunt praestare, imperent stylo suo quietem, donec ejusmodi biblias in medium afferant.... Doctor Carlostadius ex his sacrosanctis vocabulis «Hoc est corpus meum» miseré detorquet pronomen *hoc*. Zuinglius autem verbum substantivum *est* macerat. Oecolampadius nomen *corpus* torturae subjicit. Alii totum textum excarnificant.»  
(Luther. *Apolog. De Coena Domini*.)

cristo intentó decir? ¡Ah! Desde luego podríamos rechazar una interpretación como esta de las intenciones de Jesucristo, puramente arbitraria y gratuita. Habeis de permitirme también que me resista á creer y hasta se me haga repugnante admitir que, después de haber permitido Jesucristo la interpretación literal de sus palabras en su Iglesia por espacio de muchos siglos, viniera al cabo á elegir para confidentes y apóstoles de sus verdaderas intenciones al pronunciarlas, á un fraile sacrílego, á un clérigo apóstata y á un canónigo perjuro. Nó, imposible: Jesús ha dicho lisa y llanamente: Esto es mi cuerpo "*Hoc est corpus meum*," y en buena lógica á esto debemos atenernos, si El mismo ó sus legítimos intérpretes los Apóstoles y Evangelistas ó su Iglesia no lo han explicado de otro modo. Y no solo no han explicado de otro modo estas palabras, sino que no les dieron jamás otro sentido que su sentido riguroso y literal. (1)

Nos haríamos interminables si hubiéramos de aducir aquí los testimonios de Padres y Concilios que entendieron en sentido literal las pa-

---

(1) Strauss que se empeñaba en reducir todo el Evangelio á pura fábula, dando á todo solamente el alcance de símbolos, y reduciéndolo todo en él á fuerza de interpretaciones caprichosas y de torturar los textos, en frase de Lutero, á puro *mito*, vióse sin embargo obligado á confesar que «los que redactaron los Evangelios creyeron que el pan de la cena era pura y sencillamente el cuerpo de Jesucristo.» (Strauss, T. II., part. 2.<sup>a</sup>)

## labras de Jesucristo (1). La tradición católica es en este punto unánime con una unanimidad

---

(1) En la imposibilidad de transcribir íntegros los innumerables testimonios de la tradición católica sobre este punto, citaremos solo algunos de entre los más desconocidos, para que pueda apreciarse que la cadena tradicional sobre la verdad eucarística no se interrumpe jamás.

A partir de la enseñanza del Apóstol, que tan claramente consignó la verdad del dogma eucarístico en aquellas palabras: «*Quicumque manducaverit panem hunc, vel biberit calicem Domini indigné reus erit corporis et sanguinis Domini*» de in I ad Corinth., cap. XI. v. 27., los Padres y los Concilios no han dejado jamás de inculcarla con las palabras más expresas. Véanse algunas.

«*Non ut communem panem, neque communem potum haec sumimus... nam per preces Verbi Dei ab ipso Eucharistiam factum cibum, ex quo sanguis et caro nostra per mutationem aluntur, illius incarnati Jesu et carnem et sanguinem esse veré edocti sumus.*» (S. Justin., *Apolog. 2 ad Antonin. imperat* )

«*Caro corpore et sanguine Christi vescitur, ut anima de Deo saginetur.*» (Tert. *Lib. de resurrect. carn.*)

«*Quae deinde per sapientiam Dei in usum hominibus veniunt, et percipientia verbum Dei fiunt Eucharistia, quod est corpus et sanguis Christi.*» (S. Iren. *Contra haeres Lib.*, V., cap. II.)

«*Panis iste, quem Dominus discipulis porrigebat, non effigie sed natura mutatus, omnipotentia verbi factus est caro.*» (S. Cyprian. *Serm. de Coena Domini.*) «*In figura panis dat tibi corpus suum, et in figura vini dat tibi sanguinem suum, ut sumens corpus et sanguinem Christi, fias concorporeus et consanguineus ejus.*» (Id. *Serm. de lapsis* )

«*Forté dicis meus panis est usitatus; sed panis iste est panis ante verba sacramentorum; ubi accesserit consecratio de pane fit caro Christi.*» (S. Ambros. *Lib. IV De Sacram.* cap. 4.)

«*Aquam olim in vinum, quod sanguini affine est, in*

pasmosa. ¿Ni como podían entenderlas de otro modo? Oid.

Acababa Jesucristo de obrar el gran milagro de multiplicar los panes y los peces para ali-

---

Cana Galileae transmutavit; et eum parum dignum existimabimus, cui credamus, quum vinum in sanguinem transmutavit?» (S. Cyrill., *Cateches.* XXII., *mystag.* V.)

«Recté nunc Dei verbo sanctificatum panem in Dei Verbi corpus credimus inmutari.» (S. Greg. Nyss. *Orat.*)

«Cogita quantum adeptus sis honorem, qua frueris mensa. Quod angeli tremunt videntes; nec sine metu respicere audent, ob fulgorem inde emanantem, eo nos alimur, huic commiscemur factique sumus Christi unum corpus et una caro.» (S. Chrysost. *Hom. 83 in Math.*) «Audiamus igitur tam sacerdotes quam alii, quam magna, quam mirabilis res concessa est; audiamus, oro, et perhorrescamus: Sacris carnibus suis nobis dedit impleri, seipsum immolatum proposuit.» (Id. *Hom. 51 in Math.*)

Pueden verse otros muchos testimonios de Padres en todos los siglos, en Belarmino (Tract. de Eucharist.) y las dos completísimas colecciones hechas por *Garecio* y *Du Perron* tituladas respectivamente: «Omnium statum, nationum et provinciarum in veritatem corporis Christi in Eucharistia consensus per XVI annorum centenarios collectus» y «Traité de sacrement de l'Eucharistie. La perpétuité de la foi de l'Eglise catholique touchant l'Eucharistie, defendue contre le livre du sieur Claude.»

En cuanto á los testimonios de los Concilios, además de los irrefragables y clarísimos del de Trento que sería ocioso aducir, por ser tan conocidos de todos, y los de los Concilios II Niceno (VII Oecumen.), los dos de Roma contra Berengario, y el de Roma y de Constanza contra Wiclef ya citados, cuéntase el III Lateranense (1215) en que se emplea por primera vez la palabra *transubstanciación* para definir el dogma eucarístico, y el de Florencia (1439) que explica ya esta palabra de esta suerte: «Substantia panis in corpus, et vini in sanguinem convertuntur.»

mentar á la numerosa turba que ávida de escucharle le siguió al desierto. Y tomando ocasión, como hacía frecuentemente, del prodigio que acababa de realizar, prometió á los que le rodeaban otro prodigio análogo al que habían presenciado, si bien le excedía hasta lo infinito. Hé aquí sus palabras: “Yo soy el pan vivo que descendí de los cielos. Los que coman de este pan vivirán eternamente: y el pan que yo les daré será mi carne para vida del mundo,” (1). Y cuando llegó el momento de cumplir su promesa, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y lo dió á sus Apóstoles en el Cenáculo, diciéndoles: “Tomad y comed; esto es mi cuerpo,” (2). Imposible, señores, nada más expreso y terminante que estas palabras de Jesús; y “nadie, dice el sabio Cardenal Wiseman, acertaría á expresar la doctrina católica, con más sencillez, al par que con más precisión y exactitud,” (4). ¿Dónde está aquí la metáfora? ¿Ni qué metáfora puede haber en decir: *el pan será mi carne*, y “esto que parece pan es mi cuerpo,”? Nó, señores, en estas palabras no cabe metáfora; en ellas el que las oye no puede encontrar otra cosa que, ó una gran mentira ó un gran misterio; y siendo lo primero incompatible con la veracidad de Jesucristo, aunque no se quisiera tener en cuenta su divinidad, nó hay más remedio que tomar esas palabras como revelación de un misterio; y por

---

(1) Joann. VI. 51, 52.

(2) Math. XXVI. 26.

(3) C. Wiseman. *Conferenc. XV.*

tanto, no cabe ante él sino una de estas dos actitudes: ó creerlo y aceptarlo sin comentarios ni explicaciones, como los Apóstoles y la Iglesia entera, ó rechazarlo escandalizados, como hicieron los judíos. Pero de ninguna manera cabe racionalmente explicar, como pretende el Protestantismo, unas palabras que su mismo Autor no atenuó en lo más mínimo, sino antes por la inversa acentuó marcadamente en su sentido literal.

Señores, el argumento es decisivo. Si Jesucristo al decir que el pan que El daría sería su carne, su propio cuerpo, no tuvo intención, ni quiso decir otra cosa sino que ese pan sería la figura ó el signo de su cuerpo, ó no quiso, ó no pudo expresarlo así. ¿Y si no quiso, como podrá sostenerse su veracidad y su divinidad, si de propósito y á sabiendas engaña á los que le oyen? ¿Sería acaso que no pudo expresar sus verdaderas intenciones por no tener recursos ó frases propias para ello en el idioma en que hablaba? “No falta quien sostenga, dice el sabio Cardenal que citaba hace poco, y cuya competencia en esta materia nadie podrá poner en duda, no falta quien sostenga que la lengua siríaca carece de una palabra, que responda á la idea de *representar*. Esto es inexacto. Ella posee al efecto más de cuarenta. Me atrevo á decir que posee más que cualquier lengua de las conocidas hasta ahora,, (1). Las palabras de Je-

---

(1) C. Wiseman. *Conferenc. XIV.*

«Jesucristo no tienen, por consiguiente, otra significación ni pueden tomarse más que en su sentido literal.

Así las entendieron los judíos al escucharlas, y escandalizados y hasta horrorizados ante la idea de una comestión de carne humana que las palabras de Jesucristo sugerían á su grosero espíritu, *murmuraban*, dice el Evangelista, *entre sí, diciendo: ¿Cómo puede este darnos á comer su carne?* (1). Magnífica ocasión, señores, de que Jesús deshiciera el error en el ánimo de sus oyentes, si estos habían interpretado erróneamente sus palabras, tomándolas en su sentido literal, aunque tan grosero y material. Jesús no solo podía entonces explicarlas de acuerdo con sus verdaderas intenciones, es más, debía hacerlo así. Y lo hizo, en efecto: “En verdad, en verdad os digo, replica El á las murmuraciones de sus oyentes, que si no comeis la carne del Hijo del hombre y bebeis su sangre, no tendreis vida en vosotros,, (2). Oída de sus mismos labios la confirmación del sentido en que habían sido tomadas sus palabras, muchos de los oyentes se alejaron de El, exclamando: “¡Duras son estas palabras! ¿Y quien puede resistirlas?,, (3). Todavía Jesús puede llamar á los que le abandonan, para explicarles mejor lo que ha querido decirles y desvanecer su error. Pero lejos de eso, volviéndose á los que le han quedado, y á

---

(1) Joann. VI 53.

(2) Ib. VI. 54.

(3) Ib. VI. 61.

sus mismos Apóstoles, les dice: “¿Y bien, quereis vosotros iros á vuestra vez? (1).” Señores, esto es demasiado: y si Jesucristo es siquiera un hombre formal, hay que creer lo que El tan claramente expresa; y al oírle decir, presentándonos el pan eucarístico en la última cena: “Tomad y comed: Esto es mi cuerpo,” hay que caer de rodillas ante El, y confesar la verdad del divino Sacramento, ó con los acentos de una fé firmísima, repitiendo con San Pedro: “Señor, ¿á quien iremos? Tus palabras son palabras de vida; y creemos y reconocemos que tú eres el Cristo Hijo de Dios,” (2), ó al menos con los gritos que la desesperación de su impotencia arrancó de los labios de Lutero (3) y de Melancthon: “*Ista verba, dice, fulmina sunt. ¿Quid his opponet mens perterrefacta?*,” (4) “¡Estas palabras de Cristo fulgúran como rayos! ¿Qué podrá oponer á ellas nuestra razón aterrada?”

Nada.... nada verdaderamente fundado y científico puede oponerse á la verdad con tanta evidencia expresada por Jesucristo. Melancthon tiene razón: las palabras de Cristo son rayos; rayos de luz que disipan todas las sombras del

---

(1) Ib. VI. 68.

(2) Ib. VI. 69, 70.

(3) «Vellem quod posset aliquis mihi persuadere, nihil esse in Eucharistia, praeter panem et vinum, magno ille beneficio me devinceret; jam saepe gravibus curis in hac materia desudavi: verum ego me captum video. Nulla elabendi via relicta est, textus evangelii nimis est apertus.» (Luther. *Epist ad Argentin.*)

(4) Melanct. *De veritate corporis et sanguinis.*

misterio y esclarecen á nuestros ojos su divina realidad, y rayos de fuego que hieren á la razón incrédula que se obstina en rebelarse.

Nó, señores; Cristo ha dicho la verdad, y sus palabras son una verdad, so pena de que toda su divina Religión caiga por su base, porque en su fondo está la Eucaristía, que respondiendo á los altos fines de su institución, lá sostiene y justifica.

Es lo tercero. Seré muy breve.

### III

En aquel diálogo misterioso y sublime que sostuvo Jesús con la Samaritana junto al pozo de Jacob, hizole la revelación de sus propósitos é intenciones en la obra que había venido á realizar sobre la tierra, ofreciéndole en una sola frase el carácter distintivo de su nueva Religión: "Viene la hora, le dice, y ya estamos en ella, en que los verdaderos adoradores adorarán á Dios en espíritu y en verdad. Porque Dios, que es espíritu y verdad, quiere que así sean los que le adoren,, (1). Y en efecto, ¿quién hasta Jesucristo adoraba á Dios en verdad y en espíritu, como Dios quiere y merece ser adorado? Antes de sus revelaciones el mundo entero rendía culto á la mentira y se prosternaba ante la materia divinizada, más que por malicia,

---

(1) Joann. IV. 23.

por ignorancia y extravío. La idolatría en todos sus grados y matices, desde la que divinizaba á los héroes, hasta la que hacía una almáciga de dioses en un huerto, era la religión universal.

La misma religión judáica establecida por Dios mismo en su pueblo elegido y acomodada al carácter duro y grosero de ese pueblo, no era en su conjunto otra cosa que un cúmulo de instituciones y de ceremonias en las que nada real había de Dios, sino solo figuras que recordaban á Dios, que llevaban á Dios y que anunciaban la verdadera y espiritual religión que á su tiempo establecería Dios en todo el mundo. “*Omnia in figuris contingebant illis,*” toda su religión era una figura, como dice San Pablo (1) y “la ley no era sino la sombra de los bienes futuros,” (2). “*Umbram habens futurorum,*”.

La religión, pues, de Jesucristo, habrá de marcar en este orden de las relaciones entre el cielo y la tierra, entre Dios y los hombres, el tránsito de la mentira y adoración de la materia en la idolatría, al culto de la verdad y del espíritu en el Cristianismo; el paso de la imperfección de las figuras y sombras del judaismo, á las realidades de una religión perfecta en que la verdad sustituya á los símbolos y aquellas ceremonias y ritos puramente exteriores y vacíos sean reemplazados por ritos llenos del espíritu vivificador de Dios y por ceremonias nuevas re-

---

(1) I Corinth. X. 11.

(2) Heb. X. 1.

bosantes de gracia y de verdad divinas. Así, señores, es como se concibe la innovación religiosa obrada por Jesucristo. Así solo se explica perfectamente el porqué del Cristianismo.

Pero hé aquí que Jesucristo para marcar ese tránsito de lo imperfecto á lo perfecto, de la Sinagoga á la Iglesia, del Judaismo al Cristianismo, pone en el centro de su nueva religión, como el punto más culminante de ella hacia el cual convergen todos los nuevos misterios, todas las instituciones y ceremonias nuevas, un nuevo símbolo, una nueva figura, un signo miserable, que apenas alcanza á figurarle y simbolizarle á El de un modo digno y adecuado. Y esto, señores, bien lo veis; si esto es así, como dicen protestantes é incrédulos, esto no ha sido pasar de la imperfección judáica á la perfección cristiana; ha sido sencillamente quedarnos en la misma imperfección por la sustitución de otro signo, de otra figura tan vacía de realidad divina y de espíritu de Dios como las antiguas. Y aun descender en esa escala de la perfección religiosa, toda vez que el nuevo símbolo, núcleo central de toda la nueva religión, no tiene siquiera la grandiosidad de los sacrificios, la majestad del ofrecimiento de los panes por Melchisedech, la eficacia milagrosa del maná del desierto, la misteriosa pompa que acompañaba á las ceremonias de la inmolación y comunión del Cordero pascual. ¡Ah! señores; si nuestra Eucaristía no es más que lo que en ella descubren los sentidos; si no es más que un símbolo y un signo de nuestro Salvador, llamémosnos á

engaño. No estamos á mayor altura en este orden de cosas que los judíos; antes bien, nos aventajan ellos con sus figuras y sus símbolos, mucho más pomposos y significativos que nuestro gran signo, tan pobre, tan vacío y tan raquítico. (1.)

¡Y qué digo, aventajar nuestra religión en este supuesto á la de los judíos! Mucho menos que eso: con nuestra Eucaristía de pan habremos descendido al nivel de la más baja y grosera idolatría. Por mucho que la bendigais, si no deja de ser pan ¿qué es si no un fetiche? Porque en buen hora que la veneréis y respetéis como cosa bendita, pero adorarla, como la adoramos, eso es idolátrico; porque no se adora lo que es de Dios, ni siquiera lo que está penetrado del espíritu y de la virtud de Dios, sino solo

---

(1.) «Si, como no podemos dejar de reconocer, dice muy á nuestro propósito A. Nicolás, las ceremonias y en particular los sacrificios de la ley antigua no eran más que figuras del verdadero sacrificio que debía tener lugar en la nueva ley, es necesario que todo cuanto sucede en esta última sea superior á la figura, sea *real*; porque si la materia del sacrificio de los cristianos, por la cual participan de él, no es más que *pan y vino* ¿en qué consiste la superioridad del sacrificio de la ley nueva respecto de los de la antigua, en los cuales esta representación era más augusta, más patente la imagen y la figura más sensible? ¿No tendría el culto de la ley de gracia ninguna preeminencia sobre el de la ley judaica? S. Pablo creía lo contrario, pues dijo: Tenemos un altar del cual no tienen facultad de comer los que sirven al tabernáculo (Heb. XIII. 10.), es decir, los sacerdotes y levitas de la antigua ley.» (A. Nicolás. *Estudios filosóficos*. II Parte. Cap. XVII.)

á Dios en persona, en realidad y en verdad, como su naturaleza exige. Somos, pues, idólatras, y de la peor especie; de aquellos que adoran como á Dios á las cosas insensibles. Y hemos vivido en tan grosero error sin advertirlo hasta que los caritativos protestantes del siglo XVI y los ilustrados racionalistas del siglo XIX nos han llamado la atención sobre este punto. Y hemos adorado el pan porque Jesucristo de propósito nos ha engañado, obstinándose en decirnos que es su cuerpo, cuando tan fácilmente pudo y debió explicarse mejor, diciéndonos que ese pan es la figura ó el signo de su cuerpo.

¡Basta, señores! Semejante cúmulo de absurdos y blasfemias subleva al buen sentido; y la razón, que no esté tocada de demencia, “jamás podrá persuadirse que Jesucristo, todo verdad y todo caridad, porque es Dios, haya tolerado por tanto tiempo que su Esposa carísima la Iglesia profesase el error abominable de adorar un misero pedazo de pan,, (1). Señores, estas palabras de Erasmo que acabo de citar, son la voz de la razón misma. De la razón que huyendo del absurdo llega hasta los confines mismos de la fé, en donde iluminada con esa luz del cielo añadida á su luz propia, descubre á través de los velos eucarísticos la verdad del Sacramento; y al ver con entera claridad en esa Hostia consagrada á Jesucristo, verdadera, real y

---

(1) Erasmo. *Epist. ad. Lud. Bert.*

substancialmente presente, como se lo dice el dogma, cae de rodillas ante Él, diciendo á todos los que tienen oídos para oírlo: ¡Ecce Deus! ¡Ahí está Dios!





## CONFERENCIA 2.<sup>a</sup>

### La excelencia del Sacramento.

---

*« Sacrum convivium in quo... mens impletur gratia. »*

(D. Thom. Off. Smi. Corp. Christi)

*« Memoriam fecit mirabilium suorum. »* (Psalm. CX. 4.)

REAL ARCHICOFRADIA

CATÓLICOS:

¡Ecce Deus! decíamos ayer al terminar. ¡Verdaderamente la Eucaristía es Dios! La fé y la razón unidas como siempre con perfecta armonía, aunque tanto se trabaja hoy por enemistarlas, nos llevaron á esta hermosa conclusión. La Eucaristía es, sí, un milagro, una serie, diremos mejor, de milagros, y de milagros los más estupendos. La razón incrédula, que tiene siempre en materias dogmáticas el gravísimo defecto de no mirar bien al fondo de las

cosas, atreviéndose á formular sus juicios que estima definitivos sobre la superficie, por decirlo así, de nuestros misterios, exagerando y abultando con evidente mala fé las contradicciones aparentes que á primera vista ofrecen, retrocede espantada ante nuestra Eucaristía, y afectando escandalizarse de los grandes milagros que su verdad exige, la transubstanciación, la compenetración y la ubicuidad, se alza contra nuestro dogma y lo niega, calificándolo con su acostumbrada ligereza de contradictorio, de absurdo é imposible. Pero vosotros visteis ayer qué valor tienen estos aspavientos de la incredulidad, y cómo las grandes maravillas eucarísticas, aunque estupendas, no son, sin embargo, absurdas é imposibles. Puede la razón no comprenderlas, porque exceden su capacidad, pero conoce de ellas lo bastante para no poder negarlas.

La Eucaristía, pues, es posible. Y sobre ser posible, es un hecho. El mismo Jesucristo lo reveló así con palabras tan terminantes y expresas que resisten á toda interpretación que no sea la literal, y que, por tanto, se imponen con tal fuerza á la razón que las estudia, aunque lleve á ese estudio la pesada impedimenta de sus prevenciones heréticas, que arrancarán á los mismos labios de Lutero, empeñado en desvirtuarlas y torcerlas, esta preciosa confesión, tan preciosa y estimable como suya: "Quisiera que alguien pudiera persuadirme de que no hay sino pan y vino en la Eucaristía. Con ello me prestaría un gran servicio. Porque yo me siento

encadenado y he agotado mis recursos: el texto del Evangelio es evidentísimo,, (1).

Y porque es posible y es un hecho, la negación de la Eucaristía precipita á la razón en el absurdo, y el mayor de los absurdos, cual es el de acusar á la religión de la adoración de Dios en verdad y en espíritu, de dar culto á una mentira y de adorar un simulacro tan pobre y tan raquítico en sí mismo, que no merecería sino el desprecio de los mismos idólatras tan acostumbrados á adorar á la materia.

Nó, señores, la verdad de nuestro Sacramento está perfectamente comprobada por la misma razón, que después de estudiar su posibilidad, su promesa y su institución, si bien no llega á comprenderlo, lo explica suficientemente, sin embargo, para hacer creíble y razonable nuestra fé.

Dejemos, pues, ya, la verdad de nuestro dogma bajo la salvaguardia de su defensora; y guiados por la fé penetremos hoy en ese compendio de maravillas divinas, según la frase del Profeta (2), y al ver comprendidas en este augusto Sacramento las tres principales, á saber: la obra de Dios, la perfección de Dios y el designio de Dios, comprendereis toda la verdad de esta frase profética, expresiva á su vez de toda la sublimidad y excelencia de nuestro gran

---

(1) Luther. *Epist. ad Argentinens.* (Véase el texto en la nota (33) de la Conferencia anterior.

(2) Psalm. CX. 1.

misterio. Deciros, pues, lo que es y significa la Divina Eucaristía relativamente al Cristianismo en su conjunto, relativamente á Dios, y por último respecto de nosotros, es hoy nuestro propósito.

## I

¿Qué es, qué significa ó importa la Sagrada Eucaristía en nuestra sacrosanta Religión? Oídlo, señores, en dos palabras: es, significa ó importa lo que el sol en nuestro sistema planetario. El Real Profeta, viendo á lo lejos con la luz divina de la inspiración, la Eucaristía, exclamaba: "*In sole posuit tabernaculum suum*," (1). "Ha puesto Dios su asiento en el sol," "y no hay quien se sustraiga á su calor," "*nec est qui se abscondat á calore ejus*," (2). ¡Imagen hermosísima y altamente expresiva de lo que es la Eucaristía. La Eucaristía es el asiento, el tabernáculo de Dios. La Eucaristía es el sol del Cristianismo, foco de luz y de calor de cuya plenitud se derrama á todos, en frase de San Juan (3), y centro divino en torno del cual giran y hacia el cual gravitan todos los astros del nuevo firmamento, los astros de la gracia, la doctrina y la moral, los misterios y los sacramentos.

---

(1) Psalm. XVIII. 6.

(2) Ib. 7.

(3) «De cujus plenitudine nos omnes accepimus» (Ioán., I., 16.)

¿No lo veis? La misma piedad cristiana, penetrada del espíritu del dogma, no ha encontrado modo más adecuado y conforme á la enseñanza católica de ofrecer el divino Sacramento á nuestra adoración, que encerrándolo en un sol. Sí, ese ostensorio de la Eucaristía es el sol en que Dios ha puesto su solio, como lo vió el Profeta. No es eso una figura inventada por la piedad para agigantar en nuestra alma la idea del Sacramento, que en forma de sol se nos ofrece, más que eso es una realidad radicada en lo más hondo de la doctrina católica; no es *fantasear*, es más bien *dogmatizar*.

Y en efecto, estando Dios en este Sacramento real y verdaderamente presente, como ayer visteis, no puede menos de ser el sol de todo el Cristianismo, es decir: el foco de luz vivísima que ilumina todos los misterios, y el núcleo ó centro hacia el cual convergen los sacramentos todos. La Eucaristía es el Cuerpo de Cristo. Pero no es solo el Cuerpo; es el Cuerpo vivo, porque desde que ese Cuerpo resucitó glorioso del sepulcro, alcanzando eterna victoria sobre la muerte, el cuerpo de Cristo no puede morir más: "*Christus resurgens ex mortuis jam non moritur*," (1), dice el Apóstol; y vestido ya para siempre de inmortalidad y de luz, arrojará siempre al rostro á la muerte que triunfó de él en el Calvario, esta sublime ironía: "*¿Ubi est mors, victoria tua?*" (2) "*¿Dónde está ahora, oh muerte,*

---

(1) Rom. VI. 9.

(2) I. Corinth. XV. 55.

tu triunfo? — Quedó desvanecido ante la victoria de la inmortalidad. “*Absorta est mors in victoria*,” (1). El cuerpo, pues, de Cristo en la Eucaristía, como resucitado é inmortal, es cuerpo vivo, que al ser puesto ahí por la fuerza ó virtud divina de la palabras de la consagración, atrae consigo á su sangre y á su alma por la natural concomitancia que une á estos tres elementos en el ser vivo.

Está, pues, en el divino Sacramento toda la humanidad de Jesucristo. Pero su humanidad unida á su divinidad, que de ella es inseparable desde que se unieron hipostáticamente en la Encarnación. Está, pues, en la Eucaristía el Verbo encarnado; el mismo que estuvo en el seno de la Virgen, en el pesebre y en la Cruz.

Pero el Verbo divino, como persona subsistente en la divina naturaleza, común á las tres personas de la Trinidad augusta y adorable, es inseparable á su vez, por el misterio de esa comunión íntima de la naturaleza divina, que los teólogos llaman *circunmeación* ó *circuncesión*, de las otras dos personas del Padre y del Espíritu Santo. El Verbo Encarnado, pues, no está sólo en la Eucaristía: *El Padre está en Él y Él está en el Padre*, como Él mismo decía á sus apóstoles (2); y entre el Padre y Él está el divino Espíritu que de ambos procede y de ambos es inseparable.

---

(1) Ib. 54.

(2) Joan. X. 38.

Vemos, sin embargo, en la Eucaristía pan, que es el cuerpo de Cristo, en una parte, y en otra, separado, vemos vino, que es su sangre. ¿Cómo, pues, está vivo un cuerpo separado de su sangre? Ya lo habeis oido; en ese cuerpo hay sangre y en esta sangre hay cuerpo por concomitancia natural. Pero teneis razón; Cristo está muerto en la Eucaristía, tanto cuanto son compatibles la muerte y la inmortalidad. Es la inmortalidad en estado de muerte; es la vida muerta en apariencia; es Cristo vivo y glorioso misticamente inmolado por el cuchillo de las palabras sacramentales, que penetrante y sutil como *esa espada viva de la palabra de Dios que llega hasta la división del alma y del espíritu*, de que nos habla el Apóstol (1) divide y separa con separación mística pero real el cuerpo y la sangre de Cristo en la Eucaristía, sin que, sin embargo, la sangre se quede sin cuerpo, ni el cuerpo se quede sin sangre.

Y por eso, porque Cristo está en la Eucaristía en estado de inmolación perpetua y tan muerto como lo permite su vida gloriosa ya é inamisible, está en la Eucaristía como fuente perpetua de gracia y de mérito, que es el fruto de ese sacrificio que, consumado una vez en el Gólgota, se consuma perpétuamente en el altar.

Gracia y mérito que disponen al alma que de ellos se llena en la Eucaristía, *mens impletur gratia*, á la posesión inefable de la eterna glo-

---

(1) Heb. IV. 12.

ria, que es su consecuencia natural y su consumación, *futurae gloriae pignus*, como enseña el Angélico (1).

Todo, todo está en la Eucaristía. Miradla, señores, pero nó con la mirada insolente del incrédulo, porque entonces el esplendor de la gloria de Dios os cegará y no llegareis á ver en ella nada, como nada vé, cegado por el exceso de la luz, el que insolente y necio se atreve á mirar descaradamente al sol. Miradla con el instrumento óptico preparado al efecto, la fé, y vereis en ella, como os decía, compendiado, todo nuestro dogma: la Eucaristía, señores, es la vida de Cristo; es la divinidad de Cristo; es la Trinidad; es la Encarnación; es la Cruz; es la gracia; es la gloria; es, en una palabra, el sol de la Doctrina, el Cristianismo dogmático todo entero.

Y como es todo el Cristianismo dogmático, es también todo el Cristianismo práctico. El gran núcleo ó centro de todos los preceptos y consejos, de toda la vida cristiana, es la gracia. Engendrar la gracia en las almas, desarrollarla, perfeccionarla, restituirla, defenderla: hé aquí el Cristianismo práctico. Todo en él gira en torno de la gracia, todo es para la gracia, todo mira y se dirige á la gracia.

Por eso en él todo mira, todo se dirige, todo gravita hacia la Eucaristía, que es el Sacramento de la gracia por excelencia, como asiento y ta-

---

(1) D. Thom. *Off. in solemnitate SS. Corp. Christi.*  
(Aña. in II Vesp.)

bernáculo del Autor de la gracia; que, si los demás sacramentos, dice Sto. Tomás, son instrumentos ó canales de la gracia, la Eucaristía, que es Dios mismo, es la fuente de esa gracia que por los sacramentos se derrama (1). Ved á la Eucaristía en el centro de todos los sacramentos cristianos, como el sol en medio de los planetas. Todos se dirigen á él y gravitan hacia él, como á su fin, continúa el mismo Angélico Doctor: “El Orden hace con su potestad la Eucaristía; el Bautismo abre la puerta para llegar á la Eucaristía; la Confirmación robustece la fé para que el alma ni se escandalice, ni se avèrgüence de la Eucaristía; la Penitencia y la Extremaunción, que es como su ampliación y complemento, disponen al alma para recibir la Eucaristía; hasta el Matrimonio en su significación de unión de Cristo con la Iglesia, según la doctrina del Apóstol. (2), mira y se ordena á la Eucaristía, que es el vínculo supremo de esa unión,” (3).

---

(1) «Sacramentum Eucharistiae est potissimum inter alia sacramenta... primo quidem ex eo, quod in eo continetur. Nam in sacramento Eucharistiae continetur ipse Christus substantialiter: in aliis autem sacramentis continetur quaedam virtus instrumentalis participata á Christo». (*Summ. Theol.* III P., quaest. LXV., art. 3.)

(2) Ephes. V. 32.

(3) «Omnia alia sacramenta ordinari videntur ad hoc sacramentum (Eucharistiam), sicut ad finem. Manifestum est enim, quod sacramentum Ordinis ordinatur ad Eucharistiae consecrationem: sacramentum vero Baptismi ordinatur ad Eucharistiae receptionem: in quod etiam perficitur aliquis per Confirmationem, ut non vereatur se subtrahere á tali sacra-

Y no solo es el centro de todos los sacramentos; es como su alma y su vida. De ese sol divino de la Eucaristía se desprenden los rayos luminosos que reflejan los planetas de ese cielo; de él se derraman incesantemente oleadas inmensas de calor vivificante, que llevan la vida á todos los astros de este firmamento divino de la gracia. Oid nuevamente al Angélico Cantor de la Eucaristía, que no se cansa de ponderar sus excelencias, y que como el águila elevándose hasta las espléndidas regiones de su luz, contempla de hito en hito sin parpadear el disco brillante de ese sol, descubriendo siempre en él con su mirada de ángel nuevas bellezas y más estupendas maravillas. “Los Sacramentos, dice, se ordenan al alimento de las virtudes y á la destrucción de sus defectos contrarios, en lo que consiste la vida y la perfección de las almas en el orden divino de la gracia. Ahora bien, á la virtud de la prudencia, moderadora de todas las demás, se ordena el Sacramento moderador de la vida cristiana, el orden que vá contra el defecto de la ignorancia; contra la injusticia suprema en el orden del espíritu, el pecado mortal, vá la Penitencia, Sacramento generador de la justicia en el alma; el Sacramento de

---

mento: per Poenitentiam etiam, et Extremam unctionem prae-  
paratur homo ad digne sumendum corpus Christi: Matrimo-  
nium etiam saltem sua significatione attingit hoc sacramen-  
tum, in quantum significat conjunctionem Christi et Eccle-  
siae, cujus unitas per sacramentum Eucharistiae figuratur.  
(*Summ. Theol.* III. P. quaest. LXV. art. 3.)

la Confirmación es el sacramento de la fortaleza cristiana contra la pusilanimidad y cobardía del espíritu en la confesión y profesión pública de la fé; el Matrimonio, en fin, es el Sacramento de la templanza, ordenado por el Autor divino de todos ellos al remedio de la concupiscencia. Más excelentes que las virtudes morales son las teologales, por razón de su objeto; pues que mientras aquellas miran directamente al hombre, para darle la vida de la gracia y precaverle y defenderle contra la enfermedad de los vicios y la muerte del pecado, estas miran directamente á Dios, como á nuestro último fin. Y así como aquellas tienen un Sacramento que se ordena directamente á cada una, estas tienen también cada una su Sacramento: el Bautismo engendra en las almas la fé; la Extremaunción dilata en ellas la esperanza; la Eucaristía, en fin, consuma la unión del alma con Dios en caridad con el vinculo estrecho del amor, (1). Hasta aquí Santo Tomás.

Ni cabe, señores, decir más. Cuanto excede la caridad en excelencia á las demás virtudes teológicas y morales, según la doctrina de San Pablo, excede el Sacramento de la Eucaristía que á ella se ordena, según el Angélico, á todos los demás. La Eucaristía es el Rey de los Sacramentos, como la caridad es la reina de las virtudes, *major horum charitas*. (2). La fé y la

---

(1) (*Summ. Theol.* III P. quaest. LXV. art. 1. in corp.)

(2) I Corinth. XIII. 13.

esperanza se quedarán á la puerta del cielo, solo entrará allí la caridad, *charitas nunquam excidit* (1) porque las virtudes son la gracia obrando, y el cielo es la gracia eternamente consumada en el amor por la inefable posesión de Dios. Con las virtudes de la gracia terminarán los sacramentos á ellas ordenados; de las virtudes quedará solo la caridad gloriosa, de los sacramentos quedará solo el Sacramento de la caridad, la Eucaristía, gloriosa y consumada como ella; que, si la caridad aquí en la tierra es un anticipo de la gloria, porque es unión con Dios por amor, y eso es la gloria, la Eucaristía de aquí es un cielo anticipado, porque el cielo es la comunión y posesión de Dios, y comunión y posesión de Dios es nuestra Eucaristía. En una palabra, señores, y para decirlo de una vez: que si el cielo es la Eucaristía de la gloria, la Eucaristía es el cielo de la tierra, *pignus gloriae*.

Tal es la excelencia del Sacramento eucarístico como centro y explicación de todo el Cristianismo. Pero demos ya un paso más; y después de haber medido la profundidad de tan divina maravilla, intentemos ahora medir su altura y su sublimidad, que si es la explicación del Cristianismo, es también la suprema explicación de Dios.

---

(1) Ib. 8.

## II

Toda la creación revela y explica á Dios á su manera. Cada uno de los seres es una nota, que armonizándose por una disposición admirable con las demás, forma con ellas ese concierto gigantesco, ese acorde brillante con que el Universo entero canta la gloria de Dios, en frase del Profeta (1). Escala sublime de notas que cantan á Dios, es también el Universo escala brillante de luz que lo revela y lo explica. En todas las criaturas se refleja la luz inaccesible en que Dios habita, según S. Pablo (2), se reproduce, como en bruñidos espejos, la perfección Divina, en más ó menos grado, conforme á la distancia que las separa de Dios, pero siempre con evidencia bastante para que podamos llamarlas con el Apóstol *revelaciones de Dios* (3). Hay en todas, en efecto, maravillas de *número*, maravillas de *medida* y maravillas de *peso*, que denuncian á las claras la intervención de Dios en su formación. ¿Qué es el prodigio del *número* en sus elementos constitutivos y en las perfecciones propias de cada una, sino la revelación de un Poder que no reconoce lí-

---

(1) Psalm. XVIII. 7.

(2) I Timot. VI. 16.

(3) Rom. I. 10.

mites? ¿Qué es el prodigio de la *medida* en la admirable disposición de esos elementos y maravilloso equilibrio de esas perfecciones, sino la revelación de una Sabiduría tan suave y sencilla por la profundidad de su mirada, como fuerte y segura por su dilatación y comprensión infinita, como nos la describe el Sabio (1)? ¿Qué es, por último, el prodigio del *peso* en la adaptación inefable de su naturaleza é inclinación irresistible á su fin último, sino la revelación de un Amor infinito, que al procurar su gloria, fin único que ha podido proponerse al determinarse á obrar, lo ha puesto, sin embargo, en procurar la gloria de sus obras, ordenándolas á él y haciéndolas gravitar hacia él? ¡Oh, señores! Sobrada razón tuvo el inspirado Autor de la Sabiduría para exclamar extasiado y suspenso al contemplar tan altos prodigios: “omnia in mensura, et numero et pondere disposuisti” (2) ¡Verdaderamente, Señor, todo lo has dispuesto con medida, número y peso!

Número, medida y peso; es decir, manifestación grandiosa del Poder, de la Sabiduría y del Amor infinitos de Dios que hace de cada una de sus obras un espejo clarísimo en que se refleja su luz y se retrata su grandeza. Pero reunidas ahora, después de haber contemplado separadamente en cada una de ellas la re-

---

(1) Sap. VIII. 1.

(2) Ib. XI. 21.

velación de Dios, reunidlas en este conjunto grandioso de seres que llamamos Universo, la obra grande de las manos de Dios, y vereis en ella la más alta y sublime revelación de Dios que es posible en el orden natural. Contad, si podeis, las estrellas del firmamento y las arenas del mar; haced el catálogo de naturalezas, de géneros, de especies, de individuos de la creación; anotad las variedades de las faunas y las floras de las diversas latitudes; subid, en fin, al alcázar que el Hacedor se ha formado para sí, y contad en las tres jerarquias y nueve coros de sus servidores inmediatos, las especies de espíritus angélicos, cada uno de los cuales es toda su especie; ¡oh, qué número tan sin número! ¡Qué Poder tan sin límite!—*In numero!*—Y ya que estais en el cielo, no bajeis á la tierra sin contemplar ese orden admirable con que todo está dispuesto en la mansión divina: millares de espíritus prodigiosamente distribuidos en jerarquias y órdenes, desempeñan sus oficios y ejecutan sus sublimes ministerios con una precisión pasmosa. Bajad luego y deteneos en el firmamento: observad allí trazado por el dedo de Dios el complicado arabesco de innumerables líneas luminosas que se enlazan, se cruzan, se cortan, sin que los gigantes astros que con rapidez vertiginosa las recorren sin cesar, obedeciendo á leyes admirablemente combinadas, se encuentren jamás, ni se estorben. Bajad más y estudiad la maravilla del organismo viviente que se llama hombre, complicada máquina de órganos perfectísimos con

sus funciones combinadas, compuestos á su vez del prodigioso tejido de pequeñísimos vasos, sutilísimos nervios y tenuísimas fibras de cualquiera de las cuales está colgada la vida. Estudiad, en fin, la armonía con que todo en la creación sirve á todo lo demás, sin que en tan gran número de seres haya uno solo que no tenga su función combinada con la de los otros, para que nada falte y nada sobre en este conjunto perfectísimo de todos ellos. ¡Oh, qué medida tan exacta! ¡Qué disposición tan precisa! ¡Qué sabiduría tan profunda! *¡In mensura!* Contemplad, por último, el prodigio del peso, de la gravitación de todos los seres hacia Dios, que es su fin. Peso Divino que los arrastra á todos, hasta los más distantes, hacia Él, para que le glorifiquen á Él, y sean ellos á su vez en Él glorificados, suprema satisfacción y consumación eterna de la gran ley de su infinito Amor. *¡Omnia in pondere!*

¡Señores! Mirad al Universo; y si sabeis mirarlo, ved en el Universo á Dios. En su número prodigioso, su Poder; en su *medida* admirable, su Sabiduría; en su *peso*, en fin, irresistible, su infinito Amor. *¡Omnia in numero, mensura et pondere disposuisti!*

Aunque nó, venid mejor al pié del altar; abrid el tabernáculo que está sobre él, y mirad. ¿Qué veis? ¡Ah, señores! Eso que apenas veis con los ojos del cuerpo es, sin embargo, un mundo nuevo, tanto más grande y sublime, cuanto más pequeño; es una revelación de Dios tanto más clara, cuanto más oscura; es la obra

máxima de ese Poder, de esa Sabiduría y de ese Amor que nos descubre el Universo; es la Eucaristía. ¡Cállense los cielos; nada canta la gloria de Dios como la Eucaristía! ¡Oculden las criaturas todas como avergonzadas esa luz que reflejada de Dios le manifiesta, como avergonzadas palidecen las estrellas cuando sale el sol; nada revela á Dios como la Eucaristía!

¿Qué es, en efecto, la Eucaristía sino el mayor prodigio del Poder de Dios? Poder divino que obra las mayores maravillas; Poder Divino que triunfa de todos los obstáculos; Poder divina que suspende todas las leyes: eso es la Eucaristía, *memoria mirabilium Dei* (1). ¿Hace falta conversión de substancias? ¡Pues hecho está! ¿Se necesita vencer las resistencias de las leyes más fijas de la naturaleza? ¡Pues hecho está! ¿Es preciso sustentar accidentes sin su propio sujeto? ¡Pues hélo aquí! ¡Qué podrá resistir á la Omnipotencia de Dios puesta á hacer la Eucaristía! *Quis resistet!* (2). Ceñida al muslo la espada de su virtud irresistible, como la vió el Profeta (3), la Omnipotencia divina se levanta; mira en torno suyo con esa mirada que hace estremecer la tierra, *respicit terram, et facit eam tremere* (4), avanza sin detenerse, como gigante que recorre su camino (5), de-

---

(1) *Ex Litaniis SS. Sacramenti.*

(2) Psalm. LXXV. 8.

(3) Ib. XLIV. 4.

(4) Ib. CIII. 32.

(5) Ib. XVIII. 6.

jando vencidos á su lado mil y diez mil á su derecha (1) de los enemigos que le cerraban el paso; y allanadas todas las dificultades llega al Cenáculo, toma en sus manos el pan, y con voz formidable como la del trueno, dice: ¡Atrás groseras substancias que yo misma crié! ¡Atrás leyes naturales que yo misma establecí! ¡Atrás! ¡Yo lo quiero! dijo... y hé aquí la Eucaristía. "Dixit et factum est" (2).

¿Y qué es la Eucaristía sino la maravilla más sublime de la Sabiduría de Dios? Sabiduría que ha encontrado solución adecuada á todos los problemas que su institución entraña, satisfaciendo simultáneamente en ella las exigencias de la gloria de Cristo que reclama su presencia en el cielo, y las exigencias de su amor, que le pide su permanencia en la tierra. Sabiduría que provee al honor de Jesucristo, que exige su revelación, al par que le oculta cuanto exige nuestra debilidad. Sabiduría que elige para hacer la Eucaristía la materia más adecuada y conforme á nuestra necesidad, por ser la más común (3), al mismo tiempo que la más proporcionada á la significación altísima de es-

---

(1) Ib. XC. 7.

(2) Ib. CXLVIII. 5.

(3) «Licet non in omnibus terris nascatur triticum, vel vinum; tamen de facili ad omnes terras deferri potest, quantum sufficit ad usum hujus sacramenti». (*summ. Theol.* III P., quaest. LXXIV, art. I ad secundum);

te Sacramento (1), y la más simbólica para el ejercicio en él de nuestra fe. Porque la Eucaristía es Jesucristo ¿y qué es Jesucristo sino pan? Pan sembrado en la humanidad, nacido en Belen, la casa del pan, trillado en la persecución, amasado con agua de tribulaciones, cocido, en fin, en el horno de la caridad. ¿Y qué es Jesucristo sino vino? Sacado de la viña del Padre de familias por colonos traidores (2) es sometido en el lagar de la Pasión, según la expresiva figura del Profeta; (3) á la presión horrible de la viga de su Cruz sobre la que pesan con su enorme peso toda la Justicia de Dios y todas las iniquidades de los hombres, moliéndole y prensándole (4) para exprimir de él el rojo zumo de su sangre. Muy sabiamente, sí, la Eucaristía es pan, porque es Cristo, y Cristo es grano de trigo que muere en la tierra para multiplicarse (5); y la Eucaristía es vino, porque es Cristo y Cristo es vid verdadera que alimenta y da

---

(1) «Materia hujus sacramenti est panis et vinum. Et hoc ratióneabiliter... quantum ad effectum respectu totius Ecclesiae, quae constituitur ex diversis fidelibus; sicut panis conficitur ex diversis granis, et vinum fuit ex diversis uvis, ut dicit Gl. (ord. Aug. Tract. 26 in Joann. aliq. ante fi. to. 4.), super illud I. Cor. 10. *Multi unum corpus sumus...*». (Summ. Theol. III P., quaest. LXXIV. art. 1).

(2) Math. XXI. 39.

(3) Is. LXIII. 2, 3.

(4) Is. LIII. 6, 8.

(5) Joann. XII. 24.—«Ipse Jesus erat granum frumenti mortificandum infidelitate judaeorum, multiplicandum fide populeorum». (S. Aug. Tract. LI in Joann).

vida á sus sarmientos para que lleven abundante fruto (1).

Finalmente ¿qué es la Eucaristía sino la fineza más divina de un Amor infinito? *In finem dilexit* (2), el amor de Dios llevado hasta su último extremo. Por eso la Eucaristía Sagrada es un portento de Sabiduría, porque nada es tan ingenioso como el Amor. Por eso la Eucaristía divina es un prodigio de Poder, porque nada es más poderoso y más fuerte que el Amor. La Eucaristía es Dios que pone sus delicias en estar con los hombres (3) por amor (4). La Eucaristía es Dios, soportando ingrati- tudes y ultrajes por amor, porque el amor todo lo sufre (5). La Eucaristía es Dios derramando á manos llenas sobre el hombre las ben- diciones y los consuelos de su amor. La Euca-

---

(1) Joann. XV. 1, 4.

(2) Ib. XIII. 1.

(3) Prov. VIII. 31.

(4) «Verum corpus Christi, et sanguinem esse in hoc sacramento... competit charitati Christi, ex qua pro salute nostra corpus verum nostrae naturae assumpsit. Et quia maxime proprium amicitiae est convivere amicis (ut Philo- los. dicit IX Ethic. cap. 22), sui praesentiam corporalem repro- mittit in proemium, dicens: (Math. cap. XXIV, 28) *ubi fuerit corpus, illuc congregabuntur et aquilae*. Interim tamen nec sua praesentia corporali nos in hac peregrinatione destituit; sed per veritatem corporis et sanguinis sui nos sibi conjungit in hoc sacramento.... Unde hoc sacramentum est maximae charitatis signum, et nostrae spei sublevamentum ex tam familiari conjunctione Christi ad nos.» (*Summ. Theol.* III P., quaest. LXXV. art. 1).

(5) I Corinth. XIII. 7.

ristía es Dios dando á los hombres por amor todo lo que tiene, hasta su sangre. La Eucaristía es Dios alimentando al alma, que es el último extremo, la divina locura, permitidme la frase, del Amor. Es en una palabra, el Amor de Dios, que, aun siendo Dios, *Deus charitas est* (1), ni ha sabido, ni ha podido darnos más. Permanecer perpetuamente con el amado es amor, pero no es todo el amor; no está satisfecho si no sufre por amor. Y cuando sufre por el ser amado, busca el refinamiento del amor, que consiste en pagar las ingratitudes con beneficios y alardear de generoso con los que le ultrajan. Ni esto siquiera le deja satisfecho; no se contenta con dar al amado generosamente cuanto tiene; quiere darle cuanto es, y rechazando todo temor (2) se abraza con el sacrificio, y fuerte como la muerte misma (3), entrega hasta la vida. ¡Oh amor, detente! Ya estás bien probado: entregar la vida es tu mayor demostración (4) y la satisfacción colmada de todas tus aspiraciones. ¿Y lo pensais así? Pues os equivocais. Dar la vida por el amado será la mayor demostración del amor de un hombre recto; dar la vida por el enemigo será la mayor demostración del amor de un hombre justo y santo penetrado del espíritu de la caridad de Dios; pero no es la mayor demostración del

---

(1) I Joann. IV. 16.

(2) Ib. 18.

(3) Cant. VIII. 6.

(4) Joann. XV. 13.

amor del mismo Dios. El amor de Dios infinitamente sabio sabe hacer más; el Amor de Dios infinitamente poderoso puede hacer más. Puede y sabe hacer lo que no alcanza á hacer, pero presente y quiere hacer el amor más fino, más puro, más ardiente que hay en la naturaleza, y que es el que más se parece al de Dios, que es su Autor, el amor de una madre; sabe y puede hacer, lo que hizo: permanecer con el amado, tolerar al amado, obsequiar al amado, enriquecer al amado, morir en cruz por el amado, y rompiendo todos los diques y rebasando todos los límites, llegar á la locura, al delirio, al último extremo, *in finem*, dejándose comer por el amado para consumir su unión con él. "Accipite et comedite" "Tomad y comed". ¡Oh, comer á Cristo! ¡Comer á Dios! ¡Esto sí, esto es Amor! "Cognovimus et credidimus charitati, quam Deus habet in nobis" (1). ¡Qué bien se conoce y se cree con la Eucaristía á la vista el amor infinito con que Dios nos ama!

La suprema revelación de Dios; hé aquí lo que es la Eucaristía, porque ella es la obra máxima de su Poder, de su Sabiduría y de su Amor.

Dejadme, señores, que ahora os diga en dos palabras, para terminar, que la Sagrada Eucaristía, centro divino de todo el Cristianismo y revelación suprema de toda la perfección de Dios, es también la cumplida realización de todos sus designios sobre el hombre.

---

(1) I Joann. IV. 16.

### III

¡El designio de Dios sobre el hombre! ¿Puede, señores, darse nada más alto y más sublime? Elevarle sobre su naturaleza, sublimándola y en cierto modo divinizándola por la participación inefable de la suya, mediante la gracia (1). Designio que, aun después del desdichado atentado con que el hombre pretendió burlarlo en el principio, continuó siendo siempre el designio de Dios sobre la humanidad, y cuya perfecta realización fué el único objeto de la misión de su Verbo sobre la tierra, que no vino á ella sino para restaurarlo todo, en frase del Apóstol (2), para salvar lo que se había perdido por el pecado, como explica el Evangelista (3).

Vosotros sabéis bien cómo Jesucristo ha realizado ese designio divino, y á costa de qué precio nos ha comprado esa vida superior, sobrenatural y divina de la gracia, que habíamos perdido por la culpa (4), venciendo en el árbol de su Cruz al que en un árbol nos había vencido, y haciendo de su duro lecho de muerte

---

(1) II Pet. I. 4.

(2) Ephes. I. 10

(3) Luc. XIX. 10.

(4) I Pet. I. 18.

la cuna de nuestra vida espiritual (2). Se ha realizado, pues, el designio de Dios sobre nosotros, y por Jesucristo tenemos vida, esa vida altísima de la gracia á que quiso Dios en su misericordia que naciéramos.

Pero notadlo: Jesucristo que es nuestra vida, en frase de San Pablo (1), y que ha provisto á la perfección de esa vida que recibimos de Él, estableciendo las leyes que han de regular su generación y su crecimiento en las almas, leyes que por una disposición sapientísima son, por decirlo así, paralelas á las leyes que regulan las funciones de la vida inferior de nuestro cuerpo, ha querido reservarse el papel de regulador supremo de esas leyes, íntimo resorte de todo su funcionamiento y alimento adecuado de esa vida sublime. Que esto, señores, es la Eucaristía desde este punto de vista de nuestra vida espiritual. Escuchad y lo comprenderéis perfectamente.

Nuestra vida material está regulada por tres leyes que determinan en nuestro organismo tres especies de funciones de las que depende la vida: leyes y funciones de *crecimiento* que la perfeccionan; leyes y funciones de *relación* que la defienden; leyes y funciones, en fin, de *reproducción* que la engendran y propagan. Leyes y funciones necesarias para la vida; por-

---

(1) «Ut unde mors oriebatur inde vita resurgeret; et qui in ligno vincebat, in ligno quoque vinceretur.» (Praef. de Cruce.)

(2) Philip. I. 21.

que si bien nó lo son todas para todos los hombres en particular, lo son, sin embargo, para la vida de la humanidad en su conjunto. Suprimid la ley de la reproducción en uno; ni su vida, ni la vida humana en general sufrirá detrimento alguno. Pero suprimidla en todos, y bien pronto; agotados los manantiales de la vida, la humanidad habrá dejado de existir. Pues bien, en virtud de este paralelismo, que os indicaba antes, entre nuestras dos vidas, la del alma y la del cuerpo, nuestra vida espiritual y sobrenatural se rige por las mismas leyes: leyes y funciones de *crecimiento* que la perfeccionan; de *relación* que la protegen, y de *reproducción* que la engendran y lá transmiten. Leyes necesarias, como las de la vida del cuerpo, para la vida del espíritu, aunque no lo sean todas para todos los espíritus en particular.

Pero estas leyes de la vida, así del alma como del cuerpo, tienen todas un regulador único, verdadero centro y fuente de la vida, la *nutrición*, el alimento, que es como el motor de este vasto mecanismo de funciones que constituyen la vida en toda su integridad. Comer para vivir: hé aquí la ley fundamental de toda vida. De toda vida, sí; porque del mismo modo que las funciones orgánicas tienen su última razón en la ley de la nutrición para la vida corporal, así también una ley de nutrición ó alimentación divina, es la ley suprema que regula y determina las funciones del alma en el orden sobrenatural de su vida divina. Alimento misterioso, que como el alimento material

para el cuerpo, es el regulador único y único centro, y como tal, la verdadera fuente de esa vida superior. Sí, necesitamos un pan misterioso que alimente y nutra á nuestro espíritu para que viva; que, si es cierto que *no de solo pan material vive el hombre*, «*non in solo pane vivit homo*» que dijo Jesucristo (1), porque hay dos vidas que alimentar en él, cierto es igualmente, como dicho también por Jesucristo, que el hombre vive de solo pan, pan material para el cuerpo, y para el alma pan divino, que es Él mismo en la Eucaristia: “Ego sum panis vivus” (2): *pan divino, que es la fuente de la vida del espíritu*: “Qui manducat hunc panem, vivet in aeternum” (3).

¡Qué armonías! Paralelas á las funciones de la vida material, cuya suprema condición es el alimento, son las funciones de la vida espiritual reguladas por la ley suprema del alimento divino de la Eucaristia. Oid una vez más al Angel de las Escuelas, al inmortal Tomás de Aquino, cuya es toda esta doctrina (4). “¿Qué son el Bautismo y la Confirmación sino la gene-

---

(1) Math. IV. 4.

(2) Joann. VI. 51.

(3) Ib. 59.

(4) «Sacramenta Ecclesiae ordinantur... ad perficiendum hominem in his, quae pertinent ad cultum Dei secundum religionem Christianae vitae... Sed vita spiritualis conformitatem aliquam habet ad vitam corporalem; sicut et caetera corporalia conformitatem quandam spiritualium habent.» (*Summ Theol.* III P., quaest. LXV. art. 1.) Véase todo el cuerpo del artículo citado.

ración y el desarrollo hasta su estado perfecto de la vida de la gracia? ¿Qué son la Penitencia y la Extremaunción sino las medicinas del alma que defienden y conservan y reparan esa vida, tan eficaces que llegan hasta devolverla al alma cuando por desgracia la ha perdido? ¿Qué son el Orden sagrado y el Matrimonio sino las funciones sobrenaturales de reproducción consagradas á engendrar la gracia en otras almas y los cuerpos que han de ser templos vivos de esas almas santificadas y augustos relicarios de aquella gracia? “Y para que nada falte en esta armonía inefable con que se desarrollan paralelamente las dos vidas, así como las funciones orgánicas tienen su última razón en la nutrición, ley fundamental de la vida del cuerpo, así también los Sacramentos, funciones divinas de la vida del alma, tienen su última razón en la Eucaristía, alimento celestial y, por consiguiente, ley fundamental de la vida de la gracia. Sin alimento adecuado, sin pan, no hay vida para el cuerpo; pues bien, “nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem, non habebitis vitam in vobis” (1). “Si no comeis el pan eucarístico no tendreis vida”.—El que come el pan material vive la vida material; pues bien, “si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in aeternum” (2) “El que come el pan eucarístico vivirá vida eterna.”

---

(1) Joann. VI. 54.

(2) Ib. 52.

¡Qué armonías tan divinas! La Eucaristía, pan del cielo que alimenta en nosotros la vida que del cielo recibimos, es la cumplida satisfacción del designio altísimo de Dios sobre nosotros, como fuente de esa vida divina á que Dios ha querido elevarnos, y manantial fecundo de las aguas vivas de la gracia que saltan hasta la vida eterna (1); que, si el pan material es el sacramento del cuerpo, la Eucaristía divina, ese pan de ángeles, ese alimento y comida del cielo es el gran sacramento del espíritu; porque, si aquel vivifica llenando nuestro cuerpo de sangre caliente que dá vida, la Eucaristía diviniza llenando nuestra alma de gracia, que es la vida y el espíritu de Dios. *Mens impletur gratia* (2).

Hé aquí, señores, lo que es la Eucaristía: relativamente al Cristianismo, la obra sobrenatural de Dios, es el astro central de ese nuevo firmamento, el compendio de todos sus misterios, algo así como el catecismo, el epitome de toda nuestra sacrosanta Religión. Relativamente á Dios es la obra por excelencia de sus divinas manos, el brillantísimo acorde final del himno de su gloria, la suprema revelación de sus infinitas perfecciones, de su Poder, de su Sabiduría, y especialmente de su Amor. Relativamente á nosotros la Eucaristía es la ley suprema de la vida divina de nuestro espíritu,

---

(1) Joann. IV. 14.

(2) D. Thom. *Off. SS. Sacramenti.* (Aña in II Vesp).

fuente inagotable de gracia que inunda con sus raudales á nuestra alma, y como tal, cumplida realización de los misericordiosos designios de Dios sobre la humanidad. *Mens impletur gratia.*

¡Gloria, pues, á la Eucaristía, gloria del Cristianismo! ¡Gloria á la Eucaristía, que es la mayor gloria para Dios! ¡Gloria, en fin, á la Eucaristía, que es toda nuestra gloria!





## CONFERENCIA III

### Los frutos del Sacramento

---

*« Sacrum convivium in quo... mens impletur gratia. »*

(D. Thom. Off. Smi. Corp. Christi)

*« Memoriam fecit mirabilium suorum. »* (Psalm. CX. 4.)

REAL ARCHICOFRADÍA

CATÓLICOS:

Es la divina Eucaristía, como visteis ayer al estudiar su excelencia, la maravilla más estu-  
penda del Altísimo. Dogma central de todo el  
Cristianismo compendia todos sus misterios;  
obra máxima de las manos de Dios lo revela  
como ninguna en todas sus perfecciones; fuente  
copiosa de la vida divina de la gracia realiza  
cumplidamente los designios de Dios sobre la  
humanidad. ¡Qué maravilla!

Señores, cuando habeis contemplado una de

esas sublimes producciones artísticas en las que el genio ha dejado impresa su huella, extasiados en su contemplación y encadenados al pie de esa maravilla del arte por esa fascinación misteriosa que se llama *el sentimiento de la belleza*, y que yo llamaría el contagio de la inspiración, porque no solo os hace sentir su belleza, sino que os descubre y revela bellezas nuevas que no habíais sospechado, no acertáis á separaros de ella; y cuando lo haceis, con pena, como el que, arrebatado al cielo, fuera precipitado nuevamente á la tierra no lo haceis sino llevándoos de la obra que habeis contemplado con éxtasis lo más que podeis llevaros de ella, una copia artística, siquiera una fotografía, por lo menos su recuerdo y su imagen profundamente grabada en el alma, para evocarla y contemplarla de nuevo y despertar con ella vuestra propia inspiración. Pues bien, habeis tenido la dicha de contemplar la obra más sublime del Artista eterno, la obra por excelencia de su infinito Amor, la Eucaristía tan llena de bellezas, de armonías y de prodigios. El Amor que es su inspiración os ha contagiado sin duda al contemplarla, porque la inspiración engendra inspiración y el amor engendra amor. Y de esta suerte, por el más inefable de los privilegios, después de haber contemplado esa maravilla del amor, la haceis vuestra y os la llevais en el alma, que inspirándose constantemente en ella llega á hacer maravillas de amor, como consumada artista del amor.

Amor; hé aquí el fruto de la Eucaristía. Ma-

ravillas y prodigios de amor: hé aquí los efectos de su contemplación constante. El que atentamente contempla la Eucaristía y graba profundamente en su alma su recuerdo, queda contagiado del amor que ella revela. Amor que, echando profundas raíces en su corazón, le hace capaz, no solo de comprender, sino de ejecutar las maravillas de un amor tan hondo que llega á lo más profundo, tan alto que alcanza á lo más sublime y tan ancho que abarca á la humanidad entera. “In charitate radicati et fundati, ut possitis comprehendere cum omnibus sanctis quae sit latitudo... et sublimitas et profundum“ que dice el Apóstol (1).

Es, señores, lo que, avanzando un paso más en el estudio que venimos haciendo de este portento del amor de Cristo, el gran Sacramento del Altar, quiero deciros hoy, para que podais apreciar bien cuanto se equivocan los que pretenden establecer sin Él en el mundo el reinado del amor, desvirtuando una palabra tan hermosa y hasta profanando sacrilegamente un nombre tan divino. “Ut possitis comprehendere quae sit latitudo, et sublimitas et profundum“. Y lo comprendereis, si consigo demostráros que ese amor, fruto inmediato del Sacramento eucarístico en las almas, es, como lo dice San Pablo, el vínculo de toda nuestra perfección, “*Vinculum perfectionis*“ (2); de toda nuestra perfec-

---

(1) Ephes. III. 17.

(2) Coloss. III. 14.

ción relativamente á nosotros mismos, porque es el lastre que nos equilibra (profundidad del amor); de toda nuestra perfección relativamente á Dios, porque es el resorte que nos impulsa (sublimidad del amor); de toda nuestra perfección, en fin, relativamente á los demás, porque es la fraternidad que nos dilata (anchura del amor).

Veámoslo.

## I

Algo hay, señores, en lo más hondo de nuestra naturaleza, que, precisamente por ser lo más profundo, es lo que impulsa y dirige todos los movimientos de nuestra vida. Preguntad á todos los hombres, y para daros la última razón de todos sus actos y determinaciones, les vereis señalarse con la mano el corazón. Y yo no sé si en eso habrá más ó menos poesía, ó si será una pura realidad; lo que sí puedo aseguraros como absolutamente cierto, es que esa indicación expresa y significa en el idioma universal de los signos que el amor es la última razón de todo lo que hacemos ó intentamos, y que, en efecto, el amor es la gran fuerza motriz, el centro de todas las fuerzas secundarias que en él convergen y de él parten, y como punto de aplicación de la resultante de todas las fuerzas humanas, es el centro de gravedad, el lastre, como le hemos llamado antes, de nuestra vida. ¡Oh, señores! ¡En esto sí que no

hay poesía! Y el gran Padre San Agustín demostró conocer perfectamente á la humanidad, cuando explicaba todos sus movimientos, que él mismo había experimentado, con esta frase: "Quocumque feror, amore feror". "A donde quiera que voy me lleva el amor, porque, como los cuerpos son arrastrados por su peso, así, yo soy arrastrado por mi peso, que es mi amor". "Pondus meus est amor meus" (1).

Ved aquí, señores, porqué la solución del problema eminentemente práctico del amor, es lo más importante y decisivo para la causa de todos nuestros progresos y de toda nuestra perfección; porque, como explica el mismo San Agustín con su profundidad acostumbrada, "el hombre es lo que sea su amor: y si ama la tierra, se hace tierra" (2); es decir, que si nuestro amor está en orden, todo está ordenado y equilibrado en nosotros; cuando el amor se desordena, todo se desordena; si el amor sube, sube el hombre; si el amor se precipita, todo el hombre se precipita con él.

Pues bien, el hombre salió de las manos del Criador en perfecto equilibrio. Compuesto de dos sustancias antitéticas por su naturaleza y

---

(1) S. Aug. *Confess.* Lib. XIII. cap. 9.

(2) «Talis est quisque, qualis ejus dilectio: terram diligis, terra es. Deum diligis, Deus est.» (S. Aug. apud Lhonnier, *Bibliot. man. concion. Tit. Charitas.*) «Amando Deum effici-mur dii, ergo amando mundum effici-mur mundus.» (S. Aug. *Serm. 121 de Script.*).

por sus tendencias, el alma y el cuerpo, de las cuales una mira naturalmente al cielo y la otra á la tierra, guardaban entre sí la relación adecuada á su respectiva dignidad. El alma arriba y el cuerpo abajo sometido á ella; y por tanto, el alma, como señora de la materia, tenía en su mano el resorte de todas sus energías, la rienda de todas sus pasiones; era la dueña y la moderadora del amor. Pero ¡ah señores! vosotros lo sabeis; sufrió el hombre el golpe irreparable de la caída original, cuyo efecto inmediato fué la inversión de los términos, hasta hacerse señora del hombre la materia que nació para ser esclava, y quedando hecho esclavo el espíritu que por su nobilísima naturaleza nació para ser señor. Y es claro, así como mientras el alma dominó al hombre, el amor y con él todas las pasiones de que es el centro se dirigían hacia arriba, hacia el cielo, hacia lo espiritual, así también cuando por efecto de la culpa se invirtió la pirámide y el alma se trasladó á los sentidos, el amor y todas sus fuerzas con él, quedaron al servicio de la materia y rebeladas contra el espíritu. Mirad, señores, al fondo de todas las concupiscencias humanas: allí está el amor. Pero el amor invertido; el amor vuelto contra su fin, que es Dios; el amor apegado á la tierra, el amor precipitado en el cieno de lo sensible desde las luminosas alturas del espíritu en que fué criado; amor tan rastrero, tan miserable, que ni siquiera conserva el orgullo de recordar su antigua grandeza, ni el pudor de avergonzarse de su actual indignidad. “El

amor humano, dice un orador insigne (1), habiendo perdido de vista el cielo, tiende á bajar; y baja en efecto, desbordándose por los sentidos y arrastrando como torrente impetuoso en su caída todo el lodo impuro que va encontrando al paso.“

Este desorden del amor y la consiguiente rebelión de las humanas pasiones, que acabamos de consignar, es más que una doctrina; es un hecho. Hecho que todos tenemos á la vista y que en nosotros mismos experimentamos, sintiendo, como el Apóstol, una ley en nuestros miembros contraria á la ley del espíritu (2), y reconociendo con el Poeta pagano que, aun viendo y deseando lo bueno, nos inclinamos, sin embargo, al mal. “*Video meliora, proboque; deteriora sequor*“.

Así pues, el problema de nuestra perfección humana; de la perfección propia y adecuada á nuestra dignidad de hombres, que el trastorno del amor humano hace imposible, al hacer prevalecer á la materia sobre el espíritu, al hombre bestia sobre el hombre ángel, está reducido sencillamente á un problema de equilibrio; á poner nuevamente el amor en el espíritu, arrancándolo de los sentidos; á orientarlo otra vez hacia el cielo, hacia el fin, hacia Dios, apartándolo de este cielo grosero é inmundo de las pasiones rebeladas que se ha forjado en su extravío. Es preciso, para servirme de la frase

---

(1) Bossuet. *Sermones*

(2) Rom. VII. 23.

de un gran filósofo contemporáneo, “reedificar al hombre espiritual á pesar del hombre carnal” (1).

Pues bien, esta reedificación del hombre espíritu, esta restauración del equilibrio perdido por la culpa, en lo que la culpa tiene de común, ha sido hecha por Jesucristo en la Redención. Por Jesucristo que es el Restaurador de todo, y en la Redención que es la gran obra de la pacificación universal, según la doctrina del Apóstol (2). Jesucristo ha comunicado nuevamente al hombre por la virtud de su sangre y el mérito de su sacrificio esa vida divina de la gracia que la culpa nos arrebató, y poniendo al amor humano en el centro de esa vida nueva, contagiado con su caridad, vuelve á orientarlo hacia el cielo, á dirigirlo á Dios, como dice San Pablo, robusteciéndolo contra sus antiguas debilidades y haciéndolo triunfar de las concupiscencias que le tenían esclavizado. “*Charitas Christi urget nos ad laborandum, ad patiendum, ad moriendum*” (3). El amor humano restaurado por el amor de Cristo, vuelve á ser para el hombre la fuente de toda la perfección propia del hombre, porque fortalecido contra todos los apetitos inferiores, que inclinan al hombre

---

(1) A. Nicolás. *Estudios filosóficos*. Parte II. Cap. XVII.

(2) «*Instaurare omnia in Christo, quae in coelis, et quae in terra sunt, in ipso*» (Ephes. I. 10.)—«*Reconciliare omnia in ipso, pacificans per sanguinem crucis ejus, sive quae in terris, sive quae in coelis sunt*». (Coloss. I. 20).

(3) II Corinth. V. 14.

á vivir la vida de la bestia, la vida de los sentidos, triunfante de ellos, hace al hombre vivir la vida del espíritu.

Y hé aquí ya, señores, el primer fruto de la Eucaristía en las almas, porque lo que Cristo Redentor hace relativamente á la humanidad en su conjunto, hace Cristo Sacramentado respecto de cada uno de los hombres en particular; á saber: apoderarse del hombre por su fondo; cautivando su amor con los dulces y fuertes vínculos de su caridad, como anunció el Profeta (1) "traham eos in vinculis charitatis". ¡Esclavitud dichosa del amor humano en la Eucaristía, que, rompiendo las cadenas de la ominosa esclavitud con que le tenían aprisionado y á su servicio las pasiones, desde que en hora desdichada rompió sus vínculos con Dios, según las profecias (2), recobra la gloriosa libertad del espíritu de Dios, de que habla San Pablo (3), y con ella la fuerza necesaria para resistir los ataques de sus enemigos, las pasiones perturbadas, que continuamente le solicitan con sus groseras sugerencias y le arrastran hacia el cieno! ¡Oh, sí; la Eucaristía es esa mesa que, según el Salmista, nos ha preparado Dios para robustecernos contra nuestros enemigos! "Parasti in conspectu meo mensam adversus eos, qui tribulant nos" (4). Mesa divina

---

(1) Osae. XI. 4.

(2) Jerem. XXX. 8.—Nahum. I. 13.

(3) II Corinth. III. 17.

(4) Psalm. XXII. 5.

de la que, como explica el Crisóstomo, el amor, trasfigurado por la caridad de Cristo, se levanta convertido, de débil cordero que se dejaba devorar por el lobo infernal y sus cómplices, en león que respira fuego, aterrador y formidable para sus enemigos: "Ut leones ignem spirantes sic ab illa mensa recedimus, terribiles effecti diabolo" (1). Porque la Eucaristía, fuente de la vida divina de la gracia para el alma, es también y por eso mismo, dice el Angélico (2), ese pan divino que, según el Profeta Rey, da al hombre toda su robustez y toda su fuerza (3).

¡Ah, señores; qué prodigio! El amor humano nada tiene ya que temer de las pasiones. En la Eucaristia halla siempre la energía ne-

---

(1) S. Chrisost. *Hom. 43 in Joann.*

(2) «Peccatum est quaedam spiritualis mors animae. Unde hoc modo praeservatur aliquis á peccato futuro quo praeservatur corpus á morte futura. Quod quidem fit *dupliciter*. *Uno modo*, in quantum natura hominis interius roboratur contra interiora corruptiva; et sic praeservatur á morte per cibum et medicinam. *Alio modo* per hoc, quod munitur contra exteriores impugnationes: et sic praeservatur per arma, quibus munitur corpus. Utroque autem modo hoc, sacramentum praeservat á peccato. Nam primo quidem per hoc, quod Christo conjungit per gratiam, roborat spiritualem vitam hominis, tamquam spiritualis cibus et spiritualis medicina... Alio modo, in quantum est quoddam signum passionis Christi, per quam victi sunt daemones, repellit omnem daemonum impugnationem». (*Summ. Theol.* III P., quaest. LXXIX. art. 6).

(3) Psalm. CIII. 15.

cesaria para luchar contra ellas y vencerlas. Si la soberbia fastuosamente ataviada, le solicita con su lujo deslumbrador y con la corona de talco del honor mundano, en la Eucaristía, que es un Dios pobre, oscurecido y profundamente humillado por amor, está su fuerza contra la soberbia. Si el frío egoísmo y la pálida envidia le invitan á alzarse con el bien de todos, convirtiéndolo todo en provecho propio y propia sustancia, la Eucaristía, que es un Dios que se da á todos todo y sin reserva por amor, le defiende. Si la lúgubre tristeza y la pereza indolente pretenden inocularle el veneno del desfallecimiento en el divino servicio y quizás la desesperación por anemia espiritual, la Eucaristía es un Dios, pan de ángeles que robustece el espíritu, y vino generoso que vivifica y alegra el corazón (1). Si la ira de rostro enrojecido y de modales descompuestos intenta contagiarle con su espíritu de odio y de violencias contra los ultrajes, la Eucaristía es un Dios paciente que sufre sin quejarse en el Sagrario ingratitudes monstruosas y en la Comunión sacrílegas ofensas por amor. Si la sensualidad, en fin, con su desvergüenza y su cinismo procura arrastrarle por el lodo inmundo de sus abominaciones, la Eucaristía, vino del cielo que engendra vírgenes (2), Dios virgen nacido de una Madre Virgen, le da fuerzas para rechazar

---

(1) «Et panis cor hominis confirmet». «Et vinum laetificet cor hominis». (Psalm. CIII. 15).

(2) Zachar. IX. 17.

los placeres con que en su copa de oro le brinda y para vivir en la tierra la vida misma de los cielos. Si la Eucaristía es Dios, y Dios en ella se une con nosotros ¿quién prevalecerá contra nosotros? “¿Si Deus pro nobis, quis contra nos?” (1). La Eucaristía es nuestra vida y nuestra fuerza ¿á quién temeremos? La Eucaristía es el escudo que nos defiende ¿qué puede arredrarnos? (2) ¡Atrás, pues, pasiones groseras que pretendéis hacer presa en nuestro corazón para arrastrarnos por el cieno! ¡La Eucaristía pelea con nosotros, y os hará entender que no es hacedero pelear contra Dios! (3).

Pero hay más, señores. La Eucaristía no es solo escudo contra las pasiones, es también y sobre eso alimento de las virtudes. Arrancando al amor humano con el poderoso imán de su caridad del cieno de la materia, nos equilibra y perfecciona con la perfección propia de nuestra dignidad de hombres; pero robusteciéndolo luego y confortándolo con la fuerza divina de su gracia, lo impulsa poderosamente por el camino de la virtud hasta las sublimes alturas de la perfección que nos corresponde por nuestra dignidad de hijos de Dios. Que si con la divina Eucaristía nada tenemos que temer de nuestros enemigos, *¿quem timebo?* (4), con la divina Eucaristía lo podemos todo. “*Omnia possum*” (5).

---

(1) Rom. VIII. 31.

(2) Psalm. XXVI. 1.

(3) Eccli. XLVI. 8.

(4) Psalm. XXVI. 1.

(5) Philip. IV. 13.

## II

Vosotros, en efecto, sabeis bien, aunque otra cosa escucháis hoy en el mundo á todas horas, que nuestra perfección no consiste solo en abstenernos del mal, sino también y principalmente en obrar el bien por un motivo sobrenatural. Huir del vicio y practicar la virtud, según el precepto del Salmista (1), es nuestra perfección propia de cristianos. Que esa perfección puramente negativa de que se jactan los mundanos, aunque no fuera (como casi siempre es) tan problemática, es cuando más la honradez, lo que se llama *hombria de bien*; pero tan pobre perfección no es digna de nosotros los cristianos: nuestra vocación es más alta; estamos llamados á la perfección positiva de la virtud, cuyo ideal es nada menos que la perfección misma de Dios, según el mismo Jesucristo que nos dijo: "Estote perfecti sicut et Pater vester coelestis perfectus est" (2) "Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial". Quédese, pues, para *los hombres de bien* esa menguada perfección de no hacer el mal: para nosotros *los hijos de Dios* esa perfección no es bastante alta: nuestra vocación es la santidad, según la doctrina de San Pablo (3).

---

(1) Psalm. XXXIII. 15.

(2) Math. V. 48.

(3) I Thesal. IV. 3.

Por eso, señores, el Sacramento de toda nuestra perfección, la divina Eucaristía, no podía ser solamente preservativo y defensa contra los ataques continuos de nuestros vicios y pasiones; había de ser algo más; había de ser una fuente de esa energía misteriosa y divina que necesitamos, para caminar sin detenernos por el áspero camino de las virtudes, hasta llegar al monte sublime de la perfecta santidad. Y porque debía serlo, lo es en efecto. Oid un poco de historia divina, y sabreis lo que es la Eucaristía relativamente á este segundo fruto que produce en nuestras almas.

Refiérese en el Libro tercero de los Reyes, que habiendo exterminado el gran Profeta Elías, movido del celo de la gloria de Dios, á los pseudoprofetos de Baal, notificáronle los impíos esposos Achab y Jezabel su juramento concebido en estos términos: “Trátenos los dioses con todo su rigor, si mañana á estas horas no te hubiéremos hecho pagar con tu vida la que quitaste á sus profetas“. Atemorizado Elías con tal amenaza, huyó. Y cuando hubo llegado al Desierto, sentándose á descansar á la sombra de un enebro, pidió su muerte al Señor y se durmió. Mas hé aquí que el ángel del Señor le despertó y le dijo: “Levántate y come“. Elías miró atrás y vió á su cabecera un pan subcinericio y un vaso de agua. Comió, pues, y bebió, y se volvió á dormir. Por segunda vez el ángel le despertó y le dijo: “Levántate y come que aún te queda que andar largo camino“. Y levantándose Elías comió y bebió,

y confortado con aquella comida caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta llegar á Horeb, monte del Señor. (1).

¡Bellísima figura, señores, de lo que es la Eucaristía! También nosotros cuando impulsados por el amor é inflamados del celo de la gloria de Dios destruimos y exterminamos nuestros vicios y pasiones, profetas y cómplices del infierno, concitamos contra nosotros todos sus odios y furores. Huimos del reino del impío Achab, y emprendemos el camino de la salvación á través del Desierto de la vida. Mas ¡ay! que, cuando no debíamos detenernos para no caer en manos de los encarnizados enemigos que continuamente nos persiguen para perdernos, nuestras fuerzas se agotan, ríndenos la tibieza é insensatos nos dormimos tranquilos á la sombra de un enebro, de un ligero goze mundano, de una pasioncilla mal reprimida, de una de esas, en fin, que despreciativamente (como si no tuvieran importancia alguna) llamamos *faltas*, sin advertir el grave peligro en que nos pone esa pequeña detención en nuestro camino. Pero Dios misericordioso lo ha previsto; y cuando vé que nos rendimos á nuestra debilidad y miseria, nos envía una y otra vez el ángel de sus inspiraciones para que nos despierte de ese funesto letargo de la tibieza, y nos ofrece una comida milagrosa que repare nuestras agotadas energías. “Et in fortitudine

---

(1) III Reg. XVIII, XIX.

cibi illius“, y robustecidos con ese pan misterioso, como Elías, caminamos ya sin detenernos cuarenta días y cuarenta noches, esto es, todo el tiempo de nuestra peregrinación. por la tierra hasta llegar á Horeb, monte de Dios, monte de la más eminente santidad. ¡Oh, señores, qué hermosa es la Eucaristía! Ella es ese pan subcinericio de Elías que robustece y da fuerzas al alma para caminar por las vías de la perfección, en el sentir de la Iglesia, gran intérprete de las divinas Escrituras (1), conforme á estas palabras del mismo Jesucristo, *ego sum panis* (2), *ego sum via* (3). Ella es esa comida celestial en que comulgando verdaderamente la carne del Dios humanado, *caro mea veré est cibus* (4), comulgamos realmente la misma vida de Dios, que es de ella inseparable: “qui manducatur me et ipse vivet propter me“ (5).

El alma, en efecto, vive de Dios; de Dios, Verdad sustancial y eterna, que es la vida de la inteligencia, de Dios, Bien eterno é infinito, que es la vida de nuestro corazón. Dios, vida del alma, así en el orden natural como en el orden divino de la gracia. En el primero de estos órdenes el hombre comulga de esa vida de conocimiento de Dios-Verdad y de amor de Dios-Bien por la razón, que recibiendo las im-

---

(1) *Off. in solemnitate SS. Corp. Christi. Resp. Noct.*

(2) Joann. VI. 48.

(3) Joann. XIV. 6.

(4) *Ib.* VI 56.

(5) *Ib.* 58.

presiones de los sentidos se eleva por ellas, como por una escala, hasta el Dios-Verdad como inteligencia y hasta el Dios Bien sumo como apetito ó voluntad. El espíritu humano tiene, pues, su vida propia, la vida adecuada á su naturaleza, porque su razón, poniéndole en contacto, en comunión con Dios, que es su vida, alimenta su inteligencia y su voluntad con el conocimiento y amor naturales de Dios, Verdad y Bien.

¿Pero ha quedado el espíritu humano plenamente satisfecho con esta comunión? Para saberlo preguntad antes ¿y no vive el espíritu humano más vida que la vida natural? Porque, si la vida sigue la condición de la naturaleza viviente, la vida puramente natural de nuestro espíritu no podrá satisfacer cumplidamente sus necesidades y exigencias, si á su naturaleza propia se ha añadido otra, que le eleva y le sublima á otra esfera más alta, á otro orden superior. Y, vosotros lo sabeis, gracias á Dios así es. No; no somos solo hombres; somos algo más por dicha nuestra, somos hijos de Dios. Y si como hombres tenemos naturaleza de hombre, vida de hombre y comunión de hombre, como hijos de Dios tenemos naturaleza de Dios, la gracia, participación inefable de la naturaleza divina, según San Pedro (1); naturaleza de Dios que exige para nuestro espíritu vida de Dios y que no puede satisfacerse sino con co-

---

(1) II Pet. I. 4.

comunión de Dios. Dad al espíritu humano el pan de la verdad y del bien de Dios puramente naturales: comulgado con ese sacramento puramente natural y humano de conocimiento humano y amor natural de Dios, el hombre, como hombre, habrá quedado satisfecho y como hombre vivirá. Pero si por ventura ese hombre es además hijo de Dios por la gracia, comerá el pan natural y tendrá más hambre, beberá el vino que puede proporcionarle la razón y tendrá más sed: *adhuc esuriat; adhuc sitiet* (1). ¡Cómo ha de satisfacerse una naturaleza divina y una vida divina con una comunión, con un pan y un vino puramente humanos! ¡Imposible! ¡Quién podrá sustentar á un gigante con el alimento de un pigmeo! Nó; á ese *hombre divinizado* por la gracia, tendreis que darle para alimentar su vida divina un *Dios humanado*, una comunión divina, un Pan-Dios, un Vino-Dios; nuestra Eucaristía, pan de vida que el que lo come no tendrá más hambre, *non esuriat*, ni nunca tendrá sed, *non sitiet unquam* (2); porque alimentado con Dios, ese hombre divino tendrá tan satisfechas sus necesidades divinas, y tanto vivirá la vida de Dios, que muy bien podrá decir con el Apóstol que vive él, pero no él, es Dios, es Cristo quien vive en él (3), “*Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, in me manet et ego in eo*” (4).

(1) Eccli. XXIV. 29.

(2) Joann. VI. 35.

(3) Gal. II. 20.

(4) Joann. VI. 57.

¡Ah, señores, qué prodigios de vitalidad divina podrán ya sorprenderos en ese hombre alimentado y robustecido con la comunión de Dios en la Eucaristía! Para su alma la Eucaristía es un sol, que hace germinar vigorosamente las semillas de los hábitos y fomenta el rápido crecimiento y la florescencia de los actos de todas las virtudes, dice el Angélico (1), porque ella es la perfección de la vida espiritual por la perfecta unión del alma con Dios. La caridad de Cristo se apodera de ella; y como vínculo de perfección que es (2), estimula en ella, vivifica y fomenta todas las virtudes, según el Apóstol, “charitas Christi urget nos” (3). Esa caridad de Cristo sublima la fé en el gran misterio de la fé (4), hasta el punto, nó de

---

(1) «Hoc sacramentum ex seipso virtutem habet gratiam conferendi... Per hoc autem sacramentum augetur gratia, et perficitur spiritualis vita, ad hoc quod homo in seipso perfectus existat per conjunctionem ad Deum.» (*Summ. Theol.* III P., quaest. LXXIX. art. 1. ad primum).

«Hoc sacramentum confert gratiam spiritualiter cum virtute charitatis. Unde Damascenus (*Lib. 4. orth. fid. c. 14 a medio*) comparat hoc sacramentum carboni, quam Isaias vidit (*Is. VI*). Carbo enim lignum simplex non est, sed unitum igni: ita et panis communionis non simplex panis est, sed unitus divinitati. Sicut autem Gregorius dicit in *Hom. Pentecostes (quae est 30 in Evang.)* amor Dei non est otiosus: magna enim operatur, si est. Et ideo per hoc sacramentum, quantum est ex sui virtute, non solum habitus gratiae et virtutis confertur, sed etiam excitatur in actum.» (*Summ. Theol.* III P., quaest. LXXIX. art. 1. ad secundum.)

(2) Coloss. III. 14.

(3) I Corinth. V. 14.

(4) «Mysterium fidei.» (*Verb. consecrat. calicis*).

comprender sus misterios, pero sí de penetrarlos y saborearlos de un modo especial, que ha hecho muchas veces á pobres mujeres sin más instrucción que su piedad expresarse y hablar de nuestros dogmas con pasmo y admiración de los teólogos más sabios. Esa caridad de Cristo alienta y aviva las esperanzas del alma por la comunión de esa prenda divina de la gloria (1), de tal suerte, que hastiándole por insuficiente para calmar sus divinas ansias todo lo terreno, suspira por la muerte, como San Pablo, para abrazarse indisolublemente á Jesucristo (2). Esa caridad de Cristo que hace pan de hombres el pan de los ángeles (3), hace á los hombres ángeles por la castidad, y pone en sus labios el vino generador de vírgenes (4) que los eleva hasta el heroísmo de la pureza. Esa caridad de Cristo, verdadero pan de los fuertes en la Eucaristía, despierta con el ejemplo de Cristo sacrificado en ella por amor (5) la fortaleza heroica de millones de mártires que formados en ella, dice San Agustín (6), se abra-

---

(1) «... et futurae gloriae [nobis pignus datur]. (D. Thom. *Off. in solemnit. SS. Corp. Christi*. Aña in II Vesp.)

(2) Philip. I. 23.

(3) «Panis angelicus fit panis hominum». (D. Thom. *Off. SS. Corp. Christi*. Ritm. *Lauda Sion*.)

(4) Zachar. IX. 17.

(5) «Recolitur memoria passionis ejus». (D. Thom. *Off. SS. Sacrament*. Aña. in II Vesp.)

(6) «Hoc fecerunt beati martyres; talia enim Deo exhibuerunt qualia de mensa Domini perceperunt». (S. Aug. apud Lhonner. in *Bibliot. concionat*).

zaron gustosos y sonrientes con los más duros suplicios por amor de Jesucristo. Esa caridad de Cristo... pero ¡basta! porque no acabaríamos: esa caridad de Cristo, que es, según la doctrina de San Pablo, el nudo ó centro vital de todas las virtudes (1), fomenta todas las virtudes en el alma, que con la Eucaristía come caridad, hasta el grado más alto de perfección, dice San Bernardo (2), llenando de esos bienes celestiales y satisfaciendo, como anticipo divino de la gloria, los deseos del alma que por esos bienes eternos suspira, por la incesante renovación en ella de las fuerzas y energías de una misteriosa juventud. “Replet in bonis desiderium tuum; renovabitur ut aquilae juventus tua” (3).

Acicate y estímulo poderoso de virtudes para el alma, es también la divina Eucaristía para el cuerpo semilla de inmortalidad. Porque, como enseña el Angélico Maestro “aunque el cuerpo no es sujeto inmediato de gracia, la gracia del alma redundando sobre él, al presente como instrumento de nuestra justificación en cuanto que nuestros miembros son *armas de justicia*, como les llama el Apóstol (4), y en lo

---

(1) I Corinth. XIII. 4.

(2) «Fiet homo mansuetior ad correctionem, patientior ad laborem, ardentior ad amorem, sagatior ad cautelam, ad obedientiam pronior, ad gratiarum actionem devotior». (S. Bernardus apud Contenson. Euch., Lib; XI, P. 2. Dis. 3)

(3) Psalm. CII. 5.

(4) Rom. VI. 13.

futuro como compañero del alma en la incorrupción y en la gloria" (1). ¿Quiere esto decir, sin embargo, que solo los que vivan aquí la vida eucarística resucitarán después? No por cierto; resucitarán todos, según nuestro dogma. Pero ¡ah, señores! ello es preciso que haya un modo especial de resucitar para aquellos que viven la vida de Cristo en el Sacramento eucarístico, si no han de ser una redundancia las palabras con que Jesucristo prometió la resurrección á los suyos, diciéndoles: "El que come mi carne y bebe mi sangre tendrá vida eterna, y yo le resucitaré en el último día" (2). Y así es, en efecto: la Eucaristía, *contra-veneno de la muerte*, en frase del mártir San Ignacio (3), alimenta nuestra carne (4), que,

---

(1) «Licet corpus non sit immediatum subjectum gratiae, ex anima tamen redundat effectus gratiae ad corpus dum in praesenti membra nostra exhibemus *arma justitiae Deo*, ut habetur Rom. 6, et in futuro corpus nostrum sortietur incorruptionem, et gloriam animae» (*Summ. Theol.* III P., quaest. LXXIX, art. 1. ad tertium).

(2) Joann. VI. 55.

(3) «Pharmacum immortalitatis est, antidotum ne moriamur, sed vivamus semper in Jesu Christo». (S. Ignat. M. *Epist. ad Ephes*).

(4) «Ex hac carne sanguis et carnes nostrae per mutationem aluntur». (S. Just. M. *Apol. ad Ant. Pium*).

«Facta consecratione, *dupliciter* potest dici panis in hoc sacramento esse. *Uno modo* ipsae species panis, quae retinent nomen prioris substantiae...; *alio modo* potest dici panis ipsum corpus Christi, quod est panis mysticus de coelo descendens... Corpus Christi non convertitur in corpus hominis, sed reficit mentem ejus...; sed species sacramentales

uniéndose á la carne divina de Cristo, queda incorporada á lo inmortal y hecha partícipe de su incorrupción, dice el Niseno (1); porque, como explica San Cirilo, Jesucristo, comunicándonos su vida con su carne, deposita en la nuestra un germen de inmortalidad, que mortifica y anula el germen de su corrupción (2). Resucitarán, pues, todos los hombres, sí; pero ¡qué diferencia! Los que no se hayan alimentado de la Eucaristia resucitarán muertos, porque no han comulgado el germen de la inmortalidad gloriosa, Cristo: "Patres vestri manducauerunt manna, et mortui sunt" (3). Pero los que se hayan alimentado de Él resucitarán vivos con vida sobreabundante á la vida gloriosa del cielo, conforme á su promesa "ut vitam

---

quamvis non sint substantia, habent tamen virtutem substantiae». (*Summ. Theol.* III P., quaest. LXXVII. art. 6. ad primum et tertium).

«Ex hoc corpore augetur et subsistit substantia nostrae carnis. 2 (S. Iren., Lib. V. Contr. haereses, cap. 2).

(1) S. Greg. Nis. *Cateches.* cap. 37.

«Hoc sacramentum est pignus aeternae haereditatis, et unica anchora spei nostrae; hoc unicum solatii nostri asylum, per hoc ad Dei nostri conspectum intra Sancta Sanctorum coelestes confidimus introire». (S. Thom. Vill. *Conc 3. de Sacram. Alt.*)

(2) S. Cirill. Alex. *In XV Joann.* cap. IV.

«Cibus iste, et potus, vitae est mysterium, immortalitatis medicamentum. causa resurrectionis primae, pignusque secundae, quia divinae plane in nobis initium substantiae». (Ab. Gueric, *Serm. 2 de Resurrect. Dom.*)

(3) Joann. VI. 49.

habeant, et abundantius habeant“ (1): “qui manducat hunc panem vivet in aeternum“ (2).

Pero demos un paso más, que los frutos admirables de la Eucaristía van más allá. Ella es el vínculo de toda nuestra perfección para con nosotros mismos, porque, apoderándose de nuestro amor y orientándolo á su fin, nos equilibra; para con Dios, porque, fomentando todas las virtudes en nuestra alma, nos une á Dios y nos santifica; para con nuestros prójimos, por último, porque, influyendo eficazmente sobre todos, como á todo se extiende la influencia del sol, nos aproxima. Como que la Eucaristía es la caridad de Cristo, cuya profundidad penetra en lo más hondo de nuestro ser, cuya altura nos sublima al cielo y cuya dilatación nos abraza y comprende á todos.

Voy, pues, á mostraros con la mayor brevedad posible este último fruto de la Eucaristía: la verdadera fraternidad, única solución del problema social de nuestra época.

### III

A las alturas á que ya hemos llegado no es un secreto para nadie que este problema social, venero fecundo de prevenciones y de odios entre las clases, y cuya inminente y desastrosa solución tiene consternado al mundo moderno,

---

(1) Id. X. 10.

(2) Id. VI. 59.

si bien se halla sostenido y se agiganta ante nosotros cada día más por el concurso de muchas causas y concausas, que no podemos detenernos á explicar ahora, tiene, sin embargo, su causa más honda, su raíz más profunda en el egoismo imperante hoy en todas las esferas de la sociedad. El amor humano trastornado y vuelto contra su fin por efecto del golpe recibido en la caída original, como os he indicado antes, arrastrado por las que se llaman corrientes de la época, las impetuosas corrientes de incredulidad é indiferencia que caracterizan á nuestro siglo, ha sido llevado por ellas tan lejos, tan lejos de Dios, que es su centro, que casi ha llegado á perderle de vista por completo. Entre nosotros, en el mundo actual (horrible es confesarlo, señores; pero más horrible es que sea cierto) Dios no significa nada. Unos le odian y le persiguen sañudos, no contentándose con menos que con arrancarlo del corazón de los hombres y del seno de la sociedad. Otros le desprecian como cosa inútil, si no es ya perjudicial, y le cierran las puertas de las universidades, de los tribunales, de las escuelas, hasta del templo, relegándole á su interior y sustrayendo á su divina influencia todos los centros de la vida social y todas las públicas instituciones. Muchos, en fin, por desgracia, persuadidos de que su acción no rebasa los límites de la mística, ni alcanza á producir otros efectos en la sociedad que fomentar la devoción y fervor de cuatro corazones piadosos, lo miran con indiferencia y prescinden de él sistemáticamente.

te en la solución de todos los problemas humanos y sociales. Es decir, que el amor humano, vuelto hoy como nunca contra Dios y alejado de Dios, unas veces le persigue, otras le desprecia y las más de las veces prescinde de él sin tenerle para nada en cuenta.

Por eso, señores, hoy el hombre, desde que ha perdido de vista el cielo y no ve más que la tierra, viéndose á sí mismo antes que á todos los demás, se ha adorado á sí propio, consagrándose á sí mismo con todos sus afectos, y dedicándose exclusivamente á buscarse á sí y á sus intereses egoistas. El amor del corazón humano necesita por su naturaleza misma un objeto al que se dirija como á su término; y si ese término necesario del amor no es Dios, no podrá ser otro que el hombre mismo. En vano direis al hombre que odia á Dios, que desprecia á Dios, que no cuenta con Dios, que consagre sus afectos á otros hombres y dirija su amor á sus prójimos como á su término; en vano le pedireis en nombre de la filantropía ó de esa fraternidad á la moderna la abnegación que á todos exige la solución del eterno problema de las clases en la sociedad. Pedireis inútilmente: el hombre sin Dios es necesaria é inevitablemente egoista; y el hombre egoista se mira á sí mismo y se cuida de sí mismo y de sus particulares intereses demasiado para mirar y cuidarse de los demás. Penetrad, señores, en el fondo de las cosas, y hablemos claro, que nada nos está siendo más funesto que nuestras confusiones y nuestros engaños voluntarios. Vereis hoy

á los hombres unirse y estrecharse en esas que llaman *sociedades de resistencia*, á título de fraternidad y solidaridad. ¿Y lo creéis? Porque lo que se ha visto muchas veces es una fraternidad que apalea á los iguales que no necesitan ó no quieren entrar en el complot, y una solidaridad que pone, no la fuerza de la razón y la justicia, sino la fuerza bruta del motín y del número al servicio de unos apetitos insaciables y de unas exigencias cada día más inadmisibles. Y esto, señores, ó yo me engaño mucho, ó es la solidaridad del egoísmo y una fraternidad vuelta del revés, porque no es la fraternidad que dá á otros lo suyo por amor, sino la fraternidad egoísta que no dá á otros sino á condición de cobrarse con usura multiplicado por el número de todos los demás. Veréis á otros ceder ante la imposición y conceder lo que de él se exige. ¿Por amor al prójimo y compasión de sus miserias? ¿Y entonces, como esperó á que se le haya exigido con violencias? ¿Más que fraternidad y amor al prójimo necesitado, no tiene esto todas las trazas de ser solo miedo y egoísmo? ¡Y qué puede ser una sociedad fundada sobre el egoísmo imperante en todas las esferas, como lo es la nuestra, sino una mina cargada de explosivos, que el choque incesante de los odios hará explotar quizás muy pronto!

Es, pues, indispensable acudir con el remedio eficaz de tan profundos males y con la urgencia que la gravedad del mal exige. ¿Que cual es ese remedio? ¡Oh revolucionarios modernos! El gran remedio de este mal social es la

fraternidad, sí; pero no la fraternidad del egoísmo que no tiene ojos sino para verse á sí propio, sino la fraternidad del amor que no tiene ojos sino para ver á los demás. Vosotros arrancásteis del Evangelio esta palabra, y olvidando que ésta, como todas las palabras de ese libro, son letra que mata y espíritu que vivifica, la sacásteis del santuario y la escribisteis en las fachada de vuestros edificios. Y así al aire libre se evaporó su espíritu vivificante y no os quedó sino la letra, un simulacro de fraternidad; menos aún que eso, una caricatura de fraternidad tan ridícula en sí misma como funesta y desastrosa en sus efectos. El espíritu de la fraternidad, la fraternidad verdadera, la que verdaderamente ama al prójimo, llena los abismos del odio, y aproxima y estrecha á los hombres más distantes entre sí, solucionando el pavoroso problema de las clases, la tenemos nosotros guardada en ese tabernáculo; porque no hay fraternidad sino fundada y arraigada en el amor de Dios, y ese amor de Dios, única fuente de verdadera fraternidad, es... la Eucaristía.

La Eucaristía, porque ella es Dios sacrificado por amor nuestro, que nos invita y estimula á todos á sacrificarnos por amor en obsequio de todos los demás. Ella es Dios que se entrega sin reservas por amor, inspirándonos á todos su misma abnegación, su desprendimiento y su generosidad. Ella es Jesucristo, cabeza divina de quien todos somos miembros (1), que unién-

---

(1) Coloss. I. 18.

donos á todos con Él, nos une y estrecha á todos mutuamente con el vinculo de su caridad, cuyo espíritu Él como cabeza influye en todos. Ella es el Verbo de Dios, *spirans amorem* (1), que respira amor, Espíritu Santo, fuego divino que Él trajo á la tierra, encendiendo con Él esa hoguera de amor de la Eucaristía de la que brotan incesantemente esos chispazos que prendiendo en el corazón de Vicente de Paul y de Juan de Dios, producen en el mundo, conforme á su deseo (2), esos incendios de caridad sublime en que se consumen todas las miserias de la humanidad.

En vano os afanais los que vivís lejos de nuestra Eucaristía en buscar soluciones al problema actual. La única solución está en la Eucaristía, porque solo en ella está el amor divinamente contagioso de Cristo, y solo con amor, con caridad cristiana en todos, puede resolverse el gran problema. Dejaos, pues, de palabras vacías; y venid aquí á llenarlas del espíritu de Cristo. Dejaos de esa fraternidad falsa, de esa ridícula filantropía con que os empeñais en engañaros; porque no son otra cosa que el disfraz del egoismo, *las monedas falsas de la caridad*, como muy bien se le ha llamado

---

(1) *Summ. Theol.* I P., quaest. XLIII, art. 4.

(2) Luc. XII, 49.

(1); y si quereis que desaparezcan los odios que nos dividen, y que se aproximen las clases hoy tan distanciadas, y que se abracén los hombres todos como hermanos, y que la sociedad se convierta en una gran familia en la que no haya sino un solo corazón y una sola alma, en la que la comunidad de bienes por espíritu de amor y caridad haga frías y repugnante las palabras *tuyo y mío* (2), como en la primitiva Iglesia, buscad el secreto de esa hermosa fraternidad donde la Iglesia primitiva lo encontraba, *en la comunicación de la fracción del pan* (3), en la divina Eucaristía.

Venid, pues, venid todos á la Eucaristía

---

(1) «¡Ay de los desgraciados que no reciben el socorro de sus necesidades sino por medio de la administración civil, sin intervención de la caridad cristiana! En las relaciones que se darán al público, la filantropía exagerará los cuidados que prodiga al infortunio, pero en realidad las cosas pasarán de otra manera. El amor de nuestros hermanos, si no está fundado en principios religiosos, es tan abundante de palabras como escaso de obras. La visita del pobre, del enfermo, del anciano desvalido, es demasiado desagradable para que podamos soportarla por mucho tiempo cuando no nos obligan á ello muy poderosos motivos. Donde falta la caridad cristiana podrá haber puntualidad, exactitud, todo lo que se quiera por parte de los asalariados para servir, si el establecimiento está sujeto á una buena administración; pero faltará una cosa, que con nada se suple, que no se paga: el amor. Mas se nos dirá: ¿y no teneis fe en la *filantropía*? Nó; porque, como lo ha dicho Chateaubriand, *la filantropía es la moneda falsa de la caridad*». (Balmes citado por Z. González, *Estudios*, Tom. II, *La Economía política*, IV).

(2) Act. II. 44, 45.

(3) Ib. 42.

que tan divinos frutos de perfección produce en nuestras almas, como centro de la caridad de Jesucristo. Venid los que os sentís esclavos de vuestras pasiones; la caridad de Cristo en la Eucaristía os dará fuerzas para luchar contra ellas y vencerlas, y comprendereis toda su profundidad; venid los que suspirais por las alturas de la virtud y de la gloria; la caridad de Cristo en la Eucaristía os robustecerá y confortará para que podais subir al monte del Señor, y comprendereis toda su sublimidad; venid vosotros también los que lejos de Dios os empeñais en buscar la solución del problema social planteado entre nosotros; la caridad de Cristo en el gran Sacramento del amor, es el vínculo de la perfección social, que uniendo y estrechando corazones destruye los odios, salva los abismos y hace de la sociedad una familia, un paraíso, un cielo anticipado, que tanta es, señores, su dilatación y su amplitud. “In charitate radicati et fundati, ut possitis comprehendere... et profundum, et sublimitas, et latitudo... *charitatis Christi*” (1).

Venid á la Eucaristía, y vereis cuán suave y dulce se ofrece el Señor en ella á vuestro corazón (2); venid y vereis cuan hermoso es el cáliz rebosante de amor con que el Señor en ella embriaga á vuestra alma (3); venid, y sabo-

---

(1) Ephes III. 17.

(2) Psalm. XXXIII. 9.

(3) Ib. XXII. 5.

read y saciaos de sus regalados frutos (1); venid á la Eucaristia, y embriagádoos con su dulzura (2), anticipaos en ella las dulzuras inefables del amor eterno, que se os tienen reservadas en el cielo.



---

(1) Eccli. XXIV. 26.

(2) Psalm. XXXV. 9.



# LA DIVINA EUCARISTÍA



## EL SACRIFICIO EUCARÍSTICO



### CONFERENCIA IV

#### La verdad del Sacrificio

---

*«Sacrum convivium in quo... recolitur memoria passionis.»*

(D. Thom. in Off. Smi. Corp. Christ.)

*«... Salutaris hostia...»*

(IBID.)

REAL ARCHICOFRADÍA

CATÓLICOS:

Hemos estudiado en las conferencias anteriores la Divina Eucaristía como Sacramento, demostrándoos sucesivamente en ellas su verdad, su excelencia y su fruto; y me persuado de haber logrado ofrecérsela con toda claridad como el Sacramento de la presencia real de Jesucristo entre nosotros, como el Sacramento más grande y sublime de la ley de gracia, como

el Sacramento, en fin, de toda nuestra perfección en todo orden y bajo todos sus aspectos. Siguiendo fielmente las enseñanzas de las Escrituras Divinas y de la Iglesia su intérprete por sus Doctores, hemos visto toda la propiedad con que el gran Doctor de la Sagrada Eucaristía, el inimitable Santo Tomás de Aquino, le llamó *convite sagrado en que se llena el alma de gracia*. “*Mens impletur gratia.*”

Y sin embargo, aún no hemos dicho todo lo que es la Eucaristía. Verdadero Sacramento y el más excelente y fecundo, es también verdadero Sacrificio y el más excelente y fecundo sacrificio; porque la Eucaristía no es solo un Dios huested de los hombres que derrama sobre ellos los beneficios de su gracia, es también un Dios víctima que aplica á los hombres el mérito infinito de su inmolación. No es solo la fuente copiosa de las aguas divinas de la gracia, *mens impletur gratia*; es también, según las frases del mismo Angélico Doctor, memorial perpétuo de la Pasión de Jesucristo: *recolitur memoria passionis ejus*.

La Eucaristía, pues, como Sacrificio será ahora el objeto de nuestras reflexiones, en las que, siguiendo el mismo orden para guardar la debida armonía, consideraremos sucesivamente la verdad, la excelencia y el fruto del gran Sacrificio eucarístico.

La Eucaristía, verdadero sacrificio anunciado en la antigüedad, realizado en el Calvario, perpetuado en el altar. Centro divino, en una palabra, de todo nuestro culto religioso, así co-

mo en cuanto es Sacramento, es el centro de nuestra vida sobrenatural.

Tal es, señores, el asunto que con el auxilio del Señor quiero hoy ofrecer á vuestra ilustrada y piadosa consideración.

## I

Podeis hallar, escribía Plutarco, pueblos sin murallas, sin leyes y sin letras; pero un pueblo sin Dios y sin Religión nadie lo vió jamás, (1). El hombre, *animal religioso*, tanto como *racional* por naturaleza, hasta el punto de ser la religiosidad una de las señales más características de su racionalidad, al decir de Joubert (2), ha podido, dice Cicerón (3), ignorar cual sea el Dios que debe haber; pero no ha habido jamás nación tan feroz y salvaje que no haya sabido al me-

---

(1) «Si totum orbem peragres invenies urbem sine litteris, sine Rege, sine domibus.... at urbem sine templis, sine Diis, nemo reperiit, reperietque. Inmo facilius duco aedificare posse sine solo urbem, quam posse civitatem cogi, et subsistere, fide deorum sublata.» (Plutarc. *Adversus Colotem. Epic.*)

(2) Joubert. *Viajes*. Tom. I.

(3) «Nullus est animal praeter hominem, quod habeat notitiam alicuam Dei; ipsisque in hominibus nulla gens est, neque tam inmansueta, neque tam fera, quae non, etiamsi ignoret qualem habendum Deum deceat, tamen habendum sciat» (Cic. *De Leg. Lib. II.*)

«Impossibile sane deorum filiis fidem non habere.» (Plat. *in Timaeo.*)

nos que es preciso que haya uno. Y de este conocimiento universal de la existencia de Dios, resultó en todas partes la Religión, que no es en su concepto trascendental sino el conjunto de relaciones de los hombres con Dios, el vínculo que con Él los une.

Pero á esta primera afirmación consignada en todas las páginas de la Historia de la antigüedad, se añade enseguida otra no menos universal y terminante que ella, á saber: la creencia en todos los pueblos de que ese vínculo entre Dios y los hombres estaba roto: que por efecto de una culpa tan antigua y tan universal como la humanidad misma (1), la culpa primera cometida por el hombre en el Paraiso, y cuya noticia y efectos habían llegado á todos los pueblos (2), Dios indignado contra el culpable se había apartado de él, haciéndole experimentar todo el peso de su miseria. “Siempre, en efecto, y en todas partes ha reconocido el hombre que tenía necesidad de clemencia,” (3).

Por eso todos los pueblos, aguijoneados, podríamos decir, por la exigencia de su naturaleza religiosa, buscaban el medio de reconciliarse con el Dios ofendido y reanudar el vínculo religioso roto por la culpa. Medio que para todos con rara unanimidad fué el sacrificio, hasta el punto que, como ha notado juiciosamente la

---

(1) Virgil. *Georg.* Lib. I.

(2) Véase A. Nicolás. *Estudios filosóficos*, I Parte., Libro II., Cap. IV.

(3) Voltaire. *Essai sur les mœurs.*, Cap. 120.

misma impiedad, “entre tantas y tan distintas religiones no hay una siquiera cuyo objeto principal no haya sido la expiación, (1). Verdad es que la incredulidad, explotando esta verdad histórica y abusando de ella, pretenderá deducir de ella el error, que según la feliz expresión de Bossuet, no es sino *el abuso de la verdad* (2), de que ninguna religión hay verdadera (3). Pero sobre todos sus sofismas se eleva triunfante esta tercera afirmación, que con las otras dos forman la base de nuestro argumento; la afirmación histórica de que el sacrificio es el nudo de toda religión; y que así como no hay pueblo sin religión, así también, dado que su vínculo fué roto por el pecado, no hay religión sin sacrificio, único medio de reanudarlo aceptado y practicado por todos los púeblos. “No hay religión al-

---

(1) Ib.

(2) Bossuet. *Disc. sobre la Hist. Univ.*

(3) «Hay religiones falsas del mismo modo que hay moneda falsa; remedios falsos, falsas influencias atribuidas á la luna. Pero es muy necesario que en el fondo de todo esto haya un culto verdadero, una religión verdadera, sin lo cual nadie hubiera imaginado suponer é inventar todas esas religiones falsas, del mismo modo que nadie se hubiera dejado persuadir á creer en ellas, si el espíritu del hombre no se hubiese hallado predispuesto por la misma verdad de una religión á ser el juguete de tantas falsedades, del mismo modo que se inclina, por la experiencia de la buena moneda, de la eficacia de ciertos remedios y de algunas verdaderas influencias astronómicas, á creer en la falsa moneda, en los falsos remedios y en las falsas influencias» (A. Nicolas. *Estudios filosóficos* I Part., Lib. I., Cap. IV.)

guna, dice San Agustín, cuyo nudo no sea el sacramento y el sacrificio,, (1).

Pues bien, señores, ese sacrificio, nudo y centro de toda religión, exigido universalmente por el instinto religioso de la humanidad entera, como medio único de desagraviar á Dios y volver á hacérselo propicio, es el gran sacrificio de Cristo, único que reúne las condiciones necesarias para alcanzar este fin. Condiciones que todas las religiones exigían á sus sacrificios para hacerlos eficaces, y que jamás pudieron encontrar en ellos. El nuestro, solo el nuestro satisface cumplidamente lo que en el sacrificio necesitaba el hombre y reclamaba Dios.

No negaré yo, que aunque el hombre no hubiera pecado, todavía el sacrificio hubiera sido una exigencia para él y un derecho para Dios. Dios, señor de todo, tiene derecho á que se le consagre todo; y el hombre, que todo lo que es y todo lo que tiene lo recibe de Dios, tiene el deber de referirlo á Dios, reconociendo y confesando de modo público y solemne esa universal y suprema soberanía de Dios. El sacrificio en el estado de inocencia no hubiera sido exigencia de la culpa, que no existía; pero hubiera sido exigencia de los derechos supremos de Dios. No hubiera sido una expiación, que no hacía falta, pero hubiera sido un homenaje exi-

---

(1) «In nullum nomen religionis, seu verum, seu falsum, coadunari homines possunt, nisi aliquo sacrificiorum et sacramentorum visibilium consortio colligentur». (S. Aug. *Lib: XIX contra Faustum.*)

gido por la soberanía universal del Ser divino. Pero desde que el pecado abrió entre Dios y el hombre el abismo de su enemistad, el sacrificio era el único puente que podía salvarlo, tomando desde entonces el carácter de medio único de reconciliación. Y así lo entendieron, y así lo practicaron todos los pueblos, exigiendo en sus sacrificios estas tres condiciones que juzgaron indispensables (y que lo son realmente) para que por su virtud pudiera realizarse esa reconciliación con Dios, á que iban ordenados: *la reversibilidad, la inocencia y la dignidad*

¿Qué era, en efecto, la víctima en todos los sacrificios sino la representación más adecuada posible del hombre pecador? ¿Ni qué puede significar su inmolación sino que, pecadora por imputación, debe pagar con la destrucción su pecado, que es lo que el pecado merece? El sacrificio no es, pues, en su más alto y universal sentido otra cosa que un caso de reversibilidad; en el cual el verdadero pecador, reconociendo que por su pecado debe morir, y no pudiendo darse él mismo la muerte sin cometer un nuevo pecado al usurpar á Dios su derecho sobre la vida, pone su pecado en la víctima para que muera por él con la muerte que él tiene merecida. La víctima es el pecador por imputación; por eso muere, porque el pecador debe morir. La víctima es el pecado vivo; por eso se le destruye, porque el pecado debe ser destruido para volver á Dios propicio. Teología de los sacrificios que San Pablo condensó en esta frase: "Sine sanguinis effusione non fit remissio." "No

se perdona el pecado sin efusión de sangre." (1).

Pero esta reversibilidad del pecador sobre la víctima tiene su complemento necesario en la reversibilidad de la víctima sobre el pecador. La víctima es el pecador y el pecado, para que con su destrucción queden ambos destruidos, como merecen; pero como el fin de esa doble destrucción es aplacar á Dios, dándole lo que su justicia exige, para reconciliarlo nuevamente con el hombre, es preciso que al poner el hombre su pecado en la víctima para destruirlo en ella, tome á su vez de ella, toda vez que, á pesar de la ficción de su sacrificio el verdadero culpable queda vivo, la inocencia que el mérito ó valor de ese sacrificio le ha reconquistado, y que corresponde al hombre cuyo pecado ha sido destruido. Por eso, señores, la segura condición exigida en todos los sacrificios era la inocencia de la víctima. Inocencia real ó simbólica, pero siempre tan ostensible, que formará su carácter. La víctima era pecadora por imputación para morir; pero debía ser inocente en sí misma, para que su muerte tuviera el mérito necesario para devolver al hombre su inocencia; porque su muerte en sacrificio no era solo para satisfacer la justicia de Dios por el pecado, sino también para solicitar su misericordia y reconciliarle con el hombre, pues que, aun después de recibida por Dios la

---

(1) Heb. IX. 22.

satisfacción de su justicia, podía mantener su separación del hombre; no sería su enemigo, pues que la ofensa estaba satisfecha; pero podía muy bien no ser su amigo, ni menos su Padre y su premio. Lo primero es un derecho de Dios; lo segundo es una gracia. Para lo primero, por tanto, basta la imputación á la víctima y su muerte; para lo segundo se exige mérito en esa muerte de la víctima, y para el mérito se exige su inocencia. De esta suerte la reversibilidad, esencia del sacrificio, es perfecta; el hombre está en la víctima imputándole su pecado, y la víctima está en el hombre, imputándole los méritos de su inocencia; con aquella primera imputación se satisface la justicia; con la segunda se solicita la misericordia, se obtiene la gracia y se reanuda el vínculo de la amistad del hombre con Dios. El sacrificio, señores, es en su significación constante y universal el punto de confluencia de las dos grandes corrientes que constituyen la esencia misma de la Religión: la corriente ascendente del hombre á Dios que lleva al cielo lo que se le debe de justicia, y la corriente descendente de Dios al hombre que derrama sobre la tierra los beneficios de la misericordia. Es el punto de contacto de la misericordia y de la verdad, el abrazo inefable de la justicia y de la paz, en frase del Profeta: "Misericordia et veritas obviaverunt sibi; justitia et pax osculatae sunt." (1)

---

(1) Pralm. LXXXIV. 11.

Y para asegurar esta reversibilidad esencial del sacrificio exigíase finalmente en él la dignidad de la víctima. Representante del hombre debía ser lo más hombre que fuera posible. Y tan exigida estaba esta condición por la naturaleza misma y el objeto ó fin del sacrificio, que los pueblos en su extravío y arrastrados por lo que podríamos llamar *furor religioso*, llegaban hasta la crueldad, inmolando al hombre mismo, persuadidos de que ninguna otra víctima podría asemejarse más á él. “No habiéndose creído siempre suficientemente digna la sangre de los animales para borrar la mancha del crimen y apaciguar la cólera del cielo, dice Faber á este propósito, con frecuencia se pedía la inmolación de una víctima más noble, y los altares del paganismo eran regados con torrentes de sangre humana.” (1) Pero, aun prescindiendo de este modo inhumano y feroz de procurar la tercera condición del sacrificio, la dignidad de la víctima, échase de ver claramente en todos, aún en los del pueblo judío, regulados por Dios mismo, la necesidad de esta condición; y ya que la víctima no fuera el hombre mismo, porque esto es bárbaro y salvaje, era, sin embargo, algo tan del hombre y tan estimable para el hombre, que pudiera ser el hombre mismo en cuanto la razón y la piedad natural lo permitían. Las víctimas eran animales, pero animales necesarios al hombre, como para que

---

(1) Faber. *Horae mosaicae*.

en su inmolación sacrificara el hombre algo de su vida; eran animales tanpreciados para el hombre, como los primogénitos, porque el sacrificio había de ser de lo que es más caro para el hombre, su vida misma; eran, en fin, animales; pero animales domésticos, nunca animales salvajes, como para que consigo se llevaran algo del hombre que los sacrificaba.

Dignidad de la víctima, que así como estaba exigida por el hombre, á quien había de representar, estaba reclamada también y más imperiosamente aún por Dios, á quien había de ofrecerse para satisfacer á su justicia y solicitar su misericordia. Y claro, señores, cuanto vale la justicia y la misericordia de Dios, cuanto vale Dios, debía valer la víctima ofrecida á Dios; y no siendo esto posible absolutamente, debía acercarse á fuerza de dignidad cuanto posible fuera á ese valor infinito que en ella se exigía.

Tal había de ser el verdadero sacrificio por virtud del cual se obrara la reconciliación de la humanidad con Dios. Pero ¡ah! que ninguno de los sacrificios antiguos, ni siquiera los sacrificios de Israel, llenaron las condiciones que ellos mismos exigían como esenciales y absolutamente necesarios para ser eficaces. Por eso se multiplicaron asombrosamente y se repetían á diario, como si pudieran suplir en cantidad lo que les faltaba en dignidad. Por eso no pasaron todos ellos de ser sombras, en frase del Apóstol, sombras y figuras de otro sacrificio único verdadero y eficaz para la sal-

vación del hombre (1); porque ninguna de sus víctimas fué verdadero representante del pecador y del pecado, ni verdaderamente inocente y santa, ni verdadero hombre como Dios exigía, ni verdadero Dios como el hombre necesitaba. El hombre, pues, está perdido para siempre, y su reconciliación con Dios, por la que suspira con tan vivas ansias, no pasará nunca de ser una hermosa y sublime aspiración, á menos que logre encontrar una víctima en la que se hallen las condiciones de representación, de inocencia y dignidad exigidas por él mismo. Dios no se dará por satisfecho con sus sacrificios puramente figurativos, sino que exige un sacrificio verdad, el sacrificio de una víctima adecuada. ¡Oh humanidad desdichada! ¿Tienes esa víctima? ¡Oh, sí; héla aquí! ¡*Ecce venio!* (2) Esa víctima verdaderamente cargada con el pecado es Jesucristo, en quien Dios ha puesto las iniquidades de todos los hombres (3) haciéndole como un pecado viviente (4); esa víctima verdaderamente santa, inocente y sin mancha es Jesucristo, tan ajeno de pecado (5) como que es espejo purísimo de la santidad de Dios (6) y la misma santidad; esa víctima, en fin, es Jesucristo, tan del hombre

---

(1) Heb. X. 1.

(2) Ib., 7 et seq.

(3) Isaías. LIII. 5, 6.

(4) II Corinth. V. 21.

(5) Joann. VIII. 46.

(6) Sap. VII. 26.

que es verdadero Hombre, *Hijo del Hombre*, como Él se designa á sí mismo, y tan digno de Dios como que es verdadero Dios, *Hijo de Dios*, según el testimonio de su propio Padre (1).

Hé aquí, pues, la única verdadera víctima, Jesucristo; hé aquí el único verdadero sacrificio de la reconciliación, el gran Sacrificio de la Cruz.

Es lo segundo.

## II .

Jesucristo, en efecto, como verdadero *Hombre*, representa mejor que ninguna otra víctima al hombre pecador, cuyo sacrificio simbólico ó místico estaba representado en el sacrificio real de las víctimas. Y no solo representa adecuadamente al hombre del pecado, como exigía la condición primera de los sacrificios figurativos, sino que llenando perfectamente esa condición, como cuadra al verdadero sacrificio, figurado en aquellos, es el mismo hombre de pecado, la misma humanidad, la carne del pecado, *el cuerpo del pecado* que los antiguos sacrificios simbolizaban destruir en la víctima y que Jesucristo en el suyo destruye realmente, como dice el Apóstol: "Sabed que nuestro hombre viejo (el hombre de pecado) ha sido crucificado juntamente con Cristo, para que quede en

---

(1) Math. III. 17.

Él destruido el cuerpo del pecado.“ “Hoc scientes quod vetus homo noster simul crucifixus est, ut destruat corpus peccati.“ (1) En la Cruz, señores, no hay ya símbolos ni figuras: hay una realidad sublime. Jesucristo no es una de tantas víctimas cargada simbólicamente de maldiciones y de improperios, sobre las cuales el Pontífice ponía sus manos como para derramar sobre ellas la maldición divina; nó, Jesucristo es el portador real y efectivo de toda nuestra miseria, “dolores nostros ipse portavit“, el sujeto real y efectivo de las venganzas divinas que nuestros pecados merecían “verè languores nostros ipse tulit“ (2), el objeto, en fin, efectivo y real de la maldición que sobre nosotros pesaba “factus est pro nobis maledictum“ (3).

El pecado, en efecto, radica en la naturaleza, y con la naturaleza y con la sangre se transmite. Es, puede decirse, un vicio, una infección de la sangre que se transmite hereditariamente á todos los hijos del padre que contrajo esa enfermedad infecciosa. Para su purificación hacía falta, por tanto, punzar á esa carne en su naturaleza, en donde estaba la raíz de su dolencia, y hacerle arrojar toda su sangre emponzoñada. Pues bien, Jesucristo ha tomado esa carne viciosa, esa humanidad manchada en todos, esa sangre, medio trasmisor de la infec-

---

(1) Rom. VI. 6.

(2) Is. LIII. 4.

(3) Gal. III. 13.

ción original, porque Jesucristo no ha asumido al hombre en concreto, al hombre individuo, á la persona humana, sino solo la humana naturaleza en que radica la infección original, si bien exenta en Él de esa infección, incompatible con la divinidad de la persona que la asume, y colgándola en su Cruz punzada con los clavos, con los azotes, con las espinas, extrae de ella toda su sangre, purificándola. El sacrificio de Jesucristo es lo que debía ser, el sacrificio de la humanidad pecadora, porque aunque la suya, la humanidad individualizada en Él, no lo sea, es la misma específicamente que es originariamente pecadora en todos los demás. Es la carne de pecado, es el cuerpo del pecado, repetimos con San Pablo, pero el cuerpo del pecado *destruido*; y por consiguiente, en el sacrificio de Cristo está cumplida la primera condición del verdadero sacrificio.

— Pero, si bien se exigía la destrucción del sujeto del pecado, como primer paso en el camino de la reconciliación con Dios, no bastaba esto, sin embargo, para alcanzar esa reconciliación, como hemos dicho: la víctima no había de ser solo representante del pecado, y á ser posible el pecado mismo, había de ser inocente y santa para que su sacrificio, satisfaciendo por el primer concepto á la justicia, solicitara por el segundo fuertemente, en la proporción de su mérito, la misericordia; y á ser posible debería ser Dios mismo para que el valor satisfactorio é impetratorio de su sacrificio igualara á la justicia que con él se había de satisfacer y

á la misericordia que en él se había de impetrar.

Pues bien, señores, Jesucristo es esa víctima divina, santa con la santidad de Dios, inocente como la inocencia misma, verdadero Dios, en una palabra, como la humanidad necesitaba y expresaba, cuanto le era posible, en sus sacrificios. Afortunadamente para nosotros Jesucristo, aunque vestido de nuestra humanidad pecadora, como con un ropage de ignominia, para sacrificarla á la justicia de Dios, es, sin embargo, verdadero Dios, que convierte en realidad la inocencia, la santidad simbólica de las antiguas víctimas, alcanzando para el hombre culpable un mérito no solo real y efectivo, sino proporcionado á la inocencia, á la santidad de un Dios sacrificado; esto es, infinito.

La dignidad altísima de la víctima del Calvario deja perfectamente cumplidas las condiciones todas del verdadero sacrificio, simbolizadas y figuradas en todos los sacrificios de la antigüedad: como verdadero Hombre-humanidad, porque no tiene del hombre sino la naturaleza común á todos, es universal y satisface, por tanto, por todos los hombres todas las exigencias de la justicia divina; y como verdadero Dios, porque Jesucristo es la persona del Verbo, su sacrificio es de un valor y mérito infinito y solicita y obtiene, por consiguiente, para todos los hombres todos los beneficios de la infinita misericordia. Y satisfechas, de esta suerte, en la Cruz de Jesucristo todas las exigencias del sacrificio verdadero y eficaz, la Cruz es

realmente el lugar de la reconciliación entre Dios y los hombres, el nudo del vínculo religioso roto por el pecado, el centro de la verdadera Religión, el único, para decirlo de una vez, el único verdadero sacrificio tan satisfactorio como pedía la justicia, tan impetratorio como reclamaba la misericordia, tan eucarístico, en fin, como exigía la gloria de Dios y nuestra propia gloria.

¡Cesad ya, sacrificadores crueles, cesad ya de inmolar á inocentes víctimas! ¡Cesad de regar vuestros altares con la sangre de vuestros sacrificios! Innumerables y repetidos á diario están con eso mismo demostrando su ineficacia para obrar la perfección que en ellos buscáis (1). Vuestras hostias y sacrificios no han sido suficientes para aplacar á Dios (2). Pero hé aquí ya una víctima digna de Dios, porque es Dios, y suficiente para el hombre, porque también es hombre. Dios está en ella reconciliándose con el mundo (3). Venid, pues, á la Cruz, y en la sangre de ese sacrificio divino que en ella se consume, lavad vuestras estolas manchadas y recobrarán la blancura de la inocencia que perdisteis, y que en vano buscábais en vuestras antiguas expiaciones.

Señores, hecho está: Jesucristo, con una sola oblación ha consumado para siempre la obra

---

(1) Heb. X. 1. 2.

(2) Psalm. XXXIX. 7.

(3) II. Corinth. V. 19.

de la santificación del hombre (1); su sacrificio es la gran obra de la pacificación eterna y universal (2); en adelante cesarán para siempre todas las hostias y todos los sacrificios antiguos (3) tan ineficaces, y para siempre y en todas partes se ofrecerá á Dios para gloria de su nombre, grande en las naciones, una sola oblación pura, como había anunciado Malaquías (4). La Cruz anunciada y figurada en todos los antiguos sacrificios, como único sacrificio verdadero y eficaz, se perpetuará en todos los pueblos y en todos los siglos para gloria de Dios y salvación de los hombres. Es como el vértice de un ángulo colosal, el punto de intersección de dos líneas gigantescas, que son las proyecciones de sus brazos extendidos en sentido opuesto: una que por la parte de allá se extiende por todos los siglos desde el principio del mundo, como se lee en el Apocalipsis (5), hasta el Gólgota, y que se llama *Expiación*; y otra que por la parte de acá se dilata por toda la historia cristiana, desde el Gólgota hasta el fin de los siglos, según la promesa del mismo Jesucristo (6), y que se llama *Eucaristía*. La expiación y la Eucaristía; proyecciones de la Cruz, ángulo inmenso cuyo vértice es el Gólgota, prefacio y

---

(1) Heb. X. 14.

(2) Coloss. I. 20.

(3) Dan. IX. 27.

(4) Malach. I. 10, 11.

(5) Apoc. XIII. 8.

(6) Math. XXVIII. 20.

epílogo respectivamente, anuncio y continuación eterna del gran sacrificio del Calvario. Que esto es la Eucaristía, según el Angélico (1), el memorial eterno de la muerte de Cristo, *memoriale mortis Domini*.

Lo vereis ahora para concluir.

### III

Decíamos al empezar, como recordareis, que así como no ha existido jamás pueblo alguno sin religión, así también no se ha visto nunca religión sin sacrificio. El sacrificio es el centro y como el fondo de toda religión, el acto religioso por excelencia. ¿Cómo, pues, habré de persuadirme de que mi religión, la más perfecta de todas, como divina; la única verdadera, no tenga su sacrificio propio, y el único verdadero y perfecto entre todos? ¡Imposible!

Y que no se nos diga que tenemos el sacrificio de la Cruz. Lo tenemos sí, gracias á Dios, pero el sacrificio de la Cruz no es exclusivamente nuestro, no es el sacrificio de la religión de Cristo; es el sacrificio universal, pertenece á todas las religiones, y es indudable que los sacrificios de todas no son otra cosa que la Cruz más ó menos desfigurada por la superstición y la ignorancia. El sacrificio de la Cruz es por lo menos de la Sinagoga como de la Iglesia, del

---

(1) D. Thom. Hymn. *Adoro te devoté*

judaismo como del cristianismo; porque si todos los sacrificios eran cruces desfiguradas, los sacrificios de Israel eran la misma Cruz de nuestro Cristo, su anuncio adecuado, su sombra y su figura la más expresiva, y de nuestra Cruz tomaban toda su eficacia, hasta el punto que la esperanza en nuestra Cruz expresada en sus sacrificios, era bastante para justificar á los creyentes israelitas. La Cruz, pues, es nuestra y más nuestra que de nadie, pero no es exclusivamente nuestra, es de todas las religiones, es sobre todo del judaismo, es de todos y para todos los hombres, *pro omnibus* (1). Y nó, no podemos resignarnos á tener una religión sin un sacrificio propio suyo, porque esta sería una religión mutilada en su integridad. No podemos resignarnos á tener como cristianos un sacrificio que comparten con nosotros los judíos principalmente, porque en algo nos aventajarían, y esto es absurdo. Ellos, en efecto, tuvieron la Cruz figurada en sacrificios propios llenos de magnificencia y de solemnidad, y nosotros debemos tener la Cruz como ellos, pero la Cruz no ya figurada, porque la realidad ha sustituido ya á las figuras, sino continuada, perpetuada en un sacrificio propio nuestro, como ellos tenían sacrificios propios suyos, y lleno el nuestro no de magnificencia simbólica, sino de magestad real; no de la fé en un Dios encarnado, sino de esa misma carne divina; no de esperanza en

---

(1) II Corinth. V. 14.

una sangre reparadora, sino de esa misma sangre infinitamente eficaz; no de sombras de un sacrificio meritorio, sino de ese mismo sacrificio y de todos sus méritos. Debemos tener la Eucaristía, porque todo esto es la Eucaristía. Solo así nuestra divina religión, única verdadera, única perfecta, marcará el último paso del progreso religioso, y cerrará dignamente el ciclo de todas las religiones.

La Eucaristía, sí, la Eucaristía es nuestro sacrificio. El mismo sacrificio de Jesucristo, Melchisedech divino, que bajo las especies eucarísticas ofrece á su Padre continuamente su carne y su sangre, dice S. Cipriano (1). Sacrificio verdaderamente eucarístico, según S. Justino (2), con el que glorificamos dignamente á

---

(1) «Quis magis sacerdos Dei summi quam Dominus noster Jesus Christus, qui sacrificium Deo Patri obtulit hoc idem quod Melchisedech obtulerat, id est, panem et vinum, scilicet corpus et sanguinem.» (S. Cyprian., *Epist. ad Concilium*. Lib. 2.)

«Melchisedech jam typum Christi tunc panem et vinum obtulit, et mysterium christianum in Salvatoris sanguine dedicavit.» (S. Cyprian., *Epist. de Dom. calice*.)

«Tempore Messiae omnia sacrificia cessabunt; sed sacrificium panis et vini non cessabit. Rex Messias excipiet á cessatione sacrificiorum sacrificium panis et vini, sicut dicitur: Tu es Sacerdos in aeternum secundum ordinem Melchisedech.» (Rabbi Finees. *Tu Bereschit Rabbá*.)

(2) «De sacrificiis á vobis (Judaeis) quondam oblatis dicit Deus per Malachiam (I, 10-11.) *Non est mihi voluntas in vobis, dicit Dominus exercituum, et munus non suscipiam de manu vestra; ab ortu enim solis usque ad occasum, magnum est nomen meum in gentibus, et in omni loco sacrificatur, et offertur nomini meo oblatio munda; quia magnum est nomen meum in*

Dios en todo lugar, como profetizó Malaquias. Con nuestro sacrificio legítimo, constante y efficacísimo, en frase de San Gerónimo (1), aventajamos á los sacrificios judáicos, asegura el grande Agustino (2), en los que se inmolaba entre sombras, y á los cuales ha sustituido nuestra divina Eucaristía. Y cuanto aventaja á sus sacrificios el nuestro, aventaja y excede nuestro sacerdocio al suyo (3), y es más perfecta que la suya nuestra Religión.

*gentibus.* De sacrificiis autem in omni loco á nobis gentibus oblati, id est, panis Eucharistiae, et calicis Eucharistiae, praedixit tunc, dicens nomen ejus glorificari. (S. Just. *Dialog. cum Tryphon.*, n. 41.)

(1) «Sacrificium Dei legitimum, jure atque perpetuum, quod nulla intermittitur Die, sed omni tempore, orto sole, semper offertur.» (S. Hier., *In cap. XLVI. Ezech.*)

«Magnum est sacramentum in Sacrificio novi testamenti; quod ubi, et quando, et quomodo offeratur, cum fueris baptizatus, invenies.» (S. Aug. *Epist. CXX.*, cap. 19.)

(2) «Mensam Sacerdos ipse, mediator novi testamenti exhibet, secundum ordinem Melchisedech, de corpore et sanguine suo; id enim sacrificium successit omnibus illis sacrificiis veteris testamenti, quae immolabantur in umbra futuri... Quia pro illis omnibus sacrificiis et oblationibus corpus ejus offertur et participantibus ministratur.» (S. Aug. *De Civit. Dei.*, Lib. XVI. 20.)

(3) «Dominus docet nos, tanto magis impium esse qui cum impurus sit, audet in sacrificium offere corpus Domini, qui dedit seipsum pro nobis oblationem et hostiam Deo in odorem suavitatis, quanto unigeniti filii Dei corpus arietibus ac tauris antecellit.» (S. Basil., *Lib. XI. de Bapt.*)

«Merito corporis ipsius, et sanguinis memoriam quotidie celebrantes, ac meliore, quam veteris sacrificio et functione sacra dignati; nefas jam esse ducimus ad illa prima elementa, et imbecillia delabi, symbola videlicet et imagines, non ipsam veritatem complexa.» (Euseb., *De demonstr. Evang.* I.)

Sin embargo, señores, confieso que el Sacrificio eucarístico es un misterio; pero aunque incomprendible como misterio, es un verdadero sacrificio, el gran sacrificio de la ley nueva. Notad las mismas palabras con que lo ha instituido Jesucristo, y si bien no llegareis á descubrir en ellas el *cómo* divino de la inmolación eucarística, bastarán por su evidencia para convenceros de su verdad. Jesucristo ha tomado en sus manos el pan, y al darlo á sus apóstoles les dice: "Tomad y comed: esto es mi cuerpo, *que será entregado por vosotros*"; y separadamente toma el cáliz con vino, y dándoselo les dice: "Tomad y bebed: este es el cáliz de mi sangre, *que por vosotros será derramada*" (1). Señores, aquí todo habla de sacrificio: hablan las palabras de Cristo que dá su cuerpo *entregado á la muerte* y su sangre *derramada*; y hablan los hechos, porque si la Eucaristía no es un sacrificio, ¿qué ha querido indicar Jesucristo con la separación de sus especies? ¿Si en ambas nos daba lo mismo, todo Él, no sería una redundancia darnos en una de las especies su carne con su sangre, y en la otra su sangre con su carne? ¡Oh, sin duda la Eucaristía, así instituida, es según la intención de Cristo, un verdadero sacrificio! Su mente, claramente revelada en sus palabras y en sus hechos, es darnos separados, es decir, en estado de inmolación y sacrificio, su cuerpo y su sangre; porque en la especie de

---

(1) I Corinth. XI. 24.—Luc. XXII. 20.

pan nos dá su cuerpo tan separado de su sangre como lo permite su estado actual de vida y de gloria, y del mismo modo su sangre en la especie de vino; de tal suerte, que si Cristo pudiera morir, moriría en virtud de las palabras consecratorias de su cuerpo y de su sangre separadamente, pues como dice el Angélico, Cristo está en la Eucaristía tal como es, porque no es otro Cristo en ella, ni solo figura de Cristo; y así como ahora que Cristo es vivo y glorioso, está vivo y glorioso en ambas especies, es decir, unidos su cuerpo y su sangre, así cuando Cristo estaba muerto y separados su cuerpo y su sangre, separados su cuerpo y su sangre, y muerto, estaría en la Eucaristía, es decir, cuerpo sin sangre en la especie de pan, y sangre sin cuerpo en la de vino (1). ¡Que no lo

---

(1) «Sub specie panis est corpus Christi ex vi consecrationis, sanguis autem sub specie vini; sed nunc quidem, quando realiter sanguis Christi non est separatus ab ejus corpore, ex reali concomitantia; et sanguis Christi est sub specie panis simul cum corpore, et corpus sub specie vini simul cum sanguine. Sed si tempore passionis Christi, quando realiter sanguis fuit separatus á corpore Christi, fuisset hoc sacramentum consecratum, sub specie panis fuisset solum corpus, et sub specie vini fuisset solum sanguis. —Anima Christi est in hoc sacramento ex reali concomitantia, quia non est sine corpore, non autem ex vi consecrationis. Et ideo si tunc fuisset hoc sacramentum consecratum, vel peractum, quando anima erat á corpore realiter separata, non fuisset anima Christi sub hoc sacramento, non propter defectum virtutis verborum, sed propter aliam dispositionem rei.» (*Summ. Theol.* III P., quaest. LXXXI., art. 4., ad secundum et tertium.)

comprendemos! ¡Ni qué falta nos hace! Lo ha dicho y lo ha hecho Jesucristo, y esto nos basta. Porque si la Eucaristía es un misterio de fé, *mysterium fidei*, como la Iglesia con su sentido divino nos recuerda en el momento oportuno, en la consagración del cáliz (1), necesario es que, como dice Santo Tomás (2), demos fé solo al oído, único sentido que aquí no nos engaña, porque por el oído entra la fé en nuestras almas, según la doctrina del Apóstol: *fides ex auditu* (3).

Y como Jesucristo, nos lo dice la Iglesia, fiel intérprete de sus palabras y de sus hechos por la voz de todos sus doctores, por los anatemas de sus Concilios (4), y hasta por la voz de los mismos hereges, que interesados en acusar á la Iglesia de haber inventado ella el dogma del Sacrificio eucarístico, después de haber estudiado toda la tradición, con el ahinco del que busca argumentos contra ella, han tenido

---

(1) *Verb. consecrat. calic.*

(2) D. Thom. *Hymn. Adoro te devoté.*

(3) Rom. X. 17.

(4) «Si quis dixerit, non offerri Deo in missa verum et proprium sacrificium, aut quod offerri non sit aliud quam nobis Christum ad manducandum dari: anathema sit.»

«Si quis dixerit illis verbis: Hoc facite in meam commemorationem, Christum non instituisse apostolos sacerdotes, aut non ordinasse ut ipsi alique sacerdotes offerrant corpus et sanguinem suum: anathema sit.» (*Conc. Trid. Sess. XXII., cap. IX., can. 1, et 2.*)

que confesar que “no puede dudarse que la doctrina del sacrificio eucarístico es apostólica, y, por consiguiente, que no hay más remedio que admitirla” (1); ó bien, rebeldes contra la evidencia misma, echar mano con Lutero, á falta de mejores argumentos, del socorrido expediente del insulto, llamando modestamente *asnos* á los tomistas, que lo defienden y demuestran (2), ó de la razón convincente y suprema de negar la tradición entera de plano y por su

---

(1) «Negari non potest veteres, quando loquuntur de celebratione caenae Domini, usurpare vocabula sacrificii, immolationis, oblationis, hostiae, victimae, item uti verbis offerre, sacrificare, immolare.» (Kemnitz. *Exam. Trid. Conc.*, pág. 782.)

«Vix ullus dicitur locus relictus est, ab ipsis sanctis apostolis hanc de sacrificio Eucharistiae doctrinam promanasse, ac proinde omnino tenendam esse, licet nullum pro ea dictum ex ipsis prophetarum vel apostolorum adduci posset. (Grabe., *Annotat. ad S. Iren.*, Lib. IV, cap. 32.)

Y tanto es, en efecto, de tradición apostólica la doctrina del sacrificio eucarístico, como reconocen los mismos protestantes citados, que ya S. Andrés contestaba al Prefecto de la Acaya: «Ego omnipotenti Deo, qui unus, et verus est, inmolo quotidie, non taurorum carnes, nec hircorum sanguinem, sed immaculatum agnum in altari, cujus carnem posteaquam omnis populus credentium manducaverit, agnus qui sacrificatus est, integer perseverat, et vivus». (Act. Passion. S. Andr. scrip. á Presbyt. et Diac. Achaiae.)

(2) «Hoc est, quod dixi, thomisticos asinos habere nihil quod producant, nisi multitudinem hominum et usum antiquum». (Luther. *Lib. contra regem Angliae.*)

base (1). ¡Oh, sí; si no nos constara tan ciertamente la verdad de nuestro dogma, nos vencerían de ella los argumentos contra ella esgrimidos por el Padre de la Reforma, más aún que las desesperadas confesiones de sus discípulos!

Sí, la Eucaristía es un verdadero Sacrificio, y, por tanto, nuestra divina Religión nada tiene que envidiar á ninguna otra; más perfecta que todas, y ¡qué digo! la única entre todas perfecta. Que si no hay religión sin sacrificio, como hemos dicho con San Agustín (2), porque el sacrificio es el nudo del vínculo religioso, el fondo y la esencia misma de la religión y el centro de todos los actos que la constituyen, nuestra religión divina tiene un sacrificio divino, como corresponde á su dignidad y excelencia, la Eucaristía, que es su nudo, que es su fondo, que es su centro. Porque si toda nuestra religión es Cristo inmolado, toda nuestra religión es la Eucaristía, que no es sino Cristo inmolado en el altar como en la cruz. Por eso

---

(1) «Hic non moramur, si clamitent papistae: Ecclesia, Ecclesia, Patres, Patres. Quia ut dixi, hominum dicta, aut facta, nihil in tam magnis causis curamus. Scimus enim ipsos prophetas lapsos esse, adeoque apostolos; verbo Christi judicamus Ecclesiam, apostolos adeoque ipsos Angelos». (Luth. *Lib. De Missa privata*).

«Si nihil habetur, quod dicatur, tutius omnia negare, quam missam sacrificium esse concedere». (Luth. *De Capt. Babylon.*, cap. 1.)

(2) S. Aug. *Lib. XIX contra Faustum*.

el altar es la confluencia misteriosa de las dos corrientes que constituyen toda religión: la corriente de las adoraciones, de las acciones de gracias, de las preces, de las inmolaciones voluntarias, de las oraciones, en fin, que suben desde la tierra al cielo, comunicando á los hombres con Dios; y la corriente de los auxilios, de las gracias, de las bendiciones, que baja del cielo á la tierra, y por la que Dios se comunica con los hombres. Todos los otros sacramentos, verdaderos canales de la gracia divina, están, como visteis á su tiempo (1), relacionados con la Eucaristía á la que todos se ordenan, como soldados á este depósito central de las aguas de la gracia, porque la gracia es fruto del sacrificio de Cristo, es la sangre de Cristo convertida por un milagro complejo de justicia y de misericordia en esa agua divina que salta hasta la vida eterna (2), y la Eucaristía es el sacrificio de Cristo, la sangre de Cristo, y como tal, la fuente de esas aguas, patente y abierta siempre para todos, como anunció el profeta (3). Y en cuanto á la corriente ascendente, ¡oh!, que no presuma nadie de enviar al cielo sus actos religiosos sin hacerlos pasar por el altar, porque no le serán aceptados en el cielo por Dios sin que lleguen impregnados con la sangre de su Cristo y avalo-

---

(1) Véase la Conf. 2.<sup>a</sup>: *Excelencias del Sacramento eucarístico*.

(2) Joann. IV. 14.

(3) Zachar. XIII. 1.

rados con sus méritos; y la sangre de Cristo y los méritos del sacrificio de Cristo, están en el altar. Poned, pues, vuestros actos religiosos en manos de un sacerdote; él los pondrá sobre el corazón de Cristo inmolado en la Eucaristía, y por Él, *per Christum Dominum nostrum* (1), llegarán hasta el corazón mismo de Dios.

Pero detengámonos, señores; lo que acabo de deciros nos abre el camino á lo que tenemos que deciros todavía sobre la excelencia y el fruto de este divino Sacrificio, y que habrá de ser el asunto de las dos conferencias inmediatas, según el plan que nos hemos propuesto seguir, y que os anunciaba al empezar. Detengámonos, y como el viajero que ha recorrido un largo camino, antes de separarnos hoy del altar de la Eucaristía, echemos una mirada sobre ella; y al ver en ella la realidad de todas las figuras con que todos los pueblos la adoraron entre sombras con sus sacrificios, porque ella es el *memorial perpetuo* del gran sacrificio de Cristo, *memoriale mortis Domini*, el mismo Cristo inmolado perpetuamente por nuestra salvación, caigamos de rodillas con todos los pueblos ante la Eucaristía, exclamando convencidos de su verdad y agradecidos á tan insigne beneficio con su Angélico cantor: *¡Oh salutaris Hostia!* (2)

---

(1) Terminación de todas las oraciones de la Iglesia.

(2) D. Thom. *Off. in solemnitate SS. Corp. Christi*,  
Hymn. ad Laud.

¡Gracias, Víctima divina! ¡Gloria á tí, divina  
Hostia de salud, ahora, y siempre, y en la eter-  
nidad!



## CONFERENCIA V.

### La Excelencia del Sacrificio

---

«*Recolitur memoria Passionis ejus*»  
(D. Thom. Off. Smi. Corp. Christi).  
«*Sacrificium divinissimum*» (D.  
Thom. Opusc.)

REAL ARCHICOFRADÍA

CATÓLICOS:

De dos modos, dice el Angélico Maestro Sto. Tomás de Aquino, puede llamarse la divina Eucaristía el Sacrificio é inmolación de Cristo: uno, en cuanto es imagen del Sacrificio cruento de la Cruz, y en este sentido pueden llamarse sacrificio ó inmolación de Cristo los antiguos sacrificios que lo figuraban y anunciaban. Y puede llamarse también la Eucaristía el Sacrificio de Cristo en cuanto por ella se nos comunican los efectos de su inmolación: y por este segundo concepto es propio de la Eucaristía llamarse y ser la inmolación ó sacrificio de Cristo

(1). Es, pues, la Sagrada Eucaristía imagen, memorial, recuerdo de la Pasión de Jesucristo, *recolitur memoria Passionis ejus*; y por este concepto es, como decíamos ayer, la segunda línea del ángulo formado por las proyecciones de los brazos de la Cruz, figurada en la primera de esas líneas por los sacrificios antiguos y especialmente los sacrificios de Israel, y perpetuada en nuestra Eucaristía hasta el fin de los siglos. Y como el sacrificio de la Cruz es el único verdadero sacrificio, y la Eucaristía lo repro-

---

(1) «Duplici ratione celebratio hujus sacramenti dicitur inmolatio Christi. *Primo quidem quia, sicut dicit Augustinus ad Simplicianum. (Lib. II, q. III ante med.) Solent imagines earum rerum nominibus appellari quarum imagines sunt; sicut cum intuetes tabulam, aut parietem pictum dicimus: Ille Cicero est, et ille Salustius.* Celebratio autem hujus sacramenti... imago quaedam est repraesentativa passionis Christi, quae est vera ejus inmolatio. Et ideo celebratio hujus sacramenti dicitur Christi inmolatio. Unde Ambrosius dicit super Ep. ad Heb. (super illud cap. X. *Umbra enim, etc.*) *In Christo semel oblata est hostia, ad salutem sempiternam potens; quid ergo nos? nonne per singulos dies offerimus? sed ad recordationem mortis ejus.* Alio modo quantum ad effectum passionis Christi, quia scilicet per hoc sacramentum participes efficimur fructus dominicae passionis. Unde in quadam dominicali orationi secreta dicitur: *Quoties hujus hostiae commemoratio celebratur, opus nostrae redemptionis exercaetur.* Quantum autem ad primum modum, poterat dici Christus inmolari etiam in figuris veteris testamenti. Unde et Apoc. XIII. 8. dicitur: *Quorum nomina non sunt scripta in libro vitae Agni, qui occisus est ab origine mundi.* Sed quantum ad secundum modum proprium est huic sacramento quod in ejus celebratione Christus inoletur». (*Summ. Theol. III P., quaest. LXXXIII., art. 1.*)

duce en acción, la acción eucarística que se realiza de continuo en nuestros altares es el verdadero sacrificio, el mismo sacrificio de la Cruz reproducido y realizado en ellos, cuantas veces en ellos se consagra la Eucaristía. Mas por dicha nuestra (y en esto aventaja infinitamente nuestro sacrificio á todos los antiguos) la Eucaristía no es solo una reproducción del sacrificio de Cristo vacía, como vacíos eran los anticipos de ese gran sacrificio en la antigüedad, sino que es su reproducción llena de sus méritos, de sus gracias, de sus efectos tan verdaderos y reales como efectivamente y en realidad está llena de la sangre misma, que es el precio divino de esas gracias, como dice S. Pedro (1). Pues como explica el Apóstol San Juan, Cristo, que con su sangre nos ha comprado esa agua divina de la gracia, no viene á nosotros en el agua solamente, sino en el agua y en la sangre: “hic est qui venit per aquam et sanguinem; non in aqua solum, sed in aqua et sanguine,” (2).

¡Tanto es, señores, la Eucaristía el sacrificio de la Cruz! Pues así como del corazón del Cristo inmolado salieron agua y sangre unidas (3), así de la Eucaristía, en que ese mismo Cristo se inmola, sale con la sangre realmente contenida en ella, la misma agua de la gracia y de la justificación, que con esta misma sangre salió de su costado abierto en la Cruz. La

---

(1) I Pet. I. 18.

(2) I Joann. V. 6.

(3) Joann. XIX. 34.

Eucaristía, por tanto, repetiremos con el Angélico, es el verdadero sacrificio de Cristo, no solo porque lo reproduce, sino porque contiene todos sus efectos; es la inmolación de Cristo, no vacía como las inmolaciones que por la parte allá de la Cruz la figuraron, sino llena, porque parte ya de ese sacrificio realizado, de todas las gracias, que Cristo con él nos mereció.

Y hé aquí ya el fundamento, la razón suprema de la grande, sublime, incomprendible excelencia de este Sacrificio del altar tan único, tan divino, tan infinito como el sacrificio de la Cruz, porque es el mismo sacrificio de la Cruz con sus mismos efectos.

Es el asunto que, siguiendo nuestro plan, nos corresponde tratar hoy.

## I

La Reforma, que para justificar su nombre, siendo lobo, se viste con piel de oveja para destrozarse el divino rebaño de la Iglesia, afecta, con falso celo é hipócrita gazmoñería, escandalizarse de nuestro Sacrificio eucarístico, calificándolo de injurioso para la Cruz. ¡Como si al decir nosotros con el Sto. Concilio de Trento que en la Misa ofrecemos á Dios *verdadero y propio sacrificio* (1), dijéramos que es otro sacrificio distinto del de la Cruz! Nó, la Eucaristía

---

(1) Conc. Trid. Sess. XXII., Cap. IX., can. 1.

es sacrificio, como la Iglesia ha definido y nosotros demostrábamos ayer; pero es específicamente el mismo sacrificio de la Cruz, hasta el punto que, como muy bien explicaba el insigne Bossuet “lejos de apartarnos del sacrificio de la Cruz, á él nos lleva con todas sus circunstancias, pues que no solamente se refiere á él todo entero, sino que no subsiste, ni tiene otra razón de ser que ese sacrificio de la Cruz, del cual recibe toda su virtud é importancia,, (1) Palabras, Señores, que reproduciendo fielmente y casi á la letra las enseñanzas del Angélico que acabo de recordaros, fijan el sentido de nuestro dogma con tal precisión, que facilmente se hecha de ver todo lo que tiene de ilógica, de irracional y hasta de ridícula la acusación del Protestantismo en este punto. En buen hora que se escandalice de nuestro sacrificio, como de un agravio al sacrificio de la Cruz, si este es específicamente otro y distinto de aquél; pero, si en su substancia es el mismo sacrificio de la Cruz ¿dónde está el agravio? ¿Es injuriosa para el Rey que concede una gracia á todos sus súbditos, la aplicación concreta y particular que van haciendo de esa gracia á cada uno sus ministros? ¿Si uno deja su fortuna para los necesitados, la acción particular por la que cada uno de estos recibe su parte, es un agravio para la acción del testador? En ambos casos, señores, aquí no hay sino una sola gracia y una sola limosna. La gra-

---

(1) Bossuet. *Exposition de la doctrine catholique*. C. XIV.

cia otorgada á cada uno por el ministro es la misma gracia otorgada á todos por el Rey; la limosna que cada uno recibe es específicamente la misma limosna legada á todos por el piadoso testador: Una sola gracia otorgada y aplicada en el primer caso; una sola limosna concedida y distribuida en el segundo.

Y esto exactamente es la Cruz y la Eucaristía: un sacrificio único realizado para bien de todos en el Calvario y reproducido para bien de cada uno en el altar; la gracia *una* de la Redención otorgada á todos en la Cruz y aplicada á cada uno en la Eucaristía; la limosna *una* de la sangre y de los méritos de Cristo concedida á todos allí, y distribuida aquí á cada uno en concreto. Claro es que la acción por la cual se distribuye esa limosna en concreto y en concreto se aplica aquella gracia á cada uno es distinta de la acción general por la que la gracia y la limosna fueron concedidas á todos; y cada uno de esos actos particulares de distribución y aplicación son otras tantas limosnas y gracias numéricamente, pero específicamente todos no son sino una misma gracia y una misma limosna. Del mismo modo cada Misa es una limosna, una gracia, un sacrificio, una cruz numéricamente distintos, pero solo numéricamente; porque todas las Misas no son sino la única limosna de sangre, la única gracia de la redención, el único sacrificio y la única Cruz de Jesucristo. La Cruz del Calvario es la Cruz de todos; la Eucaristía es esa Cruz propia ya de cada uno.

Vuelvo, pues, á preguntar: ¿dónde está el

agravio que según el Protestantismo hace la Eucaristía á la Cruz de Jesucristo? ¡Que Jesucristo con un solo sacrificio, el del Calvario, consumó para siempre la obra de la santificación! *Una oblatione consummavit in sempiternum santificatos* (1); ¡Que Jesucristo no necesita ofrecer cada día sacrificios, sino que lo hizo una sola vez, ofreciéndose en sacrificio á sí mismo en el ara de la Cruz! *Non habet necessitatem quotidie.... hostias offerre...; hoc enim fecit semel seipsum offerendo* (2). ¡Que hemos quedado santificados con la oblación del cuerpo de Cristo una sola vez! *Santificati sumus per oblationem corporis Jesuchristi semel* (3). ¡Oh, sí, cierto, muy cierto! Precisamente esa hermosa doctrina de San Pablo es la doctrina de la Iglesia. Suficiente, y más que suficiente, sobreabundante el sacrificio cruento de Jesucristo en la Cruz para la justificación de todo el mundo, no necesita otros sacrificios que lo completen, y suplan deficiencias que no existen; por eso la Eucaristía no es sacrificio complementario del de la Cruz en cuanto á su virtud y mérito, sino el mismo sacrificio de la Cruz aplicando á cada uno ese mérito, esa virtud sobreabundante para todos. El Calvario es la fuente infinitamente fecunda de la gracia de la Redención; la Eucaristía es el canal por donde se comunica, que

---

(1) Heb. X. 14.

(2) Ib. VII. 27.

(3) Ib. X. 10.

doctrina es también del Apóstol, que no basta que Jesucristo haya alcanzado con su Pasión gracia para todos, es necesario que cada uno particularmente se la aplique, *supliendo lo que falta á la Pasión de Cristo* (1). Y esto es lo que hace la Eucaristía: suplir lo que falta al sacrificio de Cristo, su aplicación, que no es bastante que haya medicina suficientemente eficaz para una dolencia; con toda su eficacia no curará la enfermedad si no se aplica al paciente (2).

Quizá me direis que en este caso deberían llamarse sacrificios todos los otros sacramentos, por la misma razón, pues que todos son canales de esa misma gracia, fruto de la Pasión de Jesucristo. Pero, señores, no hay más sino que no lo son, porque á su autor divino no plugo instituirlos como tales, cosa que por intenciones inescrutables en las que no nos es dado penetrar, y solo porque así fué su voluntad, reservó para el más alto y sublime de sus sacramentos, la Eucaristía. Quiso perpetuar los efectos de su sacrificio en el mundo, aplicando su fruto á las almas por signos sensibles, cuando pudo reservarse comunicar El mismo directamente y de un modo invisible esos frutos, é

---

(1) Coloss. I. 24.

(2) «Eundem enim semper offerimus: non nunc quidem aliam, cras autem aliam, sed eandem semper victimam. Quamobrem unum est sacrificium. Pontifex noster ille est, qui eam obtulit hostiam quae nos mundat. Illam nunc quoque offerimus, quae tunc fuit oblatae, quae non potest consumi». (S. Chrysost., *Hom. 17 in Epist. ad Hebr.*)

instituyó los sacramentos; pero quiso que en uno de ellos, en aquel en que Él mismo por una traza divina de su amor se quedaba realmente, se perpetuase no solo el fruto de su sacrificio, sino su sacrificio mismo, causa de esos frutos y origen de esas gracias, è instituyó la Eucaristía del modo conveniente á la realización de su designio. ¡Y quién será tan insensato que exija á Jesucristo cuentas de la razón de sus divinas intenciones! Aquí, señores, es el caso de cerrar los ojos y humillar nuestra razón ante la Eucaristía, exclamando: "*Potuit, voluit, ergo fecit*". ¿Pudo y quiso hacer que la Eucaristía, sobre ser un Sacramento, y el más excelente de los sacramentos, fuera también un Sacrificio y su mismo sacrificio perpetuado de modo conveniente á sus propósitos? ¡Pues lo hizo, y todos de rodillas ante ella, para llamarla con su gran Doctor, convencidos y llenos de gratitud profunda: "*Sacrificium divinissimum*." ¡Santísimo, *Divinísimo* y Augustísimo Sacrificio del Altar!

Y por eso, porque la Eucaristía es el mismo sacrificio de la Cruz, obra en el hombre particularmente lo mismo que aquél obró de un modo universal en todos: "efectum, quod passio Christi fecit in mundo, hoc sacramentum facit in homine," dice Sto. Tomás (1) y beber del caliz eucarístico es beber en el costado abierto de Cristo pendiente de la Cruz, en frase del Crisós-

---

(1) *Summ. Theol.* III P., quaest. LXXIX. art. 1.

tomo (1). Solemos envidiar, señores, á los que asistieron con las debidas disposiciones al divino sacrificio del Calvario, como Juan, la Magdalena y las piadosas mujeres. No reprobaré yo tan piadoso deseo; pero notad que con eso no hubiéramos aventajado un ápice en el provecho espiritual que de ese sacrificio hubiéramos reportado, sobre el que podemos reportar de este divino sacrificio del Altar. El mismo sacrificio se realiza en ambos y con el mismo fruto; y si suplís con la fé el defecto de los sentidos, como canta la Iglesia (2) estar en el Altar es estar en el Calvario, abrazar á la Eucaristía es abrazarse á la Cruz y con idéntico provecho. ¿Necesitais como Dimas gracia para resucitar á la vida, si estais muertos con la muerte del pecado? Pues venid á la Cruz eucarística, que ella es esa carne divina que dá vida "*caro mea est pro mundi vita*" (3) porque, si bien la Eucaristía no se ordena directamente á la resurrección espiritual, puede, sin embargo, obrarla en el que á ella se acerca con las disposiciones debidas, porque la Eucaristía es el sacrificio de Cristo con toda su virtud, fuente y causa de esa vida

---

(1) «Cum accesseris ad tremendum calicem, ut ab ipsa bibiturus Christi costa, ita accedas». (S. Joan. Chrysost., *Hom. 84 in Joann.*)

(2) «Praestet fides supplementum sensuum defectui» (D. Thom. *Off. SS. Sacrament.*, Hymn. ad Vesp.)

(3) Joann. VI. 52.

divina (1). ¿Necesitais como Magdalena rebajar la deuda de la pena temporal, reato de vuestros pecados ya perdonados? Pues amad como ella y con ese amor ardiente abrazaos á la Cruz eucarística, que en la medida de vuestro amor está la medida de la remisión (2), porque la Eucaristía es ese mismo divino sacrificio de la Cruz suficientemente satisfactorio *en sí mismo* por todas las penas: “*oblato ex sui quantitate sufficiens ad satisfaciendum pro omni pena*” que dice el Angélico (3). ¿Quereis, como las mujeres piadosas que rodean la Cruz, alienatos divinos con que podais defenderos de las faltas veniales, que como la carcoma van lentamente minando el sostén de nuestra vida devota para dar en tierra con todo el edificio de vuestra piedad y devoción? Pues venid á la Cruz del Altar; en ella, como en la Cruz del Calvario, está todo el fuego de la caridad de Cristo, que consume en las almas la escoria de

---

(1) «Hoc sacramentum (secundum se) habet virtutem ad remittendum quaeumque peccata ex passione Christi, quae est fons, et causa remissionis peccatorum.... In eo, qui ipsum percipit in conscientia peccati mortalis, non operatur remissionem peccati... Sed etiam perceptum ab eo, qui est in peccato mortali, cujus conscientiam, et affectum non habet, *potest hoc sacramentum operari remissionem peccati*: forte enim primo non fuit sufficienter contritus; sed devote, et reverenter accedens consequetur per hoc sacramentum gratiam charitatis, quae contritionem perficiet, et remissionem peccati». (*Summ. Theol.* III P., quaest. LXXIX., art. 3.)

(2) Luc. VII. 47.

(3) *Summ. Theol.* III P., quaest. LXXIX., art. 5.

nuestras debilidades y miserias, no solo en hábito sino en acto, dice Santo Tomás (1), como remedio efficacísimo contra esas faltas cotidianas, al decir de San Ambrosio; “iste panis quotidianus sumitur in remedium quōtidianae infirmitatis” (2). ¿Es que aspirais con vivas ansias á la más alta y subida perfección, emulando santamente al Apóstol de las predilecciones divinas, y confidente de los más íntimos secretos del corazón y del amor de Jesucristo, no contentándoos con vivir, ni siquiera con estar sanos en la vida de la santidad, sino aspirando á poneros á cubierto hasta del peligro de enfermar, que no ya de morir? Pues acercaos á este Calvario místico de nuestros altares, que si en la Cruz nació la vida de la muerte real de Cristo (3) y vida abundantísima, según su promesa (4), en la Eucaristia, muerte mística del mismo Cristo, hay un pan celestial que el que lo come no morirá eternamente, “ut si quis ex ipso manducet, non moriatur” (5), porque no es veneno, sino pan, dice San Agustín (6), pan,

---

(1) «Hoc sacramentum habet virtutem ad remissionem venialium peccatorum... Res autem hujus sacramenti est charitas, non solum quantum ad habitum, sed etiam quantum ad actum, qui excitatur in hoc sacramento». (*Summ. Theol.* III P., quaest. LXXIX., art. 4.)

(2) S. Ambros. *De sacrament.* Lib. V. cap. 4.

(3) *Praef. de Cruce.*

(4) Joann. X. 10,

(5) Joann. VI. 50.

(6) «Securus accede; panis est, non venenum». (S. Aug. *Tract. XXVI sup. Joann.*)

añade el Angélico, que como alimento y medicina del alma la robustece y la confirma, según las palabras del Profeta (1), en la virtud; y uniéndola más y más con Cristo (2) por la gracia, disminuye en ella la fuerza de la concupiscencia, directamente por su confirmación en el bien, é indirecta, pero efficacísimamente, aumentando en ella la caridad (3), porque, según San Agustín, el aumento de la caridad importa la disminución de la concupiscencia en una proporción igual; “augmentum charitatis est diminutio cupiditatis” (4). ¿Suspirais, en fin, si no con los suspiros inenarrables del corazón amantísimo é inocentísimo de María junto á la Cruz, con los suspiros ardientes de un alma justificada y santa por la gloria, último fruto del sacrificio de Cristo? Pues venid á la Eucaristía y alcanzareis por ella esa vida eterna porque suspirais, como os lo promete el mismo Jesucristo, “si quis manducaverit ex hoc pane vivet in aeternum” (5), que si la Cruz es la llave del

---

(1) Psalm. CIII. 15.

(2) «Hoc sacramentum praeservat á peccato. Nam quidem per hoc, quod Christo conjungit per gratiam, roborat spiritualem vitam hominis, tanquam spiritualis cibus, et spiritualis medicina». (*Summ. Theol.* III P., quaest. LXXIX., art. 6.)

(3) «Hoc sacramentum diminuit fomitem ex quadam consequentia, in quantum auget charitatem.... Directe autem confirmat cor hominis in bono». (*Summ. Theol.* III P., quaest. LXXIX. art. 6. ad tertium.)

(4) S. Aug. *Lib. Quaest.*, quaest. 36.

(5) Joann. VI. 52.

cielo, porque Cristo, muriendo en ella, ha conquistado á los elegidos la posesión de la herencia eterna, como Mediador del nuevo testamento, según San Pablo, “novi testamenti Mediator est, ut morte intercedente, qui vocati sunt accipiant repromissionem aeternae haereditatis” (1), la Eucaristía es el cáliz de la sangre de ese nuevo y eterno testamento (2), que por la unión, aunque imperfecta, que aquí significa con Cristo, consumará perfectamente la unión gloriosa con Él en el cielo (3); y como dice el gran Agustino, la Eucaristía colmará los deseos de los que la apetecen, haciéndolos inmortales é incorruptibles en la sociedad de los Santos, en donde habrá paz y unidad plena y perfecta (4).

No envidiemos, señores, á los Santos del Calvario por lo que de aquel divino Sacrificio recibieron. Aquí teneis vosotros el mismo Calvario y el mismo Sacrificio, la Eucaristía; y si

---

(1) Heb. IX. 15.

(2) «Calix sanguinis mei novi et aeterni testamenti».  
(In verb. consecrat.)

(3) «Refectio cibi spiritualis, et unitas significata per species panis et vini habentur quidem in praesenti, sed imperfecte, perfecte autem in statu gloriae Unde Aug. dicit super illud Joann. 6. *Caro mea vere est cibus.* (Tract. 26 in Joann. aliq. ante fin. to. 9.) *Cum cibo, et potu id appetant homines, ut non esuriant, neque sitiant, hoc veraciter non praestat nisi iste cibus, et potus, qui eos, á quibus sumitur, immortales, et incorruptibiles facit in societate Sanctorum, ubi pax erit, et unitas plena, atque perfecta.* (Summ. Theol. III P., quaest. LXXIX., art. 2).

(4) S. Aug. (Palabras citadas en la nota anterior.)

os acercáis á él con las mismas disposiciones que aquellos Santos llevaron junto á la Cruz, en la Eucaristía recibireis vosotros todo lo que ellos recibieron: la gracia que resucita, la gracia que satisface, la gracia que robustece, la gracia que preserva, la gracia, en fin, que glorifica. La Cruz y la Eucaristía; un solo y mismo sacrificio y unos mismos sus efectos.

Y por ser ambos un mismo sacrificio, tan divino es el Sacrificio eucarístico como el de la Cruz, porque en aquel como en éste inmola el mismo Sacerdote y la misma Víctima es inmolada. Es, señores, la segunda razón que os indicaba de su incomprendible excelencia.

La desarrollaremos con la mayor brevedad posible para dar lugar á hablaros de la eficacia, alcance ó mérito igualmente infinito de ambos, que será lo tercero.

## II

No hay religión sin sacerdocio, porque no hay religión sin sacrificio, como hemos dicho, y todo sacrificio exige un sacerdote. Y por ser inseparable sacrificio y sacerdocio, cuanto es mayor la excelencia y dignidad de aquél, mayor es la de este en la misma proporción. Desde el sacerdocio feroz, estafalarario y ridículo de los sacrificios humanos, hasta el majestuoso sacerdocio de Melquisedech y el sacerdocio tan lleno de dignidad y de prestigio de Aarón, la es-

cala de los sacerdocios se eleva paralelamente á la escala de los sacrificios á que estaban consagrados.

Pero llegó la plenitud de los tiempos, de que habla San Pablo (1), y se abolió el antiguo sacerdocio, porque cesaron los antiguos sacrificios para dar lugar al sacrificio nuevo del que aquellos fueron figura y anuncio, y ya no estaban en la debida proporción la dignidad de ambos. Fué, pues, necesario instituir un nuevo sacerdocio adecuado al sacrificio nuevo y proporcionado á su dignidad. Y en efecto, investido de una potestad divina, el sacerdocio de la nueva religión ejerce en su propio nombre y en virtud de esa investidura, de esa autoridad del cielo, de Dios mismo que ha recibido en su sagrada ordenación los augustos ministerios de la gracia. El nuevo sacrificio produce un fruto, ese fruto es la gracia; y la gracia como fruto del sacrificio á que se ordena el sacerdocio, está en manos del sacerdote para su distribución.

Nace el hombre enemistado con Dios por el pecado: el Sacerdote en su propio nombre derrama una poca de agua sobre su cabeza, y con ella caen sobre aquella alma manchada los raudales de la gracia divina que de ella se apodera, transformando en el acto á aquel *hijo de ira* en hijo de Dios, con solo esta palabra: "*Ego te baptizo*".—Aquella alma regenerada por el ministerio sacerdotal empieza á sentir las sugerencias de la pasión; lucha, vacila y cae por fin en

---

(1) Gal. IV. 4.

el abismo de la culpa. Pero si reconocè su desgracia, llora su prevaricación y confiesa al Sacerdote su crimen, el depositario y ministro de los frutos del gran sacrificio, extiende nuevamente su mano sobre el hombre pecador, y con una sola palabra y con su propia autoridad, diciéndole: "*Ego te absolvo*," rompe las ligaduras del pecado que aprisionaban su alma, y abriendo otra vez y mil veces sobre ella la corriente de la gracia, la purifica con sus aguas y le viste la blanca vestidura de la inocencia que perdió. —Lucha, en fin, esa alma con las angustias de la muerte acongojada á un tiempo mismo por los dolorosos recuerdos del pasado y los formidables presentimientos de un porvenir inminente. El Sacerdote se presenta de nuevo; la tranquiliza sobre su pasado, abriendo con el óleo santo á través de aquellos miembros que deshonró la culpa un nuevo camino á la gracia que borra en el alma las últimas manchas que en ella dejaron sus pasadas infidelidades, y con su autoridad y en su nombre toma á aquella alma santificada con su ministerio y abriéndole las puertas del cielo la presenta á sus moradores, sus nuevos amigos, intimando á los ángeles y á los santos que salgan á recibirla y la lleven en sus brazos al trono del Señor: "Subvenite Sancti Dei: occurrите angeli Domini," "¡O vere veneranda sacerdotum dignitas! "tenemos que exclamar con el gran Padre S. Agustín (1), al con-

---

(1) S. Aug. *De dignit sacerdotum*. (apud Molinam Tract. I., Cap. V. p. 2.)

templar la altísima dignidad del Sacerdocio nuevo: ¡Verdaderamente es incomprensible y digna de la mayor veneración la dignidad de nuestros Sacerdotes! Ellos son verdaderos ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios, en frase del Apóstol; “ut ministros Christi et dispensatores mysteriorum Dei,” (1).

Y sin embargo, señores, todavía no son bastante dignos. El sacerdocio cristiano, como todo sacerdocio, mira directamente y se ordena como á su fin y á su única razón de ser al sacrificio; y por tanto, si bien es propio de su ministerio administrar sus frutos, derramar sobre el pueblo, como en el sacerdocio de Israel y en todos los sacerdocios, la sangre de las víctimas sacrificadas, para aplicar á todos sus méritos, su principal ministerio, sin embargo, razón y fundamento de todos los demás, es hacer el sacrificio, es sacrificar. ¡Oh, pues entonces en la ley nueva no puede haber otro Sacerdote que Dios! ¡Porque quien sino Dios puede sacrificar á Dios! Y el sacrificio de la nueva religión, ya lo habeis visto, es el sacrificio de un Dios. Un Dios-Victima exige un Sacerdote-Dios, si es cierto que el sacrificio y el sacerdocio siguen igual condición y son paralelos en su dignidad.

Y así es, en efecto. El gran sacrificio cristiano se consuma en el Gólgota. Pues venid y contemplad: la víctima divina de ese sacrificio es conducida al altar de su inmolación sin que

---

(1) I Corinth. IV. 1.

exhale una queja, como oveja conducida á la muerte, como cordero que se calla bajo la mano del esquilador, según había anunciado su Profeta (1). Comienza el sacrificio, se le tiende sobre la Cruz y se le fija en ella con clavos, y suspendida en el espacio empieza á derramar por sus cien heridas gota á gota toda su sangre: de sus labios no se escapa ni una sola palabra de protesta, ni opone la menor resistencia á sus verdugos. Agotada la sangre en sus venas se acerca el instante de su muerte, consumación de su cruento sacrificio, y elevando sus ojos al cielo toma su alma, y arrancándola de su cuerpo, la pone en las manos de Dios (2), y expira. ¿Quién ha hecho el Sacrificio? ¿Los verdugos? ¡Oh, no por cierto! Bien claro se ha visto que ellos no han sido sino instrumentos de la misma víctima para la ejecución de sus designios. La víctima no ha protestado; la víctima no ha ofrecido resistencia; la víctima no ha desplegado sus labios contra ellos, la víctima en fin, cuando ha llegado el momento supremo se ha ofrecido ella misma á Dios. ¡Ah, todo revela que aquí no hay más Sacerdote que ella! Ella que voluntariamente se entrega á la muerte; *oblatus est quia ipse voluit*, (3), porque un sacrificio divino exige un sacerdocio divino como él. Jesu-

---

(1) Is., LIII. 7.

(2) Luc. XXIII. 46.

(3) Is. LIII. 7,

cristo mismo, Víctima y Sacerdote á un tiempo de su sacrificio, que por la virtud de su sangre entra de una vez para siempre en el santuario de su gloria cargado con los méritos infinitos de su redención, como dice San Pablo (1). Jesucristo, único Mediador del nuevo testamento: "*Novi testamenti Mediator*," (2). Jesucristo, único Pontífice de los bienes futuros: *Pontifex futurorum bonorum* (3). Jesucristo, gran Sacerdote en la casa de Dios: "*magnum Sacerdotem super domum Dei*," (4) que de una vez para siempre ha destruido el pecado, sacrificándose á sí mismo como víctima: "*semel in consumatione saeculorum, ad destitutionem peccati, per hostiam suam apparuit*," (5).

Hé aquí señores, el único sacerdocio digno de nuestro sacrificio divino y de nuestra divina religión. Mirad sino á nuestros altares: ¿quién es ese hombre que se dispone á hacer nuestro divino sacrificio, realizado en nuestra Eucaristía? ¿Puede acaso tener nuestro sacrificio otro sacerdote que el mismo Jesucristo? Esperad, señores; ese sacerdote que se acerca al altar es un hombre. Con ritos y ceremonias altamente significativas y verdaderamente sublimes

---

(1) Heb. IX. 12.

(2) Ib. 15.

(3) Ib. 11.

(4) Heb. X. 21.

(5) Heb. IX. 26.

con cuya explicación previno el Angélico (1) el escándalo que habían de causar á protestantes (2) é incrédulos, ese hombre se dispone y dispone al pueblo para asistir al tremendo, al divinísimo sacrificio. Alaba á Dios, invoca á los ángeles y santos, ora por sí, por el pueblo, por

(1) «In sacramentis *dupliciter* aliquid significatur, scilicet *verbis* et *factis*, ad hoc quod sit perfectior significatio. Significantur autem verbis in celebratione hujus sacramenti *quaedam* pertinentia ad passionem Christi, quae representantur in hoc sacramento, sed etiam ad corpus mysticum, quod significatur in hoc sacramento, et *quaedam* pertinentia ad usum hujus sacramenti, qui debet esse cum devotione et reverentia. Et ideo in celebratione hujus mysterii *quaedam* aguntur ad repraesentandam passionem Christi, vel etiam dispositionem corporis mystici, et *quaedam* aguntur pertinentia ad devotionem, et reverentiam hujus sacramenti,» *Summ Theol.* III P., quaest LXXXIII, art. 5.)

La explicación de todas y cada una de las palabras y de las ceremonias de la Santa Misa puede verse en la *Suma*, lugar citado, en la solución de las objeciones, y en el artículo anterior.

(2) Digno discípulo de Lutero, que llamó á la Sta. Misa *suma abominación*, y se lamenta de haberla celebrado por espacio de quince años. (Lutter. *Confess.* 1528), advertido, instruido y convencido por el mismo demonio, no en sueños, sino en perfecta vigilia, según su propio testimonio. (Lib. *De missa privata* 1574.) Martin Kemnitz se atrevió á ridiculizar nuestras sagradas ceremonias, con estas blasfemas frases: «Sacrificium igitur Missae, de quo pontificii dimicant in eo consistit, quod sacrificulus certis ornamentis et instrumentis, super panem et vinum Eucharistiae utitur gestibus, motibus et actibus: ut saepius geniculari, inclinari, strictis manibus, modo distendere, modo reducere brachia, subinde se convertere, num esse clamorum, nunc magno silentio, *quaedam* demurmurare, inspirare in altum, esse pronum, consistere uno in loco, nunc in dextram, nunc in laevam altaris partem conmigrare». (*Exam. Conc. Trid.*, part. 2.)

los reyes, por todos, dice S. Ambrosio (1); pero llega el gran momento: acercaos y oidle; ese hombre ya no es él, es Jesucristo, el Sacerdote eterno (2) que haciendo de él su portavoz, dice como en el Cenáculo: “Hoc est corpus *meum*.” Esto es *mi* cuerpo. “Hic est calix sanguinis *mei*” Este el cáliz de *mi* sangre. ¿Lo veis? El Sacerdote de nuestro sacrificio es siempre y solo Jesucristo, que en el altar, como en la cruz, porque en ambos es el mismo sacrificio, se entrega á si mismo en oblación y hostia para Dios, “tradidit semetipsum oblationem et hostiam Deo,” (3). El altar es la cruz; luego el sacerdote de nuestros altares es Cristo (4), sin que de suyo ponga otra cosa en él que proferir materialmente sobre las especies las palabras conse-

---

(1) «Consecratio fit verbis, et sermonibus Christi Domini Jesu; nam per reliqua omnia, quae dicuntur, laus Deo defertur, oratio praemittitur pro populo, pro regibus, pro caeteris: ubi autem venit, ut conficiatur venerabile sacramentum, jam non suis sermonibus sacerdos utitur, sed utitur sermonibus Christi; ergo sermo Christi hoc conficit sacramentum». (S. Amb. *De sacrament. Lib. IV., cap. 4.*)

(2) Psalm. CIX, 4.

(3) Ephes. V. 2.

(4) «Sicut celebratio hujus sacramenti est imago representativa passionis Christi: ita altare est representativum crucis ipsius, in qua Christus in propria specie est immolatus. Per eandem rationem etiam sacerdos gerit imaginem Christi, in cujus persona, et virtute verbo pronuntiat ad consecrandum. Et ita quodammodo idem est sacerdos, et hostia». (*Summ. Theol. III P., quaest. LXXXIII., art. 1. ad secundum et tertium*).

cratorias (1), que porque no son tuyas, sino de Cristo, salen de sus labios penetradas de una virtud divina, única que puede realizar la obra divina de sacrificar á un Dios (2), como explica el Angélico. “En la inmolación de Cristo, dice S. Agustín, (é inmolación de Cristo es la del altar como la de la Cruz) una misma cosa son el sacerdote y la víctima,” (3), esto es, Jesucristo sacrificado por sí mismo así en la Eucaristía como en el Gólgota.

*¡O divinissimum Sacrificium!*, exclamemos con Sto. Tomás: ¡Oh Sacrificio divinísimo! Nada hay en él que no sea divino: divino el Sacerdote; divina la víctima; divina la virtud sacrificadora; divinas las mismas palabras consecrato-

---

(1) «Consecratio materiae in hoc sacramento consistit in quadam miraculosa conversione substantiae, quae á solo Deo perfici potest; unde minister, in hoc sacramento perficiendo, non habet alium actum nisi prolationem verborum». (*Summ. Theol.* III P., quaest. LXXVIII., art. 1.)

(2) «In verbis formalibus hujus sacramenti est quaedam virtus creata ad conversionem hujus sacramenti faciendam, instrumentalis tamen, sicut et in aliis sacramentis. Sed cum haec verba ex persona Christi proferantur, ex ejus mandato consequuntur virtutem instrumentalem á Christo, sicut et caetera ejus facta, vel dicta habent instrumentaliter salu- tiferam virtutem». (*Summ. Theol.* III P., quaest. LXXVIII., art. 4.)

«Si tanta est vis in sermone Domini Jesu, ut inciperent esse quae non erant, quanto magis operatorius est, ut sint quae erant, et in aliud conmutentur?» (S. Ambros. *De sacramentis*. Lib. IV., cap. 4.)

(3) «In inmolatione Christi idem est sacerdos et hostia». (S. Aug. *De Trinit.* Lib. IV.)

rias, cuchillo misterioso con que ese sacrificio se consuma; divino, en fin, y como tal infinito, su mérito, su alcance, su fruto.

Veámoslo para concluir.

### III

Decíamos, cuando ponderábamos la excelencia del Sacramento eucarístico, que la Eucaristía es el Sol de este firmamento divino de la gracia, centro misterioso en torno del cual giran todos sus astros, y hacia el cual gravitan como á su fin y á su razón suprema, porque á él se ordenan. Pues bien, como Sacrificio también la Eucaristía es el centro divino de toda nuestra sacrosanta religión; todo gira en torno de ella y gravita hacia ella; y de ella, como Sol, parten los torrentes de la gracia, luz y calor divinos, que producen en las almas los divinos efectos de la vida y de la perfección. De la Eucaristía, como del Sol, puede decirse que nada hay que se escape á su influencia: “nemo est qui se abscondat a calore ejus,” (1); sus influencias lo llenan todo y á todo alcanzan, porque Ella es el depósito de la sangre de Cristo que, como canta la Iglesia, todo lo inunda, la tierra, el mar, los astros y todo el universo: “terra, pontus, astra, mundus quo lavantur flumine,” (2). Y en efecto,

---

(1) Psalm. XVIII, 7.

(2) Hymn. *Pange lingua* in off. Passion.

señores, la influencia del Sacrificio eucarístico es inmensa, es infinita, como infinito es el mérito del Sacrificio de Cristo. Para el cielo la Eucaristía es gloria; para la tierra es mérito; para el purgatorio, expiación.

El primer acto religioso, en el que consiste la esencia misma de toda religión, es alabar á Dios, glorificarle, darle gracias, prestar, en una palabra, á su inmensa majestad y divina soberanía el homenaje supremo de la adoración. Y esto es lo que significa y expresa en primer lugar el sacrificio, como acto fundamental de toda religión, porque, siendo la religión el vínculo de nuestras relaciones con Dios, deben empezar por un acto de reconocimiento, de gratitud y de adoración por nuestra parte; y no hay modo de expresar á Dios nuestro reconocimiento y de acatar y confesar su suprema soberanía y grandeza infinita, como el sacrificio, por el cual le confesamos Señor de la vida y le ofrecemos en homenaje de adoración todo lo que somos y tenemos, ofreciéndole la vida. Primer acto de religión y tan esencial á la religión, que, como hacíamos notar en su lugar, hasta en el estado de inocencia hubiera sido indispensable, no como expiación del pecado que entonces no existía, pero sí como homenaje de adoración y acción de gracias.

Pero ¡ah, señores! ¿Qué podemos dar nosotros á Dios que no sea de Dios, ó que sea digno de Dios? ¿Aunque sacrifiquemos á su gloria la vida de mil víctimas, ¿qué es la vida de todas las víctimas en su presencia? ¿Y aunque en ca-

sos lícitos, como en el martirio, le consagremos y ofrezcamos en sacrificio nuestra propia vida, ¿qué es el homenaje de nuestra vida comparado con su infinita majestad y grandeza? El mundo todo con toda su magnificencia y la humanidad entera sacrificada al honor de Dios, puesto este sacrificio universal en el platillo de la balanza de los derechos de su majestad divina, no sería, en expresión del grande Isaias, otra cosa que un átomo menudísimo de polvo adherido á ella, y que no lograría siquiera hacerla oscilar “Quasi momentum staterae... quasi pulvis exiguus,” (1).

¿Un sacrificio equivalente á la majestad de Dios, que equilibre su grandeza, que iguale á su inmensidad, que sea digno, en fin, de su gloria infinita? ¡*Ecce venio!* (2) ¡Hélo aquí! El sacrificio eucarístico, la *Eucaristía*, que por eso se llama así, por ser ante todo y sobre todo sacrificio laudatorio, de acción de gracias, de reconocimiento, glorioso, en una palabra, para Dios. ¿Que nada hay digno de Dios sino Dios mismo? Pues eso es la Eucaristía: el sacrificio de un Dios para gloria de Dios; un Dios sacrificado que expresa con toda exactitud lo que Dios tiene derecho á recibir; un Dios adorando, como víctima inmolada, tanto cuanto Dios merece ser adorado. ¡Qué prodigio, señores! Nó, no preguntéis ya como el Profeta qué dareis á Dios en retorno de todos los bienes que de El

---

(1) Is. XL. 15.

(2) Heb. X. 7.

habeis recibido: tomad como El anunció el cáliz de la salud, sacrificad la hostia de la alabanza, é invocad, seguros de que le honrais dignamente, el nombre del Señor: "Calicem salutaris accipiam... sacrificabo hostiam laudis, et nomen Domini invocabo," (1).

Sacrificio de gloria para Dios, es también para nosotros sacrificio impetratorio. ¿Qué auxilios no necesitamos de continuo para mantenernos siquiera dentro de la esfera del deber? Tenaces y poderosos enemigos nos cercan por doquier, amenazando devorarnos como leones, en frase de S. Pedro (2): ya es la duda y el error que pugnan sin descanso por eclipsar ya que no pueden apagar por completo en nuestra inteligencia la luz divina de la fé; ya es la tibieza y la pasión que rondan sin darse punto de reposo á nuestra alma, para entibiar en ella ya que no consigan extinguir en absoluto el fuego sagrado del fervor y de la caridad. Asediados constantemente por la tentación y rodeados por todas partes de peligros, según el testimonio de San Pablo (3), ¿quién nos defenderá? ¿Quién? ¡La Eucaristía! La sangre de Cristo, inmolado en ella por nuestra salud, sangre divina que habla á Dios infinitamente mejor que la de Abel (4), hace á Dios inclinar benigno sus oídos á sus clamores. Ella pide para nosotros con acentos

---

(1) Psalm. CXV.

(2) I Pet. V. 8.

(3) II Corinth. XI. 26.

(4) Heb. XII. 24;

que conmueven el corazón de Dios: y mirando bondadoso nuestra miseria, derrama sobre nuestra alma, y sobre todos aquellos por quienes intercede la sangre de Cristo en la Eucaristia, torrentes de gracia que nos alientan en nuestras luchas, auyentan á nuestros enemigos y conjuran todos los peligros. “Ofrecemos este sacrificio, dice S. Cirilo de Jerusalén, por la paz de la Iglesia, por la tranquilidad de las naciones, por los reyes, por los ejércitos, por los pobres y por los enfermos, en suma, por todos los que necesitan auxilios, y los necesitamos todos,” (1).

Torrente divino de gracias que inunda toda la tierra, y que el divino Sacrificio de nuestros altares arranca con su fuerza impetratoria del corazón de Dios. Lluvia copiosa de bendiciones de todo orden; efluvios divinos de luz y de calor que el Sol de la Eucaristía derrama sin cesar sobre las almas desde lo más alto del firmamento de la gracia, y de cuyas influencias no ha quedado excluida ni una sola de las miserias que nos afligen “nec est qui se abscondat á calore ejus,” (2); ni siquiera la miseria suprema del pecado; porque, si bien, como hemos hecho

---

(1) «Postquam confectum est illud spirituale sacrificium, et ille cultus incruentus, super ipsa propitiationis hostia, obsecramus Deum pro communi ecclesiarum pace, pro tranquillitate mundi, pro regibus, pro militibus, pro sociis, pro aegrotis et afflictis, et in summa pro omnibus, qui egent auxilio, egemus omnes et nos, et offerimus hoc sacrificium».  
(S. Cyrill. Hierosol., *Catech.* 5. nuptagog.)

(2) Psalm. XVIII. 7.

notar antes con Sto. Tomás (1), la Eucaristia no se ordena directamente á la remisión del pecado mortal, sin embargo, tanta es su virtud de impetración y de súplica que, como dice expresamente el Santo Concilio de Trento, “aplaeado el Señor con este Sacrificio perdona los crímenes y aun los pecados más graves, concediendo por su virtud á los pecadores la gracia y don de la penitencia,” (2.) Tan impetratorio es el Sacrificio eucarístico, que llega á ser verdaderamente propiciatorio y satisfactorio. Y cuando la herejía, empeñada en achicar su virtud divina, niegue esa virtud propiciatoria, llegando quizás á blasfemar de ella con palabras escandalosamente irreverentes por boca de Khemnitz, uno de sus más exaltados apóstoles (3), la Iglesia reunida en Trento se alzar  contra ella en defensa de nuestro divino Sacrificio, fulminando desde las alturas de su infalibilidad este anatema: “Si alguien digere que el Sacrificio de la

---

(1) *Summ. Theol.* III P., quaest. LXXIX., art. 3, 5.

(2) «Docet sancta synodus, sacrificium istud vere propiciatorium esse... Hujus quippe oblatione placatus Dominus gratiam et donum poenitentiae concedens, crimina et peccata etiam ingentia dimittit». (Conc. Trid., Sess. XXII., cap. II.)

(3) «Si missae sacrificium propitiatorium esset, ac peccata remitteret, utile esse non accedere ad sacramentum pro remissione peccatorum percipienda. Nam remissio peccatorum per unam missam ab alio dictam sine ullo labore et periculo haberetur; per sacramenta autem non nisi cum labore et periculo haberi potest». (Khemnitz., *Exam. Conc. Trid.*, part. 2.)

Misa es solo laudatorio y de acción de gracias ó simple conmemoración del Sacrificio realizado en la cruz, y no propiciatorio; ó que no debe ofrecerse por los vivos y los difuntos, por los pecados, penas, satisfacciones y por todas las necesidades, sea anatematizado, (1).

Y en verdad, señores, ese torrente infinito de gracias que brotan de la Eucaristía, como de fuente copiosa, y que llega al cielo, donde glorifica dignamente á Dios, y que desde allí se derrama sobre la tierra inundándolo todo, cae por fin en los abismos del dolor donde se purifican las almas de los fieles, llevando hasta ellas su virtud efficacísima, sí; porque mientras que aquí en la tierra encuentra esa virtud propiciatoria y de satisfacción, y con harta frecuencia por desgracia, un obstáculo insuperable en la falta de las debidas disposiciones en aquellos sobre quienes tan copiosamente se derrama, en las almas que padecen en el Purgatorio no halla obstáculos; y por consiguiente, produce en ellas todo su efecto, aunque tasado, medido por la voluntad de Dios, que se ha reservado por altísimos designios de su Providencia hacer por sí mismo y en la medida de sus divinas intenciones la aplicación de ese fruto de la virtud propiciatoria de la Eucaristía. “Aunque infinita en sí misma, dice el Angélico, la virtud satisfactoria de este Sacrificio, no se hace satisfactoria, sin embargo, para aquellos por quienes se ofrece, sino en la medida de su devoción, y no

---

(1) Conc. Trid., Sess. XII., cap. IX., can. 3.)

por toda la pena, (1). Tal es, señores, la enseñanza y constante tradición de la Iglesia universal en este punto (2), contra la cual en vano protestan los herejes y se alzan los incrédulos.

---

(1) *Summ. Theol.* III P., quaest LXXIX., art. 5.

(2) Unánime es la tradición sobre este punto consignada en innumerables testimonios de Padres y actas de Concilios en todas las naciones. Ya Tertuliano decía: «Oblationes pro defunctis, pro natalitiis annua die facimus». (Lib. *De coron. milit.*) «Non temere haec ab apostolis sancita fuerunt, ut in tremendis mysteriis defunctorum agatur commemoratio; sciunt enim illis inde multum contingere lucrum, multam utilitatem». (S. Joann. Chrysost. *Hom. 69 ad pop. Antioch.*) Añádanse los muchos documentos de otros Padres, especialmente de San Agustín y San Ambrosio, en que invariablemente aconsejaron á los fieles que más que lágrimas *que se evaporan y flores que se marchitan* (S. Agust.) ofrezcan misas y oraciones por sus difuntos.

No de otro modo entendieron el fruto copioso de la Santa Misa, así para los vivos como para los difuntos, los Concilios III de Cartago (cap. XXIX) y IV (cap. LXXIX) en Africa; el de Braga, en España (cap. XXXIV y XXXV); el de Chalons, en Francia (can. *Visum est; de consecrat*); el de Worms, en Alemania, (cap. X.) y muchos otros; con todas las liturgias de Oriente y Occidente, aun de la más remota antigüedad, como las de San Basilio y San Juan Crisóstomo entre las primeras, y las de San Clemente y San Ambrosio entre nosotros.

Lutero, sin embargo, para quien la tradición nada significa, se desentiende de esta cadena no interrumpida de testimonios tradicionales, y consecuente con su doctrina de que todo el fruto de la Eucaristía está solo en la comunión, porque *para él*, si bien la Eucaristía es una representación del sacrificio de la cruz, es una representación absolutamente vacía, y por tanto en sí misma perfectamente ineficaz; de la que ningún fruto pueden obtener los vivos, mientras no co-

Nó, digan y hagan lo que quieran, la divina Eucaristía, reproducción misteriosa del Sacrificio de la Cruz y un mismo sacrificio con él, con el mismo Sacerdote y con la misma Víctima, tiene, por tanto, la misma virtud infinita que aquél. Es infinitamente eucarístico, infinitamen-

---

mulguen, ni menos los difuntos, se alza contra las misas que él llama *solitarias y de rincón, angulares*, á las que llega á calificar de *abominación de la desolación*, y afirma que deben ser desterradas del lugar santo. Tal llegó á ser el horror que concibió contra ellas, aleccionado en esto por su gran maestro el demonio, según confiesa él mismo, que les consagró, como si esto fuera su obsesión, las más furibundas y repetidas diatribas en sus obras *De missa privata, De capt. Babyl., De abroganda missa priv., Cont. canon. missae, De verbis caenae* y otras.

Los fieles continuadores de su doctrina Melancthon, Brentzen y principalmente Khemnitz, multiplicaron considerablemente las objeciones contra la Misa privada. Objeciones que victoriosamente pulveriza Belarmino, (Tract. *De Eucharist. Part. II., Lib. VI., cap. X.*), quedando, al fin, definida la verdadera doctrina sobre la eficacia y fruto del sacrificio eucarístico, al ser condenada como herética la doctrina contraria sustentada por los protestantes, con estas palabras: «Si quis dixerit missas, in quibus solus sacerdos sacramentaliter communicat, illicitas esse, ideoque abrogandas, anathema sit». (Conc. Trid. Sess. XXII. can. 8.) Y, aunque á pesar de esta definición, todavía el conciliábulo de Pistoia insistió en el error protestante, insinuando que la comunión, al menos espiritual, es de esencia del sacrificio eucarístico, y que, por tanto, deben condenarse y prohibirse por ineficaces las misas sin asistentes, y por ende sin comulgantes, la Iglesia, saliendo otra vez á la defensa de la tradición católica, condenó la proposición de los de Pistoia, por boca de su Jefe supremo é infalible, como «*falsa, errónea, de haeresi suspecta eamque sapiens*». (Pius VI. *Bul. Auctorem fidei*).

te impetratorio, infinitamente propiciatorio y satisfactorio. A todas partes alcanza su influencia y todo lo llena de su virtud, de gloria el cielo, de méritos la tierra, de expiación el purgatorio: “terra, pontus, astra, mundus ¡quo lavantur flumine!” Y para que nada falta al concierto de alabanzas de este gran Sacrificio eucarístico, hasta el infierno, vomitando sus blasfemias contra él por boca de la herejía y de la impiedad, contribuye poderosamente, aunque á su pesar, á proclamar su excelencia y á robustecer la fé con que nosotros creemos en él.

¡Oh, sí; creed, señores, creed firmemente en la Eucaristía divina, y adoradla con profundo rendimiento! Convencidos de su altísima excelencia como Sacrificio de un Dios, obra de un Dios y fruto de la sangre de un Dios inmolado en Ella, caed de rodillas ante el altar en que se ofrece; y dominando con la voz de vuestras alabanzas, los gritos infernales de los herejes que de ella blasfeman y de los incrédulos modernos que la desprecian, repetid con el angélico cantor de sus excelencias sublimes: “*¡Oh Sacrificium divinissimum!*” ¡Bendito y alabado sea por siempre el Santísimo, Augustísimo y *Divinísimo Sacrificio* del Altar!





## CONFERENCIA VI.

### Los frutos del Sacrificio

---

«*Recolitur memoria Passionis ejus*»  
(D. Thom. Off. Smi. Corp. Christi).  
«*Corpus nobis insitum*» (S. Chryst.  
Hom. XLVI in Joann.)

REAL ARCHICOFRADÍA

CATÓLICOS:

Dios sabe, y Dios perdone á los incrédulos de nuestros días, todo el daño que pretenden hacernos. Siguiendo las huellas de la herejía protestante, cuyo espíritu se revela en este estado de cosas de nuestra época, en este descreimiento, en esta indiferencia, en este desprecio con que hoy se miran nuestros misterios más augustos; indiferencia, y desprecio, é incredulidad que se parecen á las negaciones blasfemas del Protestantismo, como se parecen los hijos á sus padres, pretenden rélegar á nuestra Eucaristía al interior de los templos, y aún al in-

terior oscuro de los tabernáculos, para que sus influencias no salgan al exterior, no se hagan sentir en la esfera de la vida social, persuadiendo á los hombres del día con su actitud, cuando no con sus descaradas é insolentes blasfemias, que bien se está la Eucaristía en el altar, rodeada de hombres fanáticos y mujeres ignorantes, pero que en la vida pública nada tiene que hacer, porque sus influencias ó no alcanzan, ó si alcanzan son perjudiciales á la sociedad. Apartar al mundo de la Eucaristía; poner á la Eucaristía como los jansenistas, lejos, muy lejos de los hombres, alta, muy alta, para que casi no la vean: hé aquí sus propósitos.

Y sin embargo, señores, la divina Eucaristía no solo es, por lo que es en sí misma, el centro y el fondo de nuestra adorable religión, como ya hemos demostrado, sino que por la virtud inmensa que contiene es indispensable para la sociedad. Si la sociedad, como el hombre, es de Dios, no hay mejor medio de glorificar á Dios que con la Eucaristía. Si la sociedad para su paz, su prosperidad y su progreso necesita auxilios superiores que contrarresten las fuerzas esencialmente retrógadas y perturbadoras de las pasiones humanas, la Eucaristía es el manantial de esos auxilios. Si en el mundo hay injusticias, abusos y crímenes sociales que provocan de continuo la justicia y la ira de Dios sobre él, la Eucaristía con su virtud propiciatoria es como el pararrayos divino que neutraliza y conjura la tempestad de las divinas venganzas, que nuestras iniquidades atraen todos los

días sobre nosotros y sobre nuestro pueblo. ¡Oh, Dios perdone á nuestros incrédulos el daño que nos hacen con su impiedad! El día que lograsen la realización de sus propósitos, y consiguieran, como intentan, sustraer á la sociedad moderna de las influencias eucarísticas, proscribiendo de ella el Sacerdocio católico que la consagra, y destruyendo los altares que la contienen, la ruina de esta sociedad no se haría esperar, porque sin la propiciación eucarística, única suficiente para desarmar el brazo de la divina justicia, ésta derramaría el cáliz de su furor sobre la tierra, como lo hacía cuando aun no existía este Sacrificio. “No me cabe la menor duda, decía S. Leonardo de Porto-Mauricio, que sin la Misa, el mundo hubiera ya succumbido bajo el peso de sus iniquidades (1).

¡Dios les perdone! Sí, porque la Eucaristía no solo es el escudo que nos protege contra las justas iras del Señor, sino también la perfecta solución del más grave y trascendental de los problemas sociales, de ese problema que, agravado en proporciones aterradoras en nuestra época, ha puesto en peligro inminente de ruina á nuestra sociedad, porque trastorna por su misma naturaleza y destruye su cimiento más profundo. Ese problema, señores, lo habeis comprendido, es el problema de *la igualdad*.

Pues bien; la Eucaristía es su solución. Es el Sacrificio de la verdadera igualdad humana, porque igualar á los hombres ante Dios, ante la

---

(1) S. Leonard. de Port. Mauric. *Tresor caché.*

sociedad y ante la conciencia es su fruto. ¡Ah, señores! La Revolución moderna ha escrito también en su programa, junto á la palabra *fraternidad*, la palabra *igualdad*, como si fuera suya. ¡Oh, no; ambas palabras son nuestras! ¡Ambas son fruto de nuestra Eucaristía! Y vosotros lo comprendereis perfectamente, si seguís con atención las reflexiones que, con el auxilio de Dios, vamos á hacer, para demostrar que solo la igualdad que brota del gran sacrificio eucarístico es verdadera y progresiva, mientras que la igualdad revolucionaria no puede ser otra cosa que semillero de odios, y germen fecundo de ruinas y desastres para la sociedad.

## I

Apenas hay, señores, otro principio del que tanto abuse la impiedad en nuestros días, que el principio de la igualdad de nuestra naturaleza. Torciendo la significación de este principio y abusando escandalosamente de él en su aplicación á la sociedad, se pretende hoy deducir de él la igualdad social, la igualdad en la condición; y vosotros sabéis, que hay una secta, una escuela, un partido, ó lo que sea, y quizás es todo eso junto, el Socialismo, que invocando el principio de la igualdad de todos los hombres en la naturaleza, y en nombre de esta, establece su sistema nivelador de clases, de condición y de fortunas, suprimiendo de una plumada las

humanas categorías y la jerarquía social, efecto necesario de sus utópicas doctrinas. Nivelación social que, porque la naturaleza misma la repugna, toda vez que la naturaleza lleva en su fondo, en su misma esencia, los gérmenes de las desigualdades sociales, se ha encargado de realizar ese otro Socialismo refinado que ha venido detrás como lógica consecuencia del primero, y que se llama el Anarquismo, por el único procedimiento que le queda, violentando á la naturaleza, cortando las cabezas que descuelan, nivelando, en una palabra, á la sociedad, como nivela el terreno el ingeniero para hacer una carretera, volando con dinamita lo que sobresale y estorba. El igualitarismo, señores, no puede menos de ser desastroso y feroz tanto cuanto es absurdo é imposible.

Y sin embargo, el principio de igualdad en la naturaleza, es cierto. Lo que hay es que se equivocan en su orientación. Su orientación legítima es hacia el cielo; y ellos lo orientan hacia la sociedad. Ese principio mira á Dios, Autor de la naturaleza; y ellos se empeñan en que no mire sino al hombre. Por eso su igualdad es falsa y desastrosa; y no hay otra igualdad verdadera y progresiva que la igualdad ante Dios de la doctrina católica.

Atendiendo solo á nuestra naturaleza en sí misma, no es otra cosa que una de las categorías, uno de los órdenes, un grado de esa escala grandiosa de naturalezas que ha salido de las manos de Dios, Autor por creación de todas ellas. Todos los hombres, en cuanto son todos

participes de esa naturaleza común, son iguales; pero solo por comparación á las otras naturalezas creadas y al Creador de todas, nó respecto de los otros hombres; porque, aunque en todos la naturaleza es igual en sus principios esenciales, no lo es, sin embargo, en el alcance y energías de sus esenciales facultades. Las desigualdades sociales, por tanto, que de esas desigualdades naturales resultan inmediata y necesariamente, son tan necesarias como la naturaleza misma en que radican. Atentar contra ellas es sencillamente atentar contra la naturaleza, que es igual en todos, pero en orden á Dios, en relación con Dios. Para el hombre, no vale un hombre tanto como otro hombre, porque sobre la naturaleza hay en cada uno algo, radicado en ella, que lo distingue de los otros y que lo eleva ó lo deprime legitimamente respecto de todos los demás: solo para Dios vale tanto uno como otro; y no hay acepción de personas ante El (2), porque solo á El, como á su Autor, mira la substancia de nuestra naturaleza, en lo que solamente somos iguales, pero no los accidentes que nos desigualan y distinguen.

Y esto que ya es tan cierto en el orden natural, lo es también y se puede apreciar más claramente en el orden sobrenatural y divino de la gracia, á que hemos sido elevados, porque la gracia no destruye ni invierte á la naturaleza, antes bien la perfecciona. En este orden

---

(2) Ephes VI. 9.

el pecado igualaba á todos los hombres ante Dios con la igualdad de la degradación. Tanto valía un hombre como otro, ó mejor, ninguno merecía atraer sobre sí las miradas del Altísimo, igualados todos ante su justicia por la degradación original, á todos común é igual en todos. Pero Dios en su misericordia, quiso elevarlos á todos á la misma altura de dignidad y de grandeza ante Él; y por un procedimiento digno de su sabiduría y de su amor infinitos, nos ha elevado á todos á la dignidad común é igual de hacernos sus amigos. Él ha tendido misericordioso sobre el abismo del pecado, que de Él nos separaba, el puente divino de la reconciliación, por el que todos y en proporción igual podemos acercarnos á Él y abrazarnos con Él. ¡Oh, señores, qué hermosa igualdad! Igualdad en la naturaleza, que es en todos la imagen y semejanza del Dios Criador (1); igualdad en la degradación de esa naturaleza por la culpa original, que Dios en su misericordia convierte en igualdad de grandeza ante Él, por una reconciliación común é igual en todos, por virtud de la cual todos y en la misma proporción podemos ser amigos suyos: "Vos autem dixi amicos" (2).

Verdad es que aun en este orden de la amistad con Dios, á que todos somos elevados por la gracia de la reconciliación, hay desigualdades, pero no son ya desigualdades necesarias,

---

(1) Gen. I 26.

(2) Joann. XV. 15.

como son las del orden natural; antes por el contrario, son desigualdades culpables, nacidas de nuestra voluntad, engendradas siempre por nosotros mismos, y, por tanto, imputables en todo caso exclusivamente á cada uno de nosotros, nunca á Dios. La gracia de la reconciliación por parte de Dios, es la misma para todos: y si no todos son amigos de Dios en igual grado, solo se debe á que no todos corresponden en igual grado á esa gracia y de ella se aprovechan en la misma proporción. Esta, señores, esta es la verdadera igualdad: la igualdad ante Dios por naturaleza y por gracia.

¿Su fundamento decís? ¿Su principio, su origen y su raíz? La raíz, el origen, el principio de la gracia de la reconciliación del hombre con Dios, en cuya reconciliación estriba y descansa esta igualdad: la Cruz, y con la Cruz la Eucaristía. En la Cruz está Dios reconciliándose con el mundo, dice el Apóstol (1); en la Eucaristía ha depositado Dios el tesoro infinito de esa gracia de la reconciliación, *calix salutaris* le llama el Profeta (2). El sacrificio de la Cruz y su continuación eterna en la Eucaristía son la propiciación, la redención copiosa que David vió en espíritu ante Dios, infinitamente suficiente para borrar todas las iniquidades de Israel (3), en donde todos podemos recoger á

---

(1) II Corinth. V. 19.

(2) Psalm. CXV. 13.

(3) Ib. XXCIX.

manos llenas, sin temor de que ese tesoro infinito de méritos pueda agotarse, para elevarnos con ellos á igual altura, á la altura sublime de la amistad con Dios, á la altura infinita del mismo Dios.

Y bien, señores, desde esta altura divina ¿qué son las desigualdades humanas? Subsistirán, sí, porque están exigidas y determinadas por la naturaleza misma que espontáneamente las produce. Pero no haya miedo de que puedan ya constituir un motivo de conflicto entre unos y otros hombres que ponga en peligro próximo de destrucción y de ruina á la sociedad. Subid á esa montaña, y desde la cima, mirad hacia abajo; ¡oh! aquellos árboles que cuando estábais en el valle os parecían gigantes al lado de la menuda yerba que hollábais con vuestros pies, casi se han confundido con ella, y desde esa altura en que os encontráis, teneis ya que forzar vuestra vista para distinguirlos. Subid más; remontaos á las más altas regiones de la atmósfera; y cuanto más os elevais, más se van aplanando á vuestra vista, como si, avergonzados de su pequeñez ante vuestra elevación, quisieran sepultarse en la tierra, aquellos edificios soberbios, aquellas torres elevadísimas, aquellas montañas gigantescas que, cuando estábais en el suelo, teníais que mirar como mirando al cielo. Subid todavía más; subid hasta Dios; y puestos en esa altura infinita, mirad hacia abajo, y decidme qué os parecen desde allí los honores, las riquezas, todas las desigualdades humanas, que aquí tanto os preocupaban, si es que

todavía aparecen á vuestra vista. ¡Oh nó, seguramente no las veis ya! Y si algo veis es lo que desde esa altura vió S. Pablo, algo así como basura despreciable, indigno de ser tenido en cuenta, ni menos de preocupar á la sublime grandeza de un amigo de Dios: “omnia arbitror ut stercora,” (1).

Y así se ven las cosas desde la Eucaristía. Ella por su virtud, como sacrificio de la reconciliación con Dios, nos eleva hasta Dios, nos hace amigos de Dios y nos une á Dios. Y desde Dios, señores, no se vé del hombre sino lo que tiene de Dios. Lo que tiene de hombre, las diferencias accidentales de condición social que los distinguen entre sí son como nada ante Dios; y aún aceptándolas y respetándolas como exigencias de la naturaleza, son, sin embargo, vistas desde Dios, cosa tan baladí, tan insignificante, tan despreciable, que arrancan al alma aquellas palabras del Profeta: ¿qué merece ni en el cielo ni en la tierra todo mi afán y todo mi amor sino tú, mi Dios y mi Señor? “¿Quid mihi est in coelo, et á te quid volui super terram? Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum,” (2). Mi corazón y mi carne, mis potencias y mis sentidos, no se alegran y satisfacen sino en Dios.

¡Oh, señores! Subieran todos los hombres á estas divinas alturas, á la Eucaristía, y veríais conjurados como por un ensalmo misterioso to-

---

(1) Philipp. III. 8.

(2) Psalm. LXXXIII. 3.

dos los peligros que amenazan al mundo moderno, y solucionado el problema de las desigualdades sociales; porque no desaparecerían, lo cual es del todo imposible, pero sí dejarían de ser ocasión de conflicto en la sociedad. Que vengan todos á la Eucaristía, y elevados todos en ella á la misma dignidad sobrenatural, fruto precioso de la sangre divina de Jesús que en ella se contiene, vereis llenarse los abismos y acortarse las distancias; vereis á los grandes acercarse á los que, aunque pequeños en su humana condición, son por la Eucaristía iguales á ellos en este orden sobrenatural; vereis á los ricos inclinarse hacia los pobres, á quienes la Eucaristía hace tan ricos como ellos con la única riqueza sólida y verdaderamente estimable, la riqueza de la gracia y del mérito ante Dios. Al par que vereis á los pobres, estimándose ricos con su pobreza, que la Eucaristía por una alquimia divina convierte en un tesoro, deponer la envidia con que codiciaban los bienes de los ricos y que le hacían mirarles como á sus más encarnizados enemigos; vereis á los pequeños, á los bajos según el mundo, mirar sin rencor y sin ambición á los de arriba, persuadidos de que la divina Eucaristía les comunica á ellos el mismo honor é igual dignidad, ante la cual las dignidades y los honores mundanos son como si no fueran. Y aproximadas las clases sociales que hoy se miran como enemigas irreconciliables, porque no miran al cielo y no ven más que la tierra, porque no ven la igualdad en Dios, fruto hermoso de la Eucaris-

ristia, de la que viven en el más funesto olvido, y no fijan sus ojos sino en las desigualdades de aquí abajo, despertador de pasiones y acicate de envidias, de prevenciones y de odios en todas las esferas, vereis abrazarse á todos los hombres con Dios, y en Dios les vereis abrazarse mutuamente, mientras brota de todos los labios y de todas las almas este himno sublime de la verdadera igualdad, cantado por San Pablo: "Ya ante Dios no hay distinción de judío y gentil, de circunciso é incircunciso, de libre y esclavo, sino que Cristo es todo en todos, y todos una sola cosa en Él" (1). Les vereis estrecharse la mano como amigos, amigos en la misma proporción de Dios por la gracia del divino Sacrificio, seguros de que en esa altísima amistad está el verdadero honor, la verdadera grandeza, la verdadera dignidad del hombre.

La verdadera dignidad del hombre, sí; porque la Divina Eucaristía no es solo principio de la verdadera igualdad de un modo negativo, como hasta aquí hemos considerado; es decir, en cuanto remueve el obstáculo de la igualdad, reconciliando á los hombres con Dios, para que todos puedan elevarse á la misma dignidad de amigos de Dios; es también principio de la verdadera igualdad directamente, porque pone en el alma de todos, dándose á todos por igual, la raíz misma de esa dignidad divina que nos iguala ante la sociedad. La igualdad ante Dios; la igualdad ante los hombres por la Eucaristía.

---

(1) Coloss. III. 11.

## II

Por grande que hubiera llegado á ser la degradación del hombre por el primer pecado, conservó siempre el instinto, por decirlo así, de su grandeza. La altísima dignidad á que Dios le elevó en su creación y que perdió por la culpa, estuvo siempre viva en su memoria, siendo siempre, aun en el seno de su miseria, acicate y estímulo poderoso de las más hondas aspiraciones, de los más vehementes deseos de su alma. El pecado mismo, causa de esa indignidad en que cayó la naturaleza, no había sido, dice Tertuliano, sino un pecado de impaciencia; fué que aguijoneado por el instinto de su naturaleza de elevarse hasta Dios, como Dios mismo le había prometido, pretendió el hombre alcanzar esa dignidad demasiado pronto, y por el camino de la rebelión, que le pareció más corto que el camino de la obediencia, que Dios le había trazado (1). Por eso, añade en otro lugar, no maldijo Dios al hombre, como maldijo á la serpiente, sino que al decir: hé aquí á Adán hecho como uno de nosotros, referíase á la restitución que

---

(1) «Periit et ipse (Adam) per impatientiam suam utrobique commissam, et circa Dei praemonitionem, et circa Diaboli circumscriptionem, illam servare, hanc refutare non sustinens». (Tert. *Lib. de Patientia*, cap. 5.)

más tarde le haría de su dignidad perdida, elevándole nuevamente á la inefable participación de su divinidad (1).

Y vosotros, señores, sabéis por la Historia, cuán profunda y constante fué siempre en la humanidad entera esta esperanza. El *eritis sicut Dii* del Paraiso (2), respondiendo maravillosamente al instinto más hondo de nuestra naturaleza, llamada misericordiosamente á la participación de la naturaleza, de la dignidad y de la felicidad de Dios, fué siempre, y en todas partes, la obsesión, por decirlo así, del hombre, alentada y justificada por esta palabra que Dios, fidelísimo en sus promesas, hacía sonar en el fondo de su alma: “Ego dixi: *Dii estis*,” (3) “Yo lo he dicho: Sois dioses,”. Y Cicerón no hacía otra cosa que interpretar y expresar este sentimiento y esta esperanza universal cuando decía que somos de la familia, de la raza, de la estirpe de los seres celestiales (4). ¿Qué es la idolatría sino el hombre que sucumbe al instin-

---

(1) «Dicente Domino: *Ecce Adam quasi unus ex nobis factus est*, de futura scilicet allectione hominis in divinitatem agebat. Ideoque nec maledixit ipsum Adam, nec Evam ut restitutionis candidatos». (Tert. *Adv. Marción.*, Lib. II., cap. 25.)

(2) Gen. III. 5.

(3) Psalm. LXXXI. 6.—Joann. X, 34, 35.

(4) «Homines deorum agnatione et gente teneantur.. ex quo vel agnatio nobis cum coelestibus, vel genus vel stirps. appellari possit». (Cic. *De Leg.*, Lib. I., p. 7 et 8).

«Dei enim genus sumus». (Arato in phaenomenis. Act. XVII. 28.)

to de ser como Dios? Y donde quiera que la humanidad se aparta de la verdadera doctrina, ha extraviado el verdadero camino, sí; y ha buscado esa grandeza, esa dignidad divina, á que se siente llamada por los medios más absurdos y extravagantes; pero empujada siempre por ese deseo el más vehemente de su alma: ser como Dios.

Echad sino una mirada sobre el mundo actual. Parece á primera vista que no se ocupa para nada de Dios, y aun que desprecia á Dios como una antigualla y una superstición. Sin embargo, si profundizais un poco en su observación, vereis enseguida en el fondo de todo, así en la esfera de la filosofía como en la esfera de la vida social, así en el fondo de sus errores como en la base de sus problemas, ese mismo deseo, esa aspiración natural de ser dioses, de participar de la dignidad y grandeza misma de Dios. En el fondo de toda la filosofía moderna, como última razón y explicación última de todas sus teorías y sistemas, está el panteísmo, que no es sino la más atrevida y absurda confusión del hombre con Dios. El hombre escucha hoy, como siempre, la sugestiva frase: «eritis sicut dii», y como se ha propuesto en su soberbia no aceptar la realización de esa promesa de nadie, sino buscarla por sí mismo y en sí mismo, no ha encontrado mejor medio de hacerse él dios, que haciendo á Dios hombre, por la absorción y confusión de la divinidad en la humanidad. De esta suerte, aun á trueque de compartir el hombre su divinidad con todos los se-

res, aun los más abyectos de la creación, se convierte á sí mismo en dios, negando personalidad á Dios. El panteísmo, que, como veis, sabe que trasciende á cristianismo, y que bien pudiera llamarse *un cristianismo averiado*, es uno de los modos, el modo novísimo (y poco afortunado por cierto) por el cual busca el hombre, que se empeña en cerrar sus ojos á la luz de la verdad católica, la realización de su gran aspiración natural, la consumación del deseo más vehemente de su alma: la posesión de Dios. Y hecho el hombre dios por tan singular medio, ya no podrá sorprenderos ver al racionalismo divinizar á la razón, poniendo su dictamen sobre el de todos los demás criterios, hasta sobre los testimonios infalibles de la fé; ni ver al naturalismo rebelarse contra un orden superior al orden puramente humano y natural, ni ver al positivismo consagrar á la materia divinizada todos sus afectos y todos sus afanes, como único fin y bienaventuranza de la humanidad.

Y si las ideas son el supremo regulador de los actos, porque las ideas tienden natural y necesariamente á traducirse en hechos, ¿cómo podrá sorprendernos que los hombres del día, educados en estas doctrinas, y persuadidos por ellas de que no hay más que él y la naturaleza, se afanen solo por sí mismos y por lo que los ojos ven, y se ufanen y alardeen de la grandeza de sus honores, de la dignidad de sus títulos y de la felicidad de sus riquezas; al paso que los que se han quedado más abajo, alecciona-

dos en la misma escuela y persuadidos como ellos de que todo se reduce á lo que vemos, sientan la nostalgia y hasta diré el furor de las alturas mundanas, y se dispongan á escalarlas por todos los medios, aun los más reprobados y salvajes, azuzados y empujados por la envidia, por la soberbia, por la sensualidad y, en una palabra, por unas concupiscencias insaciables? ¡Ah, señores! Lo verdaderamente extraño y sorprendente sería, que puesta la causa no resultara este efecto. Las desigualdades humanas vistas á la luz de estas ideas dominantes en nuestra sociedad, no solo no se justifican, sino que son un insulto á la naturaleza deificada, y, por consiguiente, no solo son absurdas, sino eminentemente abominables y odiosas. El conflicto actual sobre la igualdad social tiene su raíz en la falsa solución que la filosofía moderna ha dado al problema de nuestra verdadera dignidad y grandeza, negando á Dios al confundirlo con la naturaleza creada, para que deificado el hombre halle en sí mismo su suprema dignidad, y encuentre en la naturaleza deificada realizado su destino y consumada toda su felicidad y su bienaventuranza. Porque, señores, ¿que puede esperarse en el mundo, desde que los hombres crean que las alturas humanas son la altura suprema de su dignidad, sino un asalto general para ocuparlas, desalojando de ellas á los afortunados que las ocupan? ¿Y qué es esto sino un semillero fecundo, arriba de desprecios insultantes y resistencias criminales, y abajo de envidias insaciables y de odios africanos?

¡Oh, ciegos! Nó, no puede ser esta la solución del problema social de la igualdad humana en la dignidad y en la felicidad; porque esto es la ruina de la sociedad, y la sociedad así constituida, más que la sociedad es un infierno ó una manada de fieras. Sin duda hemos perdido el camino y nos hemos extraviado, porque este que hemos emprendido, más que llevarnos al logro de nuestra gran aspiración, nos aleja de él; y queriendo hacernos dioses, nos vamos haciendo menos que hombres, ó bien lo menos hombres que se puede concebir; esto es, salvajes... y de la peor especie, salvajes civilizados. Nó, esto no puede ser así. Seremos iguales en dignidad por elevación y unión de todos á Dios, porque así es nuestro destino; pero no haciéndonos dioses por nosotros mismos, constituyéndonos rivales de Dios y usurpadores de su grandeza, como hoy se pretende, sino antes por la inversa, comunicándose Dios al hombre y poniendo en todos el principio de verdadera igualdad, por la participación igual de su misma naturaleza, por la elevación de todos á la dignidad común de hijos de Dios, por la comunicación, en fin, á todos de su propia vida. Dado que Dios y el hombre han de unirse estrechamente, para que en Dios, igualados con El, según el instinto de nuestra naturaleza, nos hagamos iguales en dignidad, según el axioma filosófico (1), no hay para realizar esta igualdad de los hombres en-

---

(1) «Quae sunt eadem uni tertio, sunt eadem inter se».

tre sí sino uno de estos dos medios: ó que el hombre suba hasta Dios, haciéndose Dios, ó bien que Dios baje hasta el hombre. El primero es el medio elegido por el hombre en su soberbia; el segundo es el medio elegido por Dios en su sabiduría y en su bondad.

¿Y se ha realizado así? ¡Ah, señores! Lo tenéis ante los ojos. ¡*Ecce venio!* El Verbo de Dios se ha encarnado; se ha introducido en nuestra naturaleza, y uniéndola á su naturaleza divina y haciéndola subsistir en su misma divina personalidad, ha realizado su promesa, ha llenado sus deseos y ha puesto en ella el principio de la verdadera igualdad de los hombres entre sí. “Ego dixi: Dii estis,” Lo había prometido, y lo cumple: Dios es hombre y el hombre es Dios: “Deus factus est homo, ut homo fieret Deus,” (1), dice S. Agustín. ¡Ah! Reconoced, oh hombres, exclama S. León; (2), la dignidad altísima á que habeis sido elevados en Cristo. En El y por El todos, altos y bajos, nobles y plebeyos, ricos y pobres, somos ya iguales; todos hermanos, verdaderos hermanos de Cristo, que es el primogénito (3), todos hijos, verdaderos hijos de Dios, *ut filii Dei nominemur et simus* (4).

Misterio sublime, señores, de la dignidad y de la igualdad humana consumado en la Encarnación, por la cual Dios se une personalmente

---

(1) S. Aug. *Serm. de Nativ. Dom.*

(2) S. Leo Mag. *Serm. I de Nativ.*

(3) Rom. VIII. 29.

(4) I Joann. III. 1.

á la humanidad, elevándola á la dignidad suprema de su misma divinidad; dignidad y honor de que participamos por igual todos los que por igual participamos de esta naturaleza tan honrada y sublimada por Dios. Misterio que se extiende á cada uno en la Redención, por la cual con el mérito y valor infinito de la sangre divina de Cristo se aplica á cada uno la gracia, que es la vida de Dios, por igual, sin más limitación ni otra diferencia que la que cada uno establezca con sus disposiciones para aplicarla. Misterio, en fin, que se perpetúa en esta Encarnación y Redención eterna, la Eucaristía, por la cual Dios que honra en la Encarnación á la naturaleza humana, honra aquí á la persona; y Dios que pone su gracia y su vida en la Redención á disposición de cada uno que quiera aplicársela, ratifica su designio y confirma nuestra igualdad, por la aplicación efectiva y particularísima á cada uno de esa vida, ganada para todos con su sangre.

¡Oh! ¡Qué bien se comprende el misterio de nuestra verdadera igualdad ante el altar de la divina Eucaristía! Por ella se verifica realmente lo que el mismo Jesucristo anunciaba, cuando decía: “Permaneced en mí y yo en vosotros,” *Manete in me et ego in vobis* (1). El está en nosotros real y verdaderamente mezclando su carne con nuestra carne por una nueva y maravillosa encarnación, y con su carne su espíritu y

---

(1). Joann. XV. 4.

su vida, que de ella son inseparables. Porque, como explica el Crisóstomo: “Mézclase con nosotros, mezclando su carne con la nuestra no solo por afecto sino en realidad, é introduce su cuerpo en el nuestro para que formemos con El un solo cuerpo unido á su cabeza,, (1). Doctrina que no es sino la reproducción literal de aquellas palabras de San Pablo: “aunque muchos no formamos sino un solo cuerpo en Jesucristo,, (2). Y nosotros estamos en El, *manete in me*, porque nosotros tomamos en la Eucaristía esa carne que, manchada en nosotros, El nos devuelve lavada ya y purificada con su sangre y vivificada con su vida, como corresponde á los que se ha dignado hacer carne de su carne y miembros de su cuerpo. “En la Encarnación, dice Bossuet, no tomó sino una carne individual; pero en la Eucaristía toma la de cada uno, se la apropia, la hace suya... Hácese de nuevo hombre y nos aplica sus méritos infinitos,, (3).

¡Oh, señores! ¿Qué son las dignidades humanas ante esta dignidad divina que la Eucaristía nos comunica á todos? ¿A qué quedan reducidas

---

(1) «Ut ergo non solum per dilectionem, sed etiam secundum rem ipsam (transformamur) cum illa carne commiscamur, propterea se nobis commiscuit, et nobis corpus suum inseruit, ut unum quid simus, sicut corpus junctum capiti. S. Joan Chrysost. *Hom. XLVI. in Joann.*

(2) Rom. XII. 5.

(3) Bossuet. *Meditat. sur l' Evangil. La Cène. 1.<sup>a</sup> Part., 23 y 32).*

todas las desigualdades sociales ante esta igualdad altísima que la divina Eucaristía consagra? Ante el Dios de la Eucaristía no hay distinciones, ni desigualdades; aquí no hay así para Dios, como para los hombres, sino hombres igualmente dignificados, amigos de Dios, hijos de Dios, dioses por la participación inefable de la misma vida de Dios. “Así como dos pedazos de cera fundidos al mismo fuego, dice S. Cirilo Alejandrino, hacen una sola masa, así en la Eucaristía únense el cuerpo y la sangre de Cristo con nosotros, y nosotros con El,” (1).

Hé aquí, pues, el secreto de la verdadera igualdad, la Eucaristía. La igualdad ante Dios, por la reconciliación con Dios que en todos causa; la igualdad ante los hombres, por la dignidad igual que á todos comunica con la misma vida de Dios; la igualdad, en fin, ante la ley y la conciencia, por la perfecta igualdad de derechos y deberes que á todos por igual impone.

Es lo tercero. Seré muy breve.

### III

Así como la vida divina comunicada por Dios al hombre en el principio tenía una ley, que era su condición: la ley negativa ó prohi-

---

(1) «Ut si quis ceram alteri cerae conjungens igne simul liquefecerit, unum aliquid ex ambobus efficit, ita per corporis Christi et pretiosi sanguinis participationem, ipse quidem in nobis, nos autem rursum in ipso unimur». (S. Cyrill. Alex., *Lib. IV. in Joann.*; cap. 14.)

bitiva del Paraiso, así Jesucristo, dueño absoluto de sus dones y de los méritos infinitos de su sacrificio, aunque nos los ha dejado en la Eucaristía, en donde todos podemos aplicárnoslos, nos los concede con sujeción á una ley, la ley positiva de incorporarnos á él, sacrificándonos con Él. La Eucaristía es el pan de la vida divina, *panis vitae* (1), pero no comunica esa vida sino á condición de comer de él, para vivir. mediante esta incorporación con Cristo, la misma vida de Cristo, en lo que consiste, como acabamos de ver, el secreto de toda nuestra dignidad y de la verdadera igualdad. “Nisi manducaveritis carnem Filii hominis et biberitis ejus sanguinem non habebitis vitam in vobis” (2). ¡Comulgar: hé aquí la gran ley de la igualdad humana!

Y debía ser así. Mirad: la rebelión de nuestra carne y sus pasiones fué la que nos hizo perder esa vida divina, principio de nuestra legítima grandeza y medida de nuestra igualdad. Para devolvérsola ha tomado Jesucristo nuestra propia carne, á la que ha hecho expiar con su sacrificio su rebelión, para hacerla otra vez capaz de aquella vida altísima. Pues bien, esa carne humana, vivificada de nuevo con la vida de Dios por la virtud del sacrificio de Cristo está en la Eucaristía, á donde hemos de ir nosotros á tomarla, é ingiriéndola en la nues-

---

(1) Joann. VI. 48.

(2) Ib. 54.

tra, inocular en ella su misma vida; que «no basta —dice Bossuet—el espíritu, sino que por el cuerpo hemos de llegar al espíritu. Haciéndose carne descendió el Hijo de Dios hasta nosotros, y por medio de su carne debemos volverle á recibir para unirnos á su espíritu y á su divinidad» (1).

Por eso nos ha dejado en la Eucaristía su carne, vivificada, sí, pero en estado de inmola-  
ción, sacrificada; porque el sacrificio es la causa meritoria de la resurrección que la Eucaristía ha de obrar en nosotros; que no está Cristo en ella bajo la semejanza de la carne de pecado, según la expresiva frase de San Pablo, *in similitudinem carnis peccati* (2), sino para ser en ella medicina contra las enfermedades de la nuestra pecadora y holocausto que la purifique de sus iniquidades, al decir de San Cipriano (3); no está Cristo en la Eucaristía inmolado, como primicias de los muertos, *primogenitus mortuorum* (4) sino para que los verdaderos muertos á la vida divina, comulgando con esa carne inmolada los méritos de su sacrificio, pasen con Cristo, en ella también resucitado y glo-

---

(1) Bossuet. *Elevaciones sobre los misterios*.

(2) Rom. VIII. 3.

(3) «Panis iste supersubstantialis et calix benedictione solemniter sacratus ad totius hominis vitam salutemque proficit, simul medicamentum et holocaustum ad sanandas infirmitates, et purgandas iniquitates existens». (S. Cyprian. *De Caena Domini*.)

(4) Apoc. I. 5.

rioso, al estado de su resurrección y de su gloria; porque, como enseña San Gregorio, «cuantas veces nos incorporamos en la Eucaristía con la hostia de la Pasión, renovamos en nosotros la Pasión, para nuestra absolución y nuestra vida» (1).

¡Comulgar! Tal es, pues, la ley de la vida divina, que por la Eucaristía se nos comunica; y como tal la ley suprema de la igualdad, que en la participación de esa vida tiene su verdadero fundamento. En la igualdad de este gran deber que la Eucaristía impone á todos, porque es precepto de Jesucristo, que dijo: “Hoc facite in meam commemorationem”. (2) “Haced esto en memoria mía”, está la fuente de la igualdad de nuestros derechos en el orden sobrenatural. Y si bien esta igualdad no mira directamente al orden humano y social, porque es de un orden superior; sin embargo, y precisamente por ser de un orden superior influye poderosamente en el inferior, y aun en el orden social se recogen sus divinos frutos. ¿Dónde, señores, dónde hallareis un acto tan profundamente nivelador

---

(1) «Mittamus ad hunc legationem nostram, flendo, tribuendo, sacras hostias offerendo. Singulariter namque ad absolutionem nostram oblata cum lacrymis, et benignitate mentis sacri altaris hostia suffragatur; quia is, qui in se, resurgens ex mortuis jam non moritur, adhuc per hanc in suo mysterio pro nobis iterum patitur. Nam quoties ei hostiam suae passionis offerimus, toties nobis ad absolutionem nostram, passionem illius reparamus». (S. Greg. *Hom. LVII. in Evang.*)

(2) Luc. XXII. 19.

como una comunión general? ¿Quién que esté penetrado de lo que es la Eucaristía, de lo que la Eucaristía da á todos, de lo iguales que nos hace ante Dios, ante los hombres y ante nuestra conciencia, se atreverá á acordarse de las desigualdades humanas ante Ella, ni menos de esgrimirlas como armas contra los que Ella hace iguales á él y hermanos de él?

Refiere el insigne predicador del dogma católico en la famosa cátedra de Nuestra Señora de París, el P. Monsabré (1), que en un día solemne un gran prócer francés, confundido con los demás fieles, se acercaba á la sagrada Mesa. Advertido esto por uno de esos aduladores tan amigos de ceremonias y distinciones, aun en donde son más impertinentes, y al ver que delante de él iba su palafrenero, llamando á éste la atención, le dijo: "Ved que detrás viene vuestro señor; dejadle pasar antes". El pobre criado ruborizóse, y apartándose dijo á su amo: "Pasad, monseñor, pasad". A lo que éste le respondió: "Monseñor se quedó á la puerta; aquí no hay más Señor que el que ambos vamos á recibir. Ve, pues, delante de mí". ¡Oh, señores! Esto hace la Eucaristía hasta en el orden social; porque, aunque monseñor dijo muy bien, no lo dijo todo, sin embargo. Es seguro que quien tan perfectamente supo apreciar y traducir en su conducta el gran misterio de la igualdad eucarística, no lo olvidaría en ningún momento.

---

(1) P. Monsabré. *Conferencias de Nuestra Señora de París*. Conf. LXXII.

Nó, monseñor no solo se queda á la puerta, en el acto de la comunión; para el que comulga, monseñor desaparece para siempre, y en todos los actos de su vida, y en todas las relaciones sociales con los demás hombres, verá siempre en todos, en los más altos como en los más bajos, la misma dignidad divina, defendida por iguales derechos y rubricada en las almas por el Dios de la Eucaristía con estas palabras, expresivas de la más sublime y perfecta igualdad: *Omnia in omnibus Christus* (1); Cristo todo en todos!



---

(1) Coloss. III. 11.





# LA DIVINA EUCARISTÍA



## TERCERA PARTE



### LA COMUNIÓN EUCARÍSTICA



#### CONFERENCIA VII.

#### La verdad de la Comunión



«... *in quo Christus sumitur*»  
(D. Thom. Off. SS. Corp. Christi.)  
«*Sacrum convivium.*»

(IBID.)

REAL ARCHICOFRADÍA

CATÓLICOS:

Hemos considerado hasta aquí á la divina Eucaristía como Sacramento y como Sacrificio. Como Sacramento es la fuente de la gracia, al que se ordenan y en torno del cual giran, como los planetas alrededor del sol, todos los astros de ese firmamento sobrenatural, porque en la Eucaristía está contenido Dios mismo, Autor de

la gracia, que en este Sacramento central, como en su Sol, ha puesto su tabernáculo, en frase del Profeta (1); y vísteis su verdad, su excelencia y su fruto.

La verdad, la excelencia y el fruto de la Eucaristía como Sacrificio, fué luego el objeto de nuestras reflexiones; y vimos que, en efecto, la Eucaristía, por su misma institución, es verdadero sacrificio y el mismo sacrificio de la Cruz renovado constantemente y perpetuado en ella con sus mismos méritos infinitos y sus mismos frutos.

Pero, señores, las intenciones de Ntro. Divino Salvador al instituir el gran Sacramento y gran Sacrificio eucarístico, han ido más allá; ha querido, no solo que le contemplemos y adoremos sacramentado y sacrificado por nosotros en la Eucaristía; no solo comunicarnos en ella su gracia, su vida misma, como fruto de su pasión y de su sangre. Todo esto, con ser mucho, no era sin embargo, suficiente para calmar las ansias infinitas del amor con que nos ama; ni tampoco... ¿por qué no decirlo?, tampoco era bastante para satisfacer las aspiraciones que El mismo pone misericordiosamente en nuestra alma con su gracia, ni los derechos sagrados que con su gracia magnánimamente, con magnanimidad de Dios, nos ha otorgado. Ni á El, ni á nosotros bastaba vivir cerca, para poder solazarnos con los dulces coloquios de una íntima amistad; ni siquiera vivir en familia por la par-

---

(1) Psalm. XVIII. 6.

ticipación de su naturaleza divina y de todos sus bienes. Mayores que eso son las pretensiones del amor; no se contenta con aproximar á los amantes, que, aunque tiene sus delicias en eso, en aproximar sus corazones (1), el amor que aproxima no es todo el amor, ni siquiera el mayor amor; no se contenta con unir á los amantes con los estrechos vínculos de la familia, que, aunque se goza en unir sus corazones íntimamente para que todo sea entre ellos común (2), el amor que une no es todavía todo el amor, ni el más perfecto amor. El amor quiere más; quiere la fusión de los corazones, la identificación de su vida misma, que no sean dos, sino uno; quiere acercarse y unirse al amado, sí, pero oído en los momentos de su mayor exaltación: quiere... comérselo. ¡Comérselo, ó hacerse comer de él! ¡Fundirse con él! ¡Identificarse con él!

¡Oh amor, detente; que deliras! Nó, no delira; en la Eucaristía hay el amor de un Dios; y lo que para el amor humano es un delirio imposible, para el amor de un Dios es cosa hacedera y fácil. La Eucaristía, pues, no será solo la aproximación de los corazones de Dios y del hombre, ni siquiera su unión la más íntima y estrecha; será todo lo que el amor exige, será la fusión perfecta de ambos, hasta el punto que el hombre podrá sin hipérbole decir con S. Pablo, no ya que vive la vida de Cristo, sino que su vi-

---

(1) Prov. VIII. 31.

(2) Luc. XV. 31.

da es Cristo “mihi vivere Christus est,” (1). La Eucaristía, para decirlo de una vez, no será solo el Sacramento en que está Cristo, aproximándose á nosotros para estar cerca de nosotros; no será solo el Sacrificio en que Cristo se une á nosotros por la comunicación de sus méritos y de su vida; será la Comunión de Cristo, por la que comemos á Cristo para tenerlo dentro de nosotros, fundidos é identificados su corazón, su carne, su espíritu con nuestro espíritu, con nuestra carne y nuestro corazón. “Sacrum convivium in quo Christus sumitur,” (2). Esto es la Eucaristía.

Considerémosla, señores, desde este último punto de vista en los días que ya nos restan. Y empecemos hoy por llevar ante todo á nuestra razón la convicción de su verdad, para que convencidos de esa verdad de la Comunión eucarística, se dilaten más y más y se aviven los deseos de nuestro corazón de recibirla. La vereis, pues, con el auxilio del Señor, exigida por la Eucaristía misma como su complemento, anunciada claramente por el mismo Jesucristo, y revelada y confirmada por sus efectos en los que comulgan.

---

(1) Philipp. I. 21.

(2) D. Thom. *Off. in solemnitate SS. Corp. Christi*. Aña. ad Magn. in II Vesp.

## I

Tienen todos los grandes misterios de nuestra sacrosanta religión un sello, un caracter que acredita su verdad de la manera más convincente: todos ellos son universales y perpétuos. En todas partes y siempre se descubren con entera claridad, aún á través de las mil supersticiones con que los corrompía y desfiguraba la ignorancia de los pueblos. Nota, señores, segura é infalible de verdad; porque, según la regla del gran Aristóteles, lo que es universal es evidentemente original, primitivo, eminentemente racional, perfectamente humano (1); y lo que es sobre universal perpétuo, no puede dudarse, es divino; porque las ficciones humanas no pueden durar siglos; y ficciones hubieran sido nuestros misterios desfigurados en la antigüedad, si no fueran en su fondo revelaciones de Dios, porque en su fondo son incomprensibles y muy superiores á todo lo que el hombre hubiera podido concebir é imaginar.

Y este caracter supremo de verdad revelada por Dios y eminentemente racional, que se

---

(1) «Si quis ipsum solum primum separando accipiat: hoc est enim paternum dogma; diviné profecto dictum putabit». (Aristot. *Metaphis.*, tom. XII., cap. 8.)

descubre en todos nuestros misterios universales y perpétuos, no podía faltar al que bien podríamos llamar, el coronamiento de todos los demás, la clave de la bóveda de todo el divino edificio de nuestra religión: el misterio de la Comunión eucarística; porque la Comunión es la consumación, la perfección de la Eucaristía, y esta es á su vez la perfección y consumación de todo el Cristianismo. Y en efecto, señores, así es: hay una Comunión en todas las religiones de todos los pueblos y de todos los tiempos; porque, como ya dijimos en su lugar, no ha habido jamás religión sin sacrificio, y ahora con el libro de la Historia á la vista añadimos: no ha habido jamás sacrificio sin comunión.

En una ú otra forma hubo siempre en los sacrificios una aplicación de la víctima al pueblo que la sacrificaba, aplicación material y sensible con la que se exteriorizaba la imputación de los méritos de su sacrificio á los oferentes del mismo. Unas veces consistía en derramar sobre el que ofrecía el sacrificio la sangre de la víctima sacrificada, como en el antiguo *Tauróbolo* (1); otras como en los de la India consistía en recoger y guardar cuidadosamente como reliquias sagradas los despojos sangrientos

---

(1) «Llamábase *Tauróbolo* á un uso expiatorio, que se remonta á la más alta antigüedad pagana; y consistía en colocar al iniciado en una hoya, sobre la cual se hacía caer, al través de una criba, la sangre del toro que acababa de inmortalarse á la divinidad». (A. Nicolás, *Estudios filosóficos*, Lib. II., Cap. IV., p. II.)

de las víctimas (1); lo más general y constante, en fin, era comerlos, con lo que se significaba una *comuni6n* entre todos los asistentes, y entre todos y la divinidad. *Comuni6n con los dioses*, como le llamaban los paganos, y tan constante y universal que ha autorizado al paciente y escrupuloso investigador Mr. Rollin á formular esta conclusi6n. “El banquete seguía siempre al sacrificio, y era una de sus partes,” (2).

Comuni6n tradicional que, como figura y anuncio de nuestra Comuni6n eucarística, se descubre, mejor que en todos los pueblos de la antigüedad, en el pueblo judío, especialmente

---

(1) En la Revista *Le Constitutionnel*, citada por el mismo A. Nicolás, se detallan los sacrificios humanos de la India con estas palabras: «Cuando están concluidos los preparativos, dá el sacrificador la seña de la inmolaci6n, descargando sobre la víctima un golpe con el hacha que lleva en su mano. En este momento todos los asistentes se hechan sobre ella con alaridos feroces, la despedazan y se llevan pedazos de su carne, exclamando: *Te compramos y pagamos tu precio, no cometemos ningún pecado*; y entre tanto está tocando una música ruidosa: Consumado así este horroroso sacrificio, se vuelven todos á sus casas, llevando consigo el pedazo sangriento, y por espacio de tres días se están encerrados sin pronunciar una sola palabra; luego de concluidos matan un búfalo, y se desatan todas las lenguas».

(2) «Cuando las piernas de la víctima habían sido consumidas por el fuego, asábanse sus *entrañas*, y se repartían entre los circunstantes. Esta ceremonia es notable: ella terminaba el sacrificio ofrecido á los dioses, y era como un signo de *comuni6n* entre todos los presentes, y entre los hombres y los dioses. El banquete seguía al sacrificio, y era una de sus partes. (M. Rollin. *Traité des études*., De la lecture D'Homere).

destinado por Dios para anunciar y figurar nuestros sublimes misterios. En aquellos sacrificios había, en efecto, aspersion de la sangre de las víctimas sobre el pueblo (1), y de una manera especial sobre los representantes de las doce tribus de Israel, como se lee en el Exodo (2). En el libro del Levítico, ceremonial dado por Dios á los judíos para fijar los ritos de los sacrificios, prohíbese la comunión de aquellas víctimas cuya inmolación mira directamente á la reconciliación con Dios por la remisión del pecado; pero, en cambio, se prescribe la sunción de la víctima, y su sunción completa en aquellos otros sacrificios directamente ordenados á la acción de gracias y en general á los efectos de aquella reconciliación (3), marcándose en ellos de esta suerte con la mayor precisión la diferencia entre el sacrificio de la Cruz directamente figurado en los primeros, y el sacrificio eucarístico, realidad divina figurada en los segundos; porque, es claro, señores, no debemos comulgar con la víctima en cuanto es representante de nuestros pecados para su expiación (y esto es el Sacrificio de la Cruz), pero sí debemos identificarnos con ella, comiéndola, en cuanto es la raíz del mérito y la causa del perdón y de la gracia que Dios por su sacrificio nos otorga (y esto es la Eucaristía). Finalmente, el gran sacrificio del Cordero

---

(1) Exod. XXIV. 8.

(2) Ib. 4.

(3) Lev. III, VI, VII.

Pascual, el más solemne de los sacrificios de Israel, figura la más expresiva, en sentir de Santo Tomás (1), del sacrificio de Jesucristo, que anuncia en todos sus caracteres, en sus exterioridades (*sacramentum tantum*), en su misterio ó realidad (*sacramentum et res*) y en sus efectos (*res tantum sacramenti*), como explica el Angélico, tenía su complemento en la sunción del cordero inmolado, "*comedetis festinanter*" (2) con ceremonias y ritos harto significativos, hasta el punto de que para que no pudiera dudarse que esta comunión del cordero era parte integrante del sacrificio por lo que mira á sus efectos, es decir: parte *exclusivamente* religiosa del mismo, se prescribía la sunción de los miembros y vísceras del animal que ordinariamente no se comen, su cabeza, sus piés y sus intestinos «*caput cum pedibus ejus et intestinis vorabitis*" (3).

Aplicaciones de la víctima, según el testimonio de S. Pablo, en los sacrificios judáicos, que figuraban con la mayor exactitud el gran sacrificio de la nueva ley, y por tanto, nuestra Eucaristía. Aquellas aspersiones de la sangre de la víctima sobre el pueblo, es la aplicación al pueblo de los méritos de esa sangre derramada por la Víctima divina en la Cruz y en el altar: "*omnia pene in sanguine secundum legem mundantur... necesse est ergo coelestium his melio-*

---

(1) *Summ. Theol.* III P., quaes. LXXIII., art. 6.)

(2) Exod. XII. 11.

(3) Ib. 9.

*ribus hostiis mundari*, (1). Aquella inmolación del Cordero Pascual es la inmolación real de Jesucristo en el Calvario y en la Eucaristía, nuestra verdadera *Pascua*: “Pascha nostrum immolatus est Christus”, (2). Aquella comunión, por último, con que terminaban los sacrificios y se completaba la gran figura del sacrificio del Cordero, como signo de la consumación de la alianza y perfecta unión de Dios con el hombre, es nuestra Comunión en la que realmente se realiza y consume esa alianza, esa unión íntima, tanto que por ella nos hacemos verdaderos miembros del cuerpo de Cristo: “unum corpus multi sumus omnes, qui de uno pane participamus... qui edunt hostias participes sunt altaris”, (3).

¡Ah, sí! No cabe duda: la Comunión eucarística es la perfecta realización de las figuras, como dice el Angélico, *figuris terminum* (4); y si en las figuras había como complemento y consumación del sacrificio la sunción de la víctima, nuestra Comunión es la sunción real y efectiva de la víctima de nuestro Sacrificio, y por tanto su perfecta consumación y su último complemento.

Y debía de ser así. En el sacrificio de Cristo en el Calvario no hubo esta parte del sacrificio, la comunión; y ya hemos indicado la razón de ello

---

(1) Heb. IX, 22, 23.

(2) I. Corint V. 7.

(3) Ib. X. 17, 18.

(4) D. Thom. *Off. SS. Corp. Christi*. (Hymn ad Matut.)

claramente expresada en sus figuras. En el Calvario Cristo es la víctima cargada con los pecados de los hombres para expiarlos, recibiendo los golpes con que la justicia divina los castiga. Así lo vió Isaías, cuando exclamaba: “possuit in eo iniquitates omnium nostrum... propter scelus populi mei percusi eum,” (1), y como pecado viviente que es Cristo en la Cruz, no debíamos comulgar allí de El, según las prohibiciones del Levítico, porque allí es *la víctima por el pecado* cuya sangre se derramaba junto al altar, en el suelo, y cuyo cuerpo se quemaba fuera de la ciudad (2), para expresar que el pecado quedaba destruído y olvidado por Dios. Pero además de esta primera imputación, del pecado á la víctima, el sacrificio entraña una segunda imputación inversa de la anterior y en la que está su complemento, la imputación del mérito de la víctima al que la sacrifica y la ofrece. ¿Y dónde está esta segunda imputación en el sacrificio de Cristo? Y si esta segunda imputación, complemento del sacrificio ha de expresarse, como se expresó siempre, por la comestión ó sunción de la víctima ¿dónde está la sunción de la víctima, Cristo inmolado? ¿Dónde? Aquí en la Eucaristía, porque la Eucaristía es *la hostia pacífica*, cuya carne, según el rito mosaico, había de comerse toda (3), para expresar

---

(1) Is. LIII. 6, 8.

(2) Lev. IV.

(3) Ib. VII. 15.

que comulgamos y nos apropiamos los méritos, de que su carne, por la virtud de su sacrificio, se halla penetrada y saturada.

La Eucaristía es, pues, el mismo sacrificio de Cristo, porque como término de todas las figuras es ya único, y recoge y compendia en sí todos los caracteres que constituyen su integridad, y que Dios, para hacerlos más perceptibles, había repartido entre los varios que en cada uno de esos caracteres separadamente lo anunciaban. Pero, esto no obstante, aunque Jesucristo en la Cruz y en la Eucaristía es simultáneamente hostia por el pecado y hostia pacífica, predomina y expresa más en la Cruz el primero de estos caracteres, y el segundo de ellos en el Altar. Por eso en la Cruz no hay comunión; por eso en el Calvario no están los doce Apóstoles representantes del pueblo nuevo, que allí adquiriría con su sangre, *populus acquisitionis* (1), *Ecclesia quam acquisivit sanguine suo* (2) para recibir la aspersion de aquella sangre divina con que se consumaba el sacrificio, como Moisés había derramado la sangre de la antigua alianza sobre las doce piedras y los doce príncipes representantes del pueblo de Israel (3); cuando Jesucristo fué á la Cruz el sacrificio iba consumado, y ya estaba hecha la aspersion sobre el nuevo pueblo en sus repre-

---

(1) I Pet. II. 9.

(2) Act. XX. 28.

(3) Exod. XXIV. 4, 6, 8.

sentantes los Apóstoles, y la sunción de la víctima: "Se ofrece á sí mismo Jesucristo, dice San Gregorio Niseno, como hostia, y se inmola como víctima. Pero ¿cuándo lo ha hecho? Cuando dió á comer su cuerpo á los apóstoles congregados y á beber su sangre. Entonces declaró abiertamente que el sacrificio del Cordero estaba ya consumado y perfecto" (1). La Comunión eucarística: hé aquí la consumación del Sacrificio de Cristo, tal como lo exige el concepto integral del mismo Sacrificio y todas sus figuras, su perfección y su cumplimiento.

Y como brilla su verdad cuando se le estudia en sí misma, como acabamos de hacerlo, se impone á la razón cuando se oye á Jesucristo.

Estamos, señores, en la segunda parte del discurso.

---

(1) «Qui enim Domini auctoritate cuncta disponit, non ex proditione sibi impendentem necessitatem non judaeorum quasi praedonum impetum, non Pilati potentiam expectat, ut eorum malitia sit communis hominum salutis principium et causa: sed consilio suo antevertit, et arcano sacrificii genere quod ab hominibus cerni non poterat, se ipsum pro nobis hostiam offert et victimam immolat, sacerdos simul existens et Agnus Dei qui tollit peccatum mundi. Quando id praestitit? Cum corpus suum discipulis congregatis edendum, et sanguinem bibendum praebuit, tunc aperte declaravit Agni sacrificium jam esse perfectum». (S. Greg. Niss. Orat. 1 in Sanct. Pasch.)

## II

Que la Eucaristía sé ordena á la Comunión en último término, y como á su consumación y complemento, es del todo evidente para el que la estudie en su institución. La materia misma elegida por Cristo para instituir la, las palabras con que la promete é instituye y el efecto procurado por Él en su institución, prueban de un modo terminante que la Comunión es el objeto y fin supremo que Jesucristo al instituir la Eucaristía se propuso.

No han faltado quienes desentendiéndose, no sé si por ignorancia ó por malicia, de las intenciones divinas de Jesucristo, claramente reveladas en la misma materia por El elegida, han asignado diversa materia á la Eucaristía. Los *Artotiritas*, según S. Agustín (1), asignaban como materia para hacer la Eucaristía el pan, como fruto de la tierra, y el queso, como fruto de los rebaños, materia ofrecida á Dios en las primeras oblaciones de Cain y de Abel, según el Génesis (2). Los *Catafrigas* y *Pepuzianos*, según

---

(1) S. Aug. *De haeres.*, Haeres. 28.

(2) Gen. IV. 3, 4.

el testimonio de Sto. Tomás (1), tenían por materia de este sacramento un pan especial amasado con sangre de un niño á quien la extraían por medio de pequeñísimas é inofensivas punzadas. Finalmente, según el mismo Doctor Angélico, hubo quienes ofrecían en la Eucaristía agua sola, so pretexto de falsa sobriedad, y que por esta razón llamáronse *Aquarios*. Contra todos los cuales álzase el gran Doctor de la Eucaristía, demostrando la oportunidad de la materia elegida por Jesucristo, pan y vino, como *Sacerdote eterno según el orden de Melquisedec*, en frase del Profeta (2), por estas tres razones principales aquí á nuestro-propósito. Oídlas: la materia del sacramento ha de ser adecuada y conforme á su caracter de signo sensible del efecto interior é invisible que la gracia producirá en las almas por medio de su uso, de su aplicación; en lo cual consiste el sacramento en toda su integridad y perfección (3). Supuesto este principio general, fácil es descubrir por el signo lo significado, y conocer cual haya de ser el efecto

---

(1) «*Cataphrygae et Pepuziani, de infantis sanguine, quem de toto ejus corpore minutis punctionum vulneribus extorquent, quasi Eucharistiam mane conficere perbibentur, miscentes cum farinae, panemque inde facientes. Quidam vero, qui dicuntur aquarii, aquam solam sub specie sobrietatis in hoc sacramento offerunt. Omnes autem hi errores, et similes excluduntur per hoc, quod Christus hoc sacramentum sub specie panis et vini instituit, ut patet Math. 26*». (*Summ. Theol.* III. P., quaest. LXXIV., art. 1.)

(2) Psalm. CIX. 4.

(3) *Summ. Theol.* III. P., quaest. LX. (passim.)

primario, el objeto ó fin de cada uno de los sacramentos por su materia; y si el agua es principalmente la materia propia para lavar las manchas del cuerpo, el sagrado Bautismo que con agua se administra tiene principalmente por objeto y fin lavar con el agua divina de la gracia las manchas del espíritu; y si las unciones de aceite, en el lenguaje general de los signos, significan la robustez de los miembros y la curación de sus heridas, con óleo santo se administrarán los sacramentos de la robustez del espíritu, como la Confirmación, y el de la cicatrización de las heridas del alma, como la Extremaunción.

Ahora bien, señores. La Eucaristía se administra y se consagre en pan y y vino. Luego el objeto y fin de la Eucaristía, el efecto espiritual y sobrenatural á que su institución se ordena será el mismo en este orden divino que el que en el orden material y humano produce el pan y el vino que son su signo: comer, alimentarse. Y esto es la Eucaristía, comer á Dios, alimentarse de Dios; porque su materia lo es propiamente de comida y alimento, y la Eucaristía es Dios. La Eucaristía es, pues, la Comunión; á la Comunión se ordena; la Comunión es su objeto y fin supremo; y sin la Comunión no tiene explicación la Eucaristía: "Usum hujus Sacramenti est manducatio... et ideo panis et vinum, quibus communius homines reficiuntur, assumuntur in hoc sacramento ad usum spiritualis manducationis," (1).

---

(1) Ib., quaest. LXXIV., art. 1.

Materia oportunísima, continúa el Sto. Doctor, para significar también los divinos efectos que se ordena á producir esa comida celestial en las almas, la alimentación de la vida divina que por la Comunión reciben. Por eso, dice San Ambrosio, se nos dá en ella el cuerpo de Cristo para alimento de la vida del cuerpo y la sangre de Cristo, ya que la sangre es el alma del cuerpo, en frase del Levítico (1), para refección y alimento del alma (2), bajo las especies de pan y de vino, las más propias y adecuadas para significar estos efectos.

Por último, son el pan y el vino materia la más conforme para significar lo que en la Eucaristía comulgamos, á saber: el mismo Cristo, pero como víctima, en estado de inmolación. No es, pues, solo pan, ni solo vino, sino pan y vino separados, como separados están el cuerpo y la sangre en las víctimas sacrificadas. "Panis et vinum seorsum sumuntur rationabiliter quantum ad passionem Christi, in qua sanguis est á corpore separatus" (3).

Hé aquí cómo solo la materia elegida por Cristo para instituir la sagrada Eucaristía indica bastante, más aún, demuestra claramente cual sea en sus divinas intenciones el fin ú objeto á que se ordena; porque no se concibe su

---

(1) Lev. XVII. 11.

(2) «Hoc sacramentum valet ad tuitionem animae et corporis, et ideo corpus Christi sub specie panis pro salute corporis, sanguinis vero sub specie vini pro salute animae offertur.» (S. Ambros. *In Epist. I ad Corinth. cap. XI.*)

(3) *Summ. Theol.* III. P., quaest. LXXIV. art. 1.

institución en forma de comida ó convite sagrado si no es para comer en ella lo que en ella realmente se contiene, el mismo Jesucristo como víctima. *Sacrum convivium*. La verdad, pues, de la Comunión eucarística es la misma verdad de la realidad eucarística, y los que la niegan como los *socinianos* y *unitarios*, obligados por una lógica inflexible, tienen que llegar á la completa negación de todo el Cristianismo. Negar, en efecto, la Comunión, es negar la Eucaristía que en la Comunión tiene su complemento y su fin, y por tanto, toda su razón de ser; y si el pan y el vino no son sino el signo, pero no la realidad de la carne y de la sangre de Cristo inmolado, para ser en la Comunión el alimento del alma, no hay razón para que su inmolación cruenta en el Calvario fuera más efectiva y real. Y si su inmolación en la Cruz como en la Eucaristía no es sino un signo, una figura, ¿por qué no habrá de serlo también su Encarnación? ¿Y qué queda en este caso de todo el Cristianismo? Tan cierto es, señores, que la Comunión eucarística es la verdad central de nuestra sacrosanta religión, y su verdad la clave de bóveda, como le llamábamos antes, del gran edificio cristiano, quitada la cual el edificio se destruye. Y como se ha dicho muy bien: “La Encarnación, la Redención y la Comunión; el pesebre, la cruz y la cena forman las tres gradaciones de los abatimientos del divino amor, y tan *real* es el último como los dos primeros” (1).

(1) A. Nicolás. *Estudios filosóficos*. Part. 2.<sup>a</sup>. Cap. XVII.

Ya no podrá extrañaros la insistencia con que el mismo Jesucristo anuncia la Eucaristía y la claridad con que la instituye como Comunión. La verdad de la Comunión eucarística se impone con evidencia, cuando se oye á Jesucristo decir: “Caro mea verè est cibus et sanguis meus verè est potus.” (1) “Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida”; definición de la Eucaristía hecha por su mismo Autor, y confirmada con palabras todas tan terminantes como estas, y de las cuales está lleno el capítulo sexto del Evangelio de San Juan, en que nuestro Salvador promete la Eucaristía á sus oyentes. Y cuando hubo llegado el momento de cumplir sus promesas, de ofrecer al mundo el banquete divino que le tenía ofrecido, con palabras que por su evidencia *fulguran como rayos*, al decir de Melancthon (2), dice en el Cenáculo: “Tomad y comed.... tomad y bebed” (3). Palabras tan claras y manifiestas que San Pablo no concebía siquiera que pudieran ser puestas en duda, cuando preguntaba á los de Corinto: “¿Por ventura el cáliz que bendecimos no es la comunión de la sangre de Cristo? ¿Y el pan que partimos no es la participación del cuerpo del Señor?” (4) Así ha significado el Apóstol, como observa San Juan Crisóstomo, la íntima unión á que por su insti-

---

(1) Joann. VI. 56.

(2) Melancth. *De veritate corporis et sanguinis Christi.*

(3) I Corinth. XI. 23.—Math. XXVI. 28.

(4) I Corinth. X. 16.

tución se ordena la Eucaristía, que es, no solo unirnos á Cristo, sino comer al mismo con quien hemos de unirnos, *quod uniamur communicamus*; pues así como su cuerpo está realmente unido al Verbo, así nosotros por esta comunión nos unimos á Cristo“ (1). Unión del alma con Cristo por comunión del mismo Cristo: esto es lo que Cristo ha revelado como objeto supremo de la Eucaristía; y así lo ha explicado el Apóstol, y así lo han entendido los Stos. Padres, de cuya verdad tenemos innumerables testimonios (2), que sería imposible citar.

---

(1) «*Et panis quem frangimus nonne communicatio corporis Christi est? ¿Cur Apostolus non dixit participatio? Quoniam voluit aliquid amplius significare, ac magnam conjunctionem ostendere. Non solum enim quod sumamus et percipiamus, sed et quod uniamur communicamus. Quemadmodum enim Corpus illud Christo unitum est, sic et nos illi per hunc panem unimur*». (S. Chrysos. *In exposit. Ep. I ad Corinth.*, Hom. 24.)

(2) Es otro de los puntos en que la enseñanza de los Padres es constante y unánime. Véanse algunos de sus testimonios:

«*Hic animadvertere operae pretium est, Christum non dicere se dumtaxat in nobis futurum secundum relationem quamdam affectualem, sed et per participationem naturalem. Ut enim si quis ceram caerae indutam ignem simul liquaverit unum quid ex ambabus efficit; ita per corporis Christi et pretiosi sanguinis participationem ipse quidem in nobis, nos autem rursus in eo simul unimur*». (S. Cyrill. Alex., *Comm. in Joann.* Lib. X.)

«*Non aliud agit participatio Corporis et Sanguinis Christi, quam ut in id, quod sumimus, transeamus; et in quo commortui et consepulti sumus, ipsum per omnia et spiritu et carne gestemus*». (S. Leo. *Serm. 14 de Passion.*)

No dejaré, sin embargo, de aducir en confirmación de este gran dogma de nuestra Comunión eucarística, para terminar esta segunda parte de su demostración, el poderoso argumento que se deduce de su necesidad. Si es necesario cumplir los preceptos, es necesaria la Comunión, porque la Comunión es un precepto. Oid una vez más las sublimes enseñanzas del Angélico. Es innegable, dice, que el hombre ha de incorporarse con Cristo para salvarse, toda vez que fuera de la Iglesia, que es su cuerpo místico, no se dá para el hombre salvación. Igualmente cierto es también que la Eucaristía, en lo que como Sacramento significa (*res sacramenti*,) es el Sacramento de la incorporación á Cristo ó unidad de la Iglesia, como claramente lo dice S. Pablo: "Unum corpus multi sumus omnes, qui de uno pane et de uno calice participamus," (1). "Los que participamos del mismo pan y del mismo cáliz somos un solo cuerpo," (2). Es pues, cierto que la Eucaristía es necesaria. Pero adviértase, continúa el Santo, que esa incorporación con Cristo, efecto á que se ordena la Eucaristía, puede obtenerse antes de

---

«Magistri auctoritate animati dum Corpori ejus et Sanguini communicamus, audenter fatemur nos in Corpus illius transfudi, et ipsum in nobis manere. In nobis ipsum manere dico, non solum per concordiam voluntatis, sed per naturae unitae veritatem.... Ita ergo in Deo sumus, quia et in Christo Pater est, et Christus in nobis est». (S. Fulbert. Carnot., *Ep. I de Ven. Sacram.*)

(1) I Corinth. X. 17.

(2) *Summ. Theol.* III P., quaest. LXXIII, art. 2.

la Comunión, por el voto y propósito de recibirla, y por consiguiente, la salvación, como acontece á los párvulos bautizados, en quienes suple ese voto y propósito la fe y la intención de la Iglesia, á la que ya por el Bautismo pertenecen. No es, por tanto, necesaria la Comunión *in re*, como dicen los teólogos; no es absolutamente necesario para salvarse recibirla de hecho (1), pero sí es necesario para salvarse el voto, el deseo, el propósito de recibirla, porque eso es lo que se llama *Comunión espiritual*, sin la que no hay la incorporación con Cristo necesaria para la salvación, según las palabras del mismo Jesucristo: “Nisi manducaveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem non habebitis vitam in vobis,” (2). “Si no comeis la carne del Hijo del hombre y bebeis su sangre, no tendreis vida en vosotros.” De aquí es que sin el voto de recibir la Eucaristía no hay para el hombre salvación. Y como todo voto hay que cumplirlo, cuando se ofrece la oportunidad, es evidente que, dada esa oportunidad, es necesario comulgar de hecho para la salvación; por eso la Co-

---

(1) «Res hujus sacramenti est unitas corporis mystici, sine qua non potest esse salus; nulli enim patet aditus salutis extra Ecclesiam.... Sed res alicujus sacramenti haberi potest ante perceptionem sacramenti, ex ipso voto sacramenti percipiendi. Unde ante perceptionem hujus sacramenti potest homo habere salutem *ex voto percipiendi hoc sacramentum*.... et sicut ex fide Ecclesiae credunt, sic ex intentione Ecclesiae desiderant Eucharistiam, et per consequens recipiunt rem ipsius». (*Summ. Theol.* III P., quaest. LXXIII., art. 3.)

(2) Joann., VI. 54.

muni6n no es solo un consejo, es un precepto de Jesucristo, que dijo: “Hoc facite in meam commemorationem,” (1). “Haced esto es memoria de m6i,” y al mismo tiempo precepto de la Iglesia (2), con el que Ella, int6rprete de los preceptos de Cristo, y autorizada por 6l para fijar la oportunidad y el modo de cumplirlos, prescribe, como necesaria para la salvaci6n, la Comuni6n eucarística, una vez al menos en el a6o, en el tiempo pascual, en que nos encontramos, y cuando amenaza peligro de muerte (3), como expresa nuestro incomparable Catecismo.

---

(1) Luc. XXII. 19.

(2) «Duplex est modus percipiendi hoc sacramentum, scilicet spiritualis et sacramentalis. Manifestum est autem, quod omnes tenentur saltem spiritualiter manducare, quia hoc est Christo incorporari. Spiritualis autem manducatio includit votum, seu desiderium percipiendi hoc sacramentum. Et ideo sine voto percipiendi hoc sacramentum non potest homini esse salus. Frustra autem esset votum, nisi impleretur, quando oportunitas adesset. Et ideo manifestum est, quod homo tenetur hoc sacramentum sumere, non solum ex statuto Ecclesiae, sed ex mandato Domini. Ex statuto autem Ecclesiae sunt determinata tempora exequendi Christi praeceptum». (*Summ. Theol.* III P., quaest. LXXX, art. 11.)

(3) «Secundum diversum statum Ecclesiae diversa circa hoc statuta emanaverunt. Nam in primitiva Ecclesia, quando magna vigeat devotio fidei christianae, statutum fuit, ut quotidie fideles communicarent, unde *Anacletus Papa* (*ep. I in med. to. I Conc. et hab. cap 10 de consecrat. dist 2*), dicit, *peracta consecratione, omnes communicent, qui noluerint carere ecclesiasticis liminibus, sic enim et Apostoli statuerunt, et sancta romana tenet Ecclesia*. Postmodum vero, diminuto fidei fervore, *Fabianus Papa* (*Decret. 7. to. I Conc. et hab. c. 16 de consecrat. dist. 2.*) indulset, ut si non frequentius, saltem ter in

Ved, pues, señores, como la necesidad con que la Iglesia y el mismo Jesucristo nos obligan por medio de su precepto á recibir la Comunión eucarística, prueba claramente su verdad, porque tan absurdo, que no puede concebirse siquiera, sería suponer que fuera necesario, nada menos que para salvarse, comulgar un signo miserable de Cristo que apenas, si no fuera más que eso, como pretenden los protestantes, alcanza á representarlo bien y dignamente. Nó, señores, imposible; entre el fin de nuestra salvación eterna y este medio preceptuado para conseguirlo, habría una desproporción que en fuerza de ser inmensa sería ridícula, é indigna, por tanto, y altamente ofensiva para la Iglesia y para Jesucristo. Es evidente, y lo contrario subleva á la razón misma por lo monstruoso, si el fin es la eterna posesión de Dios, y medio necesario para alcanzarlo es la Comunión eucarística, no hay remedio, para que haya proporción racional y justa entre el medio y el fin, la Comunión eucarística no puede ser otra cosa que la Comunión de Dios.

---

*anno omnes communicent, scilicet in Pascha, Pentecoste et Natali Domini. Soter etiam Papa (Decret. 4. to. 1 Conc.) in Caena Domini dicit esse communicandum, ut habetur in Decr. de cons. dist. 2 (c. 17). Postmodum propter iniquitatis abundantiam, refrigescente charitate multorum, statuit Innocentius III (in Conc. Later. IV., cap. 21., to. 11.), ut saltem semel in anno, scilicet in Pascha, fideles communicent. Consulitur tamen (S. Aug. De ecclesiast dogm., cap. LIII), omnibus diebus dominicis esse communicandum. (Summ. Theol. III. P., quaest. LXXX., art. 10, ad quintum).*

Pero prescindid de todo esto, si quereis; olvidad ahora todas las razones que demuestran su verdad, y que nosotros acabamos de aducir, recogidas de los testimonios de la Historia que la anuncian, y de los labios del mismo Jesucristo que tan claramente la revelan. Todavía tendríamos que reconocer la verdad, la realidad de la divina Comunión. Estudiad sus efectos en los que comulgan, y decidme si efectos tan divinos no son necesariamente efectos de la Comunión de Dios.

### III

Lo mismo en la Eucaristía que en el Calvario, Jesucristo es el representante de la humanidad regenerada por su sacrificio, su Cabeza, el hombre del cielo, celestial, en frases del Apóstol (1); y como tal, nuestro modelo y ejemplar perfectísimo. S. Pedro nos lo muestra en su sacrificio, exhortándonos á imitarle, á seguir sus huellas, pues para eso se ha sacrificado (2); y el mismo Jesucristo nos invita á su imitación, diciéndonos á todos: “Exemplum dedi vobis, ut quemadmodum ego feci, ita et vos faciatis,, (3). Y la conciencia católica ilustrada por la fé y excitada por este llamamiento de

---

(1) Coloss. 1. 18. — I Corinth. XV. 47.

(2) I Pet. II. 21.

(3) Joann. XIII. 15.

Cristo, nos lo ofrece en la Cruz y en la Eucaristía sacrificado y nos intima imperiosamente este mandato: "Inspice et fac secundum exemplar, quod tibi in monte monstratum est," (1) "Mira y obra conforme al ejemplar que te se ha mostrado en el monte,"; en el monte Cristo, verdadero tabernáculo, cuyo ejemplar mostró Dios á Moisés, en el que se ofrece al Señor el verdadero sacrificio, como interpreta S. Pablo (2); en el monte Cristo, como argüia S. Esteban á los judíos (3), verdadero monte de santidad en el que Dios se ha preparado su tabernáculo, su cielo, su trono; en el monte, en fin, en el Calvario donde Cristo se ha inmolado para nuestro ejemplo, y en la Eucaristía en donde inmolado nos estimula á subir por la escala sangrienta de su sacrificio á su tabernáculo eterno, no hecho por manos de hombres (4).

El sacrificio, sí; hé aquí el único camino para llegar al cielo, porque, como explicaba el mismo Jesucristo á sus discípulos, no es de mejor condición el discípulo que el maestro, ni el siervo que su señor (5); y el señor y el maestro de quien todos somos siervos y discípulos hélo ahí inmolado, sacrificado en el Altar, porque fué necesario que Cristo padeciera para entrar

---

(1) Exod. XXV. 40.

(2) Heb. VIII. 2, 5.

(3) Act. VII. 44, 49.

(4) Heb. IX. 11.

(5) Math. X. 24.

en su gloria (1). Nadie pues, le seguirá hasta ella, si no se hace digno de El, y lo somos solo por el sacrificio (2). Pues bien, señores, la Eucaristía es el gran despertador del sacrificio; en ella, dice S. León, Jesucristo nos ha dejado un sacramento y un ejemplo, para que comiendo el primero renazcamos, é imitando el segundo le sigamos hasta la Cruz y hasta su cielo: "Salvator noster nobis et sacramentum condidit et exemplum: ut unum apprehenderent renascendo, alterum sequerentur imitando," (3).

¡Ah, señores, no busqueis en otra parte que en la Eucaristía, en la Comunión, el secreto de todos los heroismos cristianos! La Eucaristía como ejemplar de sacrificios, alienta y estimula á los santos á sacrificarse; pero ¡oh! cuando la Eucaristía entra en su pecho por la Comunión, y se realiza esa fusión misteriosa de Cristo, alimento divino, y del alma alimentada por El, cuando se consume en el interior del corazón ese misterio á un tiempo mismo de amor y de vida, el hombre se transforma en héroe, capaz de todos los sacrificios hasta el de la propia vida; porque entonces, dice un entusiasta apologista de la Comunión eucarística, no solo hay ante él un ejemplo sublime que imitar, hay dentro de él una semilla de inmortalidad, un germen de resurrección, porque la Comunión le inoculara un

---

(1) Luc. XXIV. 26.

(2) Math. X. 38.

(3) S. Leo. *Serm. XIV. de Pass.*

principio de la misma substancia de Dios (1). ¿Qué prodigios, pues, de santidad y de heroísmo podrán ya sorprendernos? La naturaleza, es cierto, seguirá resistiéndose, continuará repugnando el sacrificio; pero no importa; la Comunión es Dios mismo viviendo en el alma, y á su fuerza omnipotente se rendirán todas las resistencias y todas las repugnancias, porque con ella todo lo puede el hombre (2).

¿Consume su corazón el fuego infernal de las concupiscencias? Pues que comulgue, que la Comunión es un fuego más vivo y más ardiente, el fuego del amor de Dios, cuya llama sagrada no pueden extinguir las aguas (3) cenagosas que las pasiones extraen de las cisternas del amor de las criaturas (4). ¿Resiste nuestra carne y se revela contra el sacrificio de la mortificación y penitencia, primer paso en el camino de la perfección? Pues comulguemos, que la Comunión es un abrazo del alma con la Cruz de Jesucristo, que le comunica valor para sufrir. ¿Quién sino la Comunión dá alas de águila á nuestra alma para que lijera se remonte á las más altas cimas de la virtud? ¿De dónde sino de la Comunión brotan esos heroísmos de la santidad, que asombran al mundo y son la gloria de nuestra divina Religión? Esos sacrificios

(1) «Cibus iste, et potus, vitae est mysterium, immortalitatis medicamentum, causa resurrectionis primae, pignusque secundae, quia divinae plane in nobis initium substantiae». (Guerric., *Serm. 2 de Resurrect. Domini.*)

(2) Philipp. IV. 13.

(3) Cant. VIII. 7.

(4) Jerem. II. 13.

del misionero que lo abandona todo para ir á lejanas tierras y tocar en inhospitalarias playas, donde no le esperan sino trabajos, privaciones, persecuciones y quizás la muerte más cruel. Esos sacrificios, ignorados del mundo y tal vez de Dios solo conocidos, con que almas enervadas en la Comunión se crucifican voluntariamente, ofreciéndose en la oscuridad y soledad de un claustro como hostias vivas por los pecados de los hombres. Esos heroismos del desinterés, de la abnegación, de la caridad más pura y generosa en favor de todas las miserias, aún de las más repugnantes, de la humanidad doliente. ¡Prodigios de la Comunión! Porque, como decía el gran Padre de los desvalidos, S. Vicente de Paul, “cuando se tiene tan cerca del corazón á Jesucristo sacrificado ¿habrá sacrificio que nos parezca imposible?”

¡Oh, no por cierto! Ni aún el sacrificio de la propia vida, si es preciso, es rehusado por el alma que comulga; que, si, según la conocida frase de Tertuliano: “la sangre de los cristianos es semilla de cristianos”, yo me atrevo á completar la frase, añadiendo que la sangre de Cristo es la semilla de los mártires. “Prepárense los soldados de Cristo, escribía S. Cipriano, para que puedan derramar su sangre por El, considerando que todos los días beben del cáliz de la sangre que Cristo derramó por ellos”, (1).

---

(1) «Ad pugnam parare se debent milites Christi, considerantes idcirco se quotidie calicem sanguinis Christi bibere, ut possint et ipsi propter Christum sanguinem fundere». (S. Cyprian. *Epist. 6, lib. 4 ad Pleb. Thib.*)

Esta consideración ha producido nuestros millones de héroes, porque ella les dió el valor divino de crucificarse con Cristo, como S. Pablo (1), y como él cifrar toda su gloria en la Cruz (2). Por eso cuando arreciaba la persecución, los cristianos se llevaban consigo el memorial de la Pasión de Jesucristo, la divina Eucaristía, para inspirarse en su ejemplo, teniéndola constantemente ante la vista; y cuando llegaba el momento de sacrificarse y derramar su sangre por la fé, la comulgaban, para que *ese principio de substancia divina*, semilla del heroísmo, fuera su aliento en la lucha y su escudo en la pelea. “Nó, no van, añade S. Cipriano, nuestros soldados desnudos é inermes al combate; van armados y defendidos con el escudo de la comunión del Cuerpo y de la Sangre de Cristo,, (3).

Ha llegado, pues, el caso de preguntar: ¿y todos estos prodigios de virtud, y toda esta santidad tan eminente, y todo este heroísmo, es el efecto, el resultado de la comunión de una figura hasta inadecuada y de un signo raquítico y vacío? ¡Imposible! La imaginación no tiene tanta fuerza; la imaginación hará alguna vez fanáticos; pero nunca, nunca podrá hacer santos y mártires como los nuestros. Que en pueblos salvajes se adoren idolillos y fetiches y que sus ig-

---

(1) Gal. II. 19.

(2) Ib. VI. 14.

(3) «Quos excitamus et hortamur ad praelium, non inermes et nudos relinquimus, sed protectione Corporis et Sanguinis Christi munimus». (S. Cyprian. *Ep. 45 ad Cornel.*)

norantes adoradores lleven su fanatismo hasta los más ridículos y repugnantes extremos, no podrá extrañarnos; pero que en pueblos civilizados haya millones de hombres que adoren á un mísero signo, que crean que comiéndolo robustecen su espíritu hasta para las luchas más difíciles, y lo que es más raro aún, que busquen en él esa fuerza divina y realmente la encuentran en él, esto, señores, es de todo punto imposible (1). Ni se diga, que bajo de ese signo está la gracia y se recibe la gracia, como en los otros sacramentos; porque no es esa la fé con que lo recibimos; nosotros buscamos en él no solo la gracia, como en los demás sacramentos, sino al Autor mismo de la gracia; y es imposible que Dios ratificara y confirmara nuestro engaño produciendo en la Comunión con solo su gracia los efectos que nosotros creemos producir por la virtud, no solo de su gracia, sino de su mis-

---

(1) «Tenemos (de la verdad de la Comunión eucarística) la prueba más irrecusable que puede darse á nuestra debilidad, la prueba de nuestra fuerza. El poder que la Comunión nos dá sobre nosotros mismos, sobre nuestras pasiones y sobre el mundo, la sublime santidad á que nos eleva, los prodigios de virtud que nos hace concebir, empiezan ya en la tierra nuestra deificación, y nos revelan su origen, justificando la verdad de estas palabras: *El que come de este pan vivirá*. ¿Quereis, pues, que os expliquemos el misterio del abatimiento de Dios en este Sacramento? Explicadnos antes vosotros el misterio de la elevación del hombre por su participación; ó mas bien reconoced con nosotros que ambos misterios se justifican mutuamente y que un pan que nos hace subir al cielo debe haber bajado del cielo». (A Nicolás. *Estudios filosóficos*, Part. 2.<sup>a</sup>, cap. XVII.)

ma presencia en nuestro corazón. Nó, imposible; Jesucristo nos ha dicho de un modo terminante que le comulgamos á El en la Eucaristía; y si en efecto la Comunión eucarística produce en nosotros efectos divinos, aunque hubieran podido ser producidos por su gracia sin necesidad de su presencia real, es necesario reconocer que en la Comunión es El mismo quien produce esos efectos, porque El así lo ha dicho y El es bastante bueno para no engañarnos y bastante Dios para no burlarse de nosotros.

*Sacrum Convivium.* Si, la Eucaristía es un convite divino en el que comulgamos al mismo Jesucristo, *in quo Christus sumitur.* La verdad de nuestra Comunión eucarística se impone, porque es una realidad divina anunciada y figurada en las religiones de todos los pueblos de la antigüedad como complemento lógico y consumación del sacrificio; revelada claramente por Jesucristo en la misma materia en que ha sido instituida, en las palabras tan manifiestas y terminantes con que la instituye y en el precepto gravísimo que nos impuso de recibirla; confirmada, en fin, por sus divinos efectos en el alma de los que comulgan.

¡Oh, señores, qué acciones de gracias tan rendidas no debemos á nuestro divino Salvador por tan insigne beneficio! Caed, pues, de rodillas ante El realmente presente en esa Eucaristía que comulgáis, y repetid con los encendidos efectos de su angélico cantor: *¡Bone Pastor! ¡Panis veré!* ¡Oh Pastor divino que apacientas el alma con el pan verdadero de tu cuerpo mismo

y de tu sangre! Aliméntanos aquí con ese pan de vida que eres Tú, y robustécenos con ese pan de los fuertes en que Tú mismo con toda tu fuerza y toda tu virtud vienes á nuestro corazón: *tu nos pasce, nos tuere*,; para que merezcamos con tu favor y nuestro esfuerzo elevarnos hasta el heroismo de las virtudes ahora, y luego contigo á la participación de los bienes eternos, que reservas en el cielo, mansión de los vivos, á los que comulgan y viven de Ti: "*Tu nos bona fac videre in terra viventium*, (1).



---

(1) D. Thom. *Off. in solemn. SS. Corp. Christi.* Rythm. *Lauda Sion* in Miss.



## CONFERENCIA VIII.

### La excelencia de la Comunión

---

«... *in quo Christus sumitur*»  
(D. Thom. Off. SS. Corp. Christi.)  
«*Pignus gloriae.*»

(IBID.)

#### REAL ARCHICOFRADÍA

#### CATÓLICOS:

La sagrada Eucaristía es la Comunión de Dios, como ayer intentamos demostrar. Su verdad anunciada y exigida como complemento de los sacrificios antiguos, figuras todas más ó menos expresivas y adecuadas de nuestro gran Sacrificio; revelada de un modo terminante que no puede dejar lugar á dudas por el mismo Jesucristo; confirmada, por último, por una larga serie de prodigios del orden moral, verdaderas maravillas de santidad y de heroísmo que han sido siempre efecto inmediato de la Comunión eucarística en las almas; su verdad; repito, de-

fendida con tales testimonios, está perfectamente á cubierto de toda vacilación y toda duda, hasta el punto de imponerse con evidencia aun á la razón más prevenida y á la conciencia más rebelde.

Y esto solo bastaría y es más que suficiente para dejar plenamente demostrada su excelencia, que es lo que hoy, conforme á nuestro plan, nos toca hacer. La Comunión es Dios que entra realmente en nuestro pecho, que se apodera de todas las energías de nuestra alma con su gracia, que nos penetra y satura, por decirlo así, de su virtud divina, que puesto, en fin, como fuente de vida y la vida misma en el centro de nuestra vida natural, la eleva hasta la suya, la sublima, la diviniza por una fusión misteriosa de ambas vidas, por una unión tan íntima, tan inefable, que podemos decir con toda verdad, como el Apóstol, que ya no somos nosotros quienes vivimos, sino que es Cristo quien en nosotros vive (1), porque toda nuestra vida es Él (2). ¡Cabe, señores, ponderar más la excelencia de la Comunión!

Sin embargo, el poderoso è inagotable talento de Santo Tomás de Aquino, que cuando se aplicó á estudiar la Eucaristía estaba como en su elemento, en su centro, todavía descubrió en la Comunión otra excelencia más subida, si cabe el más dentro de lo infinito, porque ésta es

---

(1) Gal. II. 20.

(2) Philipp. I. 21.

como el fin y la razón de aquella, bajo cuyo concepto podemos decir, fundados en el axioma de la escuela (1), que es esta mayor que la anterior, siquiera sea solo según nuestro modo limitado é imperfecto de entender. Esta suprema excelencia de la Comunión eucarística expresa el Santo Doctor con su precisión acostumbrada en el nunca bastante ponderado *Oficio del Santísimo*, diciendo: "Sacrum convivium in quo futurae gloriae nobis pignus datur" (2). La Comunión es la prenda y como el anticipo de la gloria. Es imposible, señores, nada más excelente, más sublime, más divino que la Comunión, porque nada hay más excelente, más sublime, más divino que la gloria, de la cual la Comunión eucarística es *la prenda*, según Santo Tomás.

Está hecho, señores, nuestro discurso hoy, y nuestra misión queda reducida á explanar y desarrollar las tres proposiciones de este silogismo: 1.º La gloria es nuestra suprema felicidad, porque es la consumación del amor, en lo que nuestra felicidad consiste. 2.ª La Comunión es la consumación del amor, cuanto es posible aquí en la tierra, y como tal, es un trasunto, un anticipo, *la prenda de la gloria*, según la frase del Angélico; luego, 3.ª La Comunión como prenda segura de felicidad y gloria, es el don más grande, más excelente, más sublime, más divi-

---

(1) *Propter quod unumquodque tale et illud magis.*

(2) D. Thom. *Off. SS. Corp. Christi*. Año ad Magn. in II Vesp.

no que Dios, con ser Dios, ha podido darnos.

Ojalá, señores, que mis palabras os convenzan de la magnitud y sublimidad del beneficio inapreciable que se os dispensa en la divina Comunión, para que, estimándolo como merece, os movais eficazmente, ya que la ocasión no puede ser más oportuna, á aprovecharos de él, y convencidos de que quien comulga come gloria, os decidais de una vez á comulgar.

## I

No hay palabra de mayor encanto para el corazón humano que la palabra *felicidad*. Todos buscan la felicidad, y entre tanto millones de hombres no habría uno solo, observa San Agustín, que, preguntado si quiere ser feliz, respondiera negativamente (1).

De ahí la multitud de *cielos* que se han forjado los hombres en sus extravíos, en el fondo de todos los cuales, aunque tan absurdos unos, tan ridículos otros, y muchos tan groseros, palpita la idea y el deseo natural de la felicidad. Para Ovidio el cielo es prados y bosques de verdor eterno por do vagan las almas afortunadas, jugando á aquellas artes y ejercicios de que

---

(1) «Omnes una voce, si interrogari possent, utrum beati esse vellent, sine ulla dubitatione, velle, responderent». (San Aug. *Confess.* Lib. X., cap. 20.)

más gustaron en la tierra (1); en el cielo la satisfacción de las antiguas aficiones de cada uno: armas, caballos fogosos, trofeos de victoria, según Virgilio (2); allí sabrosas y eternas pláticas con los hombres eminentes, dice Cicerón (3); allí la posesión de las islas Afortunadas, según Sócrates (4); allí los deliciosos vergeles de Plutón, que Platón, el llamado divino, nos describe (5); allí un paraíso tapizado de oro y piedras preciosas, poblado de bellísimas huríes y provisto de exquisitos vinos y manjares deliciosos, según Mahoma (6).

Pero ¿qué digo? Cielos más bajos y groseros que estos hay; estos, aunque lo son tanto, todavía, sin embargo, son siquiera cielos póstumos, cielos de almas. Pero el hombre ha inventado también cielos muy propios para bestias. Para Pirron la felicidad suprema es la exención de todo deber, y por consiguiente, una vida de puro instinto; para Epitecto es una especie de estoicismo, llevado hasta la insensibilidad; para Epicuro es el placer inmundo y groseros deleites de la carne. Cielos tan absurdos y tan degradantes, como hace ver San Agustín (7),

---

(1) Ovid. *Metamorph.*, Lib. IV.

(2) Virg. *Aeneid.*, Lib. VI.

(3) Cicer. *Tratado de la vejez*.

(4) Socrat. *Gorgias*.

(5) Plat., citado por Montaigne. *Ensayos*, Lib. II.

(6) Mahom. *Koran*.

(7) S. Aug. *Confess.* Lib. XIX., cap. 2.—Id., *Serm.* 150 *de Script.* in cap XVII Act. Apost.—Balmes, *Hist. de la Filosofía*.—A. Nicolás, *Estudios filosóficos*, Part. 2.<sup>a</sup>, cap. III.

que arrancaron á Bossuet esta exclamación: „ ¡Oh falsa é imaginaria sabiduría humana, que se cree fuerte porque es dura y y generosa porque es hinchada! (1).

Exclamación que bien podeis repetir hoy ante los cielos nuevos, ó por mejor decir, renovados y vestidos á la moderna, que la sabiduría ampulosa y visionaria de nuestro siglo nos ofrece; porque este cielo de la filosofía moderna, lo que para los hombres del día formados en su escuela constituye la suprema felicidad humana es, si os tomáis el trabajo de abrir los ojos para verlo, esos mismos placeres y deleites de la carne del epicureismo, cielo de la sensualidad, de la codicia y de todas las bajas pasiones; esa misma insensibilidad estúpida del estoicismo, hoy, como entonces, cielo del más refinado y repugnante egoismo; esa misma independencia absoluta de todo freno y de todo deber de los escépticos discípulos de Pirro, cielo moderno, aunque tan antiguo ya, de los escépticos de hoy, tan soberbios como los de siempre, que se sublevan contra la conciencia, que desprecian toda ley y rompen todo yugo, como contrario al progreso y la felicidad humana, en nombre de la libertad.

¡Ah, señores, es que el hombre en este punto no puede dar más de sí! El cielo es su obsesión porque el cielo es la suprema felicidad, y no hay quien no suspire con vehementes ansias por la felicidad. Pero, cualquiera que sea la

---

(1) Bossuet, *Sermón sobre la Providencia*.

causa de este fenómeno, causa que nosotros conocemos bien, es el desorden de nuestra naturaleza por el pecado original, ello es un hecho cierto y constante que por sí mismo jamás el hombre llegó á descubrir el cielo y el secreto de su verdadera felicidad; y que luego que *ayudado y dirigido por medios puramente celestiales y divinos*, como los exigia Séneca para este fin (1), lo hubo descubierto, ó mejor, le fué revelado, cuantas veces los hombres cerraron sus ojos á la revelación y despreciaron su enseñanza, volvieron á poner el cielo en la tierra, y buscaron en ella, en sí mismos, en sus pasiones más degradantes, la suprema felicidad porque suspiran. ¡Oh hombres ciegos y locos, levantad vuestros ojos y vuestro corazón! ¡El cielo no puede estar en la tierra! ¿No veis que nada de la tierra, ni toda la tierra lo llena y lo deja satisfecho? ¿Cómo, pues, ha de estar nuestra suprema felicidad ni en los fugaces placeres de la carne, si dulces por el momento, amargos, amarguísimos un momento después; ni en las riquezas de la tierra tan mezcladas de sinsabores y zozobras; ni en los honores y distinciones, globos henchidos de aire que parecen algo y nada son? Nó, imposible. Todos esos bienes, aun siéndolo, porque no dejan de serlo sino cuando abusamos de ellos, atormentándolos, por decirlo así, y exprimiéndolos, empeñados, como verdaderos dementes, en sacar de ellos lo que no pueden darnos, porque no lo tienen, to-

---

(1) Séneca, citado por Montaigne. *Ensayos*.

dos estos bienes, separados ó juntos, son muy chicos para llenar el corazón humano, son muy bajos para llegar hasta donde alcanzan nuestras aspiraciones, son muy groseros para lo que merece nuestra grandeza y dignidad. Que de tanta dignidad y tan grande es nuestro corazón, que nada, como no sea el bien sumo, es decir, un bien universal, para que se extienda y alcance para todos; un bien eterno, para que no haya temor de perderlo; un bien infinito, para que sea todo y siempre bien, sin que su posesión pueda tener dejos amargos para el alma, solo el bien sumo puede satisfacerle plenamente y hacerle, por tanto, verdaderamente feliz. “Tantae dignitatis, dice San Agustín, que es testigo de mayor excepción en esta materia, tantae dignitatis est cor humanum, ut nullum bonum praeter summum ei sufficere possit” (1). ¡Oh hombres, *sursum corda*, arriba el corazón! Dios es ese sumo Bien universal, eterno é infinito, que para su perfecta felicidad exige nuestro corazón. Dios, solo Dios es, por consiguiente, el término glorioso de nuestros anhelos, nuestro descanso eterno, nuestra bienaventuranza, nuestro cielo. Solo en su posesión está

---

(1) «Si quis beatus esse statuit, id eum sibi comparare debet quod semper manet, nec ulla saeviente fortuna eripi potest. Qui timet videtur tibi beatus esse? Non videtur. Ergo quod amat si perdere timet non potest beatus esse... Amitti possunt illa fortuita; non ergo haec qui amat et possidet, potest ullo modo esse beatus... Tantae dignitatis est cor humanum, ut nullum bonum praeter summum ei sufficere possit». (S. Aug. *De vita beata*, cap. 2).

nuestra felicidad cumplida. «Non est creaturae rationalis bonum quo beata sit, nisi Deus», «No hay otro bien, dice San Agustín, con el cual pueda ser el hombre absolutamente dichoso, sino Dios», (1).

¡Insensatos, que os condenais voluntariamente á buscar á Dios á tientas, según la frase de San Pablo (2), imponiendo á vuestro corazón el horrible suplicio de Tántalo! Envuelto por las tinieblas de lo que llamais despreocupación, independencia de la razón humana y fuerza del espíritu, y que no es en realidad otra cosa que vuestra insensatez y vuestro orgullo que os ciegan, buscáis afanosos en las criaturas belleza y más belleza siempre, verdad y nunca os satisface su verdad, bondad y bien y siempre echáis de menos más bien y más bondad en ellas; buscáis, en una palabra, aunque no lo digáis, á Dios belleza, verdad y bien esencial é infinito; y haciéndoos de esta suerte un Dios, que no es Dios y que es menos aún que el hombre, os haceis un cielo, que no es cielo, sino más bien un verdadero infierno. ¡Acabad, pues, de ser insensatos! ¡Volved la espalda á lo que en el mundo os atrae y os fascina, que nada de eso puede haceros felices, y volved á Dios! En

---

(1) «Non est creaturae rationalis vel intellectualis bonum quo beata sit, nisi Deus». (S. Aug. *De Civitat. Dei*, Lib. XII., cap. 1.) «Satis ostendis quam magnam creaturam rationalem feceris, cui nullo modo sufficit ad beatam requiem quidquid te minus est, ac per hoc nec ipsa sibi». (Id. *Confess.* Lib. I., cap. 1.)

(2) Act. XVII. 27.

conocerlo como Verdad y amarlo como Bien está la gloria y la felicidad. “Nos hizo Dios, dice el gran Agustino, pára que, conociéndole como Bien sumo, le amemos; amándole, le poseamos, y poseyéndole seamos cumplidamente felices“. “Fecit Deus rationalem creaturam, quae summum Bonum intelligeret, intelligendo amaret, amando possideret, et possidendo fruere-tur“ (1).

Hé aquí, señores, no solo la sustancia del cielo, sino lo que podemos llamar la escala que conduce á él. El cielo es la posesión de Dios por el amor. La posesión de Dios: hé aquí el fin; el amor; hé aquí el medio, porque la posesión es la unión de los corazones y el vínculo de los corazones es el amor.

El corazón del hombre, en efecto, ha sido hecho para amar; el amor, como apetito racional y como pasión, centro y reina de todas, es el fondo de toda la vida del corazón humano; de tal suerte, que, según Santo Tomás de Villanueva, puede con razón decirse que el corazón que no ama está muerto (2). Por eso su felicidad, que ha de ser conforme y adecuada á su naturaleza, ha de ser la consumación del amor por la unión íntima, por la fusión del amante con el amado, que es en lo que consiste su verdadera posesión. Y tanto como es esencial al hombre el amor para su felicidad, es también

---

(1) S. Aug. *De diligendo Deo*, Cap. 2.

(2) «Qui non amat etiam dum vivit, mortuus á corde est; vita enim cordis amor est». (S. Thom. Villan. *Conc. I in Domin. XVII post. Pent.*)

esencial á Dios, como que es su esencia misma, dice San Juan (1). Y de esta suerte, el hombre que busca su gloria en la posesión de Dios por amor, y Dios que por ser todo amor, le sale al encuentro y se dá todo á él, se abrazan, se estrechan, se funden, por decirlo así, poseyéndose mutuamente para gloria de ambos. De los corazones de Dios y del hombre así unidos y abrazados por el amor, brotan aquellas palabras de los Cánticos, expresivas de la más sublime posesión mútua entre ellos, y que si en los labios de Dios son la definición de toda su gloria accidental, en los labios del hombre son la expresión de su gloria esencial: "Dilectus meus mihi et ego illi... tenui eum, nec dimittam" (2). "Ya mi amado es mío y yo soy suyo... lo poseo, y no lo perderé jamás".

Tal es, señores, nuestro cielo. La religión, que solo al cielo se ordena, porque no es, como su mismo nombre revela, sino el vínculo que estrecha las relaciones del amor entre Dios y los hombres, relaciones de amor que en el cielo tienen su consumación, no tiene otro objeto que la conservación de ese amor en que se unen la divinidad y el hombre, como aun en el seno de la gentilidad lo vislumbró el talento prodigioso de Platón (3). Y este, que es el objeto y fin de

(1) I Joann. VI. 8.

(2) Cant. II. 16.

(3) « Todos los sacrificios y esas otras cosas, á las cuales preside la ciencia sagrada, y por cuyo medio la divinidad se une á los hombres, tienen por objeto la conservación del amor ». (Plat. *Banquete*)

toda religión positiva, no podía dejar de ser también el objeto supremo de la nuestra, la única verdadera, la única perfecta, la única divina. “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas” (1) es, en efecto, su mandamiento fundamental y su término glorioso, porque, como enseña San Pablo, la fé y la esperanza desaparecerán en el cielo, en donde solo subsistirá el amor consumado y eterno, la caridad (2).

Esto es el cielo aun á los ojos de la razón. La misma razón comprende y la propia experiencia confirma que nuestra felicidad última no puede darla á nuestro corazón sino la perfecta y pacífica posesión del Sumo Bien, y esta paz en la posesión de Dios no es obra sino del amor de Dios, cuando llena al corazón, según el V. Beda (3). Y esta posesión de Dios, que es el término de nuestra felicidad en el cielo, es también el medio de alcanzarlo mientras estamos en la tierra; porque, como enseña San Lorenzo Justiniano, “donde falta la caridad, falta la paz del alma y la esperanza cierta de la felicidad eterna, toda vez que el grado en que se obtiene este felicísimo descauso del cielo, si-

---

(1) Math. XXII. 37.

(2) I Corinth. XIII. 8.

(3) «In quocumque corde Deus per gratiam sui adest amoris, omnem tempestatem compressam facit». (Beda. V. *In Marc.* cap. VI.)

gue y corresponde al grado de nuestra caridad". (1).

Pues bien, señores, si, como acabamos de probar, nuestra felicidad y nuestro cielo es la posesión de Dios por la consumación del amor, la Comunión eucarística es la consumación del amor y la posesión de Dios tan perfecta como es posible en la tierra; y, por tanto, es verdaderamente la prenda de la gloria, y como un cielo anticipado: *futurae gloriae pignus*".

## II

Tan probado como está por la naturaleza misma que la vida de nuestro corazón es el amor, tan probado y confirmado está también que la vida, la tendencia esencial del amor es la comunicación. Amor que no se comunica, que no se difunde, que no se da todo y sin reserva al amado, no es amor; porque propio del amor es, dice San Dionisio, unir y estrechar los corazones de un modo el más íntimo y excelen-

---

(1) «Máximum charitatis est donum per quod utriusque vitae intratur in requiem. Juxta charitatis gradum, pacis ac fruitionis requies prorogatur. Ubi deest charitas, abest pax mentis ac spes certa remunerationis aeternae. Est quidem mentis tranquillitas suave quoddam jucumque bonum, per quod conscientia impolluta servatur, propulsatur maetum, abjicitur diffidentia, erigitur in contemplatione animus, suimet possesor efficitur, propinquus fit Deo, laetus in se, amabilis proximo, atque praecipue dilectus á Christo». (S. Laurent. Just. *Serm. in festo Apos. Simon. et Judae.*)

te, mezclándolos (1), haciendo de dos uno solo. Luego á mayor unión por amor corresponde un amor más consumado y perfecto, y viceversa, hasta la unión en el cielo en que se termina la perfección y la consumación del amor, como hemos dicho. Las uniones de amor entre Dios y los hombres son, pues, cielos anticipados, prendas ó anticipos de la gloria, y tanto más cuanto esa unión es más íntima, más profunda, más perfecta. No olvidéis este principio que es la clave de todo nuestro argumento. Hagamos su aplicación.

La primera unión que existe entre Dios y el hombre es la unión afectiva, ya natural, ya sobrenatural por la fé y por la gracia. Dios, que ama al hombre, se acerca á él, y pone en él su imagen y semejanza, reflejando en su alma un rayo de la luz de su Verbo que es nuestra razón; es que Dios se comunica al hombre por amor. Y el hombre á favor de esa luz divina por su origen, la razón, descubre á Dios, le conoce en sus obras como Bien infinito, le conoce en sí mismo como Amor que se dá á él y se le comunica; y por virtud de este conocimiento el hombre ama á Dios, y se dá á Dios, consagrándole y poniendo á su servicio, como suyo, su inteligencia, su corazón y su sér todo. Y esto mismo ocurre en el orden superior de la gracia que no es sino la perfección del orden de la

---

(1) «Amor vim habet faciendi unum, et colligandi, praestantique modo res inter se miscendi». (S. Diony. *De div. nominib*, Cap. 4).

naturaleza: una luz nueva que se añade á la luz natural de la razón humana, la fé, para que el hombre conozca más y mejor á Dios, y un corazón nuevo lleno de un fuego más vivo que el corazón natural, el fuego de la caridad, para que con él podamos amarle mejor y más intensamente, porque es el corazón abierto á la fé, que purifica sus afectos para con Dios (1). Unión afectiva entre el hombre y Dios; y como verdadera unión, trasunto del cielo, anticipo y prenda de la gloria.

Pero el amor de Dios no se satisface con esa primera unión, la quiere más íntima, mas perfecta; y satisfaciéndose á sí mismo, nos satisface también á nosotros, que, si bien no nos hubiéramos atrevido á pedir y esperar tanto de El, sin embargo, deseamos como El una unión más perfecta y más íntima. Ni Dios, ni nosotros estábamos satisfechos con solo la unión afectiva; queríamos ambos la unión real. Y Dios mirándonos á nosotros y mirándose á El, *propter nimiam charitatem qua dilexit nos* (2), por el amor infinito con que nos ama, desciende del cielo y se une á nuestra naturaleza personalmente, con la unión más íntima. Es que el amor va siguiendo su tendencia, y ya no solo hace uno á Dios con el hombre por afecto, sino en realidad, haciendo que Dios sea hombre y el hombre sea Dios; que sean uno, uno solo en Jesucristo por

---

(1) Act. XVI. 14. — Ib. XV. 9.

(2) Ephes. II. 4.

la Encarnación. ¡Ah, pues entonces la Encarnación es un anticipo más grande, un trasunto más fiel de nuestro cielo! ¡Jesucristo es una prenda de la gloria mejor y más expresiva que la gracia! ¿Y cómo nó, si Jesucristo es el porqué de la gracia; si Jesucristo no es ya algo de Dios comunicado á nuestra naturaleza por amor, sino que es Dios mismo en persona que á ella se comunica?

¿Señores, será posible más? ¿Y os atreveis á hablar de posibilidad estando de por medio el amor infinito de un Dios? Todo lo que no implica contradicción en sus términos es posible para Dios; *non est impossibile apud Deum omne verbum* (1). Y como no es contradictorio que el que se dá como prenda de gloria á la naturaleza de todos en la Encarnación, se dé también como prenda de gloria á cada uno en su propia persona, porque así particularmente se dará á cada uno para su gloria en el cielo, según su promesa: "*ego ero merces tua magna nimis*" (2), dejadme que espere yo de su amor la unión, no ya de su persona con mi naturaleza, sino de su persona con la mía cuanto es posible, para ser de esta suerte anticipo del cielo y prenda de gloria de cada uno de los hombres en particular. Que si la Encarnación es la gloria anticipada de la naturaleza, el cielo de la tierra para todos, yo espero del amor de mi Dios un cie-

---

(1) Luc. I. 37.

(2) Gen. XV. 1.

lo mío, una prenda de gloria mía, propia mía, exclusiva y personalmente mía. ¿Que para esto se necesita una gran maravilla del amor, porque para esto es preciso llegar al último extremo del amor? Pues, no importa, el amor de mi Dios es omnipotente y para él son hacederas las más estupendas maravillas, y yo sé que así nos ama, *in finem* (1), hasta el último extremo del amor: “*usque ad ultimum finem amoris*,” como explica Sto. Tomás (2). Hay, pues, amor bastante y suficiente poder; ¡ah! Pues esperad esa maravilla de amor y de poder, que será la prenda de la gloria, el anticipo del cielo para cada uno en particular.

Es preciso para ello que el amante se transforme en el amado, porque este es el último extremo del amor, su última y más alta propiedad, *transformare diligentem in dilectum*, que dice Sto. Tomás de Villanueva (3). Es preciso para ello que el amado coma al amante y se alimente de él, porque no hay otro medio de hacer aquella transformación, como lo expresa el mismo amor natural, cuando llega á sus últimos extremos, al frenesí, al éxtasis del amor. Pues bien, venid conmigo: “*cum dilexisset suos, qui erant in mundum, in finem dilexit eos*,” (4). El

---

(1) Joann. XIII. 1.

(2) D. Thom. *In Cap. XIII Joann. Comment.*

(3) «*Haec est enim amoris proprietates, secundum Dionysium: transformare diligentem in dilectum*». (S. Thom. Vill., *In Fer. III Pasch., Conc. de Pace.*)

(4) Joann. XIII. 1.

amor de Jesucristo se desborda, y rompiendo todos los diques con su impetuosidad infinita, toma en sus manos pan y vino, y cambiando su sustancia en la sustancia de su cuerpo y de su sangre con su omnipotencia, nos lo dá á cada uno de nosotros, diciéndonos: “tomad y comed, esto es mi cuerpo; tomad y bebed, esto es mi sangre.” Nuestro amor mútuo alcanzará con esto su consumación posible en la tierra, mientras llega el momento felicísimo de su consumación eterna en el cielo, porque “mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida; y así el que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y yo en él; como yo vivo por el Padre, así el que me comulga vive por mí,” (1).

¿Lo veis, señores? La gran maravilla se ha realizado, y el amor infinito de Dios ha encontrado el medio de unirse á cada uno de nosotros tan íntimamente como era preciso para que cada uno de nosotros tuviera en esa unión inefable de la persona de Cristo con nuestra persona el anticipo del cielo, la prenda de gloria que ya había dado á nuestra naturaleza por su unión con ella en la Encarnación y por la gracia que de ella se deriva. Por eso los Padres llaman muy propiamente á la Eucaristía la extensión de la Encarnación, porque realmente la Comunión eucarística es la encarnación de Cristo en cada uno de los que la reciben. Jesucristo es el Verbo de Dios encarnado en la na-

---

(1) Joann. VI. 56, 57, 58.

turalidad humana; pues bien, la Comunión es Jesucristo encarnándose en cada uno de nosotros; y con razón puede decirse que por ella se verifica en nuestro corazón lo que una vez se verificó en la Santísima Virgen María, “la unión, no ya afectiva, como la del amigo con su amigo, sino efectiva y real de la divinidad con nuestra carne, dice San Cirilo de Alejandría (1), porque por la participación de su carne y de su sangre él se une á nosotros y nosotros á él“. “Si el Verbo se hizo carne, dice San Fulberto, y nosotros comemos verdadera y realmente esa carne inseparablemente unida al Verbo, ¿cómo no hemos de decir que Cristo está realmente y de un modo natural en nosotros? Y si Cristo está en nosotros y Dios está en Cristo, por la Comunión realmente poseemos á Dios“ (2).

---

(1) «Christus non dicit se dumtaxat in nobis futurum secundum relationem quandam affectualem, sed et per participationem naturalem... per Corporis Christi et pretiosi Sanguinis participationem, ipse quidem in nobis, nos autem rursus in eo simul unimur». (S. Cyril. Alex. *Comment. in Joann.* Lib. X.)

«Quemadmodum Corpus illud Christo unitum est, sic et nos illi per hunc panem unimur». (S. Joan. Chrysost. *Exposit. in Ep. I ad Corinth.*, Hom. 24.)

(2) «Si Verbum caro, factum est, et nos vere Verbum carnem cibo Dominico sumimus, ¿quomodo non naturaliter Christus in nobis manere existimandus est, qui et naturam carnis nostrae jam inseparabilem sibi, homo natus assumpsit, et naturam carnis suae, ad naturam aeternitatis sub Sacramento nobis communicandae carnis adhibuit?» (S. Fulbert., *Epist. I de V. Eucharist. Sacram.*)

Añadamos nosotros ahora: y si el cielo es la posesión de Dios y por la Comunión poseemos á Dios, ¿qué es la Comunión sino el cielo anticipado y la prenda de la gloria? *Pignus gloriae*. Recordad sino nuestro principio. El cielo es la unión con Dios y su posesión perfectísima y eterna por el amor consumado; según esto, por consiguiente, cuanto más aventajado sea el amor y la consiguiente unión con Dios y posesión de Dios que tengamos en la tierra, tendremos en ella un anticipo más exacto, una prenda más excelente, expresiva y segura de ese cielo final que nos espera. Pues bien, “no esperéis, dice San Lorenzo Justiniano, poder satisfacer esa sed de amor á Dios y esa caridad ardiente que nos arrastra hacia Dios (siquiera lo busquemos donde no se halla, como hemos hecho notar ya) sino en Él mismo, en la Comunión, en que se nos dá como víctima inmaculada y como Señor y pan de los ángeles” (1).

Es decir, que la Comunión es la mayor consumación de nuestro amor á Dios, que es posible aquí en la tierra; y como el amor tiende á unir, á identificar á los amantes por la posesión, la Comunión es la posesión más alta de Dios por el hombre y del hombre por Dios, la unión más íntima y perfecta entre ambos por

---

(1) «Praebuit se ut te elevaret ad se, ut te nutriret de se. Nec aliunde cordis tui famem aestuantemque charitatis ardorem refrigerare quaereres quam ex ipso, qui verus est Agnus, inmaculata victima, panisque angelorum et Dominus» (S. Laurent. Just. Serm. de Christi Corp.)

amor, que es posible por acá. Y, por tanto, la Comunión es la prenda más alta y segura del cielo; es un verdadero cielo anticipado, dice San Juan Crisóstomo, "Hic terram coelum tibi fecit hoc mysterium". "Abre, sinó, continúa, las puertas del cielo, y mira; ó mejor, no el cielo, sino al que es el cielo de los cielos. Pues bien, lo que es el cielo de los cielos, eso es lo que realmente comes en la Comunión" (1).

¡Oh, señores, qué sublimidad! ¡La Comunión es el cielo, porque el cielo no es más que la comunión eterna del mismo Dios, que en la Comunión eucarística comulgamos y poseemos! ¡Qué grandeza! Insistamos unos instantes más en su estudio, y vereis reproducirse en la Comunión todos los destellos que del cielo ha hecho Dios llegar hasta nosotros por la revelación, y acabareis de comprender toda la excelencia de esta prenda de la gloria que se nos ha dado, que por ser todo lo que Dios prepara á sus escogidos en el cielo, es don tan grande, tan divino, que, como asegura San Agustín, "Dios con ser omnipotente no ha podido darnos más, con ser sapientísimo no ha sabido darnos

---

(1) «Hic terram coelum tibi fecit hoc mysterium; aperi ergo coeli portas et perspice, vel potius non coeli, sed coeli coelorum, et videbis quod dictum est. Nam quod illic est omnium et maxime honorandum, hoc ostendam tibi situm in terra». (S. Joan. Chrysost. *Hom. 24 in I ad Corinth.* núm. 5.)

más, con ser, en fin, riquísimo, no ha tenido nada más que darnos“ (1).

Es el objeto de nuestra tercera reflexión.

### III

Si en la Comunión se nos anticipa el cielo, como acabamos de decir, es necesario para poder formar idea de lo que es la Comunión y de su altísima excelencia, que sepamos antes lo que es el cielo. San Pablo, que tuvo la dicha de ser elevado á él y contemplarlo, vuelto á la tierra no supo decir más que estas palabras: “Ni el ojo humano vió jamás, ni el oído oyó, ni el corazón del hombre ha experimentado nunca una felicidad comparable á la que Dios tiene preparada para los que lo aman (2). Todos los bienes de la tierra son como estiércol comparados con aquellos (3). Y todos los trabajos de este siglo no pueden comprar la gloria del siglo futuro (4). Y lo que aquí es para nosotros tribulación momentánea engendra en nosotros un peso inmenso de gloria“ (5). ¡Oh, señores, qué

---

(1) «Dicere audeo quod Deus, cum sit omnipotens, plus dare non potuit: cum sit sapientissimus, plus dare nescivit; cum sit ditissimus, plus dare non habuit». (S. Aug. *Tract* 26. *in Joann* )

(2) I Corinth. II. 9.

(3) Philipp III. 8.

(4) Rom. VIII. 18.

(5) II Corinth IV. 17.

será el cielo, cuando el gran Doctor de las gentes balbucea como un niño al hablarnos de él! Al oírle, parécenos oír una de esas toscas descripciones que nos hacen de las grandes ciudades los indoctos que las visitan, quienes empiezan su descripción renunciando á hacerla, y sin acertar á hacer otra cosa que hacinar en incoherentes párrafos exclamaciones sin número y extraños transportes de admiración. ¡Qué será el cielo!

Sin embargo, Dios nos ha dejado ver algunos destellos por los que podemos rastrear algo de lo que allí nos tiene reservado. Destellos de ese bien futuro, que Dios ha recogido y nos anticipa en la divina Comunión. El cielo es en primer lugar, la visión de Dios. “Vemos ahora, dice S. Pablo, por espejo y enigma; en el cielo le veremos cara á cara y como es,” (1). La visión directa de la divina esencia por el *lumen gloriæ* que dicen los teólogos; visión que causará en nosotros un éxtasis eterno, algo así como esa fascinación que produce en nuestro ojo una luz intensa, que nos transporta y enajena, hasta el punto de hacernos perder la conciencia de todo cuanto nos rodea. Así el alma fascinada por la luz vivísima de la esencia divina, estará enajenada y extática, fija en Dios eternamente. Pues mirad á los que comulgan con las debidas disposiciones. Yo no sé lo que vemos en el fondo de nuestra alma, pero es algo que nos fasci-

---

(1) I Corinth. XIII. 12.

na con una fascinación tan poderosa que nos hace recogernos dentro de nosotros mismos y cerrar instintivamente los ojos, como ofendidos de todo lo que nos rodea, y como si no quisiéramos tener ojos sino para ver ese algo divino que la Comunión ha llevado á nuestra alma. El éxtasis, la enagenación dulcísima que la Comunión produce en el alma, es lo más parecido á la enagenación inefable, el éxtasis eterno que producirá en el cielo al alma la visión clara de Dios. De ese éxtasis de la Comunión producido también como en el cielo por la visión mas clara que nos dá de Dios, han brotado esos raudales de ciencia con que los Doctores nos hablan de Dios y de sus misterios; esos chispazos, por decirlo así, de inspiración con que á veces han causado pasmo á los mejores teólogos pobres mujeres sin más ciencia que saber comulgar bien; esas elevaciones sublimes del espíritu á la más alta contemplación, y hasta del cuerpo, sobre el que redundaba esa gloria anticipada de que goza el alma en la Comunión, y que nos admiran en la vida de casi todos los Santos; ese hastío por lo menos, que nosotros, el vulgo de los comulgantes, experimentamos al comulgar, de todas las cosas de la tierra, que olvidamos gustosos para no acordarnos mas que del Dios que se nos ha dado y poseemos dentro de nosotros. ¡Ah, señores! Los incrédulos no entenderán jamás nada esto: creerán que ese recogimiento exterior no es el signo y la consecuencia del recogimiento interior producido por la Comunión en el alma del que comulga, sino que es

solo afectación é hipocresía; y no diré yo, señores, que no haya hipócritas que finjan en esto, como en todo, sentimientos que no tienen, si quiera sea este el género de hipocresía que menos puede producirles; pero yo no hablo de estos, hablo de los que comulgan bien, que algunos ha de haber, porque no todo ha de ser en el mundo hipocresía repugnante-ó descarada impiedad; creerán los más benignos que ese recogimiento, que se revela hasta en el semblante, es verdadero, sí, no fingido; pero producido solo, no por la fascinación del alma en la presencia de Dios, sino por la fascinación y el encanto natural de los sentidos ante la belleza de los altares cubiertos de oro y de flores, de la multitud y combinación artística de luces, de la pompa y majestad de un culto severo y espléndido, de una música de arrobadora armonía y dulcísimas cadencias (1). ¡Oh, no! ¡Callad, incrédulos

---

(1) «Los que se privan del sacramento de la Eucaristía no podrán comprender jamás lo que él causa, lo que con él sucede, así como tampoco es dado á los que con él se gozan el explicarlo. Es un secreto de amor entre el alma y Dios. Por esto no nos sorprende que queriendo Voltaire de buena fé figurarse el efecto de la Comunión, y creyendo rendirla un homenaje, lo describa del modo siguiente: *Hé aquí unos hombres que reciben á Dios en su interior, en medio de ceremonias augustas, al resplandor de cien antorchas, al son de una música que embelesa sus sentidos, al pié de un altar radiante de oro. La imaginación se halla subyugada, y el alma embargada y enternecida; el corazón late apenas, nos sentimos desprendidos de todos los bienes terrestres, y unidos á Dios que está en nuestra carne y en nuestra sangre. ¿Quién se atreverá, quién podrá, después de esto, cometer una sola falta, ni siquiera concebir el pen-*

y no habéis de lo que no entendéis! Tan lejos está de ser como vosotros suponéis, que todo lo exterior más bien molesta y ofende al que comulga, que le fascina y embriaga; y tanto es esa fascinación interior, puramente interior, que nunca comulgamos con mayor deleite, que cuando comulgamos á solas y en la oscuridad.

El cielo es, además, la completa y eterna ausencia de todo mal. "Enjugará Dios, dice San Juan en el Apocalipsis, toda lágrima de los ojos de sus escogidos, y ya no habrá más llanto, ni clamor, ni dolor alguno habrá ya más. Porque todo eso pasó para siempre" (1). Pues bien, señores, así como la Comunión anticipa al alma el éxtasis de la visión divina de la glo-

---

*samiento de cometerla? Era seguramente imposible imaginar un misterio que con más fuerza retenga á los hombres en la virtud. (Cuest. sobre la Encicloped. t. VI.)»*

Voltaire habló aquí como poeta y habló bien; pero el filósofo se equivocó grandemente y el incrédulo blasfemó á sus anchas al insinuar, como lo hace aquí, que la Comunión no es sino una feliz patraña, que, exaltando la imaginación, arrastra á los hombres hacia la virtud, lo mismo que la imaginación exaltada por el espíritu del mal los arrastra hacia el vicio; de tal suerte que la Comunión, para Voltaire, no es otra cosa que, como si dijéramos, *la tentación del bien*. Nota del autor de las Conf.) *Las ceremonias, las antorchas, la música, la belleza del altar*, ninguna impresión causan entonces en el alma. Al revés, la contrarían; todo lo que experimenta le viene del interior. Lo que únicamente desea es la soledad, el silencio, el retiro... Las comuniones más dulces, más vivas y eficaces son las que se hacen sin mas pompa que la de un corazón bien dispuesto.» (A. Nicolás, *Estudios filosóficos.*, Part. 2.<sup>a</sup>, cap. XVII.)

(1) Apoc. XXI. 4.

ria, le anticipa también esa paz inalterable, esa tranquilidad, esa seguridad de que gozará en el cielo. No es que se hayan acabado para el que comulga las tribulaciones; antes porque comulga las tendrá quizás mayores. Pero ¡qué dulces se hacen todas las amarguras de la tierra cuando las sazonomos con el vino de la Comunión que alegra el corazón (1), y las mezclamos con el pan del cielo, que conforta al alma (2) y le dá fuerzas divinas para sufrir por Dios! Por eso no decimos que la Comunión sea ya la gloria, pero sí podemos decir que es el anticipo de la gloria, compatible con nuestras miserias y nuestra actual condición de viadores. Nó, no se habrán acabado para los que comulgan las lágrimas, los dolores y las tribulaciones, pero en la Comunión se transforman, porque, como dice San Ambrosio, "La Comunión es pan que sacia el hambre; es fuente que apaga la sed, es luz que ilumina, espíritu de Dios que nos hace libres, satisfacción divina que nos absuelve" (3). Es decir, que la Comunión conjura los peligros, calma las ansiedades y dá al corazón, aun en medio de sus aficciones, una paz, una seguridad, una tranquilidad dulcísima.

---

(1) Psalm. CIII. 15.

(2) Psalm. CIII. 14.

(3) «Accedite ad eum, et satiamini, quia panis est; accedite ad eum, et potamini, quia fons est; accedite ad eum, et illumini, quia lux est; accedite ad eum, et liberamini, quia ubi Spiritus Domini, ibi libertas; accedite ad eum, et absolvi-  
mini, quia remissio peccatorum est». (S. Ambros. *Exposit. in Psalm. CXVIII.*)

ma, que le hace presentir y gozar de antemano de la tranquilidad, de la seguridad y de la paz inalterable de que gozará en el cielo.

Finalmente, señores, porque no acabaríamos: el cielo es también, y sobre todo, como hemos dicho ya, la posesión del mismo Dios, *ego ero merces tua*“ (1). Yo mismo seré tu premio. Premio grande, muy grande, tan grande como Dios; como que es la posesión del mismo Dios. Pues bien, señores, ¿qué más se nos dá en el cielo que no se nos dé en la Comunión? Aquí como allí es el mismo Dios, que fascina el alma con su presencia; el mismo Dios que la embriaga con divinos deleites y consuelos inefables; el mismo Dios, y todo Dios que se entrega y comunica al alma sin reservas, que si en el cielo se nos dá y comunica Dios Trino por su Verbo, ese mismo Verbo de Dios trae consigo á nuestra alma en la Comunión á su Padre y á su Espíritu, que de Él son inseparables. “Sacramentum sacramentorum, le llama Santo Tomás, in quo nobis dantur Pater et Filius et Spiritus Sanctus.” “Sacramento de los sacramentos, en el que recibimos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo,” (2). “Sacramento, dice Tertuliano, en el que el amor alcanza su consumación como en el cielo,”. “Sublimatus in consummationem,” (3).

Lo repetimos, sin embargo, la Comunión to-

---

(1) Gen. XV. 1.

(2) S. Thom. *Opusc.* 58.

(3) Tert. *Adversus Judaeos.*, cap. 14.

davía no es el cielo. Quizás habreis leído en algunos devocionarios poco discretos y poco ajustados al rigor de la doctrina teológica, que los ángeles y los bienaventurados nos tienen envidia porque podemos comulgar. Esto es inexacto, señores; los ángeles y los santos nada tienen que envidiarnos, porque si nosotros comulgamos á Dios, ellos comulgan á este mismo Dios y de modo mucho más excelente y perfecto en el cielo. Porque lo que ellos reciben y poseen directamente y sin velos, lo recibimos nosotros velado por una humanidad, velada á su vez por las especies eucarísticas. Pero lo que nosotros recibimos es lo mismo que ellos reciben, (1) y, por tanto, la Comunión no es el cielo, pero es un trasunto fiel del cielo; no es la gloria todavía, pero es el anticipo y la prenda de la gloria “*Sacrum convivium in quo... futuræ gloriae nobis pignus datur*“ (2).

Y siendo esto así, ¿qué esperanza tan firme de poseer á Dios eternamente en el cielo no pone en nosotros la Comunión, en la que tan íntima y familiarmente nos unimos con Cristo? “*Hoc sacramentum est nostrae spei sublevamentum, dice el Angélico, ex tam familiari conjunctione Christi ad nos*“ (3).

---

(1) «*Panem angelorum sub sacramento manducamus in terris, eundem sine sacramento manifestius edemus in coelis*». (S. Cyprian. *Serm. de Coena Dom.*)

(2) S. Thom., *Off. SS. Corp. Christi*, Año ad Magn. in II Vesp.

(3) *Summ. Theol.* III P., quaest. LXXV., art. 1.

**Venid, pues, venid á la Eucaristía, venid á la Comunión los que teneis hambre y sed de felicidad. No os escuseis, como los invitados á la gran cena del Padre de familias, con miserables pretextos (1). Venid, por el contrario, con las ansias vehementes con que el ciervo sediento busca la fuente de las aguas, en expresión del Profeta (2). Venid y comed gloria en esta mesa que os ha preparado la Sabiduría, el Verbo de Dios, y que llama *suya* porque Él mismo es el manjar que en ella os dá á comer (3). Venid, sí, pero venid como se debe: convenientemente probados por el arrepentimiento de vuestras culpas, como exige el Apóstol, con las necesarias disposiciones de alma y de cuerpo; porque mirad que de otra suerte no es cielo, no es gloria lo que comereis; comereis, por el contrario, vuestro propio juicio y vuestra eterna condenación (4); que lo que para los buenos es prenda de gloria, tiene que ser para los malos prenda segura de infierno, porque de Dios nadie se burla, ni menos ha de consentir que nadie se burle de la obra más excelente y divina que ha salido de sus manos, la Eucaristía, de la fineza más sublime de su Poder, de su Sabiduría y de su Amor, la Comunión. *¡Deus non irridetur!* (5).**

---

(1) Luc. XIV. 18, 19, 20.

(2) Psalm. XLI. 2.

(3) Prov. IX. 1, 2.

(4) I Corinth. XI. 28. 29.

(5) Gal. VI. 7.

## CONFERENCIA IX.

### Los frutos de la Comunión

---

*« Sacrum convivium in quo Christus  
sumitur ».*

(D. Thom. Off. SS. Corp. Christi.)

*« Signum unitatis. »*

(S. AUG. TRACT. 26, IN JOANN.)

#### REAL ARCHICOFRADÍA

#### HERMANOS EN CRISTO:

Cuando el visitante de un gran edificio lleno de artísticos primores en sus líneas y en sus detalles se ha recreado separadamente en ellos, estudiándolos detenidamente para apreciarlos bien en sí mismos, antes de dar por terminada su visita, pónese á distancia conveniente y echa sobre la magnífica fábrica una postrera mirada profundamente sintética, para abarcarlo en su conjunto y descubrir y apreciar en ella su armonía y su unidad.

Pues bien, tal es hoy exactamente nuestro

caso. Alumbrados por la brillante antorcha de la fé, guiados por los expertos guías de la revelación y de la tradición y con espíritu de aprender y aprovecharnos, no por vana curiosidad, hemos admirado durante los días de este solemne novenario en todos sus detalles maravillosos, sublimes, verdaderamente divinos, el magnífico edificio levantado entre nosotros por la Sabiduría increada, para habitar con nosotros, de que nos habla Salomón (1); el tabernáculo fabricado por Dios en la tierra para vivir cerca de los hombres, que vió S. Juan en el Apocalipsis (2); la obra magna, la obra por excelencia de su Poder, de su Sabiduría y de su Amor, la sagrada Eucaristía. Y ¡ah, señores! Nosotros, como el Profeta, hemos considerado y estudiado la obra de Dios en sus detalles, y hemos quedado pasmados (3). Como Sacramento es el mayor de los prodigios; como Sacrificio es el beneficio más insigne; como Comunión, en fin, es el don más grande y la dignación más alta que Dios, con ser Dios, ha podido otorgarnos; y ya se estudien su verdad, su excelencia ó su fruto se descubren en esta obra divina, bajo todos sus aspectos considerada, tales bellezas, maravillas tales, que no hemos podido menos que caer de rodillas ante ella, exclamando con su inspirado panegirista Sto. Tomás de Aquino: "Tantum ergo Sacramentum venere-

---

(1) Prov. IX. 1.

(2) Apoc. XXI. 3.

(3) Habac. III. 2. (*in version. Sept.*)

mur cernui,, (1) Sí, adoremos, postrados, la obra por antonomasia del Altísimo, porque evidentemente en ella está Dios. *¡Ecce Deus!*

Pero antes de terminar nuestro estudio sobre ella, y mientras consideramos los frutos divinos de la Comunión eucarística, que es lo que nos resta que estudiar en ella, echad sobre la Eucaristía esa última mirada sintética, y quedareis de nuevo admirados al descubrir la divina armonía y suprema unidad de su conjunto. Esos frutos, en efecto, de la Comunión, son la unidad más alta y más comprensiva, como ya lo descubrió el gran talento de S. Agustín, cuando le llamó *signo de unidad* "*signum unitatis*". La Eucaristía es, señores, el centro de una esfera inmensa que lo abarca todo, el orden natural, el orden sobrenatural y el orden social; todos los puntos de esos tres círculos, generadores de la esfera en que se contiene todo lo que existe, convergen, como radios, á la Eucaristía, como centro, y unificados en ella, de ella parten, para llevar á todo el sello de la unidad. *Signum unitatis.* (2).

Veamos, pues, hoy para concluir el fruto universal de la Comunión; fruto que es la unidad en todos los órdenes: la unidad en el Universo, la unidad en la Iglesia, la unidad en el Estado. Vínculo ó signo de unidad: hé aquí lo

---

(1) D. Thom., *Off. SS. Corp. Christi*, Hymn. *Pange lingua* ad Vesp.

(2) «¡O Sacramentum pietatis! ¡O signum unitatis! ¡O vinculum charitatis!» (S. Aug. *Tract. 26 in Joann.*)

que es y lo que engendra la Comunión. Y ¡ojalá! señores, que Dios me conceda sus auxilios á fin de que yo acierte á expresarme con la claridad necesaria para convenceros y persuadiros, como se debe á la capital importancia é inmensa trascendencia de tan hermoso asunto.

## I

El Universo todo, señores, según la misma etimología de su nombre, no es otra cosa que la variedad en la unidad. La unidad es su ley. Puede decirse que es una serie gradual de síntesis en que van concentrándose y unificándose los diversos elementos que lo constituyen, y que viene á resolverse en una síntesis suprema y universal que todo lo abarca y lo comprende, que todo lo domina y preside, y que en todo imprime el sello de su absoluta y suprema unidad. Gradación magnífica, escala de síntesis que, como la de Jacob, va de la tierra al cielo y desciende del cielo á la tierra, es decir: que sube desde las últimas criaturas hasta Dios, unidad suprema; y baja dejando impreso el sello de la unidad con Dios en todas. S. Pablo vió esa escala grandiosa y nos la dejó descrita en estas frases: "Omnia vestra sunt, vos autem Christi, Christus autem Dei (1).", Todo para el

---

(1) I Corinth. III- 22. 23.

hombre, el hombre para Cristo, Cristo para Dios« Dios, unidad suprema, hace la unidad Cristo, síntesis y unidad á su vez, de la síntesis universal, hombre, con Dios.

Y es, señores, que todo debe subir hasta Dios para glorificarle, porque para glorificar á Dios ha sido todo hecho. "Universa propter semetipsum operatus est Dominus," (1). Considerad el mundo de la materia: todo es de Dios y para Dios. Los espacios inmensos, que no alcanza á medir la más poderosa inteligencia, son su templo; el firmamento azul, es un dosel bordado de piedras preciosas en las que brilla su luz; el sol su corona: la luna su escabel, la tierra vestida con la nieve de sus montañas y adornada con las flores de sus valles, es su altar; la luz el esplendor de su rostro; los fluidos sus mensajeros. Todo para Dios.

Pero todo para gloria de Dios en el hombre y por el hombre, última síntesis de toda la naturaleza sensible en su cuerpo; porque si la materia inerte es para la vida, y la vida para la sensibilidad, y la sensibilidad para la inteligencia, el hombre es la inteligencia y por consiguiente el fin próximo de toda la naturaleza inferior que sintetizada en su cuerpo material, vivo y sensible á la vez, viene á alcanzar su fin en el hombre, uniéndose en él con esa inteligencia á que se ordena. El hombre, pues, es la síntesis superior, última del mundo de la materia

---

(1) Prov. XVI. 4.

por su cuerpo; pero no lo es sino á condición de ser también la síntesis de los dos mundos, el de la materia y el del espíritu, porque el espíritu es el fin de la materia, y el mundo material no se ha sintetizado en él sino para alcanzar su fin. “*Omnia vestra sunt.*”

Mas el hombre, aunque es el fin próximo de la creación material, no es, sin embargo, su fin último, que no puede ser otro que Dios. El es la síntesis de todo lo criado, el universo entero en miniatura, verdadero *microcosmos*, en frase de Sto. Tomás de Villanueva (1); pero por serlo precisamente, dado que él no es el fin último de lo que en él se reúne, no es sino uno de los términos de otra nueva síntesis más alta, más grande, más comprensiva, en que se una el hombre, como representante de toda la creación, con Dios mismo, fin último y supremo de todo. Esta nueva síntesis, señores, de la creación y el Creador, es Jesucristo: “*vos autem Christi.*” Y en efecto, S. Juan la explica con una precisión de frase maravillosa, cuando dice: “*Verbum caro factum est.*” (2). *Verbum*: he ahí el primer término de la gran síntesis, porque por el Verbo ha sido hecho todo lo que se ha hecho, y sin El nada se ha hecho de lo que se ha hecho: “*omnia per ipsum (Verbum) facta sunt, et sine ipso factum est nihil quod factum est.*” (3), y la creación

---

(1) «In homine collecta est omnis creatura; et ideo *microcosmos*». (S. Thom. Vill. *Serm.* 3, *in Nativ. B. M. V.*

(2) Joann. I, 14.

(3) Ib. 3.

debía llegar á Dios, su fin último, por el mismo camino por donde de Dios procede (1). *Caro*: es el segundo término de la nueva síntesis; porque tomando, asumiendo el Verbo la *carne humana*, asume, toma y une á su persona divina á toda la creación, cuya síntesis por lo que mira al mundo material es la *carne humana*, en cuanto es *carne*, y por lo que mira al mundo espiritual es esta misma carne humana, en cuanto es *humana*, porque no se llama *humana* sino por su relación al espíritu (2). *Factum est*: es la unión de los dos términos. Frase expresiva del modo como se ha hecho la síntesis universal, Cristo:

---

(1) Verbum artificis, idest conceptus ejus, est similitudo exemplaris eorum, quae ab artifice fiunt. Unde Verbum Dei, quod est aeternus conceptus ejus, est similitudo exemplaris totius creaturae. Et ideo, sicut per participationem hujus similitudinis creaturae sunt in propriis speciebus institutae, sed mobiliter; ita per unionem Verbi ad creaturam non participatam, sed personalem conveniens fuit reparari creaturam in ordine ad aeternam, et immobilem perfectionem. (Summ. Theol. III P., quaest. III., art. 8.)

(2) «Caro, et caeterae partes hominis per animam speciem sortiuntur». (Summ. Theol. III P., quaest. V., art. 3.)

«Cum dicitur, *Verbum caro factum est*, caro ponitur pro toto homine, ac si diceretur, *Verbum homo factus est*.... Ideo autem totus homo per carnem significatur, quia... ut Aug. dicit in Lib. 83 22, (quaest. 80), *in tota illa unitate susceptionis principale Verbum est, extrema autem, atque ultima caro. Notens autem Evangelista comendare pro nobis dilectionem humilitatis Dei, Verbum et carnem nominavit, praetermittens animam, quae est Verbo inferior, carne praestantior.*» (Summ. Theol. III P., quaest. V., art. 3. ad primum.)

por asunción de la carne humana en la persona divina del Verbo.

De esta suerte Jesucristo es la síntesis universal. Jesucristo es la naturaleza humana, que es la síntesis suprema de todas las antítesis del universo, de lo inerte y la vida, de lo insensible y lo sensible, de lo irracional y lo racional, de la materia y del espíritu, en una palabra. Pero como en el hombre no está el fin último de ese universo compendiado en él, él mismo, como representante de toda la creación, no es sino uno de los términos antitéticos de otra síntesis superior, Jesucristo, en quien está el hombre con toda su representación, porque en Jesucristo está la naturaleza humana íntegra, y la naturaleza divina (el otro término de la antítesis) unidas ambas en una misma subsistencia, porque ambas subsisten en la persona del Verbo Creador.

Así es, señores, como la creación sube hasta su fin que es Dios, y glorifica, como su fin le exige, á Dios dignamente; por el hombre y por Jesucristo: “omnia vestra sunt, vos autem Christi, *Christus autem Dei.*”

¡Oh! Sin duda esto es obra de Dios: lleva impreso su sello en todos sus detalles, porque el sello de Dios es la unidad, y en esta su obra, brilla la unidad, la unidad hombre, suprema unidad de la creación; la unidad Cristo, suprema unidad entre la creación, por el hombre, y Dios. Y es la unidad el sello de Dios, porque Dios es la unidad misma, sustancial y eterna; *el universo divino*, podríamos llamarle, porque es varie-

dad en las personas, *et in personis proprietates*, en la perfecta unidad de la esencia, *et in essentia unitas* (1). Unidad que se refleja primero en Jesucristo, unidad de todo lo existente, y más abajo en el hombre, unidad de todo lo creado. Unidad que es la semejanza de Dios; en el hombre, hecho á semejanza de universo, *microcosmos*, como hecho á semejanza de Dios, *ad... similitudinem nostram* (2); y en Jesucristo que por ser persona divina ya es hecho á semejanza de universo, siendo hecho á semejanza de hombre, *in similitudinem hominum factus* (3). ¡Oh, señores! Un hombre hecho á semejanza de Dios, unido á Dios en un Dios hecho á semejanza de hombre. Hé aquí la suprema unidad: hé aquí á Jesucristo.

Y ya que sabemos que Jesucristo es la suprema unidad del Universo, podemos añadir: el modo de esa unidad universal es la Comunión, porque la Comunión es Jesucristo uniendo á cada hombre en particular con Dios. Y en efecto, esa unión del hombre con Dios en Jesucristo, cuyo fin, como hemos visto, es glorificar á Dios, ha debido realizarse por concurso libre de la voluntad humana con la divina, porque así lo exigen juntamente el honor y la gloria de Dios y nuestra libertad; que no quiere Dios, ni es digno de El el homenaje forzado de una criatu-

---

(1) *Praef. de SS. Trin.*

(2) *Gen. I, 26.*

(3) *Philipp. II, 7.*

ra libre, ni es digno de nuestra libertad ser forzada y violentada en sus determinaciones; y aun el mismo homenaje que mal de su grado dá á Dios, á su justicia, la voluntad de los réprobos, sobre que ya no tienen libertad por haber quedado confirmados en el mal, puede, sin embargo, decirse libre, porque lo es en su origen y en su causa, á saber: su pecado, su obstinación en él, su impenitencia final. Pues bien, por concurso libre de las dos voluntades, la divina y la humana, se ha realizado la unión del hombre con Dios en la Encarnación. En ella, dice Sto. Tomás, siguiendo á los Padres, especialmente á S. Bernardo, la Sma. Virgen María es llamada por Dios á dar su consentimiento para la realización del gran misterio de la unión hipostática, es decir, de la persona de Dios con la naturaleza humana, en representación de toda la humanidad: "expectabatur consensus Virginis loco totius humanae naturae," (1).

Pero, señores, la unión de la persona de Dios con la naturaleza del hombre, la Encarnación, es solo el tipo, el ejemplar y aún la causa meritoria de otra unión, en que ha de consumarse la unidad de la obra divina y á la que, según los designios de la misericordia de Dios, van ordenadas todas las demás. Esta última y suprema unión, es, señores, algo así como una Encarnación invertida, la extensión de la Encarnación, como le han llamado con gran exactitud

---

(1) *Summ Theol.* III, P., quaest. XXX, art. 1.)

y propiedad los SS. Padres, su complemento, el *ea quae desunt*, que dice S. Pablo (1), la Comunión, para decirlo de una vez. ¿Qué es, señores, la Comunión, sino la Encarnación del Dios encarnado en cada uno de los hombres que la reciben? En la Encarnación se une á Dios la naturaleza de todos; en la Comunión se une á Dios la persona de cada uno. Y aunque ya en aquella todos prestamos por los labios de María nuestro consentimiento libre para realizarla, como exigían la gloria de Dios y el honor de nuestra libertad, sin embargo, como el fruto de esa unión primera ha de hacerse personal y propio de cada uno de los hombres, convenía á la perfecta unidad del plan divino, que cada uno de los hombres prestara personalmente su libre consentimiento, para la Encarnación para su unión con Dios, porque, como enseña S. Agustin, “el que nos creó sin nuestro consentimiento no nos justifica sin él,” (2). Y esto es y esto hace (la Comunión. Por la Comunión, pues, el Dios encarnado se encarna en cada hombre, comunicándole como en la Encarnación, su propia vida: “qui manducat hunc panem vivet in aeternum,” (3), al par que sin la Comunión, aunque la Encarnación exista, no existe, sin embargo, como si no existiera, para el que no comulga: “nisi mandu-

---

(1) Coloss. I. 24.

(2) «Qui creavit te sine te, non justificat te sine te; creavit nescientem, justificat volentem», (S. Aug. *Serm. XV de verb. Apost.*, cap 11.)

(3) Joann. VI. 59.

caveritis carnem Filii hominis, et biberitis ejus sanguinem non habebitis vitam in vobis,, (1); porque la Comunión, dice el martir S. Ignacio, es la droga divina de la inmortalidad, el celestial antidoto para no morir, sino vivir siempre en Jesucristo (2), y es claro, señores, que los medicamentos no producen su fruto sino mediante su aplicación al enfermo.

Ved, pues, si teníamos razón para decir que la Comunión eucarística es el nudo, el vínculo de cada uno de los hombres con Dios, y como tal la consumación sublime de la unidad universal, y con cuanta propiedad la definió San Agustín llamándola, *signum unitatis*, signo de unidad.

Es el primer fruto de la Comunión; pero no el único: porque la unidad del Universo no es la única, hay una unidad de un orden superior, la unidad del mundo sobrenatural y divino de la gracia, la unidad de la Iglesia; y la sagrada Comunión es signo de unidad sin restricciones, en todos los órdenes, como vereis ahora.

## II

Todos sabeis, en efecto, que Dios, conforme á sus designios, ha creado un mundo más alto que el mundo de la naturaleza: es el mundo de

---

(1) Ib. 54.

(2) «Pharmacum immortalitatis est, antidotum ne moriamur, sed vivamus semper in Jesu Christo». (S. Ignat. M., *Epist. ad Ephes.*)

la gracia. Mundo sobrenatural y divino en el que, con más razón que en el mundo inferior de la naturaleza, brilla y resplandece la unidad característica de todas las obras de Dios, por la mayor semejanza que tiene con Dios por su mayor proximidad á El; porque, según el principio del Angélico, cuanto mayor es la proximidad de un recipiente á su principio ó manantial, tanto mayor es la participación de sus perfecciones é influencias (1). ¿Y cual entre todas las creaciones divinas más próxima á Dios que la gracia, si la gracia, en frase de San Pedro, es nada menos que una participación inefable de la misma naturaleza de Dios? (2) ¿Cómo, pues, no ha de ser el mundo sobrenatural, el orden de la gracia, la Iglesia, en una palabra, más semejante á Dios que el Universo? ¿Y si este, como hemos visto, revela de un modo tan admirable la unidad característica de Dios, cuánto más no ha de revelarse esta unida en este otro mundo superior, que es mucho más próximo y mucho más semejante á Dios?

¡Oh! sí, la unidad es su caracter; la unidad es su fin. Su caracter en la tierra y su fin en el cielo que por ser la consumación de la gracia, es la consumación eterna de la unidad. “Padre Santo exclamaba Jesucristo, guarda en tu nombre á aquellos que me diste para que sean una misma cosa, como somos nosotros; para que

---

(1) Saepe in *Summ. Theol.*

(2) II. Pet. I, 4.

sean uno como Tú en mí y Yo en tí,, (1). Palabras, señores, profundamente reveladoras no solo del carácter y fin de la Iglesia, la consumación de la unidad entre los hombres y de los hombres con Dios. *ut sint consummati in unum* (2), sino hasta del modelo ó ejemplar á cuya imagen y semejanza ha sido hecho este hombre nuevo, que surge de las cenizas del hombre viejo crucificado con Cristo, como se expresa San Pablo (3); modelo de esta sociedad nueva, ejemplar de este mundo superior, que se llama la Iglesia; modelo y ejemplar que es Dios mismo, á cuya imagen y semejanza es hecho el hombre y la sociedad en todos los órdenes.

Pero es claro, señores, cuanto aventaja el orden de la gracia el orden de la naturaleza, ha de aventajar la unidad en aquel á la unidad en este, ya que la unidad es el fin y el carácter de ambos. Y en efecto, el vínculo de la unidad en este universo sobrenatural de la Iglesia es el mismo vínculo de la unidad en Dios, la caridad. "Dios, dice S. Bernardo, tiene una ley; y su ley es la caridad. Ella es la que hace la unidad en su Trinidad y la estrecha con vínculo de paz,, (4). Pues bien, de esta fuente divina de unidad

---

(1) Joann. XVII, 11, 21.

(2) Ib. 23.

(3) Rom. VI, 6.

(4) «¿Quid vero in summa et beata illa Trinitate summam et ineffabilem illam conservat unitatem, nisi charitas? Lex est ergo, et lex Domini charitas, quae Trinitatem in unitate quodammodo cohibet, et colligat in vinculo pacis.» (S. Bern. *Epist.* 11 *ad Guiconem.*)

proviene la unidad de la Iglesia y por el mismo medio. Dios se hace hombre, y al hacerse hombre, une al hombre con Dios. Pero notadlo, Jesucristo, como Dios, trae consigo del cielo el vínculo de la unidad divina, y como hombre prende ese vínculo en el corazón del hombre. De esta suerte, el mismo vínculo que hace la unidad en la Trinidad de Dios, es el que hace la unidad sobrenatural del hombre con Dios: la caridad. Y unidos los hombres á Dios por caridad en Jesucristo, somos en El y por El el hombre nuevo, más hecho á imagen y semejanza de Dios que el hombre viejo; somos la nueva sociedad hecha á imagen y semejanza de la sociedad de Dios; somos el nuevo universo tan uno con Dios en la variedad, como uno es el cuerpo, aunque compuesto de muchos miembros, con su cabeza, segun el simil del Apóstol (1); tan uno con Dios, según la doctrina del mismo Jesucristo, como los sarmientos adheridos á la vid (2). Somos, en una palabra, la Iglesia, porque esto es la Iglesia, tan una con Dios por la caridad de Jesucristo, como uno por la caridad es Dios en su Trinidad. “Guárdalos, Padre Santo, para que sean una misma cosa como nosotros, decía Jesucristo; y añadía, para que el amor con que me has amado esté en ellos, y yo en ellos,” (3).

Tal es, señores, la Iglesia; tal es el origen y

---

(1) I Corinth. VI, 15, 16.

(2) Joann. XV, 5.

(3) Ib. XVII, 26.

el vínculo de su unidad, la caridad, *tenacitas ac firmitas unitatis*, en frase de S. Cipriano (1). Caridad, que al mismo tiempo que hace la unidad sobrenatural de los hombres con Dios por Jesucristo, hace también en El y por El la perfecta unidad de los hombres entre sí, pues como añade el mismo Santo Padre, la caridad que, cuando mira á Dios es el el vínculo de la unión del hombre con Dios, *firmitas unitatis*, cuando mira á los demás hombres es el vínculo de la fraternidad, *fraternitatis vinculum*. La caridad, señores, es el cemento divino que une entre sí las piedras vivas del magnífico edificio de la Iglesia (2), que desde Dios que es su fuente, se derrama sobre ella por la Humanidad de Jesucristo, que es su acueducto, difundiéndose por todos sus miembros y engendrando entre ellos con su espíritu fraternal la unidad más perfecta que concebirse puede (3).

---

(1) «Charitas fraternitatis vinculum est, fundamentum pacis, tenacitas ac firmitas unitatis». (S. Cyprian., *Lib. de bono patient.* 15.)

(2) «Sicut in corporali aedificio lapis ad lapidem caemento mediante constringitur; sic in aedificio Ecclesiae christianus ad christianum charitate mediante connectitur.» (Auct. imperf., Hom. 7 in Math.)

(3) «Fraternitas optima est et jucunda; illa tamen quae ex unguento charitatis procedit... Descendit ad oram vestimenti, idest Ecclesiam militantem... Hoc autem sic distillata charitas, bone Deus, quantam fecit in toto orbe concordiam, quantam peperit unitatem... Omnes nationes in unam fidem mirifica glutine hac unctione copulata, et agglutinatae sunt.» (S. Thom Vill. *Serm. 2, de Pace.*)

¡Ah, señores! No busqueis la verdadera fraternidad entre los hombres, como se empeñan en buscarla los hombres del día, fuera de la Iglesia y lejos de Jesucristo; buscaríais en vano, porque la verdadera fraternidad es la caridad, y la caridad, que la produce, no se halla sino en la Iglesia, una por virtud de esa misma caridad, dice S. Agustín (1). Esta unión fraternal entre los miembros de la Iglesia; esta comunión entre los hombres por la caridad de Cristo, es, señores, algo más que una doctrina; es un hecho constante en la historia cristiana. Hecho que admiró á los gentiles, según el testimonio de Tertuliano (2); hecho que era la desesperación del Emperador apóstata (3); hecho, en fin, que arranca hoy mismo á la impiedad confesiones tan preciosas como esta de Voltaire: "Todas las comuniones separadas de la Iglesia Romana, no han podido imitar sino muy imperfectamente la caridad generosa que la caracteriza" (4). ¡Oh, sí! Buscaríais en vano, porque no hay fraternidad sin caridad, ni hay caridad sino en la Iglesia Católica.

---

(1) «Charitas ista non tenetur nisi in unitate Ecclesiae». (S. Aug. *Serm.* 6. in lib. 17. Hom.)

(2) «Vide ut invicem se diligant, et ut pro alterutro mori sint parati» decían los gentiles admirados, hablando de los cristianos. (Tert. *Apolog.*, cap. 39.)

(3) «Procuremos imitar á los discípulos del Nazareno: ved cómo se aman». (Julian. *Apostat. Epist.* 49.)

(4) (Volt., *Ensayo sobre las costumbres*, cap. 139.)

¿Pero qué hay en la Iglesia Católica que engendre esa caridad, vínculo que estrecha los corazones de los hombres entre sí y los corazones de los hombres con el corazón de Dios, para producir esta unidad sobrenatural que es su carácter, su corona y su honor? ¡Ah, señores, levantad vuestros ojos y mirad á ese altar! ¡He ahí el secreto de la unidad de la Iglesia! ¡He ahí la fuente única de la caridad divina! ¡He ahí la Eucaristía! La Eucaristía, que es la extensión de la Encarnación; es decir, Dios que se une al hombre por amor. La Eucaristía, que es la Redención perpetuada, es decir, el hombre elevado y unido á Dios por amor. La Eucaristía, que es la Comunión, es decir, la unión común de los hombres entre sí por amor. ¿No sabeis que dos cosas igualmente unidas á una tercera están unidas entre sí? Pues la Comunión es la unión de todos los que la reciben con Cristo; y por consiguiente en Cristo, en la Comunión, quedamos todos unidos, con el mismo vínculo de la caridad con que en ella cada uno nos unimos con Él. Comunión del hombre con Dios; comunión del hombre con su hermano; la fuente de la caridad; el vínculo de la fraternidad; el sacramento de la piedad; el signo de la unidad. Esto es la Eucaristía: "Sacramentum pietatis, vinculum charitatis, signum unitatis", según San Agustín (1). "Así como los diferentes granos

---

(1) S. Aug. *Tract. 26 in Joann.*

de trigo, dice el Crisóstomo, se unen en el pan haciéndose una misma cosa en él, así también en el pan divino Cristo nos unimos y nos hacemos una misma cosa unos con otros“; *alii aliis in Christo conjungimur* (1).

¡Oh, señores, qué sublime, qué divina es la Comunión! Ella es la perfecta realización de los deseos de Jesucristo; la consumación de su obra, de su misión divina, *ut sint unum* (2), la unidad de su Iglesia. Jesucristo dijo que Él había venido á congregar á los que andaban dispersos (3), para hacer de todos un solo cuerpo con un mismo espíritu (4), cuyos miembros, creciendo en todos sentidos en Él como cabeza, edifiquen el edificio de la Caridad (5). ¿Que dónde se realiza esto? San Pablo lo dice: “Un pan, que es la comunión del cuerpo de Jesucris-

---

(1) «Quomodo panis multis ex granis compositus, sic coalescit, ut nusquam grana appareant, sed sint quidem ipsa, haud tamen eorum manifestata distinctio sit propter conjunctionem, ita nos quoque cum alii aliis, tum Christo conjungimur». (S. Joann. Chrysost., *Hom. 24 in expos. Ep. I ad Corinth.*)

«Sicut unus panis ex multis granis conficitur, qui postea in Corpus Christi, et per fidem et per sancta verba quae Christus suos docuit convertitur; sic diversi participantes hoc corpore in unitate fidei, spei et charitatis unum corpus cum Christo sunt». (Abb. Guerric. *Serm. 5 de Purif. B. M. V.*)

(2) Joann. XVII. 11.

(3) Ib. XI 52.

(4) Ephes. IV. 4, 5.

(5) Ib. 16.

to (1), es el que á muchos nos hace un solo cuerpo con Él<sup>a</sup>. Jesucristo dijo que Él había venido para darnos vida, y vida abundantísima (2). ¿Que cómo lo ha cumplido? Por la Comunión, principio vital de ese cuerpo que por la Comunión se constituye. Porque la vida de ese cuerpo es la caridad, de tal suerte, que el que no ama está muerto (3), y Jesucristo es la caridad (4), es la vida (5), de tal suerte, que el que no come su carne y bebe su sangre no tiene vida (6). Sí, señores, la Comunión es la consumación de la obra de Cristo; la realización de sus divinas intenciones en la fundación de su Iglesia; el nudo vital de todo el Cristianismo, el vínculo sagrado que nos hace, como á los primeros fieles, *un solo corazón y una sola alma* (6); el signo divino de nuestra unidad: *signum unitatis*. Porque no hay unidad sin caridad, ni hay caridad sin Comunión.

Fruto divino de la Comunión que alcanza á todos los miembros vivos de la Iglesia unidos entre sí por el mismo vínculo de la gracia y de la caridad que fluye de la Comunión como de su manantial inagotable, llevando sus beneficios en un perpetuo flujo y reflujo de la tierra al

---

(1) I Corinth. X. 17.

(2) Joann. X. 10.

(3) Ib. III. 14.

(4) I Joann. IV. 16.

(5) Joann. XIV. 6.

(6) Ib. VI, 54.

(7) Act. IV, 32.

cielo y á los abismos de la expiación, estableciendo entre las tres Iglesias esa comunicación misteriosa de sus respectivos bienes que en el lenguaje del dogma se llama *la Comunión de los santos*. Desde el corazón del hombre que comulga, nuevo altar, nueva cruz en que Jesucristo se inmola, nuevo tabernáculo en el que habita Jesucristo y desde el cual eleva al cielo sus oraciones y sus méritos, suben mezcladas con el perfume del incienso hasta el trono de Dios nuestras acciones de gracias, nuestros votos, nuestras adoraciones para gloria del Altísimo; eucaristía de perfumes que nuestros eternos amigos los Santos recogen en sus manos y depositan en el incensario de oro del ángel que la ofrece ante el trono del Señor, según la visión del Profeta de Patmos (1). Desde allí descienden sobre el corazón del que comulga, atraídas por los méritos de Jesucristo que en él habita corporalmente, las bendiciones y las gracias de todo orden; gracias y bendiciones que los Santos obtienen del Señor en nombre de su Cristo que es nuestra propiciación (2), y derraman sobre nosotros con generosa largueza. Desde el corazón del hombre que comulga, nuevo cáliz de la salvación (3) lleno de la sangre redentora de Cristo, cae sobre los abismos de la expiación el torrente divino de esa sangre que redime al Israel elegido del Purgatorio de sus iniquida-

---

(1) Apoc. VIII, 3, 4.

(2) I Joann. II, 2.

(3) Psalm CXV. 13.

des, como anunció el profeta (1); y desde esos abismos del dolor suben al cielo, enviadas por mil corazones agradecidos á la generosidad del nuestro, preces y oraciones gratisimas á Dios en favor de los comulgantes que con su Comunión les favorecen, para caer desde el cielo nuevamente sobre nosotros transformadas en lluvia copiosa de bienes.

De esta suerte, señores, la Comunión nos comunica con el Cielo y con el Purgatorio; pone en relación á las tres Iglesias, la que triunfa en la gloria, la que convalece de las heridas del combate en el Purgatorio y la que aún pelea sobre la tierra, haciendo de ellas la única Iglesia de Cristo, según sus deseos, *ut sint consummati in unum* (2); los miembros del único cuerpo de Cristo, *multi unum corpus sumus* (3); su pueblo, adquirido con su sangre, *populus acquisitionis* (4) Jerusalén santa edificada como ciudad en la que todos participamos del mismo bien, que es Él, como la describió el Real Profeta: *Jerusalem quae aedificatur ut civitas, cujus participatio ejus in idipsum* (5); su viña, en fin, su viña elegida, *vinea electa* (6), en la que Él mismo, fuente de este nuevo paraíso divino,

---

(1) Ib. CXXIX, 8.

(2) Joann. XVII, 23.

(3) Rom. XII, 5.

(4) I Pet. II, 9.

(5) Psalm. CXXI, 3.

(6) Jerem. II, 21.

*erit fons patens*, según la profecía (1), en la Comunión, riega, como la fuente del Paraiso genesiaco (2), toda su heredad con los copiosos raudales de las aguas vivas de la caridad que de Él, de la Comunión fluyen sin cesar.

*¡O vinculum charitatis! ¡O signum unitatis!* (3), ¡Oh, sí! ¡La Comunión eucarística es el corazón de la Iglesia, el centro de su vida, el núcleo de su unidad, de donde brota el río de sangre de la caridad divina, que lleva á todos sus miembros el mismo espíritu! *¡Unus spiritus* (4); y que derramándose desde las alturas del dogma á la vida práctica, cayendo como lluvia divina desde la esfera superior de lo sobrenatural sobre los hombres y sobre la sociedad humana, trae hasta estas esferas inferiores de lo moral y de lo social el mismo vínculo de perfección y el sello de la misma unidad.

La unidad en el orden de la naturaleza; la unidad en el orden sobrenatural ó de la gracia; la unidad, en fin, en el orden social. Tales son, señores, los frutos de la Comunión, *signum unitatis*.

---

(1) Zachar. XIII, 1.

(2) Gen. II, 6.

(3) S. Aug. *Tract. 26 in Joann.*

(4) Ephes. IV, 4.

### III

Sin moralidad no hay sociedad posible. Yo creería, señores, haceros injuria si intentara demostraros esta verdad; y así me limito á consignarla sólo, como base que es de nuestro argumento, dejándola tranquilo bajo la salvaguardia de vuestro buen sentido.

Pues bien, el supremo regulador de ese orden moral, necesario para la perfecta unidad de la sociedad humana; el vínculo social, porque es el gran vínculo moral, es la Comunión eucarística. Vosotros sabeis, en efecto, lo que son capaces de hacer las pasiones en el individuo y en la sociedad. Solicitada por ellas fuertemente, la conciencia empieza á vacilar, inclinándose, primero con repugnancia, más tarde con indiferencia y por último hasta con fruición á la derecha y á la izquierda de la línea recta del cumplimiento del deber; se oscurece en ella la noción de la virtud, no ya solo de la virtud sobrenatural y divina, sino aun de la misma virtud natural, la noción de la honradez; á poco se olvida por completo y muy pronto la noción de la virtud queda invertida. La conciencia, que antes clamaba contra las pasiones y advertía al hombre de sus yerros, se ha quedado muda y ciega, y nada dice, ni nada vé: encallecida y

esclavizada por las que eran sus esclavas, es por ellas arrastrada y obligada á sancionar sus crímenes, lo que hace con entera indiferencia. Es, en una palabra, una brújula desinmantada que no solo no indica ya al hombre el norte de su fin, sino que le señala como fin y como norte lo contrario á él.

Y bien, señores, cuando la conciencia humana haya llegado influida por las pasiones y dominada por ellas á este grado de insensibilidad y hasta el fondo de esta horrible perversión ¿qué podreis prometeros y esperar en la sociedad? Lo que ya empieza á vislumbrarse, y veremos quizás muy pronto: la perversión completa del orden social, su desquiciamiento y su ruina al empuje de unas ambiciones monstruosas, de unas codicias insaciables, de un egoismo asolador, de una sensualidad repugnante, de unas pasiones, en una palabra, sin freno; porque el freno es la conciencia y la conciencia no existe ya. Y de esta suerte, cada uno no verá en los otros sino enemigos que le estorban para la satisfacción de sus apetitos; y de la enemistad se pasará necesariamente al odio y la persecución encarnizada de las clases y de los hombres entre sí; y de ahí por un proceso perfectamente lógico, y como tal inevitable, al supremo argumento de la dinamita y á la disolución social entre los horrores de la anarquía. ¿Qué son, en efecto, todas las pasiones cuando se desenfrenan, sino poderosos disolventes de los vínculos sociales? ¿Y cómo puede existir, ni siquiera concebirse la sociedad sin la unidad

que resulta de esos vínculos? ¡Imposible! ¡Una manada de fieras es... una manada. Nunca, nunca la sociedad!

El gran nudo, por consiguiente, del vínculo social; y como tal la clave del edificio y el secreto de la unidad en la sociedad humana, es la conciencia. La conciencia despierta y sensible para ver y apreciar las infracciones de los deberes mútuos de los diversos miembros del cuerpo social; la conciencia avisada y vigilante para advertirlas á todos y reprenderlas, y castigarlas con los anatemas del propio remordimiento y de la execración universal.

Pues bien, señores; la Comunión eucarística es el gran ajustador de la conciencia; es el imán que la hace sensible y la fija en el norte del deber. Es por tanto, la solución eficacísima de todos los problemas morales que, al ensancharse y traducirse en la vida pública, afectan tan directa y tan hondamente á la unidad social y á la sociedad misma.

Oid el testimonio elocuentísimo sobre este punto de un hombre eminente á quien su sinceridad y su talento, no obstante haber sido educado en el Protestantismo, hizo comprender perfectamente toda la trascendencia y aún la influencia decisiva de la divina Comunión en la sociedad. “La única ley verdaderamente eficaz para conservar el orden social la dá á los pueblos el Catholicismo en la obligación que impone á todos los católicos de comulgar por lo menos una vez al año. En su veneración por este Sacramento y en la indispensable y rigurosa preparación para re-

cibirlo; ó en otros términos, en su fé en la presencia real, en la confesión, en la penitencia, la absolución y la Comunión. Puede decirse que en los Estados católicos toda la economía del orden social gira sobre este polo, y que á él son deudores de su solidez, de su duración, de su seguridad y bienestar... Los habitantes de la más feliz y floreciente monarquía que brilló jamás sobre la tierra la sacudieron de repente; pero ¿cuáles fueron las consecuencias? No teniendo ya aquellos desventurados insensatos, freno que los contuviera, se atrevieron á todo, y sus crímenes, como un mar que se desborda, rompiendo los diques que solo Dios puede restablecer, causaron un atroz sacudimiento en Europa, é inundaron el mundo (1)... Si todos cumplieran esta ley católica con puntualidad, la cuestión no versaría ya sobre ¿cuál es el mejor de los gobiernos? sino más bien, en un gobierno constituido con las formas católicas ¿de qué otras leyes hay necesidad? Acaso serían en él superfluas todas las leyes humanas y tan inútiles como son impotentes en todas partes donde la religión católica no les sirve de fundamento... Quanto más se estudie esta cuestión mas se conocerá que esta creencia en la presencia real abraza no sólo todos los gobiernos, sino todas las consideraciones humanas; que es como su

---

(1) Aunque el autor de este pasage alude en él á Francia, ¡con cuanta exactitud puede hoy aplicarse también á nuestra España! (Nota del autor.)

diapasón, y que respecto del mundo moral es lo que el sol respecto del mundo físico: *illuminans omnes homines* (1), (2).

Detengámonos, señores; nada tenemos que añadir á un testimonio tan elocuente, tan razonado y decisivo como el que acabamos de aducir. Vosotros comprendéis ya bien, donde está el secreto de la verdadera unidad en todos los órdenes, en el orden natural ó físico, en el orden sobrenatural ó de la gracia, en el orden humano, en fin, y social. La Comunión eucarística, signo de unidad, *signum unitatis*, según San Agustín, de la unidad del Universo, de la unidad de la Iglesia, de la unidad de la Sociedad. Detengámonos.

Pero permitidme que para terminar, en nombre y representación de todos, y especialmente de vosotros, miembros ilustres de esta Real Archicofradía, que sois la corona de honor y la cortedichosa de Jesús Sacramentado, le ofrezca juntas como en un ramillete esas alabanzas que sucesivamente han ido brotando de nuestros labios en los días de este solemne novenario, recogidas á su vez de los de nuestros grandes Maestros en la fé, y cuya exposición y demostración ha constituido todo nuestro trabajo:

*¡Verum corpus! ¡Ave verdadero Cuerpo de mi Jesús, realmente presente en la Eucaristía! Mi fé te descubre en ese divino Sacramento de*

---

(1) Joann. I, 9.

(2) Fitz William, *Cartas de Aticae*.

cuya verdad me responden mi propia razón juntamente con tus palabras y tus designios al instituirlo.

*¡Memoria mirabilium Dei!* Compendio maravilloso de todo el Cristianismo, revelación suprema de las perfecciones divinas y cumplida realización de los designios misericordiosos de Dios sobre nosotros, eres ¡oh divino Sacramento! por tu incomparable excelencia digno de toda nuestra veneración y de toda nuestra gratitud.

*¡Vinculum perfectionis!* A ti, Sacramento augusto, debemos toda nuestra perfección: tú eres el amor que nos eleva á Dios; tú eres el amor que nos abraza y estrecha á todos con los dulces y fuertes vínculos de la única verdadera fraternidad.

*¡Oh salutaris Hostia!* ¡Ave Víctima divina inmolada constantemente en la Eucaristía por amor nuestro! Verdadera Hostia de un verdadero sacrificio anunciado en la antigüedad, consumado en el Calvario y perpetuado en el Altar.

*¡Sacrificium divinissimum!* En el que todo es divino, porque es uno con el divino sacrificio de la Cruz, uno mismo el Sacerdote y la víctima, y unos mismos sus efectos.

*¡Corpus nobis insitum!* Cuerpo sagrado de Cristo que haciéndonos á todos miembros suyos nos hace á todos verdaderamente iguales ante Dios, ante la sociedad y ante la conciencia.

*¡Sacrum convivium!* Convite divino en que se completa el Sacrificio de Cristo de cuya presen-

cia en él como manjar del cielo nos aseguran las palabras del mismo Cristo y los efectos de su presencia en las almas que lo comulgan.

*¡Pignus gloriae!* Prenda de gloria y anticipo de la felicidad porque todos suspiramos, como unión con Dios y posesión de Dios por amor que es para nosotros la Comunión en que gozamos anticipadamente las inefables delicias del cielo.

*¡Signum unitatis!* Signo, en fin, y vínculo supremo de unidad en todos los órdenes, natural, divino y social.

¡Gloria, pues, al divino *Sacramento!* ¡Gloria al divino *Sacrificio!* ¡Gloria á la divina *Comunión!* ¡Gloria á Jesucristo nuestro huésped, víctima inmolada por nosotros, manjar divino, en fin, de nuestras almas en la Eucaristía á la que sea dada toda gloria, alabanza y bendición ahora y en la eternidad!

Amen.

A. M. D. G.

## RESUMEN DE LAS CONFERENCIAS



CONFERENCIA 1.<sup>a</sup>.—Profesión de nuestra fé en el augusto Sacramento.—En esta primera conferencia se estudia la posibilidad, la promesa y la institución de la Eucaristía: tres argumentos de la real presencia de Jesucristo en ella.—I. La herejía y la incredulidad repugnan la verdad eucarística, negando más ó menos descaradamente los grandes milagros que supone y exige: la transubstanciación, la compenetración y la ubicuidad sacramental.—Errores protestantes sobre la transubstanciación.— Pruébese su posibilidad y fijase su sentido.—La doctrina de Descartes sobre la extensión implica la negación de la compenetración y ubicuidad sacramentales.—Refútase la teoría cartesiana y se prueba la posibilidad de estas maravillas eucarísticas.—II. Supuesta su posibilidad ¿instituyó realmente Jesucristo la Eucaristía?—Errores protestantes sobre este punto y su refutación.—Pruébese la verdad eucarística

por las palabras con que Jesucristo promete y hace la Eucaristía.—Exposición y desarrollo.—Confesión de los mismos protestantes. — III. Siendo la Eucaristía lo que creemos, á saber: la presencia real de Jesucristo, responde al fin de su institución, como corona y complemento de nuestra Religión divina.—Demostración *ad absurdum* de la verdad eucarística.—Conclusión: nuestro Sacramento eucarístico posible, revelado por Jesucristo y exigido por la condición misma de nuestra sagrada Religión es una verdad incontrovertible.

CONFERENCIA 2.<sup>a</sup>—Probada la verdad del gran Sacramento, pruébase aquí su excelencia, relativamente al Cristianismo en su conjunto, relativamente á Dios y relativamente á nosotros.—I. Respecto del Cristianismo la Eucaristía es el Sol.—Compendia todo el dogma.—Desarrollo.—Es el centro vital del Cristianismo, como centro de todos los Sacramentos.—Desarrollo.—II. El Universo revela y glorifica á Dios.—Exposición.—Mejor que la creación revela á Dios la Eucaristía.—Manifestación del Poder: explicación.—Revelación de la Sabiduría: desarrollo.—Revelación del amor: doctrina de los Padres.—III. Designio de Dios sobre la humanidad.—Ha sido cumplidamente realizado por Jesucristo.—La vida divina que de El recibimos está regulada por las mismas leyes de la vida natural: doctrina de Sto. Tomás.—En la Eucaristía Jesucristo mismo es el alimento de esa vida superior, y por tanto su centro y su ley suprema, así como la ley suprema y la últi-

ma razón de la vida natural es el alimento del cuerpo.—Conclusión: La Eucaristía centro de todo el Cristianismo, revelacion la más perfecta de las divinas perfecciones y consumación de los designios divinos sobre la humanidad es el misterio ó sacramento más excelente.

CONFERENCIA 3.<sup>a</sup>— Así como la inspiración que revelan las maravillas del arte inspiran á quien las contempla, así también la contemplación de la gran maravilla del amor de Dios, la Eucaristía, produce en nosotros un fruto semejante, engendra amor. Amor que es el secreto de toda nuestra perfección, relativamente á nosotros mismos, relativamente á Dios y relativamente á nuestros prójimos.—I. El amor humano, como centro de todas las pasiones, es el secreto del equilibrio de nuestras facultades, en que consiste nuestra perfección natural.—Desequilibrado el amor por la caída original, ha sido su equilibrio restaurado por Jesucristo en la Redención.—Esta restauración se consuma por la Eucaristía, en la que Jesucristo hace en cada uno lo que en su obra restauradora hizo en general para todos.—El amor humano, restaurado y equilibrado nuevamente por la Eucaristía, se hace fuerte contra las pasiones rebeladas, siendo como *el lastre* de nuestra vida natural.—II No basta esta perfección puramente negativa á nuestra dignidad de *hijos de Dios* como cristianos; nuestra vocación es la santidad, la perfección positiva de la práctica de las virtudes.—Tal es el fruto de la Eucaristía: Elías, tipo del alma fortalecida para caminar

con el pan divino.—Nuestra vida divina de conocimiento y amor sobrenatural de Dios necesita un alimento divino, la Eucaristía.—Y robustecidos con este alimento divino caminamos sin detenernos por los caminos de la virtud.—Y como es alimento de la vida del alma, es aun para el cuerpo semilla de inmortalidad y gloria.—III Causa del problema social contemporáneo es el amor desequilibrado, el egoismo; desarrollo de esta verdad.—La Eucaristía, fuente de amor generoso, de verdadera fraternidad, es, por tanto, su radical solución.—Conclusión: fruto de la Eucaristía es un amor tan hondo que nos equilibra; tan alto que nos eleva á la más sublime santidad, y tan ancho que lo abarca todo.

CONFERENCIA 4.<sup>a</sup>—La divina Eucaristía, cuya verdad, excelencia y fruto como sacramento ha sido el objeto de las conferencias anteriores, no es solo un sacramento, y el más alto y fecundo de los sacramentos, es también un verdadero sacrificio, y el más divino y fecundo de los sacrificios.—La verdad, la excelencia y el fruto del sacrificio eucarístico, asunto de las conferencias siguientes.—Su verdad demuéstrase por ser el sacrificio figurado en toda la antigüedad; sacrificio que se realiza en la Cruz y que se perpetúa en el altar.—I La Historia de la antigüedad ha demostrado estas tres verdades: que no hay pueblo sin religión, que el vínculo religioso estaba roto, que el sacrificio era el único medio de reanudarlo.—Todos los sacrificios antiguos no pasaban de ser figuras

de otro sacrificio único verdadero y eficaz para ese fin; este sacrificio es la Cruz, único que reúne las condiciones que para su eficacia exigían en el sacrificio todos los pueblos.-- Solo en este sacrificio está la víctima verdaderamente pecadora por imputación, verdaderamente inocente y verdaderamente digna de Dios y del hombre.—Explicación de estas tres condiciones.—Luego solo el sacrificio de la Cruz es el verdadero, del cual todos los demás no fueron sino figuras.—II Y en efecto: aplicación de las condiciones de la víctima á la víctima divina del Calvario.—Testimonios de San Pablo. —Y como la Cruz es la realidad divina figurada por la expiación antigua, la Eucaristía no es sino la continuación de la Cruz.—III Si no hay religión sin sacrificio, nuestra Religión, única verdadera, no puede dejar de tener también su sacrificio propio.—Este sacrificio no es el sacrificio del Calvario, porque este es de todos y para todas las religiones, cuyos sacrificios propios puede decirse que no eran sino *cruces desfiguradas*. — Nuestro sacrificio propio es la Eucaristía, que es la Cruz, no ya figurada, sino realizada y perpetuada.—Testimonios de los Padres.—La Eucaristía, verdadero sacrificio, según las palabras de Cristo en su institución, las definiciones de los Concilios y hasta las confesiones arrancadas á los herejes.—Y como propio y verdadero sacrificio del Cristianismo, nudo religioso y centro de toda nuestra Religión divina.

CONFERENCIA 5.<sup>a</sup>—La divina Eucaristía es Cristo inmolado; doctrina del Angélico.—De

aquí su excelencia como sacrificio.—Es uno mismo con el sacrificio de la Cruz; es tan divino como él; es de valor tan infinito, como el del Calvario.—I Falso escándalo de los protestantes.—Refutación de su objeción fundada en el supuesto agravio que, según ellos, hace el sacrificio eucarístico al sacrificio de la Cruz.—Exposición de las palabras de San Pablo, que en su favor aducen los herejes. — Siendo la Eucaristía el mismo sacrificio de la Cruz, nada tenemos que envidiar á los santos que asistieron á este; porque estar en el Altar es estar en el Calvario y con igual provecho, según nuestras disposiciones. — Desarrollo de este paralelo.—Y por ser el mismo sacrificio del Calvario el sacrificio eucarístico es tan divino como aquel.—II Todo en el sacrificio eucarístico es divino: el sacerdote y la víctima.—No hay religión sin sacerdocio, proporcionado en dignidad al sacrificio, que es su objeto. — Dignidad del sacerdocio cristiano por la administración de los frutos de nuestro sacrificio.—No es, sin embargo, todavía bastante digno para hacer nuestro sacrificio, que es su fin, porque nuestro sacrificio es el sacrificio de un Dios; y un sacrificio de Dios, exige un sacerdote-Dios.—Y así es: en el Calvario, donde se consuma este sacrificio, el sacerdote es Jesucristo; explicación del sacerdocio de Cristo en la Cruz.—En el Altar, donde este sacrificio se reproduce, el sacerdote es también el mismo Jesucristo; explicación.—Jesucristo, sacerdote y víctima simultáneamente en la Eucaristía, como en la Cruz.—III Los

mismos, en fin, son los efectos de aquel y de este sacrificio.—Sacrificio de gloria y alabanza para Dios.—Desarrollo.—Propia y adecuadamente *eucarístico* es también nuestro sacrificio, como el de la Cruz impetratorio, propiciatorio y satisfactorio para nosotros.—Errores protestantes y testimonios en pro de nuestro dogma de Padres y Concilios.—Y tan impetratorio, propiciatorio y satisfactorio como es para la tierra, es para el Purgatorio.—Eficacia del sacrificio eucarístico como sufragio; *terra, pontus, astra, mundus quo lavantur flumine!*

CONFERENCIA 6.<sup>a</sup>—Preténdese apartar á la sociedad moderna del altar y de las influencias eucarísticas; pero con gran detrimento para esta misma sociedad; porque la Eucaristía es la solución del problema que más hondamente le afecta y la perturba hoy: *la igualdad*.—Fruto del sacrificio eucarístico es la verdadera igualdad ante Dios, ante los demás, y ante nuestra propia conciencia.—I Error moderno sobre la igualdad humana y su refutación.—Transición al orden sobrenatural.—La Cruz y la Eucaristía, que es también la Cruz, fuente de la verdadera igualdad de todos los hombres ante Dios.—Reconciliados todos con él y elevados todos por la virtud de su sacrificio á la dignidad común de hijos suyos, las desigualdades humanas, semillero de odios en la sociedad, se desvanecen, y dejan de ser ocasión de conflictos.—Explicación.—II Igualados ante Dios, quedamos igualados ante la conciencia de todos los hombres.—El hombre tiene el instinto, por

decirlo así, de su grandeza y dignidad.—La idolatría antigua y el panteísmo moderno son la revelación de ese instinto.—Jesucristo ha realizado ese instinto, haciendo al hombre Dios al hacerse Él hombre y sacrificarse por el hombre.—Satisfacción de ese instinto de grandeza y verdadera dignidad, que ha perpetuado en esta Encarnación y Redención perpétua, la Eucaristía, en la que hace por cada uno en particular lo mismo que de un modo universal obró en aquellas.—III Esta dignidad altísima, que es el secreto de nuestra igualdad ante Dios y ante los hombres, estuvo siempre fundada en una ley: en el Paraíso, en la ley prohibitiva de *no comer* del fruto de un árbol; en el Cristianismo, en la ley preceptiva de *comer* del fruto de otro árbol; esto es, en la ley de la Comunión.—La Comunión eucarística fuente de la igualdad, porque lo es de toda nuestra dignidad sobrenatural, en lo que únicamente somos iguales.—Ejemplo práctico de la igualdad humana ante la Eucaristía.

CONFERENCIA 7.<sup>a</sup>—Ni los designios amorosos del Señor, ni nuestras aspiraciones, han quedado satisfechas todavía; no bastaba un Dios-huésped, ni siquiera un Dios-víctima; necesitábamos un Dios comida.—Y esto es la Eucaristía: un sacramento, un sacrificio y una comunión.—La verdad de la Comunión eucarística pruébase por hallarse exigida por la Eucaristía misma, como su complemento; por las palabras de su institución y por sus efectos en los que comulgan.—I Todo sacrificio tuvo siempre como com-

plemento la comunión de la víctima.—Explicación de los sacrificios judáicos en que se prohibía ó se mandaba la sunción de la víctima.—Su aplicación; los primeros miraban directamente al sacrificio de la Cruz, en el que no debió haber comunión, por ser el sacrificio (*pro peccato*) de la expiación; los segundos figuraban la Eucaristía, en la que se prescribe, como consumación del sacrificio, la sunción de la víctima, que aquí es primariamente *hostia pacífica*.—II Que la Eucaristía se ordena á la Comunión pruébalo la materia, las palabras y el designio de Jesucristo en su institución.—Errores sobre la materia de la Eucaristía.—Doctrina de Santo Tomás, según la cual la Eucaristía se ordena á la Comunión.—Demuéstranlo las palabras de Jesucristo, así al prometerla como al instituirla.—Demuéstralo, en fin, su necesidad, según el designio divino de hacer de ella el alimento de nuestra vida divina.—III Por último, la Comunión es el secreto de todos los heroísmos cristianos; desarrollo.—Luego es la Comunión de Dios; porque, aunque solo la gracia pudiera producir estos efectos, si en la Comunión no recibiéramos más que la gracia, no es esta, sin embargo, la fé con que comulgamos. Creemos comulgar á Dios mismo, y Dios no nos hubiera engañado, justificando nuestra falsa creencia con tan maravillosos efectos.

CONFERENCIA 8.<sup>a</sup>—Aunque basta lo dicho para comprender la excelencia de la Comunión; todavía Santo Tomás panegirizó esta excelencia llamándola *prenda de la gloria*.—Y no

puede ponderarse más, porque, 1.º Toda nuestra gloria es la consumación de la unión con Dios por amor. 2.º La Comunión es prenda de gloria, toda vez que es la unión más íntima posible aquí con Dios por amor; luego, 3.º la Comunión es el don más grande que Dios, con ser Dios, ha podido darnos.—I Cielos falsos inventados por la filosofía antigua y renovados por la filosofía moderna.—Ninguno de ellos satisface los anhelos de felicidad de nuestra alma.—Esta felicidad no está sino en poseer á Dios por el amor consumado en la gloria.—II La Comunión es la unión, la posesión de Dios real y efectiva, y lo más íntima que es posible en la tierra. En efecto: poseemos á Dios por la razón, por la gracia, mejor y más íntimamente todavía en la Encarnación, que son, por tanto, otras tantas prendas de la gloria.—Pero en la Comunión se nos dá la más alta: en ella poseemos y nos unimos con Dios, no solo efectivamente como en la unión y posesión por la razón y por la gracia, ni solo nos unimos á Él en la naturaleza como en la Encarnación, sino que nos unimos en nuestra persona, como nos uniremos á Él y le poseeremos eternamente en el cielo.—III Por eso la Comunión, aunque todavía no es el cielo, es, sin embargo, la prenda ó anticipo del cielo en todos los detalles que del cielo nos han sido revelados.—Ampliación.—Excitación á la Comunión con las debidas disposiciones.

CONFERENCIA 9.ª—Así como la Eucaristía en cuanto sacramento produce el fruto de la

*fraternidad*, y en cuanto sacrificio el de la *igualdad*, así en cuanto Comunión produce el fruto de la *unidad*.—La unidad en la creación, la unidad en la Iglesia, la unidad en la sociedad.—I La unidad en la variedad es la ley suprema de la creación. La variedad de los seres para la unidad hombre; la primera síntesis de la variedad, el hombre, para Cristo; y Cristo, como síntesis suprema de todo, para Dios.—Y la ley más honda y consumación de esta unidad universal es la Comunión; en ella se une á Dios lo único que no se había unido á Dios en Jesucristo, la persona humana, porque en ella Jesucristo hace en cada uno, lo que hizo en todos al encarnarse; la Comunión es como la extensión de la Encarnación, según los Padres.—II Ley suprema también del mundo sobrenatural es la unidad, según el testimonio del mismo Cristo; unidad de los hombres con Dios y de los hombres entre sí por la caridad, que es su vínculo.—La Comunión fuente de esa caridad para con Dios y con nuestros prójimos, y como tal vínculo de esa unidad sobrenatural de la Iglesia, que se llama la *Comunión de los Santos*.—Comunicación mútua de bienes espirituales entre las tres Iglesias por la Comunión eucarística.—III La unidad, en fin, es también la ley suprema de la sociedad, y el secreto de esta unidad social es la moralidad.—La Comunión fuente de moralidad, y como tal vínculo supremo de la unidad social.—Elocuente testimonio de un protestante.—Ramillete-epílogo de los dictados aplicados á la Eucaristía en estas conferencias.



# ÍNDICE



## PRIMERA PARTE

---

### EL SACRAMENTO EUCARÍSTICO

	<u>Pág.</u>
Conferencia I.—La verdad del Sacramento. . . .	5
— II.—La excelencia del Sacramento. . . .	39
— III.—Los frutos del Sacramento. . . .	69

## SEGUNDA PARTE

---

### EL SACRIFICIO EUCARÍSTICO

Conferencia IV.—La verdad del Sacrificio. . . .	101
— V.—La excelencia del Sacrificio. . . .	131
— VI.—Los frutos del Sacrificio. . . .	165

## TERCERA PARTE

---

### LA COMUNIÓN EUCARÍSTICA

	<u>Págs.</u>
Conferencia VII.—La verdad de la Comunión. . .	193
— VIII.—La excelencia de la Comunión. . .	227
— IX.— Los frutos de la Comunión. . .	257
Resumen de las conferencias. . . . .	287

